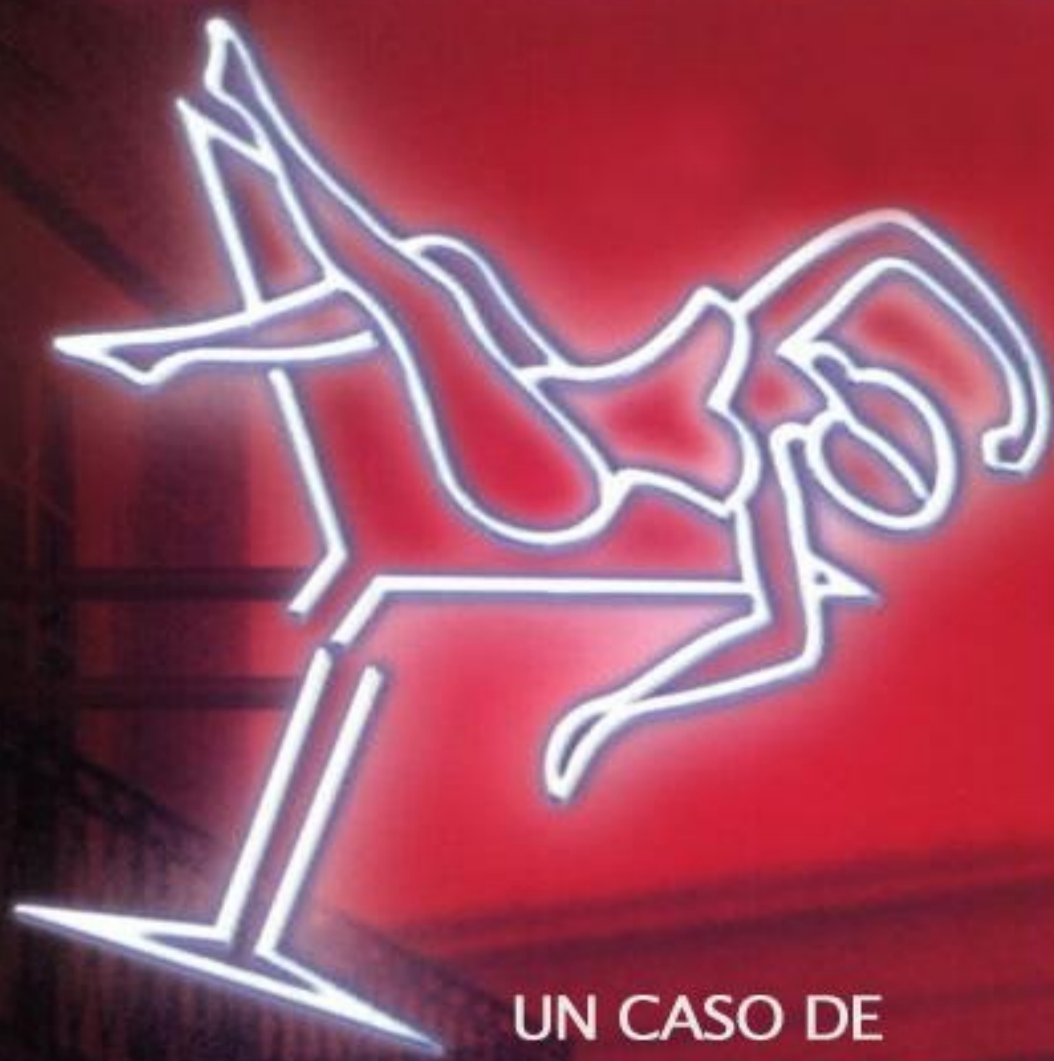


JAMES LEE BURKE

LA
CULVIA
DE

NEON



UN CASO DE
DAVE ROBICHEAUX

Lectulandia

La ciudad de Nueva Orleans habría sucumbido al crimen hace mucho tiempo de ser por tipos como Dave Robicheaux, uno de los detectives más curtidos de toda Luisiana. Bebedor, mujeriego y astuto como un zorro, las calles no tienen secretos para él, ni los criminales confían en escapar de las garras de la ley cuando sienten su aliento tras de ellos. Esta vez, sin embargo, lo que aparentemente parecía un caso más de asesinato se convertirá en una trampa infernal. ¿Qué relación puede tener una prostituta muerta con el tráfico de drogas a escala internacional? ¿Y con la venta ilegal de armas a Latinoamérica? Robicheaux deberá atar cabos rápidamente si quiere salvar el cuello para llegar a descubrir lo mucho que aún le esconde su querida Nueva Orleans.

Lectulandia

James Lee Burke

La lluvia de neón

Dave Robicheaux 01

ePUB r1.1

eKionh 07.05.13

Título original: *The Neon Rain*
James Lee Burke, 1987
Traducción: Claudia Martínez
Diseño de portada: eKionh

Editor digital: eKionh
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A la familia de Walter J. Burke, de Nueva Iberia, Luisiana,
con mucho afecto por su espíritu gentil y su trato amable.

El cielo del atardecer estaba vetado de franjas moradas del color de la ciruela partida. Había comenzado a lloviznar para cuando llegué al final del camino de asfalto, el cual atravesaba unos treinta y cinco kilómetros de espesos e impenetrables bosques de pinos y robles; me detuve ante la puerta principal de la penitenciaría de Angola. La muchedumbre contraria a la pena capital —sacerdotes, monjas con ropas de civil, jóvenes de la Universidad de Luisiana portando velas encendidas— oraba junto al alambrado, pero había también otro grupo —una extraña combinación de estudiantes y marginados— que bebía cerveza en vasos de plástico. Cantaban y levantaban pancartas que decían «Esta cerveza es para ti, Johnny Massina. Usa tu derecho a la silla eléctrica hoy».

—Soy el teniente Dave Robicheaux, del Departamento de Policía de Nueva Orleans —dije a uno de los guardias de la puerta; le mostré mi placa.

—Ah, sí, teniente, tengo su nombre en la lista. Iré con usted hasta el Bloque —contestó, y se subió al coche. Llevaba la camisa arremangada, dejando ver sus brazos bronceados. Los ojos eran de color verde y sus huesos faciales, típicos de la gente del norte de Luisiana. Olía a una mezcla de sudor, tabaco de mascar Red Man y talco—. No sé cuál de los dos grupos me molesta más. Los religiosos actúan como si estuviéramos electrocutando a alguien por una infracción de tráfico, y esos muchachos de los carteles deben de aburrirse bastante en la universidad. ¿Se queda a ver la función?

—No.

—¿Detuvo usted a ese tipo o algo así?

—No era más que un miembro de la Mafia de segunda categoría. Solía toparme con él de vez en cuando, pero nunca le he detenido por nada. De hecho, pienso que hizo más trabajos mal que bien. Debe de haber entrado por recomendación.

El guardia no se rió. Miraba por la ventanilla la gran extensión plana del campo de la prisión y entrecerraba los ojos cada vez que pasábamos junto a algún convicto que caminaba por el sendero de tierra. La zona principal y habitable de la cárcel consistía en una serie de edificios de dos pisos de máxima seguridad contenidos dentro de un alambrado. Estos edificios eran conocidos como el Bloque y estaban conectados entre sí por patios y por zonas de ejercicios, e iluminados por un resplandor similar al del cobalto bajo la lluvia. A distancia, se divisaban los cañaverales y los campos de batatas perfectamente delineados, las ruinas de las mansiones del siglo XIX, silueteadas por el sol del atardecer, y los sauces inclinados por la brisa a orillas del Misisipi, donde estaba enterrado más de un convicto.

—¿Todavía conservan la silla en la Casa del Sombrero Rojo? —pregunté.

—Así es. Allí es donde les pegan fuego en el culo. ¿Sabe por qué se la conoce por ese nombre?

—Sí —respondí, pero él no escuchaba.

—Mucho antes de que comenzaran a encerrarlos en el Bloque, les hacían trabajar junto al río. Tenían que usar uniformes rayados y unos sombreros de paja pintados de rojo. Luego, por la noche, los desvestían, los revisaban, los llevaban a la Casa del Sombrero Rojo y les tiraban la ropa. Las ventanas no tenían cristales y los mosquitos les hacían sufrir más que si los golpearan con un bate de béisbol.

Detuve el coche y entramos en el Bloque. Pasamos por delante de las celdas principales, donde estaban encerrados los delincuentes más peligrosos. Caminamos por un largo pasillo muy iluminado entre los patios de recreo y entramos en el siguiente edificio. Atravesamos otro grupo de puertas hidráulicas y un espacio en el que dos guardias jugaban a las cartas y donde un cartel rezaba: «No se permiten armas a partir de aquí». Recorrimos las salas de recreo y los comedores, donde unos guardias negros estaban puliendo el suelo con las enceradoras eléctricas y, finalmente, subimos una escalera de hierro en espiral hasta llegar a una pequeña zona de máxima seguridad; allí, Johnny Massina estaba pasando sus tres últimas horas de vida.

El agente de la entrada se retiró y otro accionó la única palanca que abría la puerta de la celda. Johnny llevaba una camisa blanca, pantalones oscuros, calcetines blancos y zapatos negros de la Fuerza Aérea. El sudor le goteaba de su cabello grisáceo, y su rostro tenía el color y la textura de un papel viejo. Me miró desde el banco donde estaba sentado; tenía los ojos colorados y brillantes, y unas perlas de sudor se le acumulaban sobre el labio superior. El suelo alrededor de sus pies estaba cubierto de colillas de cigarrillos; sostenía otro Camel entre sus dedos amarillentos.

—Teniente, me alegra que haya venido. No sabía si sería capaz de hacerlo —dijo.

—¿Cómo andas, Johnny?

Se apretó los muslos con las manos y bajó la vista al suelo. Volvió a mirarme. Le vi tragar saliva.

—¿Cuándo ha estado usted más asustado? —preguntó.

—En Vietnam pasé momentos de mucho miedo.

—Es cierto. Estuvo allí, ¿no?

—En el sesenta y cuatro, antes de que se pusiera feo de verdad.

—Apuesto a que fue usted un buen soldado.

—No fui más que un soldado vivo, eso es todo.

Me sentí inmediatamente estúpido por el comentario. Él percibió el arrepentimiento en mi rostro.

—No se preocupe —replicó—. Tengo un montón de basura que contarle. Mire,

¿recuerda cuando me llevó a un par de esas reuniones de Alcohólicos Anónimos? Ese paso que hay que dar cuando se quiere confesar algo, ¿cómo se llama?

—Quinto Paso, admitir ante uno mismo, ante Dios o ante algún otro la exacta naturaleza de nuestras faltas.

—Eso es. Bueno, yo lo he hecho. Se lo conté a un predicador negro ayer por la mañana. Le expliqué todas las cosas malas que había hecho.

—Eso está bien, Johnny.

—No, escuche. Le dije la verdad y confesé actos realmente reprobables, cosas sexuales de las que siempre había estado avergonzado y nunca había comprendido. ¿Sabe a qué me refiero? No escondí nada. También le hablé sobre los dos tipos que he matado en mi vida: tiré a uno a las vías de un tren de pasajeros, camino de La Habana, y, en 1958, maté al primo de Bugsy Siegel con un arma. ¿Sabe usted lo que significa matar a un pariente de Bugsy Siegel? Después de contárselo al predicador, se lo dije al guardia y al carcelero. ¿Sabe usted que a esos malditos estúpidos no podría haberles importado menos? —Hizo un gesto con la mano—. Espere un minuto, déjeme terminar. Hablé de todo esto y reconocí los hechos porque alguien tiene que creer que no fui yo quien mató a esa chica. Nunca tiraría a una mujer joven por la ventana de un hotel, teniente. No es que tenga miedo de que me electrocuten; imagino que, al final, todo se soporta, pero quiero que esos bastardos sepan que solo he atacado a tipos que jugaban con las mismas reglas que yo. ¿Puede entenderme?

—Creo que sí. Y me alegra saber que has seguido el Quinto Paso al pie de la letra, Johnny.

Sonrió por primera vez. Su rostro brillaba bajo la luz.

—Oiga, dígame algo. ¿Es cierto que Jimmie *el Divino* es su hermano?

—Se oye mucha basura por ahí fuera.

—Los dos tienen el cabello oscuro y ese mechón blanco, como si tuvieran sangre de mofeta. —Se rió. Su mente estaba ahora lejos del paseo que daría dentro de tres horas, maniatado con una cadena, hasta la Casa del Sombrero Rojo—. Una vez, nos contrató para que colocáramos unas máquinas de póquer en sus locales. Después de instalarlas, le comentamos que tenía que pedirnos a nosotros todas las máquinas que quisiera: cigarrillos, Pac-Man y preservativos. Entonces, nos dijo que no quería máquinas de preservativos, porque tenía locales de categoría y no colocaría máquinas de condones allí. Le explicamos que no tenía opción, que o compraba toda la gama o no tendría servicio de lavandería; le pondrían un piquete en la acera, y la Oficina de Salud Pública del condado descubriría que sus friegaplatos tenían lepra. ¿Sabe lo que hizo entonces? Invitó a Didoni Giacano —el mismísimo Didi Gee—, con toda su familia, a comer lasaña en su restaurante. Llegaron el domingo al mediodía como un grupo de *cafoni* que acababan de bajarse del barco de Palermo, porque Didi pensaba que Jimmie tenía conexiones respetables y que le iba a presentar a alguna sociedad

secreta formada por caballeros importantes o algo parecido. Didi Gee pesa probablemente ciento cincuenta kilos y está cubierto de pelo como un gorila. A pesar de que hace cagarse de miedo a todo el mundo en Nueva Orleans, su mamá, una viejecita siciliana toda envuelta en trapos negros, todavía le pega a Didi en las manos con una cuchara si toma algo de la mesa sin pedir permiso.

»El caso es que, en medio de la cena, Jimmie comienza a decirle a Mamá Giacano que Didi es un gran tipo, que todo el mundo en la Cámara de Comercio y en la Oficina de Inversiones piensa que es una persona importante para la comunidad y que Didi no permite que se metan con sus amigos. Por ejemplo, unos estafadores habían intentado poner unas máquinas en los restaurantes de Jimmie contra la voluntad de este. Mamá Giacano daba la impresión de que estaba hecha de pasta reseca, pero sus ojos oscuros y brillantes daban a entender a todo el mundo que sabía bien lo que se le estaba diciendo. Después, Jimmie le cuenta que Didi arrancó las máquinas, las golpeó con martillos y les pasó un camión por encima en el callejón de detrás del restaurante.

»Didi tenía la boca llena de cerveza y de ostras crudas, y casi muere atragantado. Comenzó a toser, lanzando trozos de comida en todas direcciones. Los chicos le golpeaban la espalda y escupió una ostra que podría atascar una cloaca. Mamá Giacano esperó a que su cara ya no estuviera morada, le dijo que no había educado a su hijo para que comiera como un cerdo y le ordenó que fuera a enjuagarse la boca al baño, porque los demás comensales se estaban descomponiendo de solo verle; como no se levantó inmediatamente de la mesa, le golpeó con la cuchara en los nudillos. Entonces, Jimmie agregó que quería llevar a toda la familia a dar un paseo en su velero y que, tal vez, Didi Gee debería asociarse al Yacht Club, toda vez que todos esos millonarios pensaban que era un buen tipo y que, además, a Mamá Giacano le encantarían los festejos italoamericanos que se llevaban a cabo con motivo del 4 de julio y del 12 de octubre. Incluso, si Didi no quería hacerse socio, lo que era algo lógico dado que odiaba el agua y se descomponía con solo atravesar el Misisipi en ferri, Jimmie iría a buscar a Mamá Giacano y la llevaría a navegar por el lago Pontchartrain.

Volvió a reírse y se pasó la mano por el cabello mojado. Se humedeció los labios y sacudió la cabeza. Volví a percibir el miedo en sus ojos.

—Apuesto a que él ya le había contado esta historia, ¿no? —añadió.

—No me dieron mucho tiempo, Johnny. ¿Hay alguna otra cosa que quieras decirme?

—Sí. Usted siempre me ha tratado muy bien y pensé que tal vez pudiera pagarle de alguna manera. —Se quitó el sudor de los ojos con las yemas de los dedos—. Pienso que quizá tenga también que pagar algunas deudas serias en el otro lado. No me hará daño si intento saldar lo que pueda ahora, ¿no es así?

—No me debes nada.

—Un tipo con una trayectoria como la mía debe algo a todo el mundo. De todas maneras, este es el trato; ayer, ese tipo que se llama L. J. Potts, de la calle Magazine, estaba barriendo el corredor con una escoba y la golpeaba contra mis barrotes para que yo no pudiera dormir. Le dije que yo no entregaba los premios a la buena ama de casa del año y que se llevara esa escoba a otra parte antes de que se la metiera por el trasero. Entonces, el tipo, que tiene un hermano que se llama Wesley Potts, intentó impresionarme: me preguntó si conocía a una cucaracha de Homicidios en Nueva Orleans llamada Robicheaux. Se reía porque pensaba que usted era uno de los policías que me había encerrado. Le contesté que era posible y él siguió riéndose. Luego, añadió que tenía buenas noticias porque su hermano Wesley sabía que esa cucaracha de Homicidios había metido sus narices en el lugar equivocado y que, si no se detenía, lo iban a matar.

—Me da la impresión de que es un charlatán, Johnny.

—Sí, tal vez lo sea. Con la particularidad de que él y su hermano probablemente estén conectados con los inmigrantes.

—¿Colombianos?

—Sí. Se están extendiendo por todo el país más rápido que el sida. Son capaces de cargarse a cualquiera: familias enteras, niños, ancianos... No les importa. ¿Recuerda aquel bar de Basin que se quemó? El tipo que lo hizo se plantó en la puerta a plena luz del día con un maldito lanzallamas a la espalda y, como estaba de buen humor, les dio a todos un minuto para salir del lugar antes de convertirlo en un gran montón de plástico derretido. Tenga cuidado con esos tipos, teniente.

Encendió un nuevo Camel con la colilla que tenía en la mano. Ahora transpiraba cada vez más; se secó el sudor con la manga de la camisa y, al mismo tiempo, se olió. Luego, su rostro se volvió gris e inmóvil, miraba hacia delante con las palmas de las manos aferradas a los muslos.

—Es mejor que se vaya, me parece que voy a descomponerme otra vez — comentó.

—Creo que eres un tipo con coraje, Johnny.

—Esta vez no.

Nos despedimos. Sentí su mano floja en la mía.

Electrocutaron a Johnny Massina a la medianoche. Una vez de vuelta en mi casa flotante en el lago Pontchartrain recordé, mientras la lluvia golpeaba en el techo, los versos que había oído cantar a un interno negro en Angola:

Le pregunté a mi jefe: Jefe, dígame lo que está bien.

Me golpeó el brazo izquierdo y dijo: Muchacho, ahora ya sabes lo que está

bien.

Me pregunto por qué queman a un hombre a las doce de la noche.

La corriente es más fuerte. La gente apaga la luz.

Mi compañero se llamaba Cletus Purcel. Nuestros escritorios estaban frente a frente en una pequeña habitación de la antigua estación de bomberos transformada, en la calle Basin. Antiguamente el edificio había sido un depósito de algodón y, antes de eso, se usaba su sótano como celdas para los esclavos, quienes tenían que subir unas escaleras hasta un cuadrilátero de tierra que servía como sitio para subastas y, a la vez, como corral para peleas de gallos.

Cletus parecía tener el rostro de piel de cerdo hervida, si no fuera porque lucía cicatrices en el puente de la nariz y en un párpado, provocadas por un golpe con una tubería en el canal irlandés cuando aún era un niño. Era un hombre robusto, de cabello rubio y sagaces ojos verdes. Luchaba infructuosamente por bajar de peso levantando pesas cuatro noches por semana en el garaje de su casa.

—¿Conoces a un tipo llamado Wesley Potts? —le pregunté.

—Joder, sí. Fui a la escuela con él y con sus hermanos. ¡Qué familia!, era como tener moho de pan por vecino.

—Johnny Massina me contó que ese tipo va por ahí diciendo que me quieren liquidar.

—Parece una broma, Potts es un rufián sin agallas. Tiene una sala de películas pornográficas en Bourbon. Te lo presentaré esta misma tarde; ese tipo te va a divertir de verdad.

—Tengo su ficha aquí. Dos narcóticos, seis entradas por obscenidad, ninguna condena. Evidentemente, un caso serio para el Servicio de Impuestos Internos.

—Hace de pantalla para los inmigrantes.

—Eso es lo que me dijo Massina.

—Muy bien, iremos a hablar con él después de almorzar. Y digo «después de almorzar», porque este tipo es una verdadera bolsa de mierda; a propósito, el juez instructor del condado de Cataouatche te devolvió la llamada y mencionó que no le habían hecho ninguna autopsia a esa muchacha negra.

—¿A qué te refieres con que no le hicieron una autopsia?

—Al parecer, la oficina del comisario no lo pidió. Todo quedó como si hubiera muerto ahogada. De todas maneras, ¿qué es todo esto, Dave? ¿No tienes suficientes casos abiertos como para ir a buscar trabajo al condado de Cataouatche? Esos tipos no siguen las mismas reglas que nosotros, ya lo sabes.

Dos semanas antes, había estado pescando en piragua en el río Lafourche, al borde de los nenúfares que crecían en la orilla. La costa estaba delineada por cipreses;

el ambiente era fresco y tranquilo bajo la luz verdosa de la mañana que penetraba entre las ramas, las cuales formaban una cúpula sobre mi cabeza. Los nenúfares estaban llenos de flores color púrpura. Podía oler los árboles, el moho, los líquenes verdes y húmedos sobre las cortezas de madera, el aroma de los dondiegos de noche, amarillos y carmesíes, que aún se mantenían abiertos bajo la sombra. Un cocodrilo de casi un metro y medio yacía junto a las raíces de un ciprés. Apenas asomaba la cabeza y los ojos sobre la superficie del agua, como si fuera una especie de periscopio. Percibí otra sombra negra en el agua, cerca de otro ciprés, y pensé que sería el compañero del primer cocodrilo. Acto seguido, un bote con motor fuera de borda pasó junto a mí y su estela agitó el bulto contra las raíces; entonces, pude distinguir una pierna desnuda, una mano y una camisa escocesa hinchada de aire.

Apoyé mi caña de pescar, me acerqué y toqué el cuerpo con el remo. El cadáver giró en el agua y vi el rostro de una mujer joven negra. Tenía los ojos y la boca muy abiertos, como en una oración ahogada. Llevaba una camisa de hombre anudada debajo del pecho, unos vaqueros cortados y, por un segundo, alcancé a vislumbrar una pulsera de tobillo con una moneda atada a un cordel: un amuleto de la buena suerte que algunos negros suelen usar para ahuyentar el grisgrís, el demonio del mal. Su rostro era el de una flor repentinamente cortada de su tallo.

Le até la soga de mi ancla al tobillo, arrojé el ancla entre los árboles de la orilla y anudé mi pañuelo rojo en una rama. Dos horas más tarde, vi cómo los asistentes de la oficina del comisario del condado levantaban el cuerpo en una camilla y lo llevaban a la ambulancia estacionada junto al matorral de cañas.

—Aguarden un minuto —ordené antes de que la metieran en la ambulancia.

Levanté la sábana para volver a mirar algo que había visto cuando la sacaban del agua. Tenía marcas en la parte interior del brazo izquierdo, pero solo pude ver un pinchazo de aguja en la cara interior del derecho.

—Tal vez donaba sangre para la Cruz Roja comentó uno de los asistentes, sonriendo.

—Usted sí que es un tipo gracioso —lo felicité.

—Solo era una broma, teniente.

—Dígale al comisario que le telefonaré para que me informe sobre el resultado de la autopsia.

—Sí, señor.

Pero el comisario nunca estaba cuando lo llamaba y tampoco contestaba a mis mensajes. Así que, finalmente, llamé a la oficina del juez instructor del condado y ahora me enteraba de que el comisario no creía que una autopsia a una muchacha negra muerta fuera tan importante. «Bien, ya veremos», pensé.

Mientras tanto, todavía me seguía intrigando por qué los colombianos, si Johnny Massina estaba en lo cierto, estaban interesados en Dave Robicheaux. Revisé mi

archivo de casos pero no encontré ningún vínculo. Además, tenía un cajón lleno de miseria para mirar: una prostituta asesinada por un psicópata; un fugitivo de diecisiete años cuyo padre no quiso sacarle de la cárcel bajo fianza, y que fue colgado al día siguiente por su compañero de celda negro; un testigo de asesinato, a quien la persona contra la que tenía que atestiguar mató a golpes; un refugiado de un barco vietnamita, arrojado desde el tejado de una vivienda de protección oficial; tres niños pequeños, asesinados mientras dormían por su padre desempleado; un drogadicto, estrangulado con un alambre durante un ritual satánico; dos homosexuales, quemados vivos cuando un amante rechazado empapó de gasolina las escaleras de un club de ambiente. Mi cajón era como un aberrante microcosmos poblado por francotiradores, negros con navajas, artistas empobrecidos que de puro pánico se volvían capaces de matar al empleado de una tienda por sesenta dólares, y de suicidas que llenaban de gas el apartamento y hacían estallar todo el edificio en una bola de fuego negra y anaranjada.

¡Y pensar que uno tiene que dedicarle la vida a este tipo de gente...!

Cletus me observaba.

—Te lo juro, Dave, creo que no dormirás tranquilo hasta que descubras por qué los colombianos están calientes contigo.

—No tenemos muchas gratificaciones en este negocio.

—Bueno, te diré algo: almorcemos temprano y luego te presentaré a Potts; el tipo es un encanto, te va a dar la alegría del día.

El calor y la bruma dominaban la atmósfera cuando entramos en el Quarter. No soplaba brisa y las copas de las palmeras estaban tías por el calor. Como siempre, el olor del Quarter me trajo reminiscencias de la ciudad, junto al río Teche, donde nació: las sandías, los melones y las frutillas apiladas debajo de las columnas trabajadas; el vino agrio, la cerveza y el serrín de los bares; los bocadillos de niño pobre, de camarones y ostras; el olor fresco y húmedo del ladrillo viejo de los callejones.

Unos pocos bohemios, escritores y pintores legítimos seguían viviendo en el Quarter y algunos profesionales pagaban alquileres desorbitados por apartamentos amueblados cerca de la plaza Jackson; pero la mayoría de los residentes eran travestís, drogadictos, borrachos, prostitutas y, en general, maleantes de todo tipo que seguían viviendo como en los años sesenta. La mayoría de estas personas subsistían con lo que les daban los miembros de convenciones y las familias de clase media que caminaban por la calle Bourbon, con sus cámaras de fotos colgadas al cuello como si estuvieran de visita en el zoológico.

No pude encontrar aparcamiento cerca del bar Pearl's Oyster y tuve que dar una vuelta a la manzana.

—Dave, ¿cuándo se da uno cuenta de que está teniendo problemas con la bebida?

—preguntó Cletus.

—Cuando comienza a hacerte daño.

—Tengo la sensación de haber estado medio borracho todas las últimas noches. Es como si no pudiera regresar a casa sin antes echar un trago en la primera esquina.

—¿Cómo os lleváis Lois y tú?

—No lo sé. Es el segundo matrimonio para ambos. Tal vez yo tengo demasiados problemas o, quizá, los dos los tengamos. Dicen que si no te va bien la segunda vez, no te irá bien nunca. ¿Crees que es cierto?

—No lo sé, Cletus.

—Mi primera esposa me abandonó porque afirmaba que no podía estar casada con un hombre que traía las cloacas a casa todas las noches; en aquella época estaba trabajando en la brigada del vicio. Sostenía que siempre olía a putas y a alcohol. Ahora, Lois me dice que no quiere que lleve mi arma a casa cuando vuelvo por la noche. Anda metida en eso del rollo zen: medita todos los días, envía nuestro dinero a algún sacerdote budista en Colorado y lo último que desea es que sus hijos se críen entre armas. Las armas son malas, pero ese tipo de Colorado que se lleva mi dinero es bueno. Hace dos semanas llegué a casa ebrio. Se puso a llorar y gastó una caja entera de pañuelos de papel para sonarse la nariz. Entonces, bebí unos tragos más de Jack Daniel's y le conté cómo nos habíamos pasado la tarde tú y yo, sacando de un cubo de basura, con un rastrillo, los restos de un chico de catorce años. De nuevo, hubo otros quince minutos más de lágrimas y de pañuelos usados, así que salí en busca de un poco más de alcohol y casi termino en la cárcel. Eso no es bueno, ¿no?

—Todos tenemos problemas de familia de vez en cuando.

Miraba por la ventana, con el ceño fruncido. Sus ojos dejaban entrever sus pensamientos. Encendió un cigarrillo, aspiró profundamente y agitó la mano para apagar el fósforo.

—Si sigo así, a las dos de la tarde voy a ser un manojo de nervios —dijo—. Me voy a tomar un par de cervezas con el almuerzo. Seda el cerebro, asienta el estómago y tranquiliza los nervios. ¿No te molesta, verdad?

—Es tu día. Puedes hacer lo que te apetezca con él.

—Ella quiere separarse. Conozco los síntomas, y los tiene todos.

—Tal vez entre los dos encontréis una manera de estar mejor.

—Vamos, Dave, no te caíste ayer del guindo. Las cosas no se solucionan así. Tú sabes cómo era todo antes de que tu esposa se fuera.

—Así es, lo sé. Nadie mejor que yo para saberlo, no sé si me entiendes —le sonreí.

—Muy bien, lo lamento. Pero cuando las cosas se van a la mierda, se van a la mierda. No cambian por mucho que dejes el arma en un armario. Aparca en esa zona para camiones. Hace demasiado calor aquí fuera.

Detuve el coche en la zona de carga del Pearl's y apagué el motor. Cletus estaba

sudando.

—Dime, honestamente —insistió—: ¿habrías hecho algo así solo para complacer a tu esposa?

No quería ni pensar en todo lo que había hecho para complacer a mi esposa, esa morena de Martinica que me había abandonado por un magnate del petróleo de Houston.

—Oye, vas a tener que pagar el almuerzo —avisé.

—¿Qué?

—No he traído dinero.

—Usa tu MasterCard.

—No han querido renovármela, dijeron que había excedido el límite de crédito en unos cuatrocientos dólares.

—Maravilloso. Yo tengo un dólar y treinta y cinco centavos. Muy bien, hoy seremos sus invitados. Si no le gusta, le amenazaremos con llamar a Inmigración por los haitianos que tiene trabajando en la cocina.

—No sabía que tuviera haitianos en la cocina.

—Yo tampoco. Será divertido ver cómo reacciona.

El cine porno estaba justo en la calle Bourbon. La zona había cambiado mucho desde que yo solía venir en mis tiempos de estudiante, más de veinte años atrás. Las viejas bandas de *jazz*, como las de *Papa Celestin* y *Sharkey Bonano*, habían sido reemplazadas por supuestas agrupaciones de música *country* integradas por jóvenes con vaqueros, chalecos y camisas blancas de seda con bordados, como las que usaban los travestís y los bailarines de mambo.

Los cabarés siempre habían sido antros desvencijados donde las muchachas vendían copas entre acto y acto, y enganchaban a tipos sueltos antes de cerrar; ahora las leyes de la ciudad las obligaba a usar cubrepezones y taparrabos y no había droga en circulación, excepto un poco de marihuana entre los músicos desesperados que tocaban en un cuchitril pequeño y oscuro en el fondo de un callejón. No obstante, las chicas bailaban completamente desnudas sobre el escenario, con los ojos fuera de sus órbitas por las anfetaminas y las fosas nasales húmedas de aspirar cocaína con billetes enrollados.

Las ventanas del Cine para Adultos Plato habían sido tapadas con bloques de hormigón para que nadie pudiera ver el interior. El pequeño vestíbulo, de color dorado y púrpura, estaba decorado con dibujos eróticos que podrían haber sido pintados por un ciego. Atravesamos el vestíbulo y entramos en la oficina sin llamar. Un hombre delgado, de rostro brillante y alargado, levantó la vista de su escritorio, sorprendido. Llevaba un traje de poliéster azul y zapatos de cuero con hebillas plateadas. El cabello engominado relucía bajo la luz de la lámpara del escritorio.

Había bobinas de películas apiladas en un estante de madera en una pared. La sorpresa y el miedo desaparecieron del rostro del hombre; se rascó la mejilla con una mano y recogió un cigarro con filtro del cenicero.

—¿Qué quieres, Purcel? —preguntó con indiferencia.

—Dave, te presento a Wesley Potts, nuestro cubo de basura permanente.

—No tengo tiempo para tus insultos, Purcel. ¿Tienes una orden de registro o algo así?

—Eso es lo que dicen en la tele, Pottsie. ¿Ves alguna cámara de televisión, Dave?

—No veo ninguna cámara de televisión.

—En la tele, los tipo siempre dicen: «¿Tiene una orden?» o «Tiene que leerme mis derechos» —continuó Cletus—; pero, en la realidad, la gente de carne y hueso no hacemos las cosas de esa manera. Deberías saberlo, Pottsie.

—Creía que ya no trabajabas en Antivicio —observó Potts.

—Así es, ahora estoy en Homicidios. El apellido de mi socio es Robicheaux, ¿eso te hace pensar en algo?

El hombre del otro lado del escritorio exhaló humo y lo contempló con los ojos muy abiertos. Alcancé a percibir cómo contraía los dedos sobre el escritorio.

—Tu hermanito de Angola asegura que andas diciendo por ahí que vas a matar a Dave —añadió Cletus.

—Si eso es lo que dice mi hermano, deberíais estar hablando con él; yo no sé nada al respecto.

—A la gente, allá en Angola, no le gusta conversar con policías. Mala imagen y esas cosas. Pero tú y yo... bueno, esa es otra historia, Wes.

Potts tenía los ojos encendidos.

—Piénsalo bien —prosiguió Cletus—. Eres un empresario que paga sus impuestos, un tipo razonable; sucede que has tenido diarrea verbal, has difundido ciertos rumores y nosotros solo queremos saber por qué lo has hecho. No es gran cosa, no tienes más que hablarnos sobre esas extrañas informaciones que han llegado hasta nuestros oídos. Después, podrás seguir entreteniéndolos a pervertidos. ¿A ver qué tenemos por aquí? Esto es lo que se llama material de buena calidad. —Cletus comenzó a golpear las bobinas de películas sobre la estantería de madera. Cogió una bobina con ambas manos y examinó el título, escrito con lápiz, con una mirada crítica—. Esto sí que es arte pornográfico del bueno, Dave. En una de las escenas, un tipo asesina a una muchacha desnuda con un arma; ella grita y suplica, pero el tipo la persigue por toda la casa y termina tiñendo las paredes con su sangre. —Cletus abrió la lata, tomó uno de los extremos de la película y arrojó el rollo al suelo, exponiendo todo el celuloide a la luz—. Lo gracioso, Wes, es que, a veces, un tipo se pone a imitar esta mierda y asesina a una prostituta; y me da la sensación de que es posible que ese tipo termine comiendo palomitas en tu cine. ¿Qué piensas?

—Nunca miro las cintas. No puedo decirte lo que hay dentro de cada bobina, yo solo administro el negocio. Es un cine con licencia, con salidas de emergencia, con retretes sanitarios, como cualquier otro cine; si no te gusta, vete a hablar con la gente que me otorgó el permiso.

Cletus comenzó a abrir las otras bobinas. Tiraba los rollos al suelo y los pisaba mientras vaciaba la estantería; marañas de película se le enredaron en los tobillos y en los zapatos.

—¡Ya basta, cabrón! —saltó Potts.

—¿Cómo entraste en los asuntos del IRS, el Servicio de Impuestos Internos? —preguntó Cletus.

—Al diablo.

—Estás haciendo méritos para los latinos, ¿no es así? Probablemente no tengas más de quince clientes en este momento, pero haces dinero como si trabajaras a pleno rendimiento; ¿cómo se entiende?

—Vendo muchas palomitas.

—Siempre hay un canal por el que blanquear todo ese dinero de la cocaína y la heroína; excepto que, esta vez, los muchachos del Tesoro están a punto de reventarte el trasero.

—Yo no veo ningún muchacho del Tesoro. Lo único que veo es a un policía de paisano que no ha madurado desde que salió del instituto. ¿De dónde mierda sacaste esa historia? Destrozas mis películas, vienes a acusarme de algo que ha dicho mi hermano pequeño y de lo que yo ni siquiera estaba enterado y, además, me sales con esa historia de la heroína mexicana cuando, si mal no recuerdo, nunca has atrapado a nadie más que a algún adicto con un par de globos en su entrepierna. Debiste pillar unas buenas cogorzas mientras estuviste en la brigada Antivicio, ¿eh? Eres un puto chiste, Purcel.

—Ya oyes cómo sigue hablando este tipo —me dijo Cletus—. Vamos a necesitar cierta intimidad. ¿Esta puerta da al cine? Gracias, es lo que pensaba.

Abrió una puerta lateral que daba a una pequeña sala que parecía un garaje remodelado. En la oscuridad, una docena de hombres miraban fijamente la pantalla.

—¿Qué pasa, muchachos? —gritó Cletus, y comenzó a encender y apagar la luz repetidamente—. Soy de la Policía de Nueva Orleans, solo quería asegurarme de que todo funciona bien. Disfruten del espectáculo.

Todos se levantaron inmediatamente de sus butacas y se alejaron en masa de Cletus en dirección a la salida de detrás de la cortina.

—Maravilloso. Esos mismos tipos estarán sentados ahí esta noche —comentó Potts.

—¿Podrías dejarme a solas con Wesley unos minutos? —pedí yo.

—Sabía que dirías eso —respondió Cletus.

Volvió a pisar los manojos de películas destrozadas en el suelo y cerró la puerta tras él.

Me senté en el extremo del escritorio de Potts y crucé las manos sobre el muslo.

—¿Cómo piensas que va a terminar todo esto? —pregunté.

—¿A qué se refiere?

—Solo a lo que he dicho. ¿Piensas que puedes andar diciendo a la gente que alguien me va a matar y que yo me voy a ir de aquí tan tranquilo?

Se humedeció los labios y miró a la pared.

—Dime lo que piensas que va a pasar —insistí.

—No lo sé. Nunca le había visto antes, ¿por qué iba a ir yo por ahí hablando de usted?

—¿Quién quiere eliminarme, Wes?

—No sé nada sobre eso.

—¿Crees que soy estúpido?

—No sé cómo es usted.

—Oh, sí que lo sabes. Soy el tipo que nunca pensaste que ibas a ver, la vaga imagen en tu mente de una persona de la que te podías reír al pensar en asesinarla. Es como si yo hubiera aparecido como una pesadilla, ¿no es así?

—No tengo nada en contra suya. Tengo un negocio legal, no les causo problemas.

—Pero yo estoy ahora sentado en tu escritorio.

—¿Qué va a hacer?, ¿destrozar el lugar, matarme a golpes? Vamos, adelante.

Saqué mi navaja Puma de una sola hoja y la abrí. Estaba tan afilada que podía hacer filetes un pescado como una sierra mecánica atravesaría la mantequilla; centelleaba bajo la luz.

—Dios santo, ¿qué hace?

Cogí su cigarro del cenicero, corté el extremo encendido sobre el escritorio y metí la colilla aún caliente en el bolsillo de la camisa de Potts.

—Puedes fumarte el resto más tarde.

—¡Rayos! ¿Está loco?

Se había puesto completamente blanco. Tragó saliva y me miró con los ojos llenos de miedo y confusión.

—Conoces a Didi Gee, ¿no?

—Claro, todo el mundo lo conoce. ¿Por qué me pregunta...?

—¿A qué se dedica?

—¿A qué se refiere?

—¿A qué se dedica? Cuéntamelo.

—A todo. Putas, números, sindicatos, usted ya sabe.

—Vamos a almorzar con él y le voy a contar lo que me has dicho.

—¿Qué?

—Almuerza siempre en el restaurante de Jimmie *el Divino*, todos los martes a las dos. Tú y yo vamos a sentarnos a conversar con él. Créeme, va a pensar que eres un tipo divertido.

—Yo no voy.

—Sí que irás. Estás detenido.

—¿Por qué? ¡Yo no he hecho nada! —protestó con desesperación.

—Mencionaste algo sobre dinero; me pareció que intentabas sobornarme.

Movió las pupilas frenéticamente; unas gotas de sudor aparecieron en su frente.

—No he dicho nada sobre dinero, lo que dije fue otra cosa.

—Soy duro de oídos. De todas maneras, pensaré en eso camino del restaurante. ¿Te crees esa historia del acuario de Didi Gee, el que está lleno de pirañas? He oído que había mantenido sumergida allí la mano de un enemigo durante un minuto, pero puede que no sea más que otra de esas historias sobre la Mafia. Pon las manos adelante, voy a esposarte. Puedes llevar el abrigo sobre las muñecas si te sientes incómodo.

—No tengo miedo. Usted está jugando conmigo.

—Fuiste tú el que comenzó el juego, Wes; ahora, juega. Pero antes pon tus manos al frente o te voy a destrozar la cara.

Ahora estaba respirando fuerte. Sus manos eran puños sobre el escritorio.

—Oiga, teniente, oí que los otros muchachos decían algo. Muchas veces lo hacen solo para fardar. No se lo oí decir al señor Segura, ¿me entiende?, no vino de boca del señor Segura. Son solo cosas que se dicen en la calle, una mentira de algunos muchachos.

—¿Estás hablando del colombiano?

—Es de Nicaragua.

—Sigue.

Se secó los labios con los dedos. Luego, tiró del colgajo de piel debajo del mentón.

—Tiene que ver con una muchacha negra, creo que era una prostituta de la calle. ¿No sacó usted una negra del río en el condado Cataouatche?

—Tú sigue contándome lo que sabes, Wes.

—Santo Dios, teniente, ¿qué piensa que soy? Soy solo el administrador de un cine. Más o menos una vez por mes, el señor Segura invita a un grupo de amigos a su casa del lago; mucha comida, mucho alcohol, algunas muchachas en la piscina. Le estrecha la mano a todo el mundo, toma un trago con nosotros o juega a las cartas durante unos minutos debajo de una sombrilla de playa y luego desaparece en el interior de la casa.

—¿Qué tiene que ver la muchacha con Julio Segura?

—No lo comprende, teniente. Él no me cuenta ese tipo de cosas; en realidad, no

me dice nada. Mire, es un tipo que anda en asuntos serios. Creo que está conectado con gente importante, ¿por qué meterse con él? Los federales se ocupan de esa clase de tipos.

Seguí mirándole en silencio. Le temblaban las manos sobre el escritorio, como si le estuvieran aplicando descargas eléctricas.

—Dicen que usted está haciendo demasiado alboroto por una muchacha negra que encontró en otro condado —prosiguió—. Ese no es su territorio, por eso ellos se preguntan por qué tanto interés. Por alguna razón creen que usted está detrás de ellos, no me pregunte el motivo; a mí ni siquiera me gusta involucrarme en ese tipo de conversaciones, trato de mantenerme al margen. Es la verdad, lo juro por Dios.

—Realmente me das asco, Wes; tengo serias dudas sobre tu sinceridad. También tengo la sensación de que te consideras omnisciente.

—¿Qué?

—Dime si me equivoco. Crees que puedes intuir exactamente lo que yo voy a aceptar. Vas a mentirme y a contarme algunas historias y, cuando me vaya, te meterás una o dos líneas para calmar los nervios y tu día volverá a la normalidad. Tienes serios problemas con tu vanidad. ¿Qué piensas tú?

—Mire... —comenzó a decir, con una sonrisa en la boca y la mirada hacia abajo, como en señal de automenosprecio.

—No, no, mira tú; cuando abres la boca para hablar del asesinato de un oficial de policía, das pie a ciertas complicaciones peligrosas para tu vida. El conocimiento de los hechos puede convertirte en un cómplice, Wes. Además, hay varios hombres con los que trabajo que podrían encargarse de calmarte para siempre. ¿Nos vamos entendiendo?

—Sí —dijo débilmente.

—¿Alguna duda que quieras resolver?

—No.

—Muy bien, Wes. Volveremos a hablar. Me entiendes, ¿no es así?

—Sí.

Me puse en pie y caminé hacia la puerta. Pude sentir cómo exhalaba el aliento contenido.

—Teniente —me llamó.

Me di la vuelta y miré su rostro pálido y humillado.

—¿Esto llegará a oídos del señor Segura? Tiene un par de latinos que trabajan para él; son tipos despiadados, eran policías o soldados nacionales en Nicaragua... No me gustaría que anduviesen detrás de mí.

—No hay garantías. Si el aire huele a podrido, ven a nosotros y te sacaremos de la ciudad.

El sol ardía. Al otro lado de la calle, tres niños negros bailaban para los turistas

bajo la sombra de una columna de hierro forjado. Los zapatos que llevaban sonaban como las baquetas de la batería sobre el metal. Cletus, plantado en la sombra, miraba con su abrigo colgando del brazo.

—¿Qué conseguiste del viejo Pottsie?

—Le pregunté por la muchacha negra que encontré en el río Lafourche. Todo esto huele a droga y a los piratas de Barataría. ¿Alguna vez te topaste con Julio Segura cuando estabas en la brigada?

—Es un traficante genuino y certificado; le fluye Vitalis por los poros.

—Creía que era colombiano.

—Tiene conexiones con ellos, pero él es de Managua; oí que tenía cientos de prostíbulos allí. Dicen que los sandinistas le agujerearon el avión cuando escapó. El tipo es un superviviente. Intentamos atraparlo en dos o tres ocasiones. Creo que recibe mucho dinero ilegal.

Caminamos bajo la sombra de regreso a la calle Royal, donde habíamos dejado el coche, frente al bar. Entré en una tienda pequeña y oscura, aireada por un ventilador de techo de espátulas de madera, y compré un *The Times-Picayune*. El establecimiento olía a plátanos, café, trozos de queso y grandes recipientes de madera llenos de uvas y ciruelas.

Abrí el *Picayune* por la página de deportes mientras caminábamos.

—¿Te gustaría ir a las carreras esta noche? —pregunté.

—Olvídate de las carreras, ocupémonos del latino. Primero, se lo decimos al capitán y, luego, vamos a su casa y le apretamos el nudo de la corbata.

—No, demasiado pronto.

—Diablos, la única manera de atrapar a estos tipos es saltándoles encima. En este caso, queremos que el tipo sepa que es algo personal; tendríamos que montarle toda una escenita en casa.

—Lo valoro, Clete, pero yo te diré cuándo es hora de aparecer por allí. No te preocupes, no te perderás la fiesta.

—Te veo muy confiado. Te lo advierto, este tipo es infrahumano, es un animal. Al lado de él, Didi Gee parece un arzobispo.

—¡Mierda!

—¿Qué sucede?

—La próxima vez utilizaremos tu coche para ir a almorzar.

—¿Por qué?

—Esa maldita grúa se está llevando el mío.

Esa tarde, una luz tenue iluminaba el lago mientras yo me vestía en mi casa flotante. Las palmeras y los cipreses se agitaban en la ribera por efecto del viento del golfo. El aire olía a lluvia otra vez. Me sentía muy solo y tranquilo en mi interior, y me

preguntaba si esa sensación de soledad, mi peculiar momento de serenidad interior, no sería más que el preludio a otro momento turbulento en mi vida; tal vez era un breve noviazgo con el narcisismo. Mi cuerpo todavía era duro y delgado, y mi piel, bronceada; la vieja y gris cicatriz con forma de serpiente resaltaba en mi estómago; mi cabello y mi bigote aún lucían tan oscuros como la tinta, excepto por un mechón blanco en una sien. Todas las mañanas me convencía a mí mismo de que vivir solo ya no era un símbolo de la edad o del fracaso, sino de la juventud y del éxito.

Oscuras nubes se acumulaban en el horizonte al sur del golfo y temblaban a causa de los relámpagos. Me senté solo en platea a ver las carreras de esa noche. Observé, con la misma sensación de quietud y tranquilidad, la pista iluminada, la tierra humedecida y rastrillada y el césped cortado y reluciente en el centro del campo. Era el mismo tipo de euforia sosegada, casi aturdida, que solía sentir cuando terminaba una parranda de dos días en *delirium tremens*. Me había vuelto omnisciente. Mi traje blanco tropical brillaba bajo la luz del techo. Cobré tres apuestas a colocado y dos a ganador, todas seguidas. Las camareras de piel de durazno del bar me trajeron camarones en hielo, langosta y bistec y rozaron innecesariamente sus caderas contra mi brazo al retirar mi servilleta manchada y los platos sucios.

Alguien, alguna vez, me había dicho que el deseo más grande de un jugador, la predicción del futuro, nos volvería locos. Mientras regresaba a casa esa noche calurosa de verano, con la luna reflejada en el lago y las luciérnagas resplandeciendo en las palmeras y en los robles, sentí un suave temblor en mi interior, como el crujido de un cristal o la vibración casi imperceptible de las cuerdas de una guitarra. Intenté atribuirlo a mis antiguos miedos alcohólicos que se retorcían en mi inconsciente como serpientes ciegas. Pero el que acaba de ganar en las carreras, por lo general, no se preocupa por las sensaciones a la luz de la luna.

A la mañana siguiente, bien temprano, me dirigí hacia el sudeste de Nueva Orleans, al territorio de los ríos. Era el sur de Luisiana, donde yo me había criado, cerca de Nueva Iberia. Los robles, los cipreses y los sauces se alineaban a ambos lados de la carretera de doble dirección; la neblina flotaba sobre los troncos de árboles muertos en el pantano; los cañaverales, gruesos y verdes, brillaban a la luz del sol; los nenúfares, agrupados a lo largo de la ribera del río, estaban llenos de flores y tenían las hojas cubiertas de gotas de rocío; las percas se alimentaban en las profundidades, cerca de las raíces de los cipreses; los airones estaban anidando en la arena, donde el sol asomaba sobre la línea de los árboles; ocasionalmente, una garza se levantaba del borde de las espadañas y planeaba a lo largo de la franja de agua marrón entre el pasillo de robles, cipreses y sauces.

Ahora, estos mismos riachuelos, canales y pantanos donde yo había crecido eran utilizados por los piratas de Barataría; la colección de bandoleros y negreros de Jean Lafitte eran personajes románticos en comparación. El grupo actual estaba conformado por traficantes de marihuana, cocaína y heroína, capaces de matar a toda una familia con el único fin de usar su embarcación una sola vez; después de lo cual, la hundían. De vez en cuando, los guardacostas encontraban una embarcación medio hundida y atascada en un banco de arena, con las bordas pintadas de sangre.

La misma gente, algunas veces, mataba niños por inyección, embalsamaba los cuerpos y les llenaban el estómago con bolsas de heroína, de manera que las mujeres que los transportaban atravesaran la aduana como si llevaran a sus hijos dormidos.

El comisario del condado Cataouatche no se encontraba en el palacio de Justicia. Estaba en su casa de campo a las afueras de la ciudad, con botas en los pies y dando de comer a dos caballos árabes. Su casa tenía una mano reciente de pintura blanca y un vestíbulo amplio, y estaba rodeada de azaleas y de hibiscos incandescentes. El largo cerco blanco que circundaba la pastura de caballos del fondo estaba cubierto de rosales.

El comisario tenía unos cincuenta años. Era un hombre en pleno control de su propiedad y de su vida política. El uniforme azul lucía perfecto sobre su cuerpo compacto y firme, y el rostro redondo recién rasurado y su mirada directa le daban el aspecto de un oficial rural muy seguro de sí mismo y que sabía manejar cualquier intromisión externa.

Desafortunadamente para él, yo demostré ser la excepción.

—Ella se ahogó —sentenció—. Mis asistentes dijeron que expulsó un balde de agua cuando la sacaron del río.

—Tenía marcas en los brazos.

—¿Y qué? Los adictos también se ahogan. ¿Necesita una autopsia para darse cuenta?

—¿Usted sabe si era diestra o zurda?

—¿De qué diablos está hablando?

—Se había estado inyectando regularmente en el brazo izquierdo, pero tenía una sola marca de aguja en el derecho. ¿Esto no le sugiere nada?

—Nada.

—Cuando un adicto se destruye las venas de un brazo, comienza con el otro. No creo que llevara chutándose tanto tiempo; creo que alguien le puso una inyección.

—El juez instructor del condado firmó el certificado de defunción. Dice «ahogada»; arrégleselas con él si quiere continuar con todo esto, yo llego tarde a mi trabajo.

Salió del recinto de los caballos, se quitó las botas embarradas, las dejó en el césped y se puso unas nuevas, lustradas, de media caña. Estaba mirando hacia el otro lado cuando se inclinó para ponerse las botas, pero aun así pude percibir la furia contenida en su respiración.

—Estos son caballos árabes muy finos. Tengo entendido que pueden llegar a treinta mil cuando están bien entrenados.

—Eso no sería demasiado, teniente. Como le he dicho, no quiero ser descortés, pero llego tarde. ¿Quiere que le presente al juez?

—No creo que sea necesario. Dígame, a modo de especulación: ¿cómo puede ser que una muchacha joven, completamente vestida, se ahogue en un riachuelo?

—¿Qué es lo que le va a contentar, teniente? ¿Quiere que alguien le afirme por escrito que murió por sobredosis? ¿Quiere llevarse ese testimonio de vuelta a Nueva Orleans? Muy bien, tiene mi autorización; pero ¿qué me dice de su familia? Ella se crió en una plantación de azúcar a unos ocho kilómetros al sur de aquí. Su madre es deficiente mental y el padre está medio ciego; ¿quiere ir allí y explicarles que su hija era una adicta?

—En este caso todo huele a homicidio, comisario.

—Yo solamente tengo dos cosas que añadir, amigo, y es importante que lo comprenda. Tengo confianza en lo que me dijeron mis asistentes y, si tiene alguna queja, hágala en la oficina del juez. Y la segunda es que esta conversación ha terminado.

Luego, como si yo no estuviera allí, se volvió hacia los caballos, se puso sus gafas de piloto, se subió al Cadillac y se alejó por el camino de arena hacia la carretera asfaltada. Me sentí como un poste enterrado en el suelo.

El nombre de la muchacha muerta era Lovelace Deshotels. Sus padres vivían en una de las cabañas desvencijadas y despintadas construidas junto al camino de tierra, en

la parte posterior de una plantación de azúcar. Todas las cabañas eran idénticas: sus pequeños vestíbulos de entrada estaban alineados de forma tan pareja que una flecha podría atravesarlos de un extremo a otro entre las barracas sin tocar una sola madera. Los cañaverales verdes se extendían por kilómetros, rara vez interrumpidos por un roble y el contorno distante del molino de azúcar, cuyas columnas de humo cubrían en el invierno todas estas cabañas con un olor nauseabundo que hacía llorar los ojos.

La cabaña era como los miles de cabañas que había visto en toda mi vida en Luisiana y Misisipi. No tenía cristales en las ventanas, solo tablones con bisagras que se mantenían abiertos con palos. Las paredes habían sido aisladas con las páginas de un catálogo de Sears y, luego, cubiertas con papel, ahora despegado y manchado por el agua de la lluvia. La casucha se encontraba junto a una pocilga y tenía por techo un cartel oxidado de RC Cola.

Pero había otras cosas allí que resaltaban a primera vista cuando uno cruzaba la puerta: un aparato de televisión en color, una imitación de un reloj de Bavaria sobre una estufa de leña encendida, flores de plástico en envases de gelatina, una mesa de desayuno de fórmica amarilla brillante...

Los padres me contaron poco. La madre no separaba la vista de un programa de juegos en la televisión; su enorme cuerpo estaba cubierto por unos pantalones de color verde y una camisa militar de hombre con las mangas cortadas. El padre era un hombre canoso y mayor que caminaba apoyado en su bastón como si tuviera la espalda desarticulada; tenía los ojos escamados y con cataratas.

—Se fue a Nueva Orleans. Yo le aseguré que una muchacha negra de campo no tiene nada que hacer allí —dijo el hombre, sentado en un sillón y con la mano curvada sobre el mango del bastón—. Ella... una chica de campo... ¿Qué pintaba con la clase de gente que hay en Nueva Orleans? Se lo dije a ella, yo...

—¿Para quién trabajaba, señor Deshotels?

—¿Qué sé yo de Nueva Orleans? No tengo asuntos allí, no.

Me sonrió y pude ver sus encías azuladas y sin dientes.

—¿Usted cree que se ahogó?

Hizo una pausa y la sonrisa desapareció de su rostro. Parecía mirarme de frente por primera vez.

—¿Piensa usted que a alguien le importa lo que piense un viejo negro? —preguntó.

—A mí, sí.

No respondió. Se llevó la pipa apagada a la boca, chasqueó la lengua y clavó la vista en la pantalla del televisor, sin mirarlo.

—Ya me voy. —Me puse en pie—. Lamento lo que le sucedió a su hija, de veras.

Volvió su rostro hacia mí.

—Teníamos once, nosotros. Ella era la menor. La llamaba «pequeña calabacita»

porque le gustaba la calabaza cuando era niña. Ayúdeme a salir, usted...

Se apoyó en mi brazo y salimos al vestíbulo, bajo la luz del sol. El viento agitaba los cañaverales verdes del otro lado del camino. El brazo del viejo tenía las venas marcadas. Caminó junto a mí hasta el automóvil antes de hablar.

—La mataron, ¿verdad? —preguntó.

—Eso creo.

—Para los hombres blancos no era más que una pequeña amante negra; así que la tiraron. —Se le humedecieron los ojos—. Yo le decía: «Muchachita, muchachita, me revuelco entre las cañas, buscando una mujer que no tiene hombre»; ella respondía: «Mire la televisión y el reloj y la mesa que le di a mamá». Decía eso, ella. Una muchachita que no sabe leer puede comprar un aparato de televisión de quinientos dólares para su madre. ¿Qué se puede hacer cuando se tienen diecinueve años? No quería escuchar; cuando tenía dinero de hombre blanco, venía desde Nueva Orleans en un coche grande, y me decía que nos iba a llevar al norte. Una muchachita que todavía come calabacita saca provecho de los hombres blancos para llevar a su viejo padre negro a Nueva York. ¿Qué hizo para que la mataran?

No tenía respuesta para darle.

Me encontraba en una parte solitaria del camino, flanqueado a un lado por un lago resplandeciente y por un frondoso bosque al otro, cuando vi el coche patrulla azul y blanco por mi espejo retrovisor. Llevaba las luces encendidas y, cuando estuvo muy cerca de mi parachoques, tocó la sirena. Comencé a apartarme hacia la orilla pero había vidrios de botellas de cerveza que sobresalían como dientes entre los juncos y la grava. Intenté dirigirme hacia un lugar limpio antes de detenerme, pero el coche patrulla me adelantó con un acelerón, y el agente en el asiento del acompañante me señaló el costado del camino con un dedo, enojado.

Oí cómo los neumáticos aplastaban los vidrios. Los dos oficiales se bajaron del coche. Yo intuía que se trataba de algo serio. Eran hombres robustos, probablemente de mi mismo origen; pero sus cuerpos fuertes y musculosos, los uniformes azules ajustados, los cinturones y las cartucheras impolutas, las balas brillantes y las culatas de los revólveres me hacían recordar las zonas salvajes de Misisipi y de Luisiana; como si estuvieran allí para dar rienda suelta a su crueldad.

Ninguno de los dos tenía un bloc de multas en la mano o en el bolsillo.

—La sirena significa que hay que detenerse, no que hay que disminuir la velocidad, teniente —dijo el conductor. Me sonrió y se quitó las gafas de sol. Era un poco mayor que el otro oficial—. Bájese del coche, por favor.

Abrí la puerta y me bajé. Me observaron sin decir palabra.

—Muy bien, ¿qué tienen en mi contra?

—Ir a cien en una carretera de noventa —puntualizó el otro oficial.

Masticaba goma de mascar y su mirada era recia e intensa.

—Creía que no había pasado de ochenta.

—Me temo que se le fue la mano —alegó el oficial de más edad—. En una mañana tan hermosa como esta, uno se despista mirando el agua y los árboles, o, quizá, se pone a pensar en algún trasero y, sin darse cuenta, comienza a pisar el acelerador.

—Me da la impresión de que no estamos frente a un ejemplo de cortesía profesional, ¿no es así? —comenté yo.

—El juez no nos permite andarnos con rodeos —repuso el mayor de los oficiales.

—Entonces, escriba la infracción y yo mismo hablaré con el juez al respecto.

—Muchos de los que no pertenecen al condado no aparecen nunca por el tribunal. Se vuelven locos, como avispones con mierda en el aguijón; así que los llevamos directamente al tribunal.

—A ustedes no les ha dado tiempo a vestirse esta mañana.

—¿Qué dice? —se alertó el otro oficial.

—Se les olvidó ponerse las placas de identificación. Ahora bien, ¿por qué lo hicieron?

—No se preocupe por nuestras malditas placas de identificación. Tendrá usted que acompañarnos a los tribunales —aseguró el oficial más joven; había dejado de mascar y tenía las mandíbulas apretadas.

—De todas maneras, tiene una rueda pinchada, teniente —añadió el mayor de los oficiales—. Creo que ha sido culpa nuestra, así que, mientras viene con nosotros, llamaré por radio a la grúa para que venga y se la cambie.

—Así es la vida —asentí yo—. Pero es mejor no provocar a un detective de Nueva Orleans.

—Nuestro territorio, nuestras reglas, teniente.

—¡Iros a la mierda!

Los dos permanecieron en silencio. El sol brillaba sobre la gran extensión de agua detrás de ellos; la luz era tan intensa que tuve que hacer un esfuerzo para no pestañear. Podía oírlos respirar, ver cómo se miraban entre sí con incertidumbre; casi oler el sudor de su piel.

El pie del oficial más joven se movió sobre la grava y su pulgar se dirigió hacia la correa de la cartuchera que contenía un revólver Magnum 357 cromado. Yo saqué mi 38 de la cartuchera de mi bolsillo, me agaché y los apunté con las dos manos agarrando firmes el arma.

—¡Grave error, amigo! ¡Las manos a la cabeza y de rodillas! —grité.

—Mire... —comenzó a decir el oficial de más edad.

—¡Hagan lo que les ordeno! ¡Yo gano, ustedes pierden!

Sentía la respiración fuerte en mi garganta.

Se miraron entre sí, apoyaron las manos sobre la cabeza y se arrodillaron frente a su coche. Fui detrás de ellos, les quité los revólveres de las cartucheras y los hice caminar de costado hacia el lago.

—Quítense las esposas y átense al parachoques.

—Está completamente loco —dijo el oficial mayor. Tenía la nuca empapada de sudor.

—No es así como yo lo veo. Creyeron que iban a ser cowboys y han acabado con la cara revolcada en la mierda. ¿Qué iban a hacerme? ¿Encerrarme en los calabozos? ¿Tal vez unos golpes en el asiento trasero, camino de la cárcel?

No contestaron. Sus rostros dejaban traslucir la irritación, el enojo y el dolor que les producían las piedras en las rodillas.

—Pasen las esposas por el parachoques y átenselas a las muñecas —dije—. No me han respondido, lo que me hace dudar de si hubiera llegado a la cárcel. No me digan que andan en esas cosas...

—Váyase al diablo —vociferó el oficial más joven.

—Díganme, ¿tan torpes son? ¿Pensaban que podían amenazar a un policía de Nueva Orleans y salir indemnes?

—Vamos a ver quién sale de dónde —añadió el oficial de más edad. Tuvo que darse la vuelta hacia un lado sobre las rodillas y mirar de frente al sol para hablarme.

—El comisario pretende que limpien la basura por él, ¿no es así? A mí me parece un trabajo despreciable. Deberían ponerle las cosas más difíciles; probablemente ustedes obtienen algún intercambio de vez en cuando, tal vez logren un poco de acción en el burdel local, pero él conduce un Cadillac y cría caballos árabes.

—Para ser comisario de Homicidios, es usted un estúpido —espetó el oficial mayor—. ¿Qué le hace pensar que es tan importante como para que le amenacen? No es usted más que un grano en el culo.

—Me temo que van a tener unas carreras muy cortas.

—Comience a pensar cómo va a hacer para salir de aquí —advirtió el oficial más joven.

—¿Se refiere a la rueda pinchada? Ese sí que es un problema —afirmé, pensativo—. ¿Qué les parece si me llevo su coche con ustedes atados?

Por primera vez sus rostros reflejaban los indicios de un miedo genuino.

—Relájense. En Nueva Orleans tenemos nuestras propias reglas, no nos metemos con los retrasados mentales.

En la distancia, vi un coche marrón que se acercaba. Los dos oficiales lo oyeron y se miraron el uno al otro.

—Lo siento, hoy no es su día —dije, y me agaché para ponerme a la misma altura de ellos—. Ahora, escuchen bien, payasos. No sé hasta dónde quieren llevar esto pero, si realmente quieren seguir adelante, recuerden: yo tengo más poder que

ustedes, más gente, más cerebro y mucho más de todo lo que es necesario. Mientras lo piensan, enviaré a alguien a buscar mi coche, y más vale que siga aquí. Y díganle a ese personaje para el que trabajan que nuestra conversación no ha terminado; él lo entenderá.

Hice señas con mi placa al coche marrón, y me subí al asiento del acompañante antes de que su conductor, una mujer rubia de unos treinta años con el cabello revuelto y los ojos muy abiertos, pudiera hablar o percatarse de los dos oficiales esposados. Estaba escuchando el *Concierto n° 1* de Tchaikovsky a todo volumen. Los asientos traseros estaban cubiertos de papeles, cuadernos y formularios del Gobierno.

—Soy oficial de policía de Nueva Orleans. Necesito que me lleve hasta la próxima ciudad —grité por encima de la música.

Sus ojos eran azules y estaban tan abiertos como los de una muñeca, debido al miedo y a la sorpresa. Comenzó a acelerar lentamente. Miró de reojo a los dos policías esposados cuando pasamos junto a ellos y siguió mirándolos por el espejo retrovisor.

—¿Esos hombres están atados al parachoques? —preguntó.

—Sí, eran chicos malos —le contesté—. ¿Puedo bajar el volumen?

—Lo siento, pero tengo que hacerlo, puede disparar si quiere.

Después de decir esto, apretó los frenos, puso la marcha atrás e hizo patinar el coche, en medio de un chirrido de neumáticos y una nube de humo negro. Me golpeé la cabeza en el parabrisas y, luego, vi cómo mi viejo Chevrolet se acercaba a toda velocidad.

—¡Cuidado! —grité.

Pero era demasiado tarde. Su parachoques impactó con mi guardabarros delantero y abolló las dos puertas. Se detuvo, bajó la música y se inclinó sobre mí para hablar con los dos policías.

—Este hombre dice que es oficial de policía. ¿Es verdad? —les gritó desde el coche.

—Llame a la oficina del comisario de Cataouatche, señorita —pidió el oficial de más edad.

Estaba agachado sobre una rodilla y tenía el rostro congestionado por la incómoda posición.

—¿Quién es este hombre de mi coche?

—Es una basura que va a terminar aplastado sobre el pavimento —dijo el oficial más joven.

La mujer puso el coche en primera, apretó el acelerador a fondo y pasó a toda velocidad junto a mi coche. Sentí cómo el parachoques trasero rebotaba contra mi guardabarros delantero. Conducía como un salvaje. Los papeles volaban en el

asiento trasero. El lago y los bosques inundados pasaban a toda velocidad junto a nosotros.

—Lamento lo de su coche. Tengo seguro; al menos, eso creo —se disculpó.

—Está bien. Siempre quise ver el campo desde el ojo de un huracán. ¿Todavía tiene miedo o siempre conduce así?

—¿Así, cómo?

Su cabello se agitaba contra el viento y sus ojos azules estaban desmesuradamente abiertos y fijos en el volante.

—¿Aún piensa que soy un criminal fugitivo? —pregunté.

—No sé lo que es usted, pero reconocí a uno de esos oficiales; es un sádico que le frotó su pene a una de mis clientas.

—¿Sus clientas?

—Trabajo en los servicios estatales para inválidos.

—Puede meterle en la cárcel.

—Está aterrada. Él le dijo que lo volvería a hacer y que, además, la metería en la cárcel por prostituta.

—Cielos, señorita, tenga cuidado. Mire, hay un restaurante justo al otro lado de la línea del condado; deténgase allí. Luego, haremos una llamada telefónica y la invitaré a comer.

—¿Por qué?

—Porque está muy nerviosa y no me quiere creer. A propósito, lo que ha hecho requiere mucha valentía.

—No, yo no recojo a gente extraña. Hay mucha gente rara suelta en estos días. Si es detective, ¿cómo es que conduce ese cacharro?

—Hace unos minutos no era tan cacharro.

—A eso me refiero cuando hablo de gente rara. Tal vez le haya salvado la vida y, en lugar de agradecermelo, me critica por cómo conduzco.

«No luches contra los designios de Dios, Robicheaux —pensé—, y no discutas con alguien que conduce a ciento veinte kilómetros por hora, haciendo saltar las piedras disparadas contra los troncos de los árboles».

El restaurante era un edificio de madera con ventanas enrejadas construido sobre el lago. Tenía carteles metálicos de Dixie 45 y de cerveza Jax clavados sobre las paredes exteriores. El cangrejo estaba fuera de temporada, así que elegí pescado frito y unos pequeños cuencos de sopa de camarones. Mientras esperábamos la comida, le pedí una copa en la barra y utilicé el teléfono para llamar a la extensión de mi oficina del distrito Primero en Nueva Orleans. Le puse el auricular en la oreja para que pudiera oír la respuesta de Clete y, luego, lo recuperé.

—Estoy almorzando con una dama a quien le gustaría que le describieras cómo soy.

Volví a pasarle a ella el auricular. Vi que comenzaba a sonreír mientras escuchaba y, luego, frunció los ojos y lanzó una carcajada.

—Es increíble —dijo, dirigiéndose ya a mí.

—¿Qué le ha contado?

—Que tiene usted el cabello veteado como el de una mofeta y que, a veces, intenta no pagar la cuenta.

—Clete siempre ha tenido madera de monologuista.

—¿Así es como hacen las cosas? ¿Atan a otros policías a un coche, asustan a la gente en la autopista y después se dedican a hacer bromas por teléfono?

—No exactamente; en el condado de Calaouatche tienen reglas diferentes. Yo estaba fuera de mi territorio.

—¿Y qué pasa con esos policías? ¿No cree que le perseguirán?

—Opino que deben de estar más preocupados por excusarse ante el hombre para quien trabajan. Después de comer, ¿podría llevarme de vuelta a la ciudad?

—Antes tengo que hacer una llamada; veremos si después puedo. —Bebió su Manhattan y se comió la cereza pinchada en el mondadientes. Se percató de que la estaba observando y desvió su mirada hacia la ventana, en dirección al lago, donde el viento agitaba las ramas de los cipreses.

—¿Le gustan las carreras de caballos? —pregunté.

—Nunca he ido a ninguna.

—Tengo entradas para el hipódromo. ¿Le gustaría ir mañana por la noche?

Hizo una pausa.

Sus ojos de color azul eléctrico recorrieron mi rostro.

—Toco el violonchelo en un cuarteto de cuerda, y tenemos ensayo mañana por la noche.

—Ah.

—Terminaremos sobre las ocho y media; no sé si es demasiado tarde. Vivo en Audubon Park.

«¿Ves?, evitando discutir con los designios de Dios las cosas se solucionan solas, después de todo», me dije a mí mismo.

Pero las cosas no salieron del todo bien en el distrito al día siguiente; siempre sucedía así cuando tenía que enfrentarme con la gente de la brigada Antivicio en general, o con el sargento Motley en particular. Se trataba de un hombre negro que no era oficial de carrera, pero que tenía poca simpatía por su propia gente. Una vez, un borracho negro de uno de los calabozos estaba molestando a Motley. Le llamaba «el negro que se volvió blanco, con placa de hombre blanco y arma de hombre blanco». Entonces, Motley le cubrió de la cabeza a los pies con el contenido de un aerosol irritante.

Pero había otra historia sobre Motley que era aún más turbia. Antes de llegar a

sargento y de que fuera trasladado a la brigada Antivicio, había trabajado como alguacil en el juzgado, donde se encargaba de escoltar a los prisioneros desde la cárcel hasta la sala de acusaciones, por la mañana. Tenía a siete reos esposados en el ascensor cuando un incendio en el sótano hizo estallar los circuitos eléctricos, quedando el ascensor atascado entre dos pisos; Motley salió por el techo del ascensor pero los siete prisioneros murieron allí, asfixiados por el humo.

—¿Qué quiere saber sobre ella? —preguntó.

Estaba demasiado gordo y lucía un grueso bigote. El cenicero se encontraba lleno de colillas.

—Usted la detuvo tres veces en un mes: dos por prostitución callejera y una, por posesión de drogas. Debía de tener algún interés en ella —apunté.

—Era una gallina de diez dólares, una verdadera perdedora.

—No me está diciendo demasiado, Motley.

—¿Qué quiere que diga? Se dedicaba a esnifar cocaína y a hacer pajas a los tíos en una casa de masajes en Decatur. Era la clase de mujer a la que un tipo asesina, a la que un vividor le prende fuego. Como le digo, una víctima. Una muchacha de campo que pensaba dar el gran golpe...

—¿Quién pagó su fianza?

—Probablemente, el tipo para quien trabajaba.

—¿Quién era?

—No me acuerdo. Ese tugurio cambia de manos cada dos meses.

—¿Conoce a alguien que pudiera tener motivos para matarla?

—¿Por qué no me pregunta su número de pie? De todas maneras, ¿desde cuándo es suyo este caso?

—Es una cuestión de interés personal. Mire, Motley, nosotros cooperamos con ustedes; ¿qué le parece si somos un poco recíprocos?

—¿Qué información cree que manejo? Ya le he dicho que era una prostituta sin cerebro más, todas están cortadas por el mismo patrón. De todas maneras, perdí el contacto con ella.

—¿Qué quiere decir?

—Fuimos a la casa de masajes en un par de ocasiones y ella ya no estaba trabajando allí. Otra de las muchachas nos contó que Julio Segura se la había llevado; pero eso no quiere decir nada, siempre hace lo mismo. Luego, se cansa de ellas, les da unas bolsitas de heroína mexicana y hace que ese chófer enano que trabaja para él las lleve a la parada de autobús o de vuelta a la cuadra.

—Es usted increíble.

—¿Piensa que un tipo como él está interesado en asesinar prostitutas? Olvídese; Robicheaux, está perdiendo el tiempo.

Quince minutos después, el capitán Guidry hizo acto de presencia en la oficina.

Era un cincuentón que aún vivía con su madre y pertenecía a los Caballeros de Colón; pero, últimamente, había estado saliendo con una viuda que trabajaba en el Departamento de Aguas de la ciudad y nos dimos cuenta de que se trataba de algo serio cuando el capitán comenzó a hacerse injertos de pelo. Su cabeza pelada y brillante se encontraba ahora cubierta por pequeños rizos de pelo trasplantado, de manera que parecía una roca en la que crecían algas. Sin embargo, era un buen administrador, un hombre recto y, a menudo, daba la cara por nosotros cuando no tenía por qué hacerlo.

—Llamaron de Triple A, y han dicho que remolcaron tu coche.

—Qué bien —dije yo.

—No exactamente; también han dicho que alguien rompió todas las ventanillas con un martillo o con un bate de béisbol. ¿Qué sucedió allí, si puede saberse, Dave?

Se lo conté mientras él me miraba absorto; también le hablé sobre Julio Segura. Cletus tenía la cara sumergida en un cajón del archivo.

—¿No te habrás inventado todo esto? ¿Realmente esposaste a dos asistentes del comisario a tu propio coche?

—No tenía mejores cartas, capitán.

—Bien, probablemente hiciste lo correcto, puesto que no han protestado por ello, excepto por lo de tus ventanillas. ¿Quieres apretarles un poco? Puedo llamar a la oficina del procurador general del Estado y...

—Clete y yo queremos ir donde Segura —interrumpí.

—Antivicio considera que ese es su territorio —dijo el capitán Guidry.

—Están hablando de matar a un policía, ahora es territorio nuestro —argumenté yo.

—Muy bien, pero nada de esposar a ningún oficial. Por ahora, no tenemos ninguna causa legal a la que acogernos.

—De acuerdo.

—Hablad con él y hacedle saber que estamos oyendo cosas que no nos gustan.

—Muy bien, capitán.

Se rascó uno de los implantes de la cabeza.

—¿Dave?

—¿Sí, señor?

—Olvídate de lo que he dicho. Está amenazando a un agente de la Policía de Nueva Orleans y no vamos a tolerarlo. Métele la cabeza en el váter. Dile que también va de mi parte.

Al otro lado de la valla de hierro forjado que rodeaba el enorme jardín verdoso de Segura, se podían ver tupidas plantaciones de adelfas, azaleas y laureles. Los jardineros recortaban los setos, regando los parterres de geranios y rosas, y barriendo

las hojas muertas de los plátanos. Cerca del lago, se levantaba la casa blanca de doble planta, con su techo de tejas rojas brillando bajo el sol y las palmeras agitándose junto a la piscina. Alguien saltó de un trampolín.

Un latino musculoso ataviado con pantalones y camiseta de golf apareció por el portón del frente y se inclinó junto a la ventanilla de Clete. Tenía rastros de tatuajes bajo el vello oscuro de los brazos; también llevaba grandes anillos en ambas manos.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Somos oficiales de policía. Queremos hablar con Segura —dijo Clete.

—¿Tienen cita?

—Solo dígame que estamos aquí, amigo.

—En este momento está reunido, señor.

—¿Tiene problemas de oído? —preguntó Clete.

—Tengo una lista de nombres; si ustedes figuran en ella, pueden entrar; si no, se quedan fuera.

—Escucha, maldito latino...

Sin terminar la frase, Clete se bajó del coche y le dio un puñetazo en el estómago. El hombre se dobló como un resorte, con la boca abierta y la mirada de alguien que se está ahogando.

—¿Tienes problemas de digestión? Prueba con sal de frutas —le espetó Clete.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Ahora nada —respondió, y empujó el portón de hierro para que pudiéramos entrar.

El latino se agarraba a la valla con una mano mientras hacía esfuerzos por recuperar el aliento. Nos dirigimos por el camino de entrada hacia la casa de estuco. Yo no dejaba de mirar a Clete.

—Nunca has trabajado en Antivicios, no sabes qué tipo de basura son estos tipos —me explicó—. Cuando un latino como este se interpone en tu camino, tienes que pasarle por encima; solo así te haces respetar.

—¿Te emborrachaste anoche?

—Sí, pero no necesito ninguna excusa para golpear a uno de estos bastardos.

—Basta ya, Clete.

—Ya estamos dentro, ¿no? Somos la sorpresa en la caja de las galletitas de la merienda de Julio. Mira ese grupo de gente junto a la piscina; apuesto a que podríamos averiguar sus antecedentes y relacionarlos con todos los tratos de drogas que se realizan en los condados de Orleans y Jefferson.

Alrededor de una docena de personas parecía disfrutar plácidamente del día en una piscina con forma de trébol. Flotaban en colchonetas sobre el agua turquesa, jugaban a las cartas o tomaban el sol tumbadas en las hamacas del jardín junto a los troncos marrones y delgados de las palmeras, mientras una familia de sirvientes

enanos les preparaban copas tropicales llenas de las más variadas frutas.

Clete atravesó directamente el jardín en dirección a una mesa cubierta por una sombrilla, donde un hombre de mediana edad con unos pantalones de color crema y una camisa amarilla con dibujos de loros azules estaba sentado con otros dos hombres, tan oscuros como los indios y más rígidos que una boca de incendios. El hombre de la camisa estampada era uno de los seres humanos más peculiares que había visto en toda mi vida: tenía un rostro triangular; la boca y las orejas, muy pequeñas; los ojos, absolutamente negros; tres arrugas profundas le surcaban la frente y, dentro de ellas, se podían ver pequeñas verrugas; llevaba un reloj de oro con una esfera digital negra y fumaba un Bisonte con boquilla.

A medida que nos acercábamos a la mesa, los dos hombres oscuros comenzaron a ponerse de pie en actitud protectora, pero el hombre de la camisa amarilla y azul les hizo una señal para que se quedaran sentados; entrecerraba cada vez más los ojos, como si el rostro de Clete fuera el producto de un viejo recuerdo.

—¿Qué sucede, Julio? —comenzó Clete, a modo de saludo—. Hay un tipo en la entrada que está vomitando todo el almuerzo en el césped. Es algo desagradable para el vecindario, tendrías que contratar a un portero de una clase más alta.

—Purcel, ¿no es así? —dijo Segura.

—Así es. Ahora, ata cabos e imagínate quién es este que viene conmigo.

Uno de los hombres oscuros le dijo algo en español a Segura.

—Cierra la boca, latino —soltó Clete.

—¿Qué crees que estás haciendo, Purcel? —preguntó Segura.

—Todo depende de ti, Julio. Hemos oído por ahí que estás haciendo circular unos rumores comprometedores sobre mi compañero —respondió Clete.

—¿Es él? —preguntó Segura.

Yo no dije nada, solo le miré fijamente a los ojos. Aspiró una bocanada del cigarrillo y me miró sin parpadear, como si estuviera observando un objeto y no a un hombre.

—Oí decir que estuvo armando cierto alboroto —dijo finalmente—. Pero no lo conozco; ni siquiera he oído hablar de usted.

—Creo que es un mentiroso —opiné yo.

—Tiene derecho a pensar lo que quiera. ¿Qué más cosas viene a decirme esta noche?

—Su gente asesinó a una muchacha de diecinueve años llamada Lovelace Deshotels.

—Déjeme decirle una cosa, señor llámese como se llame. Yo soy un ciudadano norteamericano. Soy ciudadano norteamericano porque un senador de Estados Unidos presentó un proyecto de ley para traerme aquí. Tengo un hijo en West Point. No asesino a nadie. No me importa que Purcel y su gente me moleste de vez en

cuando. Ustedes tienen «la mordida» aquí igual que en Nicaragua; pero no pueden venir a mi casa y acusarme de asesinato sin ninguna prueba. —Hizo una indicación a uno de los hombres oscuros, quien se puso de pie y se dirigió hacia la casa—. Añadiré otra cosa: ¿sabe por qué Purcel está aquí? Porque le remuerde la conciencia. Sacó a una muchacha de un salón de masajes en el barrio francés y la sedujo en el asiento trasero de su coche; ese es el tipo de gente que quiere enseñarme lo que es la moralidad.

—¿Te gustaría que te hiciese tragar los dientes de un puntapié? —preguntó Clete.

—Mis abogados están en camino. Ustedes quieren hacer amenazas, adelante; ellos se harán muy ricos. Les aman.

—Es usted un tipo muy astuto, Julio —intervine yo.

—¿Sí? Tal vez usted sea un tipo agradable, como su socio —respondió.

—Pero permítame que le cuente una historia personal: Mi padre fue cazador en la isla Marsh. Solía decirme: «Si no se mueve, no golpees; pero cuando comience a morderte las rodillas, espera hasta que tenga la boca bien abierta y escúpele en ella». ¿Qué piensa de esa historia?

—Usted es un hombre maduro, ¿por qué quiere ser un tonto? Yo no le he hecho nada. Por alguna razón, usted mismo se está buscando problemas.

—¿Qué es lo peor que ha visto que le haya sucedido a alguien, Julio? —pregunté.

—¿De qué está hablando?

—He oído que tiene unos tipos muy crueles trabajando para usted. Probablemente, algunos pertenezcan a la vieja Guardia Nacional de Somoza, expertos en golpear a periodistas y en asesinar a sacerdotes católicos.

—Lo que dice no tiene sentido.

—Seguro que sí. Es posible que haya visitado el sótano de algunos destacamentos de Policía de Somoza. Allí los colgaban de los brazos, con una bolsa de tela empapada en insecticida cubriéndoles la cabeza. Gritaban, se quedaban ciegos y morían asfixiados; hasta una basura como usted tuvo pesadillas por culpa de esas visiones. A buen seguro, también estará enterado del volcán donde el Ejército solía arrojar a los sandinistas desde un helicóptero. No son cosas bonitas como para ponerse a pensar en ellas, Julio.

—Hoy sí que nos han enviado a dos personas especiales: un poli de Antivicios con una puta en la cabeza, y otro que habla como un marxista.

Algunas de las personas alrededor de la piscina se rieron.

—No entiende lo que le digo —seguí yo—. Para usted, un mal destino es lo que ha visto que su propia clase le hacía a otra gente; pero una vez que logró escapar del horror de Managua, creyó que ya se encontraba a salvo. Lo mismo pensó Somoza; se fue de Dodge con todos sus millones y, un buen día, su chófer le estaba llevando por Asunción en limusina, con un escolta motorista delante y otro detrás, cuando alguien

le acertó en la tripa con el proyectil de un bazuca. Lo convirtió en lasaña al instante. ¿Me sigue, Julio?

—¿Va usted a perseguirme, señor?

—Sigue sin entenderme. A ver cómo se lo explico; tal vez, un día, un policía le ponga una 45 detrás de la oreja y dispare una bala que le reviente la cabeza; o tal vez, le aten en la Casa del Sombrero Rojo, en Angola, y terminen friéndole el cerebro.

—Debería dedicarse a escribir novelas.

—Quizá, un día esté sentado junto a su piscina, con sus prostitutas y esos monos entrenados que le rodean, y suceda algo inesperado —proseguí, al mismo tiempo que le derramaba encima su bebida tropical con hielo y frutas.

Se incorporó de un salto y se sacudió el hielo del pantalón color crema. Tenía el rostro lleno de ira e incredulidad. El hombre robusto y moreno que se hallaba sentado frente a él se levantó de la silla; Clete lo volvió a sentar de un empujón.

—Vas a arruinarlo todo, Paco —dijo.

El hombre se quedó sentado, aferrado a los brazos de hierro de la silla. No le quitaba los ojos de encima a Clete, con un rostro tan plano y rígido como una sartén.

—Muy bien, a eso se le llama ser un buen muchacho —aprobó Clete.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Segura.

—Esto es solo el comienzo, la gente de Homicidios es un grupo muy creativo —observé yo.

—Usted no es más que un escupitajo en la acera —repuso él.

—Le enviaré de vuelta a la carnicería de su país —amenacé.

—Conozco a tipos que pueden cortarles un trocito cada día del resto de su vida —amenazó Segura a su vez.

—¿Acaso está amenazando a un oficial de policía? —convino Clete.

—Yo no juego a eso, maricón. Ustedes solo son amateurs, perdedores. Miren detrás de ustedes, ¿todavía tienen ganas de seguir golpeando a la gente?

Dos hombres habían aparcado un Continental amarillo canario en el extremo del sendero de entrada, y cruzaban el jardín en dirección a nosotros. Ambos tenían el aspecto de ser expertos fiadores.

—Whiplash Wineburger, resurgido de las profundidades —comentó Clete.

—Creí que había sido excluido del foro por haber sobornado a un jurado —añadí yo.

—Ese era su hermano, Whiplash es demasiado astuto —me informó Clete—. Su especialidad son los fraudes con los seguros y robar a sus propios clientes.

—¿Quién es el tipo que viene con él?

—Un legislador latino que ha estado ofreciendo su trasero por aquí desde hace años.

—Yo había oído que estaba usted ligado a ciertas conexiones de peso, pero estos

tipos necesitarían plomo en los zapatos en un día de mucho viento —le dije a Segura.

—Me cago en la puta de tu madre —me contestó.

—Tienen dos minutos para salir de aquí —dijo el abogado.

Era delgado y estaba bronceado; parecía un jugador de tenis pasado de rosca. Llevaba una chaqueta deportiva de color beige, una camisa amarilla y gafas oscuras.

—Ya nos estábamos yendo. Parece que el vecindario se está echando a perder a pasos agigantados —observó Clete.

—A propósito, Wineburger —dije yo—, será mejor que revise el código fiscal; según tengo entendido, el IRS tiene intención de revolver en los documentos tributarios de Segura.

—¿Sí? ¿Es que tiene línea directa con la Casa Blanca?

—Todos en el edificio federal lo saben; no ha estado usted haciendo sus deberes. —Regresamos a nuestro coche, dejando a Segura y a sus abogados mirándose entre sí.

Volvimos por el camino del lago en dirección a la autopista de Pontchartrain. Las palmeras se agitaban a lo largo de la costa y algunas hojas flotaban en la superficie del lago. Varios botes se bamboleaban por el viento.

—¿Piensas que le habremos ajustado algunas tuercas? —preguntó Clete mientras conducía sin mirarme.

—Ya veremos.

—La alusión al IRS fue espectacular.

—¿Quieres decirme algo, Clete?

—¿Se supone que debo confesarme o algo así?

—No me gusta que un tipo como Segura intente joder a mi socio como lo hizo.

—Eso sucedió hace tres años. Mi esposa y yo nos habíamos separado y había estado inactivo durante seis semanas.

—¿Dejaste libre a la muchacha?

—Nunca estuvo detenida; solo era una chivata. Me gustaba.

—¿Y por eso golpeaste a ese tipo en el estómago?

—Vale, no me siento bien por lo que hice. Pero te juro, Dave, que nunca me he aprovechado de mi placa, ni he aceptado sobornos.

Me miró con su rostro escalfado, profuso en cicatrices.

—Entonces, te creo.

—Entonces, págame un *beignet* y un café en el Café du Monde.

Una tormenta de truenos se estaba formando sobre el lago Pontchartrain. El cielo se había tornado verdoso y las olas comenzaban a surcar el lago. Los pocos veleros que aún no habían regresado a la costa eran azotados por el agua mientras avanzaban hacia los muelles con el viento en contra. Habían comenzado a caer gotas grandes de

llovía cuando llegamos a la autopista y después, en un abrir y cerrar de ojos, ya llovía a cántaros sobre el coche de Clete, como si cayeran martillos.

La ciudad estaba inundada cuando fui a recoger a la trabajadora social; su nombre era Annie Ballard y vivía en Audubon Park. Las luces de la calle iluminaban los árboles a lo largo de la explanada en la calle St. Charles; el viejo tranvía verde brillaba bajo la luz húmeda; los carteles nebulosos de neón y las ventanas de los restaurantes, iluminadas y mojadas por la lluvia, parecían ser parte de una pintura nocturna de los años cuarenta. Esta zona de Nueva Orleans nunca parecía cambiar y, de alguna manera, en esa noche lluviosa de verano disipaba mis propios temores sobre el tiempo y la mortalidad. Fue precisamente este pensamiento lo que me distrajo y me permitió ignorar el coche que aparcaba detrás de mí; por eso caminé por la acera con la vanidosa presunción de que solo a la gente como Julio Segura le podían suceder cosas inesperadas.

Ella vivía en una vieja casa de ladrillo que conectaba con otras mediante un vestíbulo común y un jardín lleno de arbustos. Oí pisadas detrás de mí, me di la vuelta y vi a tres hombres que llevaban una botella de vino envuelta en una bolsa de papel y bromeaban sobre algo. Dejé de prestarles atención cuando se dirigieron a una casa iluminada donde, supuse, se estaba celebrando una fiesta.

Me sonrió al abrir la puerta. Llevaba un vestido azul con hombros transparentes, y unos rizos rubios le asomaban por debajo de un sombrero de paja ancho. Estaba preciosa con la luz a su espalda y, a decir verdad, no me importaba si finalmente íbamos a las carreras o no. Luego, vi que su mirada se concentraba en algo por encima de mi hombro, percibí cómo cambiaba su expresión y oí los pasos detrás de mí; esta vez eran unas zancadas apresuradas. Al girarme, uno de los tres hombres me dio un empujón hacia la sala de Annie Ballard y me apuntó a la cabeza con una pistola automática Browning.

—No intentes sacar el arma, cariño. A menos que quieras que el cerebro te salga por la nariz —dijo, al mismo tiempo que revisaba el interior de mi chaqueta y sacaba mi 38 de la cartuchera.

Era un hombre alto y anguloso. Tenía el cabello muy corto y la cabeza parecía una cebolla pelada; su estómago parecía tan plano como un tabla, bajo la gran hebilla de metal de sus vaqueros. Tenía acento sureño y mostraba una calavera sonriente tatuada en el brazo derecho, con una boina y dos bayonetas cruzadas debajo de la mandíbula con una inscripción que decía: «Mátalos a todos... deja que Dios los clasifique».

El segundo hombre era bajo y de piel color aceituna. Tenía los ojos alargados y la nariz aguileña. Iba frenéticamente de una habitación a la otra, como un hurón; pero resultaba obvio que era el tercer hombre quien estaba al mando. Este tenía las manos metidas en los bolsillos de su impermeable y su rostro miraba impasible cada rincón de la habitación, como si estuviera en una parada de autobús. De unos cincuenta años, barriga, un mentón irlandés redondo, boca pequeña con las comisuras hacia abajo y las mejillas llenas de pequeñas venas azules y rojas. Los bordes levemente disolutos de su rostro, con las cejas gruesas y el cabello blanco y largo, le daban la apariencia de un antiguo miembro del club Kiwani.

—No hay nadie más —informó el hombre de piel de oliva. Hablaba con acento de Oriente Medio.

—¿Ya saben que soy oficial de policía? —dije con tranquilidad.

—Sabemos muchas cosas sobre usted, teniente; su nombre ha aparecido por todas partes últimamente —contestó el hombre del impermeable.

—Pensé que Segura era mucho más astuto.

—No sé, nunca he conocido a ese hombre; pero usted no tiene un pelo de listo.

Sacó como por casualidad un revólver del bolsillo de su impermeable e hizo una seña al hombre del tatuaje. Este fue al baño, tiró mi revólver por el inodoro e hizo correr el agua de la bañera; Annie mantenía los ojos muy abiertos bajo el sombrero y respiraba fuerte por la boca.

—Van a venir unos amigos míos —insinuó.

—Por eso lleva el sombrero puesto —convino el hombre del tatuaje, sonriendo desde la puerta del baño. Tenía el pelo tan corto que la luz le hacía brillar la cabeza como si tuviera una aureola. Llevaba un rollo grande de cinta adhesiva en la mano.

—Voy a salir por la puerta —avisó Annie. Tenía el rostro enrojecido y moteado como si tuviera fiebre; su voz estaba cargada de tensión—. Tengo amigos en la puerta contigua y en el jardín y en el otro bloque y pueden oír todo a través de las paredes y ustedes no podrán hacernos nada...

—Annie... —dije tranquilamente.

—Vamos a irnos ahora mismo y no podrán hacernos daño —interrumpió.

—Annie, no hables. Estos hombres tienen negocios conmigo. Se irán, pero ahora no debes hacer nada.

—Escuche la voz de la experiencia —aconsejó el hombre del impermeable.

—No —se negó Annie—. No van a hacer nada. Yo me voy. Son unos débiles; si no, no estarían armados.

—Maldita perra.

El hombre del tatuaje la golpeó con el puño en la parte trasera de la cabeza.

El sombrero voló por los aires y ella cayó de rodillas, con el rostro pálido por el golpe. Se quedó inclinada hacia delante y comenzó a llorar; era el tipo de llanto de alguien que tiene miedo de verdad.

—Hijo de perra —exclamé yo.

—Llévala al fondo —ordenó el del impermeable.

Los otros dos hombres le ataron los brazos a la espalda y le taparon la boca con la cinta adhesiva. El cabello rubio le caía sobre los ojos y tenía lágrimas aún húmedas en las mejillas. Los dos hombres se la llevaron a la habitación.

—Bobby Joe: nada más que lo que tenemos que hacer aquí —señaló el hombre del impermeable.

—¿Querías que se largase por la puerta principal? —replicó Bobby Joe, el hombre del tatuaje.

—No me refiero a eso. Solo a lo que hemos venido, ¿entiendes?

—Hay mejores chicas por dos dólares en Guatemala.

—Cierra la boca; átale los tobillos y vuelve aquí.

—¿Quién es usted? —pregunté yo.

—Lleva las de perder, teniente. No estoy muy seguro de su propio grado de consciencia; ese es el problema que tenemos que resolver esta noche.

—Les daré otro problema para resolver: voy a vengarme de todo lo que suceda aquí esta noche.

—Está suponiendo demasiado.

—¿Sí? Podemos hacer que Nueva Orleans se convierta en un lugar desagradable para los cerdos que pegan a las mujeres; o para los agentes secretos venidos a menos.

—¿Piensa que va a ganarme? —Parecía estar divertido.

—Huele a federal que apesta.

—Quién sabe. En estos días, con el desempleo que hay... Pero, al menos, usted es un profesional y sabe reconocer a la gente; así que sabe que Bobby Joe y Erik son ayuda contratada. Quiero decir, no son profesionales en absoluto, se dejan llevar algunas veces, ¿sabe a lo que me refiero? Bobby Joe, en particular. Una mala vida en el Ejército. No le gusta la autoridad y, por cierto, no le gustan las mujeres. Una mala combinación para usted. Dígame dónde está Fitzpatrick y nos iremos de aquí.

—¿Quién?

—Me temía que íbamos a escuchar esa respuesta por su parte.

Los otros dos hombres, Bobby Joe y Erik, me ataron las muñecas a la espalda con cinta adhesiva; lo hicieron tan fuerte que podía sentir cómo la sangre me hinchaba las venas. Luego, el hombre del impermeable hizo una seña a Bobby Joe, quien tiró de mi cabeza hacia abajo con las dos manos y me golpeó con la rodilla en la cara. Caí sobre la mesa de café. La nariz me latía por el dolor y me empezaron a llorar los ojos incontrolablemente. Bobby Joe y Erik me sujetaron por los brazos. Después, Bobby Joe me golpeó dos veces en el estómago; me retorció y escupí un hilillo de saliva en la alfombra.

—Seguramente ahora cooperarás un poco más, ¿no es así, cariño? —dijo Bobby Joe, antes de llevarme al baño.

El agua de la bañera se estaba desbordando. Erik cerró los grifos y el hombre del impermeable bajó la tapa del inodoro; se sentó y encendió un Camel.

—En Vietnam, le envolvimos la cara a un Charlie con una toalla y lo sumergimos en agua —me contó—. Era como ahogarse en un río portátil; siempre funcionaba, incluso mucho mejor que otros métodos. No complique las cosas, teniente, y no tendrá que pasar por todo eso.

Me tenían de rodillas, inclinado sobre la bañera. Me caían gotas de sangre de la nariz. Esperaron un minuto en silencio; luego, me hundieron la cabeza.

Luché por levantarme, pero no sirvió de nada. Sentía las rodillas como si estuvieran engrasadas con vaselina. Bobby Joe estaba apoyando todo su peso sobre mi nuca y me apretaba el estómago contra el borde de la bañera. Me burbujeaba el aire por la boca y por la nariz, sacudí la cabeza a un lado y a otro violentamente, con

los ojos abiertos y los dientes apretados, y, luego, el mecanismo de obstrucción de la garganta se rompió y absorbí agua al interior de los pulmones y de la cabeza, como si una serie de puertas se cerraran para siempre.

Tiraron de mí hacia arriba, expulsando agua y aire, y me arrojaron contra las patas de metal del lavabo.

—No está tan mal, no tiene lesiones de consideración —dictaminó el hombre del impermeable—. Habría sido mucho peor si lo hubiera hecho la gente de Segura. Tiene algo que ver con la tradición latina, creo que lo heredaron de los romanos. ¿Usted sabía que Nerón se suicidó porque el Senado lo había condenado a ser ejecutado «con los métodos antiguos»? Eso significaba que iban a matarlo a latigazos y con la cabeza encerrada en una horquilla de madera. Si no quiere decir dónde está Fitzpatrick, puede escribirlo en un trozo de papel; es curioso, pero a muchas personas les resulta más fácil así.

El corazón me latía a toda velocidad y me costaba respirar.

—Nunca he oído hablar de ese tipo.

Sentí que Bobby Joe comenzaba a levantarme de un brazo.

—Espera un minuto —dijo el hombre del impermeable—. El teniente no es un mal tipo, lo que pasa es que no sabe en lo que está involucrado; si lo supiera, tal vez quisiera formar parte de nuestro equipo. Fitzpatrick probablemente le mintió y usted pensó que estaba ayudando a los muchachos buenos, ¿verdad?

—No sé de qué diablos está hablando.

—Quizá usted sea un buen policía, pero no venga a decirnos que está armando tanto alboroto en Nueva Orleans y en Cataouatche solo por una muchacha de color ahogada.

—Esta vez, dos minutos. Hablará —aseguró Erik.

El hombre del impermeable se agachó y me miró directamente a los ojos.

—Lo dice de veras, dos minutos debajo del agua; tal vez logre sobrevivir, no muchos lo hacen. Las cosas son así.

—Todo lo que tiene que hacer es mover hacia arriba y hacia abajo la cabeza y, después, podrá tener todo el aire que quiera —opinó Bobby Joe.

Me arrastró de un brazo hasta el borde de la bañera nuevamente pero, resbaladizo por el agua y el sudor, logré soltarme. Caí sobre mi trasero y le lancé un puntapié con mi zapato de suela de cuero en las costillas, como un martillo. Lo cogió desprevenido. Tenía la lengua rosa entre los dientes y la piel tirante sobre el cráneo, como si estuviera absorbiendo en silencio un dolor y una furia intolerables.

—Muchacho, no deberías haber hecho eso —dijo el hombre del impermeable.

Erik me agarró del pelo y me estrelló la cabeza contra el lateral de la bañera. Pateé a todos ciegamente, pero mis pies solo tocaban el aire. Luego, Bobby Joe me apretó el cuello con sus fuertes brazos y me volvió a golpear contra el borde. El

cuerpo le temblaba, rígido, presa de una furia cruel y asesina.

Yo sabía que todos mis anteriores miedos a ser asesinado por un psicópata, apuñalado por un adicto o a pisar una mina en Vietnam eran solo preocupaciones tontas de la juventud. Sabía que mi verdadero vengador siempre había sido un amante marginado que me tendría boca abajo contra su pecho mientras mi alma se deslizaba por un agujero verde y acuoso hacia el interior de la tierra, hacia las profundidades del río Mekong, donde flotaban los cuerpos de otros soldados y familias enteras de civiles, con sus rostros aún dominados por el *shock* de un ataque de artillería; y, más lejos aún, hacia la base de una plataforma petrolera en el golfo de México, donde mi padre me estaba esperando con su casco, el mono de trabajo y las botas puestas, después de haberse ahogado allí veinte años atrás.

Entonces, los brazos de Bobby Joe me soltaron el cuello, como si se hubiera cansado de mí, y me desplomé, cual piltrafa jadeante y embrionaria, sobre el suelo. Quedé tendido con un ojo apoyado contra el mosaico húmedo.

—Ve ahí fuera a ver qué es —oí al hombre del impermeable.

Bobby Joe se incorporó, me pisó y se fue.

—¿Ha cambiado de opinión respecto a Fitzpatrick? —me preguntó el hombre del impermeable.

No podía responder. De hecho, a esas alturas ni siquiera recordaba el nombre. Luego, oí a Bobby Joe en el marco de la puerta.

—La maldita perra logró soltarse los pies de la cama y pateó una lámpara por la ventana. Todo el maldito patío está lleno de gente.

—Es hora de irse. —El hombre del impermeable se puso de pie y se peinó mientras pasaba junto a mí—. Esta noche es usted un gran ganador, teniente, pero deje de intentar jugar en las ligas de primera; es una vida de mierda, créame: grandes riesgos, mucha gente loca suelta, pocos beneficios adicionales... Usted tiene cojones, pero, la próxima vez, Bobby Joe y Erik se los van a cortar.

Luego, salieron por la puerta principal y desaparecieron en la oscuridad, como tres macabros arlequines que vinieran a visitar el apacible mundo de la gente común con bates de béisbol.

Tres patrullas del distrito Segundo, una ambulancia y un camión de incendios respondieron a la llamada de emergencia del vecino. Las luces azules y rojas se reflejaban en los árboles y en las casas; el parque y la casa estaban atestados de oficiales de policía, enfermeros, bomberos con impermeables amarillos, vecinos que bebían cerveza y sangría, gente que escribía en libretas y hablaba por radio... y todo eso no significaba absolutamente nada. Cualquier policía imparcial puede corroborar que rara vez atrapamos a la gente como resultado de una investigación, o del trabajo de los detectives. En otras palabras, si no los atrapamos durante la comisión del

crimen, existen muchas posibilidades de que no lo hagamos jamás; cuando sí los pillamos, es frecuentemente gracias a los soplones o porque cometen un error y se delatan ellos mismos (conducen en estado de embriaguez, tienen permisos de conducir caducados, arman un alboroto en un bar...). Nosotros no somos astutos; ellos son los torpes.

Es por ese motivo por lo que los federales tuvieron tan mala imagen allá por los años sesenta y principios de los setenta, cuando no fueron capaces de atrapar a un grupo de estudiantes universitarios de clase media que terminaron en la lista de «Las diez personas más buscadas». En lugar de tratar con los típicos psicópatas predecibles, como Alvin Karpis y Charles Arthur Floyd, al FBI le tocó ser más astuto que unos estudiantes universitarios de Brandéis y Wisconsin que dinamitaban laboratorios de investigación y asaltaban bancos y camiones de recaudaciones para, a continuación, perderse en la tranquila vida de los suburbios.

El último en irse fue el investigador de la escena, a quien yo mismo había solicitado. Retiró el polvo de las puertas, del dormitorio, del baño, me miró, se encogió de hombros y, finalmente, salió por la puerta sin decir palabra; era su manera de decirme lo inútil que había sido su trabajo.

—¿Encontró algo?

Annie se sentó a la mesa del comedor con un vaso de whisky entre los dedos; su rostro estaba pálido; sus ojos azules y la voz eran indiferentes.

—Lo habrán revisado todo. De todas maneras, las huellas digitales no sirven de mucho, a menos que tengamos un cadáver o algún detenido. Incluso, aunque tengamos una colección completa de huellas digitales ensangrentadas, será necesario compararlas con los cientos de miles de ellas que hay en los archivos, un trabajo tan entretenido como enhebrar una aguja con los ojos cerrados; por eso parecía tan feliz cuando se fue de aquí. Mira, lamento haberte ocasionado tantos problemas en tu casa. Esta noche estaba distraído; tenía que haberme enfrentado a esos tipos cuando se bajaron del coche.

—No fue culpa tuya.

Su voz era apagada, distante.

—Creo que deberías haberte ido en la ambulancia. Un golpe muchas veces puede ser engañoso.

—No tiene nada que ver con el golpe.

La miré. Tenía el rostro descolorido, cansado.

—Oye, déjame ir a mi barca para cambiarme de ropa y, después, te llevaré a un restaurante italiano en el lago, donde sirven una lasaña que te partirá el corazón —propuse.

—No creo que pueda ir a ninguna parte ahora.

—Muy bien, iré al restaurante de comida china en St. Charles y traeré algo para

comer aquí. Regresaré en unos minutos.

Su mirada reposó un instante en el vacío.

—¿Te importaría quedarte un momento? —pidió.

—Muy bien, pero te diré algo: nada de alcohol. Voy a prepararte un poco de leche caliente y una tortilla.

Le quité el vaso de *whisky* de las manos. Entonces, me miró con ojos de desesperación; le temblaba la boca y corrían lágrimas por sus mejillas.

—Me puso las manos encima, me tocó por todas partes mientras el otro miraba.

Ahora se había puesto a llorar desconsoladamente. Tenía el mentón contra el pecho y le temblaban los hombros.

—Oye, Annie, eres una persona valiente. Tú no lo sabes, pero me has salvado la vida. ¿Cuánta gente puede hacer lo que tú hiciste? La mayoría de personas se desmorona en situaciones así; pero un tipo como ese no puede hacerle daño a una persona como tú.

Conservaba los brazos cruzados sobre el estómago y seguía con el rostro hacia abajo.

—Ven a la sala y te sientas en el sofá conmigo. —Le puse un brazo sobre los hombros y la llevé hasta el diván. Me senté junto a ella y le tomé las manos—. Lo que suceda fuera no cuenta, es algo sobre lo que no tenemos control. Lo que importa es lo que hacemos frente a lo que sucede, la manera en que reaccionamos. Uno no se vuelve loco consigo mismo o se siente avergonzado porque contrae un virus, ¿o sí? Oye, seré franco contigo: tienes muchas más agallas que yo; estuve en una situación en la que me sucedió algo realmente malo, pero no tuve tu valentía.

Tragó saliva, abrió bien los ojos y se frotó las mejillas húmedas con la muñeca. Su rostro se sacudía cada vez que respiraba, pero ahora me estaba escuchando.

—Yo estuve en Vietnam en los primeros días de la guerra. Era un teniente vigoroso que realmente pensaba que podía dirigir la acción. ¿Por qué no? La situación allí tampoco era tan desesperada. El Vietcong solía hacer fuego contra nosotros con vieja chatarra japonesa y francesa, que habían recalentado y doblado contra los árboles; la mitad de las veces les explotaba en su propia cara. Pero un día íbamos cruzando una plantación de caucho y nos encontramos con un nuevo tipo de personajes: ciudadanos de Vietnam del Norte armados con AK-47. Nos llevaron hasta una zona minada y nos tendieron una trampa. Si alguien intentaba darse la vuelta y arrastrarse, había dos posibilidades: hacer estallar una mina debajo de su cara o quedar atrapado en medio del fuego cruzado. Perdimos diez hombres en quince minutos; luego, el capitán se rindió.

»Nos hicieron marchar entre los árboles hasta un riacho donde la artillería ARVN había asesinado a un grupo de civiles de un poblado del Vietcong. Había niños, mujeres y ancianos muertos en el agua y en las riberas del riacho. Pensé que iban a

ponernos en fila y que nos iban a matar como a todos los demás. Sin embargo, nos quitaron los pertrechos y nos ataron las manos a los árboles con cuerdas de piano que habían sacado de un piano destrozado de la casa de la plantación. Luego, se comieron nuestras raciones, fumaron nuestros cigarrillos y se turnaron para orinarnos encima. Nosotros estábamos sentados en la tierra como perros mientras hacían todo esto.

»Yo culpaba al capitán por haberse rendido, y hasta sentí placer cuando le orinaron a él pero, después, sucedió algo que me hizo entrar en razón. Un helicóptero nos divisó y, en unos diez minutos, un grupo de comandos y soldados apareció por la misma zona minada para liberarnos: nosotros solo éramos el queso de una trampa para ratas. Pude oír las AK y las minas al explotar, pude oír a nuestros hombres gritar, incluso ver cómo sangre y partes humanas saltaban contra los troncos de los árboles, y, entonces, me sentí afortunado de estar allí, empapado en orín y a salvo de la pesadilla en la que esos tipos estaban muriendo.

»Solía engañarme a mí mismo diciéndome que no tenía esos pensamientos, pero lo cierto es que estaba contento de que fueran otros los que se convertían en comida para perros y no yo. A esto me refiero cuando hablo de cobardía. Tú no eres ese tipo de persona.

—Tus sentimientos eran humanos. No podías evitarlo.

—Así es, pero esta noche has sido mejor soldado que yo en Vietnam, con la excepción de que no quieres atribuirte ningún mérito. —Le retiré los rizos rubios de la frente—. Además, eres una soldado muy guapa.

Volvió a mirarme, esta vez sin pestañear.

—Guapa y valiente; esa sí que es una buena combinación —añadí.

El azul de sus ojos y su infantil sensualidad me provocaron una extraña sensación.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Mi padre era un cocinero maravilloso. Nos enseñó todas sus recetas a mí y a mi medio hermano.

—Creo que también te enseñó algunas otras cosas, eres un buen hombre.

Sus ojos me sonrieron. Le apreté la mano y, después, fui a la cocina y calenté una sartén con leche para preparar una tortilla con cebollas verdes y queso blanco. Comimos en la mesa de la sala. Noté que le volvía el color a la cara.

Le hice hablar sobre su familia, su hogar, su música y su trabajo: todo lo que definía quién era antes de que Bobby Joe la tocara con sus sucias manos. Me dijo que se había criado en una plantación de trigo y sorgo en el norte de Wichita, Kansas; que su madre era una luchadora por la paz y su padre, un descendiente de la gente de John Brown. Describió Kansas como un territorio verde atravesado por ríos lentos, salpicado de bosques de robles, álamos y algodones. Un lugar amplio, sin

horizonte, bajo un cielo azul caliente, invadido por el monótono zumbido de las cigarras; sin embargo, era también un territorio poblado por fanáticos religiosos, prohibicionistas y papanatas de extrema derecha, mientras que, en el otro lado de la ecuación, estaban los antinucleares y las decenas de grupos pacifistas. Su relato hacía pensar en un asilo mental al aire libre; al menos lo era para ella, porque se había ido a Tulane a estudiar música y no había salido de Nueva Orleans desde entonces.

Pero, ahora, el sueño estaba invadiendo su rostro.

—Creo que es hora de que alguien se vaya a la cama.

—No estoy cansada, de veras.

—¿Ah, no?

La abracé, puse su cabeza sobre mi hombro y le cerré los ojos con los dedos. Podía sentir su respiración uniforme sobre mi pecho.

—No soy una niña, tengo veintisiete años —replicó, somnolienta.

Pasé el otro brazo por debajo de sus piernas y la llevé a la habitación. La dejé sobre la cama, le quité los zapatos y la tapé con la sábana. Me miró desde la almohada y me puso una mano en la nuca.

—No te vayas.

—Estaré en el sillón de la sala. Mañana por la mañana, desayunaremos en el mercado francés. Si oyes algún ruido, no te asustes, soy yo; suelo caminar mucho por la noche.

Apagué la luz.

Era verdad; por lo general, no dormía bien. En ocasiones me lo impedía los recuerdos latentes de la guerra, pero la mayoría de las veces no podía dormir simplemente porque estaba solo. Veía tres películas nocturnas por televisión y, cuando me quedaba dormido, era con la plena confianza de que la luz del día llegaría en poco tiempo y que mi doloroso celibato nocturno, mi golpeado sentido de la ética y todos mis dragones alcohólicos pronto desaparecerían de una manera predecible y controlable.

El hombre al que, a veces, consideraba la semilla mal puesta de mi padre me llamó antes del mediodía y me dijo que fuera a almorzar a su restaurante en Dauphine. En realidad, mi medio hermano Jimmie, quien, según mucha gente, parecía mi mellizo, era un caballero a su manera. Tenía el mismo sentido del humor y la misma franqueza que mi padre. Trataba a sus iguales del mismo modo que a sus inferiores, con respeto, y pagaba sus deudas de juego a tiempo. Tenía una actitud honorable, casi victoriana, con las mujeres; posiblemente, porque su madre era una prostituta de Abbeville, aunque ninguno de nosotros la recordaba. Pero también estaba involucrado en apuestas ilegales y en tráfico de máquinas de póquer y tragaperras, lo que lo había llevado a una asociación circunstancial, pero peligrosa, con Didoni Giacano.

A menudo, solía enfadarme con él por esa asociación y su actitud frente a ella, así como por otras cosas que había hecho para demostrar, de alguna forma, que era distinto a mí y que, además, no era simplemente mi medio hermano y el hijo ilegítimo de su padre; sin embargo, nunca pude mantenerme enfadado con él durante mucho tiempo, como tampoco lo había podido hacer cuando éramos niños y él nos metía a los dos en problemas por culpa de sus ocurrencias.

A pesar de que era quince meses menor que yo, siempre lo hicimos todo juntos. Lavábamos botellas en la fábrica de salsa picante del río, desplumábamos pollos por cinco centavos la pieza en el matadero o colocábamos bolos en las pistas de *bowling* (cuando aún eran pocos los niños blancos que trabajaban en esas calurosas boleras llenas de negros sudorosos que arrojaban las bolas de tal manera que podían partir en dos la columna de cualquiera).

Sin embargo, él hizo que nos despidieran a los dos de la fábrica de salsa picante cuando intentó lavar muchas botellas juntas y terminó perdiéndolas en el fondo del río; nos echaron del matadero cuando decidió alterar la operativa y sacar seis pollos de las jaulas, llevarlos al patio donde teníamos que matarlos y hundirlos en grandes calderas de agua hirviendo. Pero los pollos se asustaron, se estrellaron contra el ventilador y terminaron hechos pedazos entre las paletas de metal.

Otra de esas calurosas noches en la bolera, entró un grupo de chicos duros que vivían en la avenida Railroad y comenzaron a hacer rodar la segunda bola antes de que el encargado tuviera tiempo de colocar los bolos. Eran muchachos que gustaban de salir a golpear negros los sábados por la noche con tirachinas, canicas y bolitas de metal. Los negros de las boleras no podían hacer mucho cuando eran atacados por borrachos o por chavales de instituto, pero Jimmie no se imponía ninguna restricción a sí mismo y siempre ponía en práctica la venganza inmediata.

Estaba recogiendo bolos en la pista junto a mí, con la camiseta manchada y el pelo empapado en sudor, cuando una bola le pasó al lado de la rodilla y golpeó en la valla de cuero. Un minuto después, volvió a suceder lo mismo. Bajó los bolos para bloquear la visión de la bolera, fue a otra de las pistas y regresó con una escupidera llena de Red Man mascado; lo puso en el agujero para el pulgar que tiene la bola, lo tapó con goma de mascar y la echó a rodar por la rampa.

Un momento más tarde, oímos una maldición y miramos por debajo de los bolos. Vimos a un muchacho corpulento, de cabello erizado, que se miraba la mano con una expresión de horror.

—Eh, amigo, ponte un poco en la nariz también. Te vendría bastante bien —gritó Jimmie.

Cuando cerraron la bolera, tres de ellos nos esperaban a la salida en el aparcamiento, y nos golpearon durante cinco minutos hasta que salió el dueño, los persiguió y nos anunció que estábamos despedidos los dos. Jimmie echó a correr

detrás de la camioneta, tirándole piedras a la cabina.

—Conseguiremos un reparto de periódicos —dijo, con el rostro enrojecido y sucio, y con manchas de sudor secas—. Después de todo, ¿quién quiere trabajar toda la vida en una bolera? Los repartidores de periódicos ganan mucho dinero hoy en día.

Los dos cambiamos mucho cuando fuimos a la universidad, en Lafayette, y comenzamos a dejar atrás el mundo de nuestro padre. Cuando llegó el momento, me incorporé al Ejército y me enviaron a Vietnam; Jimmie, por su parte, entró en la Guardia Nacional, sacó una hipoteca sobre la pequeña casa y la granja de siete hectáreas que nos había dejado nuestro padre y abrió un café en la calle Decatur de Nueva Orleans. Más tarde, compró el primero de una lista de varios restaurantes, comenzó a usar joyas costosas y trajes Botany 500, y aprendió los modales de la gente que vivía en el distrito Garden y pertenecía al club náutico; lo hacía porque pensaba que sabían algo sobre el dinero y el poder que él ignoraba.

Hubo también un sinnúmero de mujeres atractivas que aparecieron y desaparecieron en su vida. Pero, cada vez que lo veía en su restaurante con un grupo de empresarios alegres, con los ojos arrugados ante ese mismo humor trillado de siempre, recuerdos de otros tiempos me sobrevenían; recuerdos en los que un muchacho con guardapolvos asustaba a un puñado de pollos y los estrellaba contra el ventilador, o le tiraba piedras a una camioneta que desaparecía en la oscuridad.

Didi Gee y mi hermano estaban comiendo en un reservado de la parte trasera del restaurante cuando llegué yo. La cintura de Didi tenía el perímetro de una rueda de tractor. Sus manos eran grandes como sartenes; el cuello, tan grueso como una boca de incendios; la cabeza, negra y con rizos, tan redonda y dura como las rocas de una cantera. De joven había sido cobrador para un grupo de usureros del otro lado del río, en Algiers; de ahí la historia de que sumergía las manos a la gente en un acuario lleno de pirañas.

Sabía con certeza que un policía de Gretna le disparó en el hombro, haciéndole un agujero del tamaño de un corazón de manzana. El poli se negó a llamar a una ambulancia y lo dejó en la acera para que muriera desangrado. En cambio, Didi Gee vivió, hizo que le despidieran del Cuerpo de Policía y se encargó de que no encontrara trabajo. Finalmente, no le quedó otra opción que trabajar para Didi Gee como corredor de apuestas; una especie de patética exhibición humana que Didi hacía circular como un muñeco vudú con alfileres clavados.

Jimmie me sonrió con sus dientes blancos, me estrechó la mano e hizo un gesto al camarero para que me sirviera un plato de langosta del mostrador del fondo. Didi Gee tenía la boca tan llena de comida que tuvo que apoyar el tenedor y el cuchillo, y masticar durante casi un minuto. Luego, se bebió un vaso de vino tinto, antes de poder hablar.

—¿Cómo le va, teniente?

Siempre hablaba como si tuviera la nariz tapada por un cartílago.

—Muy bien. ¿Cómo andan las cosas, Didi?

—No demasiado bien, a decir verdad. Tengo cáncer de colon: me van a sacar parte del conducto intestinal y me van a cerrar el agujero; tendré que caminar con una bolsa de mierda colgando.

—Lamento oír eso.

—Mi médico dice que o me hacen eso o me entierran en la caja de un piano. Alégrese de que todavía es usted joven.

Se llevó a la boca una albóndiga de carne envuelta en fideos y media rebanada de pan.

—Hemos oído algunos rumores sobre ti —dijo Jimmie, sonriendo.

Llevaba una chaqueta oscura y una corbata gris. Su reloj y sus anillos de oro relucían bajo la tenue luz del restaurante. Desde niño, había usado su sonrisa para ocultar la culpa, para expresar complejidad o para negarse una bondad básica a sí mismo.

—Como suele decirse, se oyen muchas tonterías por la calle —intenté regatear.

—Atacar a Julio Segura no es una tontería —concretó Jimmie.

—De vez en cuando, hay que alegrarle el día a la gente.

—A algunos tipos es mejor dejarlos solos —aseveró él.

—¿Qué es lo que has oído?

—Se habla mucho de un ataque importante a un policía de Homicidios.

—Son noticias viejas, Jim. Ya lo escuché en Angola, por boca de Johnny Massina.

—No te lo tomes a broma.

—Estamos hablando de gente de una clase muy baja, teniente —intervino Didi Gee—. Son una mezcla de indios con negros o algo así. Yo compré una casa de invierno muy linda en Hallendale, Florida. Un día, unos colombianos se mudaron al lado y convirtieron todo el maldito patio en una huerta de verduras. Sus hijos me orinaban el coche desde la ventana del segundo piso. Es un vecindario en el que no se entra si no se tienen trescientos mil dólares, ¿entiende? Y ellos ponían excrementos de pollo en sus tomateras; el olor era como para que a uno se le cayera la nariz.

—¿Por qué estamos almorzando juntos, Jimmie?

—Julio Segura es una verdadera basura, no se comporta según las reglas básicas de la gente; ni las tuyas ni las de Didi. Hay muchas personas a las que les gustaría ver muerto a ese tipo, pero todavía anda por ahí y eso es porque también hay muchos que quieren que viva. No deseo que termines quemado por intentar averiguar algo que no conduce a ninguna parte.

Luego, Jimmie permaneció en silencio. Didi Gee dejó de comer, encendió un

cigarrillo y tiró el fósforo apagado en su plato vacío.

—Un par de tipos suyos solían trabajar para mí. Ya no lo hacen pero, de vez en cuando, aparecen por mis locales. Quieren saber lo que sucede en la ciudad, pero, como Jimmie te podrá decir, no me interesan los chismes. Además, estos son tipos que siguen sus propias reglas y yo no pierdo ni un minuto escuchando lo que esta gente tiene que decir. Para ser sincero, teniente, he ido cambiando mucho mi actitud últimamente; será por la edad y por la enfermedad. Hay cierta clase de chusma con la que no deseo volver a tener ninguna vinculación. Si iba a preguntarme sus nombres más tarde, tengo que confesarle, con honestidad, que no los recuerdo.

—No se me dan muy bien los nombres estos últimos tiempos, Didi —repuse yo.

—Porque esta historia, si es cierta, es una historia horrible y demuestra qué tipo de escoria ha dejado entrar el país por sus fronteras. La muchacha negra era una prostituta que trabajaba para ese chicano que vive junto al lago. El chicano, y utilizo esta palabra porque es un verdadero rufián, solo tiene fulanas en el cerebro y siempre anda haciéndolas entrar y salir de su mansión; principalmente, porque es un maldito degenerado al que ninguna mujer normal se atrevería a tocar a menos que estuviera ciega. La joven negra se mudó a su casa y el latino estaba realmente caliente con ella. La chica pensó que eso la ayudaría a salir con facilidad del lugar de donde venía. El latino permite que su chófer enano la lleve de compras por la ciudad, le da toda la coca que quiere y la presenta a mucha gente importante, como si no fuera una fulana más con un trasero de diez dólares y un cerebro de cinco centavos; pero la muchacha no sabía que el tipo se cansa y se deshace de sus mujeres como Jimmy Durante de sus pañuelos de papel.

»Una mañana, después de que ella se emborrachara y se tirara a la piscina, él le dijo a su chófer enano que se la llevara de vuelta al lugar de donde vino. Lo que el latino nunca imaginó fue la ambición de una joven negra que se crió sacando batatas de la tierra con los dedos de los pies. Porque la chica tenía oídos y una memoria de elefante y, mientras se introducía pajitas de plástico por la nariz o entretenía al degenerado, se enteraba de algunas cosas serias, y estoy hablando del Gobierno. Asuntos militares, teniente. Gente con la que este degenerado y los otros latinos tienen vinculaciones.

—¿A qué se refiere con el «Gobierno»?

—Yo le repito los chismes, no los analizo. No me interesa. Pienso que Inmigración debería llevar a toda esta gente a una fábrica y convertirlos en pastillas de jabón. La muchacha intentó sacar más información. Muy bien. La llevaron a pescar al río y le permitieron que se inyectara hasta tener los ojos del revés. Cuando no pudo seguir pinchándose sola, le dieron una dosis que le hizo vomitar el corazón por la boca.

—Aprecio la historia que acaba de contarme, Didi, pero me sentiría ofendido si

usted creyera que estábamos interesados en sacar a su competencia fuera de la ciudad.

—Está hiriendo mis sentimientos.

—Porque ya sabíamos casi todo lo que acaba de contarme, excepto la mención al Gobierno y a los militares, pero tampoco es que se haya explayado demasiado al respecto. Creo que, en este punto, ha estado demasiado selectivo, y no me parece que eso sea bueno para un hombre de su trayectoria, que goza del respeto de tanta gente en el departamento.

—He sido franco, teniente. La gente miente, por eso no intento comprender el significado de todo lo que oigo.

—Usted es un hombre maduro, Didi, no debería tratarme como a alguien inferior.

Exhaló el humo por la nariz y apagó el cigarrillo en el plato. Sus ojos negros perdieron por un momento cualquier máscara que los ocultara.

—No sé en qué está metido, pero no son los asuntos habituales de la ciudad. —Hizo una pausa antes de volver a hablar—. Un tipo contó que la muchacha se reía tontamente y hablaba de elefantes antes de que la arrojaran al agua. Investigue eso.

Unos minutos más tarde, Didi Gee recogió la cuenta, llamó a los dos matones que lo esperaban en la barra y se fue. El asiento de cuero rojo en el que había estado sentado parecía haber sido aplastado por una bola de demolición.

—Le da una propina a todo el mundo cuando se va. Debajo de esa apariencia, es un poco inseguro —comentó Jimmie.

—Es un psicópata.

—Hay gente peor dando vueltas por ahí.

—¿De verdad crees que es bueno relacionarse con personajes como ese? Es mejor que te pongas a pensar si no estarás trabajando para él. Los tipos como Didi Gee no tienen socios; siempre son otros los que reciben los golpes por él.

Me sonrió.

—Eres un buen hermano, pero te preocupas demasiado por mí. Recuerda, siempre fui yo quien nos sacó de los problemas.

—Sí, porque siempre eras tú quien nos metía en ellos.

—Yo no fui el que casi muere ahogado en una bañera anoche. Echaste un balde de mierda en una jaula llena de hienas, hermano.

—¿Cómo te has enterado de lo de anoche?

—Olvídate de cómo me entero de las cosas o de cuál es mi vinculación con Didi Gee. Preocúpate por tu propio trasero o esos latinos van a liquidarte.

—¿Qué era esa historia de los elefantes?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Alguna vez has oído hablar de un tipo llamado Fitzpatrick?

—No. ¿Qué pasa con él?

—Nada. Gracias por el almuerzo. A propósito, Johnny Massina me contó algo sobre que, en una ocasión, le destrozaste las máquinas de preservativos a Didi. El viejo se habría divertido mucho de haberse enterado.

—Como suele decirse, se oyen demasiadas tonterías por la calle, Dave.

Esa misma tarde, me senté en la cubierta de mi casa flotante bajo el crepúsculo amarillo verdoso, con un vaso de té frío con hojas de menta. Me puse a desmontar mis tres pistolas: el revólver calibre 38 del departamento, una Beretta 25 y una 45 automática del Ejército de Estados Unidos. Mientras limpiaba el cañón de la 45 con un cepillo, pensé en la mitología con la que habían crecido los muchachos sureños de mi generación. Y, como todo mito, era un reflejo metafórico, más o menos preciso, de lo que nos pasaba interiormente: nuestra propia oscura fascinación por la maldad del hombre. En momentos como esos, sospechaba que John Calvin había sido mucho más influyente en la formación de la identidad de nuestro territorio sureño que sir Walter Scott.

Mitos sureños para considerar mientras limpiamos nuestras armas. Sustituya los nombres biográficos o designaciones geográficas para adecuarse al estado en particular de la vieja confederación en el que usted se crió:

1. Una ciudad, en el este de Texas, solía tener un cartel en la calle principal que decía: «Negro, no dejes que el sol te dé en la cabeza en este estado».
2. Johnny Cash cumplió condena en la prisión de Folsom.
3. Warren Harding era en parte negro.
4. El «Spanish Fly» y la Coca-Cola pueden convertir a una muchacha en una ninfómana de autocine al instante.
5. El casco de un submarino nazi, hundido cerca de Grand Island en 1942, todavía se desplaza por toda la corteza continental. En un determinado lugar, en una noche tranquila, los pescadores de las cercanías de Morgan City pueden oír los gritos de hombres que se ahogan en la neblina.
6. Un violador negro fue linchado a las afueras de Lafayette. Después, metieron su cuerpo dentro de una caja de madera roja y lo ataron a un nogal como señal de advertencia para los demás. La madera reseca, las cuerdas y los huesos de esa rata todavía siguen allí a día de hoy.
7. La pistola automática calibre 45 fue diseñada para detener una insurrección filipina. Los revolucionarios se ataban los genitales con correas de cuero, lo que les hacía entrar en una agonía maníaca que les permitía arremeter contra los

norteamericanos mientras las balas de nuestros Springfields y Kraigs 30-40 los atravesaban sin mayor efecto que una aguja caliente. La calibre 45, sin embargo, dejaba en la gente agujeros del tamaño de bolas de croquet.

Por lo general, existe un cierto elemento de verdad en toda mitología; y la verdad objetiva respecto a la pistola 45 automática es simplemente que se trata de un arma asesina por completo. Yo me había comprado la mía en el callejón Bring-Cash de Saigón, cerca del aeropuerto. La tenía cargada con municiones recubiertas de acero que podían hacer estallar el motor de un coche, reducir a escombros una pared de cemento o, en tiro rápido, destrozarse cualquier chaleco antibala.

La oscuridad de mi propia meditación me perturbaba. Mis años de bebida me habían enseñado a no confiar en mi subconsciente, porque planeaba cosas para mí que, por norma, terminaban en desastre. Pero, a estas alturas, yo también era consciente de que estaba metido en una partida con jugadores que eran mucho más inteligentes y más agresivos que yo. Eran tíos con conexiones políticas, no el tipo de psicópatas y perdedores con los que solía tratar.

Si tenía alguna duda sobre mi última conclusión, quedó resuelta cuando un coche patrulla gris del Gobierno de Estados Unidos se detuvo en el muelle y un hombre de cabello rojizo y pecas, con un traje de algodón que tendría entre quince y treinta años, bajó a mi casa flotante por la pasarela del embarcadero.

Me enseñó su identificación y sonrió.

—Sam Fitzpatrick, del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. ¿Se está usted preparando para una guerra o algo así?

—Me da la impresión de que no me cree; ¿piensa que he robado la identificación y el coche del Gobierno?

No podía dejar de sonreír.

—No, le creo; es solo que parece como si se hubiera escapado del «Show de Howdy Doody».

—Suelo recibir muchos elogios de ese tipo. Ustedes los de Nueva Orleans son realmente muy divertidos. Tengo entendido que ha tenido problemas por mí.

—Explíquemelo usted.

—¿No va a ofrecerme un poco de té helado?

—¿Quiere?

—Aquí no. Está usted demasiado caliente, teniente; de hecho, está ardiendo. Necesitamos ponerle en el banquillo de alguna manera. Me temo que no va a ser tarea fácil. En cierto modo, resulta imposible decirle quién es el equipo rival.

—¿De qué está hablando?

—Tienen fijaciones. Cuando algo no funciona bien en sus operaciones, ponen en su punto de mira a algún tonto. Por lo general, no les sirve de nada, pero ellos piensan que sí.

—¿Yo soy el tonto?

—No, usted es un tipo inteligente con pelotas de acero inoxidable, evidentemente; pero no queremos que pase a formar parte de alguna lista de bajas. Vayamos a dar un paseo.

—Voy a llevar a una dama a las carreras esta noche.

—Será en otra ocasión.

—No; en otra ocasión, no. Y dejemos toda esta historia del Tío Sam que le habla, desde su punto de vista omnisciente, al desinformado detective local. Si la mierda se está quemando en el horno, me temo que es problema suyo y es porque ustedes, los federales, han vuelto a complicar las cosas.

Dejó de sonreír. Me miró pensativamente por un instante y se humedeció los labios; de repente, parecía mucho mayor.

—Debe tener fe en lo que le digo, teniente. Es usted un hombre bueno; posee coraje, nunca ha aceptado sobornos, va a misa todos los domingos, trata decentemente a la gente de la calle y ha encerrado a muchos tipos malos. Sabemos estas cosas sobre usted porque no queremos hacerle daño. Pero, créame, no es bueno que los dos estemos hablando aquí al aire libre.

—¿A quién se refiere con «los dos»?

—Bueno, en realidad los dos es, más bien, yo solo; al menos, por ahora. Vamos,

se lo explicaré. Confíe en mí, alguien que se parece a Howdy Doody tiene que ser un tipo honesto. Además, le compraré un bocadillo y lo pondré en mi cuenta de gastos.

«O sea, que así se hacen las cosas en el edificio federal», pensé. No veíamos mucho a los muchachos federales; principalmente porque, por lo general, operaban por cuenta propia y, aunque dijeran lo contrario, nos despreciaban. Por otra parte, a nosotros, ellos tampoco nos gustaban demasiado. Cualquiera de las series de televisión retrata a los federales como altruistas, apuestos y pulcros. Usan trajes Botany 500 y persiguen desapasionadamente a los arteros representantes de la Mafia para encerrarlos en una celda. La realidad es otra. Como diría acaso Didi Gee, los gánsteres de verdad no temen a ningún Cuerpo de Policía o sistema legal; tienen jueces, policías y fiscales, y siempre pueden acceder a un testigo o a un jurado.

El Departamento del Tesoro es otra cuestión. La gente encargada del cumplimiento de la ley, así como los criminales, consideran que los agentes del Tesoro son incorruptibles.

Dentro del Gobierno federal son, para el cumplimiento de la ley, lo que Smokey el Oso y el Servicio Forestal de Estados Unidos son para el cuidado medioambiental. Incluso Joe Valachi, el célebre criminal de Brooklyn, no siente sino admiración por los hombres del Tesoro.

Fitzpatrick atravesó la ciudad en dirección a un restaurante latinoamericano en la avenida Louisiana. Nos sentamos en una mesa al aire libre, en un pequeño patio, bajo los robles y los sauces. Había luces de colores en las ramas de los árboles y podíamos ver el tráfico de la avenida entre los barrotes de hierro forjado.

Pidió bocadillos de langostinos y ostras para ambos, y se sirvió un vaso de Jax mientras yo me bebía mi té helado.

—Usted no bebe, ¿no?

—Ya no.

—¿Problemas con el alcohol?

—Es usted tan sutil como la mierda.

—¿Por qué piensa que le he traído a este restaurante?

—No lo sé.

—Casi todos los que trabajan aquí son producto de nuestra política de tumbarnos a la bartola en la frontera del sur. Algunos son legales; otros compraron sus papeles a los coyotes.

—Eso solo es válido para unos cinco mil restaurantes en los condados de Orleans y de Jefferson.

—¿Ve al dueño, junto a la caja registradora? Si tiene la cara un poco desfigurada es porque la Guardia Nacional de Somoza le rompió todos los huesos.

Esperó, pero no dije nada.

—El hombre que atiende la barra también es un tipo interesante —continuó—.

Viene de una pequeña villa de Guatemala. Un día, el Ejército llegó a su pueblo y, sin mediar ninguna provocación, mató a dieciséis indios y a un sacerdote norteamericano de Oklahoma, llamado Stan Rother. Los metieron a patadas en un helicóptero del Ejército de Estados Unidos y los arrojaron desde gran altura.

Me observó la expresión. Sus ojos eran de un color azul pálido; yo nunca había visto a un hombre mayor con tantas pecas.

—Ya no me interesan las grandes causas —apunté yo.

—Supongo que por eso fue a casa de Julio Segura y le puso un hornillo caliente bajo los huevos.

—La cena se está volviendo costosa.

—Lamento aburrirle. —Cortó un pedazo de pan en tres trozos y los separó entre sí—. Hablemos de sus preocupaciones inmediatas, como los tres tipos a los que anoche les dio lecciones de gárgaras en la bañera; apuesto a que eso sí le interesa.

—Usted no sabe disimular la hostilidad.

—Me pongo un poco emotivo con ciertos temas, tendrá que perdonarme; fui a escuelas jesuítas. Nos enseñaron a ir siempre con la verdad por delante. Lo que pienso es que usted es muy mal actor, teniente.

—Mire, Fitzpatrick...

—Déjese de joder, hombre. Voy a darle la información y usted, después, puede barajar opciones; no quiero tenerle presente en mi conciencia. Además, por principios, no me gusta que otro tipo tenga problemas por mi culpa; sobre todo, sin saber en qué clase de problemas anda metido. Tiene mucha suerte de que no le mataran anoche; la chica, también.

Dejó de hablar mientras el camarero nos dejaba los platos con los bocadillos de langostinos y ostras. Luego, le dio un mordisco tan grande a su bocadillo como si no hubiera comido en semanas.

—¿No le gusta la comida? —dijo, con la boca todavía llena.

—Perdí el apetito.

—Ah, después de todo es un tipo sensible.

—Dígame, ¿todos ustedes tienen los mismos modales?

—¿Quiere que le sea franco, teniente? Hay bomberos y pirómanos en el mismo lado de la calle.

—¿Quiénes eran los tres tipos de anoche?

—Esa es la parte fácil. El que se llama Erik es israelí y se encarga de tapar sus entuertos, cambiar los rollos de papel higiénico y ese tipo de cosas; el tipo al que usted llama Bobby Joe en su informe es un auténtico diablo. Su verdadero nombre es Robert J. Starkweather, de Shady Grove, Alabama. El Estado les quitó un hijo, a él y a su esposa, por el bienestar del propio chico. Se cree que mató a un oficial en Vietnam, pero no se pudo probar. ¿Ha visto su tatuaje sobre matarlos a todos y dejar

que Dios los clasifique? Pues es sincero al respecto.

—¿Quién era el tipo que estaba al mando?

—Eso ya es un poco más complicado. Su nombre es Philip Murphy; al menos, eso es lo que creemos. Hemos perseguido a ese tipo de todas las maneras posibles, pero siempre nos enfrentamos a espacios en blanco: ninguna dirección, ningún registro de ingresos, ninguna retribución impositiva durante un par de años; y ahora, de golpe, aparece y pone una zapatería en Des Moines. Seguramente, se trata de un testigo protegido o de un agente de la CIA; quizá uno de esos que salen por un tiempo de la Agencia para hacer algunos trabajitos por su cuenta. Sospecho que ahora no está con ellos, pero es difícil estar seguro.

Empecé a comer mi bocadillo. Los langostinos, las ostras, la lechuga, las cebollas, el tomate y la salsa picante tenían un gusto muy sabroso. Las sombras de los robles y de los sauces se movían sobre la mesa.

—Sigo sin entender las conexiones; ¿qué tienen que ver estos tipos con las prostitutas de Segura y la droga?

—Nada de forma directa. —Comenzó a sonreír otra vez—. Vamos, usted es el detective, deme su opinión.

—Me cuesta mucho creer que usted sea agente del Tesoro.

—A veces, a mi supervisor le sucede lo mismo. Vamos, deme su opinión.

—Usted trabaja para el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.

—Muy bien.

—¿Estamos hablando de armas?

—Excelente.

—No; excelente, no. Todavía no veo la relación, y ya le he dicho que esta comida se está volviendo demasiado costosa.

—Es simple. Creo que Segura está invirtiendo el dinero de la droga en equipos militares para los Contras de Nicaragua. Esto explica lo de los otros tipos. Los israelíes suministraron armas a Somoza durante años, y, hoy en día, siguen vendiendo a tipos extremistas, como Pinochet en Chile. Apuesto a que Philip Murphy es la conexión con algunos contratantes de armas y militares aquí, en Estados Unidos. No hay nada nuevo o inusual en todo esto: es la misma clase de trinidad impía que estuvo trabajando para nosotros en Cuba. Mire, ¿por qué cree que la CIA intentó utilizar a algunos tipos de Chicago para derrotar a Castro? La Mafia tenía sus propios intereses, se llevaba muy bien con Batista; luego, Castro les cerró todos los casinos.

—¿Cómo se enteraron de esas cosas?

—Estábamos vigilando un campamento de entrenamiento paramilitar en Florida y otro en Misisipi. Buffalo Bob se olvidó una ametralladora en el compartimento de equipajes de un autobús a Biloxi. Podríamos haberle atrapado, pero apareció Philip Murphy y todo se volvió mucho más interesante.

Se detuvo un instante; luego, me volvió a mirar de frente, con esos ojos azul pálido que parecían inmunes tanto al protocolo como al insulto.

—¿Alguna vez tuvo que matar a alguien? —preguntó.

—Tal vez.

—Sea sincero.

—Dos veces.

—¿Cómo se sintió?

—Ellos empezaron el juego.

—La próxima vez que vea a Murphy o a Buffalo Bob y Erik van a liquidarlo, lo sabe, ¿no?

—Usted dijo que era un tipo franco, pero déjeme que le aclare que no lo soy.

—¿Ah, no?

—No creo que quiera mantenerme al margen; pienso que lo que está buscando es un socio. Y yo ya tengo socio, y le paga la comunidad, igual que a mí.

—Es usted un policía bastante astuto.

—No me gusta que la gente quiera utilizarme.

—No puedo culparlo. Hay algo que todavía no le he explicado: el sacerdote norteamericano que mataron en Guatemala era amigo mío. Nuestro Gobierno está involucrado en asuntos sucios allí abajo, amigo, pero no todos los que trabajan para el Gobierno son iguales; algunos todavía creemos en las viejas reglas.

—Me alegro por usted, pero si le gusta leer el *Manual del Boy Scout*, no intente hacerle una jugarreta a otro policía.

—Nadie le está pidiendo que firme un juramento de lealtad, ¿de qué tiene tanto miedo?

—Está comenzando a cansarme.

—Yo no escribí el libreto, usted solo se metió en todo esto. Le diré otra cosa: no va a poder salir de este embrollo fácilmente, se lo garantizo. Los tipos como Segura y Murphy no son más que funcionarios incompetentes que trabajan para gente más importante. Le hago otra pregunta más, señor Justicia: ¿en qué estaba pensando mientras engrasaba sus armas en la cubierta del bote?, ¿tal vez en salpicar de sangre las paredes de Buffalo Bob?

—Creo que, con suerte, todavía podré llegar a la quinta carrera.

—Le llevaré de vuelta.

—No se preocupe, la ciudad tiene un contrato con el servicio de taxis.

—Tome esta tarjeta, ahí está el número de mi motel.

—Creo que mi teléfono sigue sin funcionar. Ya nos veremos.

Salí por el patio a la avenida Louisiana. Unos niños negros pasaron patinando junto a mí. La luz titilaba sobre los grandes robles del otro lado de la calle.

Llamé a Annie desde un teléfono público para intentar salvar parte de la velada,

pero no había nadie. Comenzó a llover y esperé media hora, parapetado bajo un techo agujereado, a que llegara mi taxi. Tomé una decisión rápida y resolví aceptar la invitación de los empleados federales.

Pero, como había dicho Fitzpatrick, yo había escrito mi propio guión y, la mañana siguiente, había más líneas esperándome; solamente que con consecuencias desastrosas que me hicieron pensar si mi yo alcohólico y autodestructivo no estaría vivo y coleando.

Fui en busca de Bobby Joe Starkweather. No tenía muchas pistas, pero supuse que era la clase de persona que aparecía por ciertos lugares. Lo intenté en un par de sitios de práctica de tiro, en bares de motociclistas, en *sex-shops* y en una tienda de supervivencia frecuentada por aquellos que saboreaban las innumerables ventajas de vivir en un páramo; pero fracasé.

Más tarde, al mediodía, mientras Cletus y yo comíamos una pizza bajo las mimosas en un banco de la plaza Jackson, me pregunté por qué estaba persiguiendo a alguien desconocido como Bobby Joe Starkweather cuando la primera conexión ya estaba a mi disposición.

La catedral de St. Louis y la plaza en sí estaban inmersas en la agobiante luz del sol. A Clete le arrollaban gotas de sudor y tenía el rostro lleno de manchas de salsa de tomate; sus ojos miraban, ausentes, a los artistas callejeros del callejón de los Piratas.

—¿Qué tienes pensado para esta tarde? —le pregunté.

—Meditar en lo que voy a hacer con mi maldita esposa. Escucha esto: acaba de enviar un cheque de seiscientos dólares al sacerdote budista de Colorado. Intenté detener el pago, pero ya era demasiado tarde. Ya le ha dado miles de dólares a ese tipo y, cuando protesto al respecto, argumenta que estoy borracho.

—Tal vez deberíais separaros por un tiempo.

—No puedo, amenaza con suicidarse. Su psiquiatra dice que ni siquiera debería conducir un automóvil.

—Yo espero llevar a una muchacha a cenar esta noche, si es que logro encontrarla. ¿Por qué no venís con nosotros? Yo invito.

—Tal vez, Dave. Gracias.

—Quiero ir a ver a Julio Segura esta tarde.

—¿Para qué?

—Voy a provocarlo y a llevármelo para un interrogatorio.

—Podría presentar una acusación por hostigamiento.

—Él fue la última persona que vio viva a una víctima de asesinato.

—Suena discutible; no es nuestra jurisdicción.

Sus ojos me sonrieron.

—¿Vienes o no?

—Joder, sí.

Entramos con el coche de Clete por el camino que rodeaba el lago. La luz se reflejaba en la superficie verde del agua y unos pelícanos se sumergían en busca de peces bajo el cielo blanquecino. Las palmeras de la explanada resonaban por el viento y, en la parte derecha del camino, detrás de las paredes de estuco rosa y de las impasibles hileras de laureles, se elevaban las mansiones de los ricos, con sus jardines y terrazas. Yo conocía a algunos liberales en Tulane que me decían que esta era la gente a la que servíamos; pero ellos no me gustaban más que cualquier otro.

En realidad, a ellos tampoco les gustaba la policía y, de hecho, ni siquiera confiaban en nosotros. Contrataban su propia seguridad, tenían perros adiestrados en sus propiedades e instalaban sistemas de alarma antirrobo. Vivían con miedo a los secuestradores de sus hijos, a los ladrones sofisticados de joyas y a las minorías que pudieran comprometer sus propiedades. La ironía era que formaban parte de la gente más a salvo en todo el mundo; a salvo de las enfermedades, de la pobreza, de la opresión política y de todo, excepto de la muerte.

—¿Cuánto piensas que cuestan? —preguntó Clete.

—No sé, tal vez millones de dólares.

—Mi padre era lechero en el distrito Carden y, a veces, en el verano, yo hacía el recorrido con él. Una mañana, cuando pasaba frente a una casa cerca de St. Charles, salió una mujer y me dijo que era el niño más bonito que jamás había visto y que volviera a las tres de la tarde para tomar un helado. Esa tarde me di un baño, me puse mi mejor ropa y llamé a la puerta a las tres en punto. En un principio, no recordaba quién era; luego, me indicó que fuera por la puerta de atrás. Cuando entré al jardín, vi cómo la criada les daba un helado a todos los chicos pobres negros del vecindario; esa mujer tenía un vivero en la parte de atrás. Esa noche, volví con una caja llena de piedras y le rompí cada maldito vidrio del vivero. Los hizo reparar y, tres semanas después, regresé y se los volví a romper. Cuando mi padre averiguó que había sido yo, me pegó con una correa hasta que me sangraron las piernas.

Clete tomó la calle de Julio Segura.

—¿Alguna vez se te cruzaron los cables cuando eras pequeño? —me preguntó.

—No recuerdo.

—Una vez me contaste que tu hermano y tú pasasteis por momentos difíciles.

—¿A quién le importa, Clete? Todo eso forma parte del pasado.

—Sí, ya lo sé. ¿Y cuáles son las cosas importantes, entonces?

—Tienes un tornillo oxidado en la cabeza; quítatelo, no sigas alimentándolo.

—Algunas veces te pones un tanto especial, teniente.

—¡Allí está! ¡Alcánzalo! —grité.

El Cadillac de Julio Segura acababa de salir por la puerta principal. Un enano

estaba al volante y una mujer rubia en el asiento del acompañante; Segura y otro hombre iban en el asiento trasero. Clete apretó el acelerador a fondo y nos pusimos en paralelo al Cadillac. El enano parecía aterrado detrás del parabrisas, pero seguía conduciendo. Le metí la placa en las narices y entonces frenó, haciendo derrapar el neumático delantero y dejando una larga línea negra marcada en el asfalto.

—¿Cómo quieres que juguemos? —preguntó Clete antes de que bajáramos del coche.

—Saquemos la bandera negra —respondí yo.

Clete había detenido nuestro coche delante del Cadillac y les abordamos cada uno por un lado. Yo golpeé la ventanilla del acompañante y la ventanilla trasera de Segura para que bajaran los cristales. Más tarde, recapacité sobre esta escena una y otra vez, así como sobre la descuidada observación que le había hecho a Clete sobre la bandera negra, y pensé en lo diferente que habría sido esa tarde si me hubiera acercado por el lado del conductor del Cadillac o si hubiera seguido mi propio consejo.

Clete quitó las llaves de contacto y las arrojó en un seto. El enano estaba petrificado por el miedo, se aferraba al volante y movía la cabeza adelante y atrás entre Clete y el asiento trasero.

—No llevará un arma escondida en los pantalones, ¿verdad? —le dijo Clete antes de aspirar el aire del interior del Cadillac—. Bueno, bueno, ¿qué es ese aroma que estoy oliendo? ¿Café de Colombia? ¿O tal vez estábamos ingiriendo un poco de hierba camino del club de golf?

Apestaba a marihuana. El rostro de la mujer rubia reflejaba cierto malestar. Vi el mechero del coche en el suelo y supuse que había estado aspirando la colilla por el encendedor y que se la había tragado cuando los obligamos a detenerse. La mujer tenía un cuerpo bonito y llevaba pantalones cortos blancos, tacones altos y una blusa escotada; hasta ahí todo bien. Sin embargo, se había echado tanto gel fijador que el cabello parecía alambre y trataba de ocultar con capas de maquillaje las marcas profundas de la piel.

Abrí la puerta de su lado.

—Vuelva a la casa —le indiqué.

—Cierran la puerta —replicó ella.

—Entonces, siga caminando; será lo mejor que haga en años.

—No sé qué hacer, Julio —dijo, dirigiéndose al asiento trasero.

—Haz lo que te pido, cariño; tu amante latino va a sufrir hoy una seria caída —insistí.

Desvió la mirada con nerviosismo y se mordió los labios. Luego, recogió su bolso, pasó junto a mí y se alejó por la acera.

Me incliné junto a la ventanilla de Segura. Él y el portero, a quien Clete había golpeado en el estómago unos días antes, estaban sentados detrás de un bar plegable,

con unos vasos de vodka en la mano. Unas tiras elásticas sujetaban las servilletas alrededor de los vasos. Segura llevaba unos pantalones de golf amarillos, zapatos marrones lustrados y una camisa blanca de flores desabrochada hasta el estómago; me miraba con su peculiar cara triangular y las pequeñas verrugas en los surcos de la frente.

—¿Qué diablos cree que está haciendo ahora, Robicheaux?

—Enseñándole lo que es tener un mal día.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Un poco de acción? ¿Quiere algo en la ciudad?

—Va a llevarme usted a Philip Murphy, Bobby Joe Starkweather y al pequeño israelí.

—No conozco a ninguna de esas personas. Insiste en aparecer por mi casa hablándome de cosas de las que no sé nada.

—El teniente está de mal humor hoy, Julio —intervino Clete—. Tus amigos armaron follón la otra noche y tomaron algunas malas decisiones. Ahora no están cerca, pero tú, sí; tú y Paco, el mierdecilla aquí presente.

Exhaló el humo de su cigarrillo en la cara del portero.

—¿Intenta apretarme? Muy bien, soy realista; ya tengo acuerdos comerciales con los policías —manifestó Segura.

—No se escapará esta vez, Julio —le rectificué—, todas las puertas están cerradas. Se trata solo de usted y yo.

—Llama a Wineburger —le dijo al portero.

El otro hombre extendió una mano hasta el teléfono que estaba tras el respaldo del asiento delantero.

—Si tocas ese teléfono, te lo haré tragar entero —avisó Clete.

El hombre volvió a reclinarsse en el asiento de cuero, con el rostro contraído y las manos sobre las rodillas.

—Usted no tiene nada, absolutamente nada; solo una innata capacidad para meter las narices en los asuntos ajenos —me amenazó Segura.

—¿Qué me dice de esto, amigo? Lovelace Deshotels era una pequeña muchacha negra del campo, que tenía grandes planes para ella y para su familia. Pensaba que había dado el gran paso, pero a usted no le gustan las chicas que se beben su alcohol y se tiran a su piscina, así que decidió eliminarla y hacerla regresar al lugar de donde venía; lamentablemente para usted, esa chica negra no estaba dispuesta a que la eliminaran. Para colmo de males, comenzaba a sufrir una obsesión por los elefantes —observé su expresión; se contorsionaba como una goma elástica—. Entonces surge la pregunta: ¿qué es lo que hace un macho como usted cuando una de sus putas se interpone en su camino? Yo se lo diré: hace que un par de rufianes la lleven en un bote y la manden al otro mundo con la misma mierda por la que ya había vendido su alma. Se debe de estar preguntando cómo sé todo esto, ¿no es así, Julio? Lo sé porque

los tipos que trabajan para usted tienen diarrea verbal; no tuve que ir más lejos que a la mesa de un restaurante.

—Probablemente, solo haya varias docenas de personas a las que podamos llevar ante un gran jurado en este momento.

—Entonces, hágalo, ya que se cree tan inteligente.

—Déjeme que le cuente el resto, para que pueda informar a Wineburger cuando este intente sacarlo bajo fianza esta tarde. Voy a hacer remolcar su coche para que le pasen una aspiradora y lo destrocen con palancas mecánicas; la posesión en Luisiana son quince años y todo lo que necesitamos encontrar es ceniza, ya sea del encendedor o en la tapicería.

—Diga lo que diga, está usted acabado.

Luego Cletus hizo lo que, probablemente, fue el acto más estúpido y torpe de toda su carrera.

—Y este cerdito también está acabado —metió una mano por la ventanilla, le agarró la nariz al portero entre los dedos y se la retorció.

Al portero se le llenaron los ojos de lágrimas, golpeó la mano de Clete y, después, introdujo su brazo velludo y tatuado en la guantera de cuero de la puerta.

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas! —gritó Segura.

Pero fue demasiado tarde para todos. La mano del portero apareció portando una automática y disparó una bala que impactó en el marco de la ventanilla e hizo estallar los cristales de la misma sobre la camisa de Clete. Lo demás sucedió todo muy rápido; mientras sacaba mi 45 de la parte trasera de mis pantalones, vi que Clete desfundaba la 9 milímetros de su cartuchera, se agachaba y comenzaba a disparar. Retrocedí un paso para quedar fuera del ángulo de Segura y disparé simultáneamente con la mano izquierda sobre la muñeca para controlar el culatazo. Apreté el gatillo cinco veces, tan rápido como pude; las explosiones me retumbaron en los oídos. No podía ver nada con precisión dentro del coche y era como si un terremoto hubiera sacudido el interior del Cadillac. La atmósfera estaba invadida por pedazos de cuero flotantes, el relleno de los asientos, fragmentos de cristal y de metal, astillas de caoba, botellas rotas de licor, pólvora y humo. Una película de sangre y vodka caía por la ventanilla trasera.

No había ningún sitio donde Julio Segura pudiera esconderse. Intentó acurrucarse en posición fetal lejos de la línea de tiro de Clete, pero no tenía escapatoria. De repente, apareció en la ventanilla, con las manos hacia mí como si fueran garras, los ojos implorando, y la boca abierta lanzando un grito silencioso. Yo ya había apretado el gatillo, y la bala le estalló en el centro de la boca, volándole la tapa de los sesos.

Yo estaba temblando y sin aliento cuando caí sobre el coche de Clete con la 45 aún humeante en mi mano.

—El hijo de perra no me ha matado por diez centímetros —exclamó—. ¿Lo has

visto? El maldito marco de la ventanilla me ha salvado la vida. Mira dentro; creo que los hemos hecho pedazos.

El chófer enano se bajó del asiento del conductor y echó a correr por el centro de la explanada, en medio de un aullido de sirenas. Clete comenzó a reírse a carcajadas.

La mañana siguiente, Cletus y yo nos sentamos frente a frente en una pequeña oficina de paredes amarillas que se asemejaba mucho a un vestidor del YMCA. Cletus simulaba estar leyendo un largo informe de la oficina del superintendente, pero tenía la mirada vidriosa por la resaca de la última borrachera. Fumaba un cigarrillo tras otro y comía pastillas de menta para el aliento. Ambos habíamos preparado ya los informes para el capitán Guidry.

—No voy a salvarte el culo una vez más, Clete.

—¿A qué te refieres con salvarme? Le metí una en el cráneo antes de que tú reaccionaras.

—No estoy hablando de eso. Tú lo provocaste, no tenía por qué pasar.

—Estás seguro de eso, ¿eh? ¿Qué habría ocurrido si Paco hubiese sacado la automática mientras tú estabas esposando a Segura? Nos podría haber mandado al otro barrio a los dos.

—Tú lo provocaste.

—¿Y qué si lo hice? Hemos eliminado a dos rufianes que deberían haber servido como fertilizante hace mucho tiempo. Hemos hecho un bien, Dave. A nadie le importará cómo murió Julio Segura; no creo que vayan más de tres personas a su funeral.

—No estés tan seguro de eso.

El sargento Motley apareció por el corredor y se detuvo en el marco de la puerta. Recién llegaba de la calle y el sudor hacía brillar su cabeza redonda y negra. Comía un helado y se había manchado el bigote.

—Alguien del laboratorio dijo que tuvieron que sacar el cerebro de Segura del asiento del coche con una manguera.

—¿Ah, sí? Parece como si fuera un anuncio publicitario de la Excedrina —comentó Clete.

—¿Adivináis qué otra cosa he oído? —siguió Motley.

—¿A quién le importa?

—A ti te importará, Purcel. El laboratorio dice que el Cadillac estaba sucio; marihuana en el encendedor, cocaína en la alfombra. ¿Quién iba a pensar que Segura permitiría a sus mujeres ser tan descuidadas? —sonrió—. No habréis hecho algún trabajito por cuenta propia, ¿no?

—¿Por qué eres tan desagradable, Motley? —se molestó Clete—. ¿Es porque eres gordo y feo, o porque eres gordo y estúpido? Es un misterio para todos nosotros.

—La muchacha afirma que le dijisteis a Segura que iba a sufrir una gran caída; no parece algo inteligente por parte de los «hermanitos Bobbsey» de Homicidios.

—Esto se debe a la rápida propagación de las células enfermas.

Clete brindó por el sargento Motley con su taza de café.

—¡Vete al diablo! —exclamó este.

—Déjalo ya —me impacienté.

—Con este tipo tienes que usar un poco de humor o una lata de insecticida —opinó Clete.

Minutos más tarde, el capitán Guidry me pidió que fuera a su oficina. No tenía muchas ganas de hablar con él, pero me sentí aliviado por alejarme de Clete.

El capitán Guidry se rascaba los implantes de pelo y me miraba desde detrás de sus gafas de montura de carey. Mi informe y el de Clete estaban sobre su escritorio.

—El laboratorio encontró ceniza de marihuana y partículas de cocaína en el coche.

Su voz era apagada y reservada.

—Motley acaba de decírnoslo.

Recogió un lápiz y comenzó a golpearlo contra la palma de su mano.

—Añaden que una bala, disparada desde el interior del coche, rebotó en el marco de la ventanilla e hizo saltar los cristales por toda la calle. Una segunda bala salió por el techo, lo que indicaría que, a quien disparó, le dieron en ese momento. Un portero del otro lado de la calle afirma que oyó una detonación en el interior del Cadillac y que, después, vosotros dos comenzasteis a disparar. Todo está a favor vuestro, Clete.

—¿Qué dice el enano?

—Nada; lo único que quiere es un pasaje de avión a Managua.

—Hay algo que no se explica aquí, capitán.

—Estuve revisando los informes, son muy prolijos; creo que os llevarán a Asuntos Internos.

—Me parece bien.

—Mi opinión es que apestan. Dime por qué un tipo sin detenciones, a quien Whiplash Wineburger habría sacado a la calle en treinta minutos, dispararía a dos policías armados.

No respondí.

—¿Piensas que tenía una personalidad suicida?

—No lo sé.

—¿Se lo ordenó Segura?

—No.

—Entonces, ¿por qué ese tipo decidió matarse a sí mismo?

Su mano aferró el lápiz.

—Asuntos Internos se encarga de averiguar ese tipo de cosas.

—Al diablo con Asuntos Internos. No me gusta leer un informe sobre dos muertes que dice «completar los espacios en blanco».

—No puedo decirle nada más, capitán.

—Yo sí puedo. Creo que hay algo más; también pienso que le estás cubriendo el trasero a Purcel. Eso no es lealtad, es estupidez.

—El punto esencial de mi informe es que alguien disparó a un oficial de policía.

—Tú puedes decirte eso a ti mismo. Mientras tanto, déjame que te obsequie con un par de observaciones de mi propia cosecha. Los tipos de Asuntos Internos investigarán este asunto, os harán un par de preguntas difíciles, os harán sentir incómodos por un momento y tal vez intenten meteros un dedo en el ojo; pero, llegado el momento, dejarán de molestar y querréis invitarlos a una cerveza. Eso sí, llevaréis dentro, durante toda la vida, la sospecha de una muerte equivocada e innecesaria. ¿Qué me dices de Motley y de esos tipos esposados que murieron sofocados en el ascensor?

Tuve que desviar la mirada.

—Es entre Purcel y otra gente, capitán; yo no comencé el juego.

—Lamento ver que adoptas esa postura, Dave. —Abrió la palma de la mano y dejó caer el lápiz sobre el escritorio—. Haré otra sugerencia antes de que te vayas: llévate a Purcel a algunas reuniones de alcohólicos; y, si vas a seguir encubriendo a un compañero que ha perdido el control, será mejor que estés preparado para asumir las consecuencias.

No era la mejor de las mañanas.

Media hora más tarde, sonó el teléfono de nuestra oficina.

—¿Adivina quién soy? —dijo la voz.

—El «Show de Howdy Doody».

—¿Adivina qué estoy haciendo?

—No me interesa.

—Estoy mirando las pruebas fotográficas de la primera plana del *Picayune*. Subestimé su gusto por lo dramático; este es el tipo de fotos que solíamos ver en *The Pólice Gazette*: fotos en blanco y negro, puertas de coches abiertas, cuerpos que cuelgan sobre el pavimento, charcos de sangre en los asientos... Felicidades, ha eliminado la única conexión sólida que teníamos.

—Si quiere hablarme sobre ese caso esta mañana, tendrá que ponerse en la cola. En lo que a mí concierne...

—Cállese, teniente.

—¿Qué ha dicho?

—Ya me ha oído. En este momento, estoy que echo chispas. Acaba de estropearlo todo.

—Usted no estaba allí, amigo.

—Ni falta que hace; tenía el presentimiento de que las cosas saldrían así, y no me ha decepcionado.

—¿Qué quiere decir?

—No estoy seguro de que pueda comprenderlo. Pensé que era un tipo inteligente; en cambio, ahora me da la impresión de que no podría bailar sin que alguien pinte antes los pasos de Arthur Murray en el suelo por usted.

No respondí. Apretaba el teléfono con fuerza y me había comenzado a sudar la mano. Clete me estaba mirando con curiosidad.

—¿Hay algún lugar donde pueda hablar? —preguntó Fitzpatrick.

—En mi oficina.

—¿Quién está con usted?

—Mi compañero, Purcel.

—Sí, seguro que puede hablar —dijo, irritado—. Le recogeré frente al bar Acme en Iberville dentro de diez minutos. Conduciré un Plymouth azul alquilado.

—No creo que sea posible.

—O está allí en diez minutos o esta noche voy a su casa flotante y le arranco los dientes. Es una promesa personal.

Esperé diez minutos frente al bar Acme. Luego, entré y pedí un Dr. Pepper con hielo triturado y una rodaja de limón; me lo bebí fuera, al sol. Podía ver cómo las torres de la catedral de St. Louis, donde a veces iba a escuchar misa, brillaban en el aire límpido de la mañana. Cuando Fitzpatrick apareció por la esquina, mi furia se había apaciguado hasta el punto de que ya no tenía ganas de sacarlo de su coche por la pechera.

Me senté en el asiento del acompañante, estiré el brazo y paré el motor.

—Antes de que vayamos a ninguna parte, aclaremos un par de cosas. No creo que tenga derecho a dar órdenes o amenazar a la gente por teléfono; si no está de acuerdo, podemos ponernos los guantes y ver qué pasa.

Asintió y golpeó con las uñas sobre el volante.

—No se preocupe; en el gimnasio tenemos botiquín de primeros auxilios —proseguí.

—Muy bien, ya ha dicho lo que tenía que decir.

—No es lo bastante fuerte como para hacerse el duro, ¿eh?

—Quería que saliera de su oficina. Si se fija, se dará cuenta de que está sentado en mi automóvil y no en el distrito Primero. ¿Le parece bien si ahora pongo en marcha el motor?

—Creo que ustedes, los federales, dan demasiados rodeos. ¿No sería más fácil si usted y yo fuéramos a la oficina del capitán Guidry y hablásemos de esto de una manera razonable? Nosotros tampoco queremos que tipos como Philip Murphy y sus psicópatas entrenados anden sueltos por Nueva Orleans. El capitán es un buen hombre, lo ayudará si puede.

Puso en marcha el motor y se mezcló en el tráfico. Un rayo de sol caía sobre su rostro con pecas y su camisa Arrow a rayas.

—¿Purcel es un buen hombre? —preguntó.

—Tiene algunos problemas, pero está haciendo lo posible para solucionarlos.

—¿Piensa que está limpio?

—Por lo que yo sé, sí.

—Hace seis semanas, tuvimos motivos para pensar que pasaba información; su nombre estaba en la agenda de la muchacha. Era un cliente semanal.

Respiré profundamente.

—Ha tenido problemas en su matrimonio —apunté yo.

—O sea, que estamos hablando de un policía inestable que ayer intentó volarle la cabeza a un posible testigo del Gobierno. ¿Quién de ustedes dos mató a Segura?

—Fui yo. Intentaba escapar por la puerta y le disparé.

—Apuesto a que ya tenía dentro las balas de Purcel. ¿Qué ha dicho la autopsia?

—No lo sé.

—Maravilloso.

—¿Insinúa que Clete quería matar a Segura?

—Es una posibilidad.

—No lo creo.

—Usted no cree muchas cosas, teniente; lo malo es que hay mucha gente como usted en mi oficina, y por eso debo regresar a Boston la semana próxima.

—¿Está fuera?

—Lo estaré. Aún no he empezado con este caso y ya hay otro trabajo esperando.

Me miró y, por primera vez, sentí que comenzaba a gustarme. Debajo de toda su hostilidad, parecía un buen tipo. Compramos un cucurucho de langostinos fritos y dos cartones de arroz y comimos a la sombra en un pequeño parque, cerca de la avenida Napoleón. Un grupo de niños chicanos blancos y negros estaba jugando frente a un viejo arco de tela metálica. Eran muchachos fuertes y recios de la clase trabajadora y jugaban de forma bruta, con un atolondramiento feroz. El lanzador arrojaba pelotas amenazadoras; los jugadores de base rompían juegos dobles con codos y rodillas y aterrizaban de cabeza; el receptor robaba la pelota de debajo del golpe del bateador con la mano, sin guante; el jugador de la tercera base jugaba tan metido en el césped que un golpe fuerte podía arrancarle la cabeza. Viéndoles no resultaba extraño que los extranjeros estuvieran tan sorprendidos por la naturaleza inocente y cándida de la agresividad norteamericana.

—¿Tienen algo que ver unos elefantes en todo esto? —pregunté.

—¿Elefantes? No, eso es nuevo. ¿De dónde lo sacó?

—Oí decir que Lovelace Deshotels hablaba de elefantes cuando la gente de Segura la mató. Cuando se lo mencioné a Segura, se le contorsionó la cara.

—Bueno, tenemos una segunda oportunidad: encontré a su compañera de cuarto, una muchacha mexicana del mismo salón de masajes. Quiere vengarse de todos esos bastardos.

—¿Por qué habla con usted y no conmigo?

—Parece que piensa que todos ustedes son unos cretinos. ¿Hay algún sargento segundo que se llame Motley?

—Sí.

—Pues dice que ese tipo tiene la bragueta abierta.

—No me extraña nada.

—La muchacha hace estriptis en un bar cerca del aeropuerto. Por trescientos dólares dice que puede entregarnos a un par de ellos interesantes. Quiere llevar de vuelta a su hija pequeña a San Antonio y estudiar para ser peluquera.

—Me suena a mentira.

—Creo que es sincera. Su novio era un ex guardia nacional de Nicaragua y trabajaba para Segura. Un día la golpeó y le robó todo su dinero. Esos sí que son tipos con clase. Ahora ella quiere vengarse; me parece bastante razonable.

—Creo que está vendiendo la misma información que ya me dio Didi Gee.

—Tiene información sobre Bobby Joe Starkweather. Dice que es un homosexual latente y que no puede hacerlo con mujeres. Arrojó a una camarera por la ventana de un hotel y un matón local terminó electrocutado por eso en Angola.

Desvié la mirada. Observé a los muchachos que jugaban en el parque.

—¿Qué sucede? —preguntó Fitzpalrick.

—Lo conocía. Se llamaba Johnny Massina.

—¿Qué clase de relación tenía con él?

—Intenté ayudarlo a abandonar el alcohol. ¿Ella sabe dónde podría estar Starkweather?

—No hablé mucho sobre eso.

—Ya lo imaginaba. Escríbame su nombre y dirección, por favor; aunque, por el momento, no voy a poder verla. Me tienen atado muy corto.

—Teniente, ¿puedo decirle algo personal?

Iba a contestarle que por qué no, pero siguió hablando antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Es obvio que usted es un buen policía y un tipo muy especial; pero es católico y debe de tener ciertos sentimientos al respecto de lo que está sucediendo allí abajo.

—¿Dónde?

Ya sabía la respuesta, pero no estaba dispuesto a comenzar una discusión.

—América Central. Le están haciendo cosas muy feas a nuestra gente. Están asesinando sacerdotes y monjas, y lo están haciendo con las ametralladoras M-16 y M-60 que nosotros mismos les dimos.

—No creo que deba cargar con toda la responsabilidad.

—Es nuestra iglesia; nuestra gente. No hay manera de escapar a esa realidad, teniente.

—¿Quién le está pidiendo que lo haga? Debe tener claros cuáles son sus límites. Los griegos lo sabían; los tipos como usted y como yo necesitamos aprender de ellos.

—¿Usted cree que ese es un buen consejo?

—Es mejor que acabar con la cabeza llena de ciempiés.

—Ya que le gustan las metáforas clásicas, a ver qué le parece esta: ¿por qué admiramos a Prometeo y sentimos desprecio por Polonio? No me responda como un jesuita, teniente: llevamos destruyéndolos verbalmente durante siglos.

Me sonrió de la misma manera que lo haría un lanzador de instituto después de arrojar una pelota caprichosa que nos deja dando vueltas tras no haber podido batearla.

Esa noche, conduje hasta Tulane para ir al concierto del cuarteto de cuerda de Annie Ballard. Estaba hermosa sobre el escenario iluminado. Vestía una falda y una chaqueta oscuras y una blusa blanca bordada. Mostraba una expresión ansiosa y, a la vez, concentrada, mientras leía la partitura sobre el atril de metal que tenía delante y movía el arco adelante y atrás sobre el violonchelo. De hecho, su rostro desprendía un aire infantil encantador, el tipo de expresión que se percibe en las personas que parecen sufrir una transformación cuando hacen eso tan privado que guardan para sí mismos.

Más tarde, nos invitaron a una fiesta en el distrito Garden. Los árboles estaban adornados con faroles japoneses; las luces de la piscina brillaban bajo la superficie esmeralda; el aire olía a jazmín, a rosas y a la tierra recién removida y regada de los macizos de flores; los camareros negros llevaban bandejas con copas de champán y bebidas tropicales frías, serpenteando respetuosamente entre los grupos de sonrientes invitados ataviados con vestidos de noche y trajes de etiqueta veraniegos.

Ella se estaba divirtiendo. Sus ojos ya no reflejaban el miedo y el desprecio que Bobby Joe Starkweather había grabado en ellos. No contenta con eso, trataba por todos los medios de hacerme olvidar lo que había sucedido en el asiento trasero del Cadillac de Julio Segura ayer. Pero yo era un egoísta.

No podía dejar de pensar en esos diez segundos que pasaron desde que el portero sacó la automática de la guantera hasta que apreté el gatillo de mi 45 y desparramé los sesos de Segura por todo el interior de su coche. Estoy convencido de que, a diferencia de la mayoría de basura con la que solemos tratar, él era un hombre verdaderamente maligno; pero cualquiera que haya disparado a otro ser humano conoce la terrible sensación de omnipotencia y arrogancia que se siente en ese momento y el secreto placer que se experimenta ante la oportunidad que se nos

ofrece. Lo había hecho en Vietnam; lo había hecho dos veces como oficial de policía. El instinto salvaje de nuestros antepasados simios seguía muy vivo dentro de mí.

También me perturbaba Sam Fitzpatrick y la admonición que había hecho sobre mi religión y mi humanidad. Quería olvidarme de él. Era un niño, un idealista, un empleado federal que, probablemente, quebrantaba muchas reglas y que, llegado el caso, sería capaz de hacer saltar un escándalo. Si no fuera agente del Tesoro estaría derramando sangre de pollo en los archivos federales. Media docena de hombres como él serían suficientes para hacer arder en llamas toda una ciudad.

Pero no podía deshacerme de él, me gustaba y me había tocado el orgullo.

Francoamente, intenté divertirme esa noche. Los asistentes a la fiesta venían de un mundo distinto al mío, pero eran personas agradables y amistosas, y se desviaban de sus normas generales para ser corteses conmigo. Annie también era una buena muchacha. Cuando veía que mi expresión estaba distante de la conversación, me tocaba la palma de la mano y me sonreía con los ojos. Pero no servía de nada; me di por vencido. Inventé una excusa sobre que tenía que ir a trabajar por la mañana y llevé a Annie a su casa.

Percibí la desilusión en su rostro al decirle que no podía entrar.

—¿Te gusta estar solo, Dave?

—No. No es una buena vida.

—Otra vez será, ¿no?

—Sí. Lamento lo de esta noche. Te llamaré mañana.

Sonrió y cerró la puerta.

Conduje a casa más deprimido de lo que lo había estado en años. ¿Por qué? Porque la verdad era que anhelaba volver a beber. Y no me refiero a que quería beber una copa de vez en cuando. Quería vasos grandes de Jack Daniel's y cerveza, vodka con hielo, muchas medidas de Beam con agua, tequila puro que te deja sin aliento y que te hierva en el estómago; deseaba beber todo eso en un salón de la calle Decatur o Magazine, donde no tenía que controlarme ni preocuparme por nada y donde mi imagen en el espejo sería una curiosidad más, como la lluvia de neón que golpea contra el cristal.

Después de cuatro años de sobriedad, quería volver a llenarme la mente de arañas, gusanos y serpientes alimentándose de los trozos de mi vida que yo perdía diariamente. Le echaba la culpa a la muerte de Julio Segura. Llegué a la conclusión de que mi tentación por el alcohol y la autodestrucción era un indicio de que mi humanidad todavía estaba intacta. Esa noche recé el rosario y no me dormí hasta que el cielo se puso gris, anunciando el amanecer.

A la tarde siguiente, seguía teniendo a Sam Fitzpatrick en la mente. Llamé al Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego y el agente especial de servicio

me dijo que Fitzpatrick no estaba.

—¿De parte de quién, por favor?

Le dije mi nombre y quién era yo.

—¿Llama desde su oficina?

Contesté que sí.

—Volveré a llamarle en dos minutos —dijo, y colgó.

Como era de esperar, el teléfono sonó un minuto y medio después: en el edificio federal trabajaban personas muy ordenadas y responsables.

—Estamos preocupados por él. No ha venido a trabajar y no se encuentra en su motel. ¿Usted es el tipo que mató a Segura?

—Sí.

—Mal día, ¿eh? —Se echó a reír.

—¿Todos ustedes disfrutaban del mismo sentido del humor?

—Tenemos a un agente fuera del nido, teniente. ¿Sabe algo que nosotros debemos saber?

—Iba a ver a una muchacha mexicana, una estríper, cerca del aeropuerto. Ella le dijo que podía darle información sobre un par de personas que trabajaban para Segura.

—Ya sabemos lo de la chica, ¿qué más?

—Eso es todo.

—Manténgase en contacto. Pase por aquí a tomar un café de vez en cuando, necesitamos estrechar lazos con ustedes. A propósito, teniente, el agente Fitzpatrick tiene la costumbre de ir más allá de nuestros parámetros. Eso no quiere decir que algunas autoridades locales tengan que hacer lo mismo y traspasar la jurisdicción federal; entienda lo que le digo, ¿no?

Hubo una pausa y, luego, se cortó la comunicación.

Más tarde, ese mismo día, fui al edificio de apartamentos de la muchacha mexicana, en Metairie. No había nadie en casa y la encargada del apartamento me dijo que no había visto a la joven, que se llamaba Gail López, ni a su hija en varios días. Puse un pedacito de cinta adhesiva entre la base de la puerta y la jamba antes de conducir hasta el bar de estriptis bajo la tenue luz del crepúsculo.

Los aviones que despegaban de la pista atravesaban la carretera y rugían sobre el bar hasta desaparecer en el cielo color lavanda. Era un edificio de ladrillos pintado de color púrpura. La puerta era roja como el esmalte de uñas y el interior olía a humo de cigarrillo, aire acondicionado y antiséptico sanitario. Tras la barra, un cómico con la cara arrugada como un pergamino llevaba a cabo una actuación insípida y aburrida a la que nadie, ni en las mesas ni en la barra, prestaba atención. En medio de esa rutina, unos motoristas, en el rincón del salón, pusieron el tocadiscos automático a todo volumen.

El camarero era un hombre robusto, de unos treinta años, con una cabeza grande, pelada y brillante en la parte superior, y con el pelo engominado y peinado hacia atrás en los laterales. Llevaba pantalones negros, una camisa blanca y un chaleco oscuro de terciopelo, al estilo de un camarero profesional; sin embargo, los brazos y el cuello musculosos, el pecho fornido y el mazo de madera sobre el estante indicaban algo más sobre su potencial. Le pregunté por Gail López.

—¿No me reconoce, teniente? —sonrió.

Le miré con atención en medio del humo y del reflejo de las luces sobre el escenario.

—Hace cinco o seis años, ¿verdad? —dije yo—. Le pasó por encima a un camarero del Teamster con un camión de entrega de *Picayune*.

—En realidad, ya han pasado ocho años y nunca pude contar mi versión de la historia, teniente. Pero ya no importa. Siempre tengo un destino claro y no huyo, ¿sabe a qué me refiero? Permítame pedirle un pequeño favor, sin embargo. Mi vigilante de la condicional no tiene por qué enterarse de esta situación, ¿o sí? Es un buen tipo, bastante protector, y no quiere que trabaje en este tipo de lugares; pero unos tipos del sindicato me guardan rencor y no pretenden devolverme mi tarjeta. Además, no hay muchos sitios donde pueda ganar seis dólares por hora más las propinas. Diablos, es degradante trabajar en un lugar como este. Debo recoger con las manos colillas de cigarrillos en los urinarios, fregar inodoros y limpiar los vómitos cada vez que uno de estos malditos gusanos decide descomponerse. ¿Qué quiere beber? Corre de mi cuenta.

—Eh... nada, por el momento. ¿Qué sabe de Gail López?

—Bueno, todas estas chicas tienen mucho tráfico, ¿me entiende? Los clientes aquí son todos rufianes, teniente. Ladrones, matones, lesbianas; tipos estúpidos, ¿me entiende? Hay un personaje que viene todas las noches y disuelve Demerol en un vaso con Wild Turkey. Cuando le digo: «Qué buen tiempo hace» o «Cómo ha llovido esta tarde», responde: «No, señor». Le pregunto si quiere otra copa y dice: «No, señor». Le ofrezco más cacahuets y dice: «No, señor». «No es el mejor lugar para hacerse el vivo»: «No, señor».

—Charlie, estoy hablando de un tipo que parece una peca humana.

—Nunca le he visto. Mire a su alrededor, teniente. Un tipo así resaltaría aquí como mierda en una fábrica de helado. De todas maneras, pregúnteselo a ella; estará aquí en una hora.

Me senté y vi dos espectáculos consistentes en media docena de muchachas desnudas que bailaban al compás de una banda de tres instrumentos que podrían haber sido afinados con un tambor militar. Las chicas llevaban cadenas doradas en los tobillos y en el estómago. Parecía que tuvieran el rostro iluminado con alguna especie de placer narcisista interno que nada tenía que ver con el mundo exterior. Se

ondulaban y levantaban los brazos sobre la cabeza como si se estuvieran moviendo en el agua y, ocasionalmente, sus miradas se entrecruzaban y se encendían con algún reconocimiento secreto.

Durante toda la actuación, el camarero lavó vasos indiferentemente en un recipiente de latón, mientras la ceniza de su cigarrillo caía en el agua. Alguien lo llamó desde el fondo y él abandonó la barra por unos minutos; luego, regresó con una expresión de incomodidad en el rostro.

—Teniente, he de decirle algo un tanto embarazoso —confesó—. El gerente, el señor Rizzo, está muy contento de que esté usted aquí y no desea que pague nada de lo que consuma pero, entiéndalo, un tipo que se sienta en la barra a beber Seven-Up y que deja ver un arma bajo su chaqueta es como...

—¿Nocivo?

—Bueno, no hay nadie más en la barra, teniente, lo que no quiere decir nada contra usted, sino contra todos los degenerados que beben aquí. Debe entender la mente de esta gente. Vea, todos tienen fantasías de grandeza, de malotes; pero cuando van demasiado lejos y se topan con algún tío duro de verdad, como uno que acaba de salir de Angola y ya le han metido una botella de CocaCola por el trasero, tengo que ir a sacarles bajo fianza.

Pagué los refrescos que había bebido y esperé otra media hora en una mesa pequeña de una parte oscura de la sala. Gail López no apareció. Di al camarero una tarjeta de mi oficina con mi número telefónico y le pedí que me llamara si ella se presentaba. Dejó el trapo con el que limpiaba la barra y se inclinó hacia delante. Me habló a unos centímetros de la cara.

—Uno de sus amigos es un tipo nicaragüense alto, con bigote —dijo—. No se deje atacar de improviso, teniente. Una noche, en el aparcamiento, le hizo un tajo a un tipo desde la axila hasta el hígado. Es la clase de individuo que, si uno quiere golpearle, tiene que agarrarlo por el cuello.

Conduje de regreso al apartamento de la muchacha mexicana en Metairie. La cinta adhesiva seguía donde la había puesto, entre la puerta y la jamba. Le dije al administrador del edificio que no podía pedirle que abriera el apartamento, pero que sospechaba que, si lo hacía, todo lo que encontraría serían perchas vacías. Le llevó menos de dos minutos conseguir la llave maestra.

Sin embargo, estaba equivocado: no había dejado solamente las perchas vacías. En la papelera, había varios folletos arrugados que anunciaban excursiones al Caribe. «Fitzpatrick, pobre tipo», pensé.

Estaba cansado cuando regresaba a mi casa por Lake Shore Drive. Pasé frente al parque de atracciones, con su rueda Ferris iluminada en el cielo, frente a la Universidad de Nueva Orleans y sus jardines oscuros y tranquilos y sus árboles

negros, y entré en un diálogo conmigo mismo que estuvo a punto de alejarme de mis problemas. «Deja que la gente tic Fitzpatrick se ocupe de él», pensé. «Las armas y los explosivos ilegales son jurisdicción suya, no tuya. Te creaste una obligación por la muchacha negra asesinada en el río y seguiste adelante, lo quisieras o no, cuando convertiste el cerebro de Julio Segura en mermelada. Si estás interesado en vengarte de Philip Murphy, de Starkweather y del pequeño israelí, estás trabajando en la línea equivocada. En alguna parte del camino, pisarán su propio excremento y alguien estará allí para detenerlos. Así que mantente apartado, Robicheaux. No tienes que pasar a la acción todo el tiempo; un momento de tranquilidad también tiene su valor».

Casi había logrado cierta tranquilidad cuando aparqué el coche en la calle oscura sin salida que daba al médano de arena, las tres palmeras y el muelle ruinoso en el que tenía amarrada la casa flotante. Un camino con juncos a los laterales atravesaba el médano. Las copas de las palmeras hacían sombras sobre la arena y sobre el techo de mi casa flotante. Podía oírse el agua golpeando contra el casco, y la luna caía sobre el lago como una larga banda plateada. Caminé por la pasarela de embarque con el viento dándome en la cara, mientras oía cómo la madera crujía bajo mis pies. Abrí la escotilla, entré en la cabina principal y encendí la luz.

Bobby Joe Starkweather se levantó rápidamente del suelo y sacudió un trozo de cañería para golpearme la cara. Tenía una válvula de hierro en un extremo y estaba envuelta con cinta aislante en el otro. Me agaché y puse las manos delante del cuerpo. Recibí parte del golpe en el antebrazo, pero el casquete de hierro me rozó la cara y sentí que la oreja se me desprendía de la cabeza. Intenté sacar mi 38 de la cartuchera, pero alguien me agarró las manos desde atrás y los tres caímos sobre el estante de discos que estaba en la pared opuesta. Mi colección de vinilos históricos de *jazz*, tan duros y delicados como piezas de cerámica horneada, se rompieron en mil pedazos negros por el suelo.

En seguida, un tercer hombre estaba encima de mí; un tipo alto, con un bigote recortado y cabello rojizo con olor a pomada. Me tenían bajo sus manos, brazos, muslos, escrotos, nalgas, rodillas... Todo su peso y fuerza colectivos estaban sobre mí, y noté un olor tan fuerte que apenas pude respirar. Sentí una aguja que se hundía en mi cuello y un deseo no pronunciado se me atragantó en la garganta; mi boca estaba abierta, como si me hubieran roto las articulaciones de la mandíbula. Después, mis tres amigos me sacaron el aire que me quedaba en los pulmones, la sangre del corazón, la luz de los ojos.

Me desperté en una especie de garaje. El techo era de chapa y fuera estaba lloviendo. Estaba tendido sobre una mesa de madera, con los brazos atados a un poste detrás de mí y los pies sujetos a otro poste en el otro extremo de la mesa. La única luz era la de una lámpara portátil de mecánico que colgaba de una pared entre hileras de herramientas, correas de ventilador, engrasadores de pistones y manojos de bujías. Reinaba un olor a grasa y a óxido. Hacía calor. Cuando giré la cabeza, sentí como si el cuello se me fuera a quebrar como el tallo de una flor seca.

Luego, vi a Sam Fitzpatrick en una silla de madera a unos metros de donde estaba yo. Tenía los antebrazos atados a los brazos de la silla, liados con una cuerda desde el codo hasta las muñecas, de manera que las manos le sobresalían como garras quebradas. Tenía la ropa rasgada y manchada de grasa y sangre. La cabeza, golpeada y ensangrentada, le caía hacia abajo, por lo que no podía verle bien el rostro. Junto a sus pies, había un aparato de teléfono similar a los que se usaban en los campamentos del Ejército.

—Sam —dije.

Hizo un sonido y movió la cabeza.

—Sam, soy yo, Dave Robicheaux. ¿Dónde están?

Levantó la cabeza, bajo la luz, y pude verle la cara. Tenía los ojos hinchados y cerrados como los de un sparring, la nariz rota y la saliva roja entre los dientes.

—¿Dónde están, Sam? —repetí.

Comenzó a respirar con dificultad, con el aliento entrecortado en la garganta, como si intentara generar suficiente energía para decir una sola frase.

—Camino del elefante —pronunció.

Oí una puerta de metal que se abría sobre el suelo de cemento. El olor frío de la lluvia penetró en la habitación. Philip Murphy, el pequeño israelí y el hombre alto del bigote fino y el pelo rojizo entraron en la habitación y se quedaron de pie junto a la luz de la lámpara portátil. Llevaban en la mano bolsas de papel con hamburguesas y patatas fritas.

—Debe de tener una complexión fuerte. —Murphy se dirigió a mí—. Le inyectaron suficiente Thorazina como para matar a un dinosaurio.

No se había afeitado y una incipiente barba le comenzaba a aparecer entre las pequeñas venas azules y rojas de las mejillas. Dio un mordisco a su hamburguesa y me miró mientras masticaba; sus ojos color avellana carecían de todo sentimiento o emoción.

—Usted es un miserable proyecto de hombre —dije.

—¿Qué pasa, teniente? ¿No le gusta cómo han salido las cosas? ¿No le

advirtieron sobre las reglas? La gente no fue honesta con usted, ¿no es así?

—Hay que ser un degenerado para torturar a un hombre indefenso.

—La gente resulta herida en las guerras. Su amigo es uno de ellos. A usted probablemente no le guste esa definición, pero es algo normal entre los de su especie.

—Es usted un cobarde, Murphy. Nunca en su vida ha luchado en una guerra. Los tipos como usted son los que bajan a los demás de los vagones de ganado y se encargan de poner en marcha los hornos.

Por un momento, vi un destello en sus ojos.

—¿Le gustaría vivir en un país comunista, teniente? ¿Desearía que Luisiana estuviera gobernada por los sandinistas y que manejaran las cosas igual que lo hacen en Nicaragua? Usted sabe que los marxistas son puritanos, ¿no es así? Nada de casinos ni de caballos; nada de alcohol o sexo cuando uno lo desea; ninguna posibilidad de obtener esa gran droga que le mantiene cargados los genitales. En cambio, tiene que esperar en una fila sudorosa, junto con otra gente mediocre, para recibir lo que se le antoja repartir al Gobierno ese día. Si viviera allí, se pondría un arma en la boca por aburrimiento.

—¿Así que, de alguna manera, justifica atar a un niño y matarlo? Lo que me asquea de la gente de su calaña es que siempre quieren sacrificar a la mitad de la tierra para salvar a la otra mitad. Pero ustedes nunca se encuentran en la mitad que es aniquilada.

—Es un hombre sin ingenio, teniente. ¿Recuerda lo que dijo Patton? No se ganan las guerras dando la vida por el país, hay que lograr que los otros hijos de perra la den por el suyo. Creo que usted es un pobre perdedor. Mire a Andrés. ¿Ve esas pequeñas cicatrices que tiene alrededor de la boca? Tiene derecho a estar amargado, pero no lo está; al menos, no excesivamente. Dinos algo, Andrés: ¿qué hora es?

—Doce menos veinte —contestó en español el hombre alto con bigote. Su voz era jadeante, áspera, como si tuviera pequeños agujeros en los pulmones.

—Andrés solía ir con una puta de uno de los prostíbulos de Somoza. Entonces, un día habló un poco más de la cuenta delante de ella sobre el trabajo que hacía su escuadra de combate. Habían asesinado a una muchacha sandinista llamada Isabella, a quien habían capturado en las montañas. Pensaban que era una buena historia porque, antes de morir, había confesado y entregado a otros veinte sandinistas; lo que no contó es que toda su escuadra de combate la había violado antes de asesinarla, y lo que no sabía era que Isabella era la hermana de la puta. Así que, la siguiente vez que apareció para divertirse un poco debajo de las sábanas, ella le preparó un cuba libre con mucho hielo y rodajas de limón que él se bebió de un solo trago, como chico fuerte que es. El problema es que ella le había puesto ácido clorhídrico y el pobre Andrés ha estado escupiendo sus entrañas desde entonces.

—Usted es una mierda, Murphy.

—No, se equivoca, teniente. Algunos de nosotros servimos; otros, como Fitzpatrick, aquí presente, se interponen en nuestro camino, y muchos, como usted, andan por ahí tristes y engañados, mientras nosotros nos ocupamos de las cosas por ustedes. No me gusta llamarle la atención en su situación, pero tampoco es justo por su parte empezar a nombrar a cierta gente. Ahora bien, usted es un hombre educado y con cierta experiencia y quiero que me responda una pregunta con sinceridad. Usted ha visto a la gente que está del otro lado de la valla en este país: los que marchan por la paz, los que protestan contra la guerra nuclear y todos los que se escaparon de América Central. ¿Quiénes son? —Retrajo las comisuras de los labios hacia atrás en lo que podría ser una sonrisa y sus ojos me miraron con un cierto aire de alegría—. Algunas son lesbianas, ¿no es así? No todas, pero algunas sí, hay que admitirlo. Después, están aquellas a quienes no les gustan los hombres. No les gustaban sus padres, sus hermanos o sus esposos y, finalmente, se ensañaron con toda autoridad masculina: el presidente, los diputados, los generales, cualquiera que tenga un pene.

Continuó:

—Así llegamos a los descontentos generales. Son perdedores profesionales que no podrían diferenciar entre un libro de historia y un catálogo de grandes almacenes, pero les encantan las manifestaciones; estoy seguro de que pudo ver a muchos de estos especímenes cuando volvió de Vietnam. Mi grupo favorito, sin embargo, es el contingente de hombres domados. Sus esposas los arrastran a interminables reuniones que no llevan a ninguna parte y, si se portan como hombrecitos, mamita les permite hacer algo una vez por semana. No creo que ese sea su tipo, teniente, pero tal vez estoy equivocado con respecto a usted. Creo que, en el fondo, quería ser un jugador. Mala suerte, porque ahora tenemos que echar a un par de jugadores del tablero de juego.

—Le sugeriría que leyera algo. Vaya a la sección de necrológicas del *Picayune* y lea los recortes sobre lo que le sucedió a la gente que eliminó a policías de Nueva Orleans. No es lo que mejor sabemos hacer, pero la lección es evidente.

Sonrió, como si le divirtiera el comentario, y comenzó a comer la hamburguesa otra vez, mientras miraba con ojos expectantes la puerta trasera. Cinco minutos más tarde, Bobby Joe Starkweather irrumpió en la habitación con una bolsa de papel. Tenía la camiseta y los pantalones empapados, y se le marcaban los músculos debajo de la ropa mojada.

—Lo tengo. ¿Por qué no los matamos y nos largamos de aquí? —manifestó al entrar—. ¿Me trajiste una hamburguesa?

—Pensé que no te gustaba fría —repuso Murphy.

—Es maravilloso trabajar con un tipo como tú, Murphy —aseguró Starkweather.

—¿Quieres la mía? —preguntó Murphy calmadamente.

—Aún no me he vacunado contra la rabia.

—Entonces, ve a buscarla tú mismo y deja de molestarnos con tus quejas.

—Mira, Murphy, yo he ido a buscar el alcohol, por el que me debes doce dólares, y me he empapado hasta la bragueta mientras vosotros estabais aquí bien secos, chupándoos vuestros dedos grasientos. No me provoquéis.

Murphy masticó su bocado con la mirada perdida. Starkweather se secó la cara y los brazos, encendió un Lucky Strike con su encendedor Zippo, cerró el encendedor y lo guardó en el bolsillo con el dedo pulgar. Inhaló el humo sin quitarse el cigarrillo de la boca mientras sacaba de la bolsa una petaca de *whisky* Seagram's, seis botellas de Jax, un frasco de pastillas y una botella marrón de medicina y lo colocaba todo sobre la mesa. Luego, buscó en el banco de trabajo hasta que encontró un embudo de goma y un tarro de cristal lleno de clavos oxidados. Desparramó los clavos sobre el banco y regresó a la mesa con el frasco y el embudo. Su cabeza afeitada tenía la forma de un signo de interrogación.

—Debería haber estado aquí antes —dijo—. Su amigo nos contó un par de cosas muy interesantes. ¿Recuerda lo que solían decir en Vietnam? Llama a Charlie por teléfono, que siempre responderá.

Llenó el tarro con cerveza, *whisky* y el líquido de la botella marrón. Luego, agregó las píldoras, cerró el tarro con la tapa y lo agitó como si estuviera preparando un Martini. El extremo del cigarrillo estaba húmedo de saliva. Respiraba con poca energía.

—Debe de ser terrible saber que uno es un borracho que no puede tolerar el alcohol —manifestó.

—Yo bebí más en una semana de lo que tú has bebido en toda tu vida, estúpido —dije yo.

—Apuesto a que es así. Mi primera esposa era alcohólica y era capaz de hacer cualquier cosa por un trago. Una vez, se acostó con un taxista para conseguir un vaso de cerveza. Yo me enteré, agarré un cuchillo tan grande como mi mano y le arranqué el vestido, le quité el dinero y la ropa, y la encerré en la habitación. ¿Sabe lo que hizo? Se bebió la colonia. Un día vinieron y se la llevaron a un manicomio de Montgomery.

—Pase lo que pase aquí esta noche, tengo algunos amigos que se encargarán de calmaros un poco, Starkweather.

—Puede ser, puede ser. Pero mientras tanto, tengo algo ideal para un borracho como usted. Cuando estas drogas hagan efecto, podré sacarle los dientes con unas tenazas y ni siquiera se quejará. El aceite de castor es solo para darle un toque romántico a la velada y hacerle recordar esos días en los que solía cagarse encima. Si es un buen muchacho, le dejaremos que se siente y que se lo beba solo.

—Vamos, empieza —dijo Murphy.

—Deja de darme órdenes por un instante, Murphy —se irritó Starkweather—.

Gran parte de todo este embrollo es por tu culpa. Deberíamos haber eliminado a estos tipos la primera vez que se interpusieron en nuestro camino. Sin embargo, tuviste que hacer un alarde de inteligencia para impresionar a Abshire.

—¿Por qué será que, en cualquier situación, nunca logras desilusionarnos? —preguntó Murphy.

—Tienes la particularidad de hacer que otra gente limpie el baño después de usarlo tú. Tal vez deberías hacer algún trabajo de soldado raso, aunque no creo que tuvieras las agallas necesarias.

—No es una cuestión de agallas, amigo —repuso Murphy. Tenía migas de pan en los bigotes y en el mentón—. Algunas personas juegan el papel de adverbios, mientras que otras son sustantivos.

—Me gustaría verte con alguien en la cama.

—Tal vez no lo creas, pero desempeñé un papel de cierta importancia histórica en la bahía de Cochinos y en Dien Bien Phu. Lo último fue durante la época en que tú intentabas descubrir la diferencia entre los ovarios de tu madre y un balde de arena.

—Qué importante eres, Murphy. Si hubieras estado en Omaha Beach, hoy estaríamos hablando alemán.

Erik, el pequeño israelí, se rió disimuladamente. El nicaragüense miraba a un lado y a otro con los ojos abiertos, sin lograr comprender la broma.

—Idiotas, se está quemando las muñecas con las esposas —dijo Murphy.

—Siempre el hombre de inteligencia.

—Tú cumple con tu trabajo y cierra la boca, Starkweather. El teniente podría operar con una sola neurona y, así y todo, ser más listo que tú. Si echas a perder algo esta noche o vuelves a abrir la boca...

Se detuvo y respiró con dificultad por la nariz.

—Ahora voy a traer su coche. Tú envuelve este paquete —concluyó—. Seguiremos hablando más tarde.

—Ya ha oído al jefe —me dijo Starkweather—. Es hora de ganarse la paga. Adiós, estúpido.

Hicieron fuerza para meterme el embudo entre los dientes y que me llegara hasta el fondo de la boca. Hice gárgaras y tosí. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Sentía que mi pecho se agitaba violentamente bajo la presión de sus manos. Luego, me taparon la nariz y derramaron la mezcla de cerveza, aceite de castor, whisky y drogas por mi garganta. El repentino gusto fuerte del alcohol, después de cuatro años de abstinencia, era como el estruendo de un trueno en mi sistema. Tenía el estómago vacío y el líquido me quemaba como calor enlatado, se me depositaba como plomo en los testículos y el pene, me rugía en el cerebro y me llenaba el corazón de jugos rancios y primordiales.

En seguida perdí toda lucidez y, en pocos instantes, estaba atrapado una vez más

en mi mundo de borracho, con todos los bares nocturnos, los conductores de taxi que me acompañaban hasta la puerta principal al amanecer, y el delirium tremens que me cubría de sudor y llenaba el interior de mi casa flotante de arañas y de vietnamitas muertas. Oí el cristal de una botella de cerveza que me golpeaba la cabeza; me vi a mí mismo expulsado a puntapiés de un bar; percibí el desprecio en el rostro de un portero cuando me arrojó dentro de mi automóvil; sentí cómo vomitaba mis tripas en un lavabo público; note las manos de un vividor y de una prostituta que me revisaban los bolsillos del pantalón.

Después, sucedió algo extraño. La mayoría de mis sueños sobre Vietnam eran pesadillas que, en algún momento, me hacían sentir miedo a dormir. Incluso antes de convertirme en un borracho declarado, solía beber tres cervezas antes de ir a la cama para poder dormir hasta la mañana. Pero ahora, alguien me estaba llevando bajo una lluvia cálida y sabía que estaba otra vez en las manos bondadosas de los soldados de mi pelotón. Había oído el «clic» debajo de mis pies en la oscuridad de la jungla. Luego, como si fuera espectador y no protagonista, me vi cubierto por la luz de cobalto. El cuerpo se deslizaba con electricidad y mi alma encendía los árboles como una enorme vela.

Cuando desperté, seguía saliendo humo de los agujeros desgarrados de mis pantalones de camuflaje. Me llevaban envuelto en un poncho, mientras seguían cayendo la lluvia y las granadas. En la oscuridad húmeda, podía oír la respiración agitada de los cuatro hombres que me llevaban. Iban corriendo a medio trote. Las ramas de los árboles les golpeaban el rostro. Tenían una expresión incauta, como si no pensarán en que podrían explotar granadas, o haber minas en el sendero. Cuando un par de AK-47 estallaron y tuvieron que dejarme en el suelo, repentinamente, él se agachó junto a mi rostro y me murmuró algo con su acento montañés. «No se preocupe por nada, teniente. Si no están en el campamento, lo llevaremos hasta Saigón si es necesario».

Me llevaron a cuestas el resto de la noche. Tenían el rostro exhausto, cubierto de gotas de sudor y tierra. Sus trajes de camuflaje estaban duros por su propia sal. Yo debería haber tenido miedo, pero no. Nunca se rendían, a pesar de que les dolían los brazos y la espalda miserablemente y tenían las manos cortadas y llenas de ampollas. La luna apareció entre las nubes, la niebla apareció como manojos de algodón húmedo sobre el sendero de la jungla y yo caí en un profundo sueño, como consecuencia de la morfina. Una tranquilidad prenatal en la que el único sonido era mi propia respiración y la de los cuatro hombres que me llevaban, lo que finalmente se convertía en un murmullo colectivo, como el de la sangre que penetra por el cordón umbilical. Los oí detenerse una vez y apoyarme en la tierra mientras me cambiaban la botella de suero, pero no me desperté hasta por la mañana, cuando oí las paletas del helicóptero rugir en el campamento. Miré desde mi capullo negro y vi

al muchacho del norte de Georgia inclinado sobre mí. Me tocaba el rostro con sus manos, tan tiernas como las de una mujer.

Pero las manos que me introdujeron en mi propio automóvil en el tercer nivel de un aparcamiento sobre el río no pertenecían a los hombres de mi pelotón. En la oscuridad y bajo la lluvia, vi los rostros del pequeño israelí, del nicaragüense, de Philip Murphy y de Bobby Joe Starkweather, mirándome como si fuera un objeto cuyo repugnante olor les hiciera palidecer de puro asco. Me pusieron de pie y, luego, me ataron detrás del volante y cerraron la puerta. Sentía la cabeza como si estuviera llena de Novocaína. No podía cerrar la boca. Tenía el mentón y el cuello vomitados. Un olor rancio a excremento me subía de los pantalones. A través del parabrisas, podía ver las luces verdes y rojas de los lanchones en el Misisipi y las estelas de vapor que dejaban a su paso.

Tiraron a Sam Fitzpatrick junto a mí y le derramaron whisky y cerveza en la ropa. Intenté mantener la cabeza erguida, estirarme y tocarlo, pero seguía teniendo el mentón pegado al pecho y las palabras se me hacían burbujas espesas en los labios. Sam tenía los ojos en blanco y, cuando respiraba, le salía sangre de la nariz y le manchaba la camisa. Yo tenía la cara hinchada, insensible al tacto, tirante sobre el cráneo como la piel sobre la cabeza de un muerto. Sentía los labios separados en una especie de sonrisa perversa, como si quisiera compartir con el mundo una broma obscena sobre nuestra ejecución. Luego, sentí un gusto desagradable que me subía del estómago, mi cabeza se inclinó hacia delante y noté como si un periódico mojado se me desprendiese dentro del pecho; a continuación, oí una vomitada que, a través del volante, caía hasta el suelo.

Alguien había puesto el motor del coche en marcha. Un brazo, con los músculos marcados como rollos de monedas, me pasó frente a la cara y metió la marcha. La lluvia seguía cayendo con fuerza sobre el río.

El coche comenzó a rodar hacia la baranda, ganando velocidad, mientras yo manoteaba con la manilla de la puerta con unos dedos que parecían estar cosidos entre sí con aguja e hilo. En un primer momento pude ver el río, una calle iluminada más abajo con algunos coches que circulaban, los techos negros de varios depósitos; después, mientras el coche se acercaba a la baranda y al final del asfalto, solo logré ver el cielo, la lluvia y un avión distante con las luces de las alas encendidas en la oscuridad.

Oí cómo la baranda se doblaba bajo el parachoques de mi coche y cómo, finalmente, se soltaba por completo de los soportes, justo en el mismo momento en que las ruedas delanteras se desplomaban sobre el borde de cemento y el coche comenzaba a inclinarse, como anunciando la primera bajada a toda velocidad en la montaña rusa. El extremo posterior comenzó a girar y yo estaba presionado contra el volante, viendo cómo la calle se acercaba cada vez más al parabrisas. Tenía la boca

abierta con un sonido que quedaría atrapado para siempre en mi garganta.

El coche golpeó el extremo de otro edificio de algún tipo, porque oí ruido de metal; como si la parte inferior del coche hubiera sido extirpada quirúrgicamente. Oía a gasolina. Luego, nos estrellamos boca abajo en medio de una acera, con un estruendo de cristales, metal y puertas que se desprendían de las bisagras.

Yo había caído fuera, sobre el pavimento. Tenía la ropa cubierta de gasolina y de pedazos de cristal. Habíamos triunfado, pensé. Los malos habían hecho lo peor que se les había ocurrido y no habían logrado salirse con la suya. Nosotros habíamos sido tocados por la varita mágica y, una vez que Fitzpatrick y yo nos recuperáramos, nos llegaría el turno de ser los malos y de estar enfadados.

Pero solo los borrachos y los tontos creen en ese tipo de simplicidad poética. El depósito de gasolina se había roto y el coche estaba empapado. Vi unos hilos de humo que se desprendían de la carrocería, como cables sucios; luego, se oyó un «puf» y apareció una llama en el motor, atravesó el pavimento hasta el depósito de la gasolina y el coche estalló en una bola anaranjada y negra que crepitó hacia el cielo.

Espero que no sufriera. El interior del coche estaba envuelto en llamas. No podía ver nada más que llamas ardientes. Pero, en mi imaginación, pude ver una figura de cartón piedra, con pecas pintadas en el rostro, que se desintegraba lentamente entre las paredes amarillas de un horno.

A la mañana siguiente, el sol brillaba al otro lado de las ventanas de mi habitación del hospital. Podía ver las copas verdes de los robles y el ladrillo rojo de las casas del siglo XIX al otro lado de la calle. Estaba apenas a unos metros de St. Charles y, cuando la enfermera me levantaba la cama, veía pasar el enorme tranvía verde por la explanada.

Tenía conmoción cerebral y el médico me había dado diecisiete puntos en la cabeza. Unos pedacitos pequeños de cristal se me habían incrustado en el hombro y a lo largo de todo un brazo, lo que hacía que la piel pareciera la de un lagarto. Pero mi verdadero problema era con el *whisky* y las drogas, que todavía me circulaban por la sangre, y con la variedad de personas que atravesaban la puerta de mi habitación.

La primera de ellas fue el supervisor de Sam Fitzpatrick del Departamento del Tesoro. No era un mal tipo, supongo, pero no me tenía simpatía y me hacía sentir como si su muerte hubiera sido el resultado de su conexión conmigo, y no con Philip Murphy y las armas centroamericanas.

—Usted no hace más que insistir con un tal camino del elefante. No hay nada parecido en las notas de Fitzpatrick y nunca habló sobre eso tampoco.

Tenía cuarenta años. Llevaba traje, estaba bien bronceado y tenía el cabello canoso cortado como el de un atleta. Sus ojos pardo-verdosos eran firmes e intensos.

—No tuvo oportunidad de hacerlo —repuse yo.

—Su historia es extraña, teniente.

—Los psicópatas y los locos del Gobierno que están fuera de control suelen hacer cosas extrañas.

—Philip Murphy no es un hombre del gobierno.

—No estaría tan seguro.

—Confíe en mi palabra.

—Entonces, ¿por qué no confía usted en la mía?

—Porque usted tiene una historia muy peculiar; porque sigue metiéndose en asuntos que no son de su incumbencia; porque mató a un importante testigo potencial del Gobierno, y porque uno de nuestros mejores agentes murió quemado en su automóvil.

Me molestaban los ojos y tuve que mirar hacia otro lado. Los árboles se veían muy verdes bajo la luz del sol y me pareció oír el tranvía en la explanada.

—¿Ha oído hablar de un tipo llamado Abshire? —pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—Creo que esos tipos trabajan para alguien llamado Abshire.

Sus ojos miraron al vacío; suficiente para darme cuenta de que el nombre le era familiar.

—¿Quién es ese tipo? —insistí.

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Me está ocultando algo?

—No podemos permitirnos que usted esté involucrado.

—Qué lástima.

—¿Qué es lo que necesita para comprender el mensaje, teniente?

—A mí también me gustaba ese muchacho.

—Entonces haga un tributo a su memoria, pero no se meta en los asuntos federales.

Se fue sin decir adiós. Me sentí tonto y solo en la blancura de mi habitación. Me estremecía como un diapasón que comienza a temblar con una nota disonante. Había una botella de Listerine sobre mi mesilla de noche. Caminé como pude hasta el baño, me enjuagué la boca y escupí en el lavabo. Absorbí el jugo de las mejillas y de la lengua y lo tragué. Volví a enjuagarme la boca, pero esta vez no escupí; pude sentir el alcohol en mi estómago como un viejo amigo.

Media hora más tarde, dos detectives de Asuntos Internos aparecieron junto a mi cama; eran los mismos detectives que habían investigado la muerte de Julio Segura. Llevaban ropa deportiva y tenían el bigote y el cabello cortado por un estilista.

—Me están poniendo nervioso. Parecen buitres posados sobre los pilares de mi cama. ¿Por qué no se sientan?

—Eres un tipo divertido, Robicheaux. Un chiste por minuto —dijo el primer detective.

Su nombre era Nate Baxter y había trabajado en el Ejército para la División de Investigaciones Criminales (CID) antes de entrar al departamento. Yo siempre había creído que sus actitudes, en apariencia militares, no eran más que un disfraz que ocultaba una mentalidad verdaderamente fascista. Era un pendenciero y, una noche, un oficial suspendido le hizo caer de bruces en un urinario en el antiguo chiringuito de Joe Burton, en Canal.

—No necesitamos mucho de usted, Dave —añadió su compañero—. Solo que nos aclare un par de puntos.

—Como, por ejemplo, ¿qué estabas haciendo en ese bar cerca del aeropuerto? —puntualizó Baxter.

—Oí algo referente a una muchacha que quería dar información sobre un par de secuaces de Segura.

—¿No la encontraste?

—No.

—Entonces, ¿por qué te quedaste allí mirando el espectáculo?

—Esperaba que la chica apareciera.

—¿Qué bebiste?

—Seven-Up.

—No sabía que el Seven-Up le hiciese a la gente cagarse en los pantalones.

—Leiste el informe. Si no me crees, es problema tuyo.

—No, es problema tuyo, así que repasémoslo otra vez.

—Vete al diablo, Baxter.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Desaparece de mi vista.

—Cálmate, Dave —intervino su compañero—. Es una historia disparatada. Van a hacer muchas preguntas, tienes que estar preparado.

—Se supone que tiene que ser una historia disparatada, por eso lo hicieron así —dije.

—No creo que haya ningún misterio en este caso. Creo que volviste a beber, te emborrachaste y te estrellaste —afirmó Baxter—. Los médicos dicen que olías a una mezcla entre váter y whisky.

—Yo siempre te defiendo. No importa lo que diga todo el mundo que yo siempre les aseguro que, debajo de ese poliéster de Mortimer Snerd, hay un policía de verdad que sabe afilar los lápices de los mejores administradores del departamento; pero cada vez me cuesta más seguir siendo tu defensor, Baxter.

—Me parece que a tu madre la dejó embarazada un cangrejo.

Su compañero se puso pálido.

—Voy a estar fuera de aquí mañana. Tal vez debería llamarte cuando termines tu turno y citarnos para hablar de algunas cosas, ¿qué piensas?

—Si me llamas cuando termine mi turno, será mejor que vayas sacando un billete de autobús para la próxima reunión de alcohólicos anónimos.

—Tengo la sensación de que no van a cambiar mucho las cosas si pierdo el control hoy aquí.

—Ojalá lo hicieras, idiota. Me encantaría reventarte a golpes.

—Vete de aquí, Baxter, antes de que alguien te tire encima los restos de los orinales.

—Sigue tomando esas pastillas, amigo, porque vas a necesitarlas. No soy yo quien te persigue, fuiste tú solo el que se metió en este asunto. Espero que disfrutes de la caída, porque va a ser grande. —Luego, se volvió hacia su compañero—. Vámonos a tomar un poco de aire fresco, este tipo es más deprimente cada vez que lo veo.

Al salir de la habitación pasaron junto a una joven monja irlandesa, con hábito blanco, que me traía el almuerzo en una bandeja.

—Dios mío, qué pareja —exclamó.

—Eso debe de ser lo más bonito que se ha dicho de ellos, hermana.

—¿Están buscando a los hombres que le hicieron esto?

—Me temo que les pagan para atrapar a otros policías.

—No comprendo.

Tenía el rostro redondo y parecía bonita dentro de su túnica de monja.

—No tiene importancia. Hermana, creo que hoy no voy a comer el almuerzo, lo siento.

—No se preocupe; su estómago estará mejor esta noche.

—¿Sabe lo que realmente me gustaría?, ¿por lo que daría cualquier cosa?

—¿Qué?

No me salían las palabras. Recorrí con la mirada la habitación y miré por la ventana las copas verdes de los robles que se mecían con la brisa.

—¿Podría traerme un vaso grande de Coca-Cola? Con mucho hielo. Y, si puede ser, con jugo de cereza y rodajas de limón.

—Por supuesto.

—Muchas gracias, hermana.

—¿Desea algo más?

—No, solo la Coca-Cola. Eso es todo lo que necesito.

Esa misma tarde, el capitán Guidry se sentaba al pie de mi cama, se sonaba la nariz y limpiaba sus gafas con la sábana.

—Una vez, después de que todos los periódicos del país hubieran acusado a George Wallace de ser racista, él comentó a un periodista: «Bueno, esa es la opinión de un hombre» —me dijo el capitán Guidry—. Nunca le he admirado, pero siempre

me gustó esa declaración.

—¿En qué va a quedar todo esto?

—Te han castigado. Suspensión indefinida sin sueldo.

—Eso es lo que les cae a los policías que trafican con droga.

—Yo protesté. Fueron excesivos contigo, Dave, pero también tienes que ver el prisma desde otro lado. En el lapso de una semana, tu nombre ha aparecido en todos los diarios. Además, estamos hablando de dos personas disparadas en uno de los barrios más ricos de Nueva Orleans, y de un agente del Tesoro que muere en tu automóvil, después de caer de una altura de tres pisos en medio de una calle de la ciudad. No es un caso muy sencillo de seguir.

—¿Usted cree en mi informe?

—Siempre has sido un buen policía. No hay nadie mejor.

—¿Me cree?

—¿Cómo diablos puedo saber lo que sucedió ahí fuera? A decir verdad, tampoco estoy muy seguro de que tú lo sepas, Dave. Los sanitarios dicen que estabas medio loco cuando te trajeron aquí. Yo vi lo que quedó de tu coche, no sé cómo lograste sobrevivir. El médico dijo que tenías suficientes drogas y alcohol en la sangre como para embalsamar al Ejército ruso.

—¿Quiere que renuncie?

—No dejes que ellos jueguen por ti. Si dejas que parásitos como Baxter vean que estás herido, intentarán llenar cargos en tu contra por asesinato premeditado.

—Ese agente especial, el supervisor de Fitzpatrick, sabe quién es ese tipo, Abshire. Lo percibí en sus ojos.

—Si sacudes un árbol federal, lo único que consigues es que los pájaros te caguen en la cara. Además, estás suspendido. Estás fuera. Y eso es definitivo.

—¿Qué se supone que debo hacer, capitán?

—Ahora es tu turno. Solo espero que pase pronto. Diles a todos que se vayan al demonio y dedícate a hacer ganchillo si es necesario.

Observé el atardecer por la ventana. El cielo se veía escarlata sobre los árboles y los tejados; luego, se puso de color lavanda y, finalmente, de un púrpura intenso, mientras el sol desaparecía dejando una línea de fuego brillante en el horizonte. Me senté solo en la oscuridad un instante, encendí el televisor y puse la emisora por cable de veinticuatro horas de noticias. Vi escenas de las guerrillas salvadoreñas abriéndose paso por un sendero en la selva, a los pies de un volcán apagado. Sus rostros eran jóvenes, con barbas ralas como los orientales. Tenían el cuerpo cubierto de bandoleras y cinturones con cartuchos de escopeta. Todos ellos se habían sujetado el sombrero de paja con largas hojas de hierba.

Un momento después, la pantalla mostró una escena inconexa de tropas del

Gobierno que avanzaban a través de un bosque de bananeros y de enormes manojos de orejas de elefante. Un helicóptero Cobra irrumpió en el cielo vidrioso, se detuvo en ángulo sobre una barranca profunda y rocosa y descargó una sucesión de cohetes que levantaron agua, corales desintegrados y trozos de árboles y de arbustos en el fondo del barranco. La película terminaba con una toma de las tropas del Gobierno retirándose del bosque de bananos con los heridos en camillas. El calor en esa selva debía de ser agobiante, porque los heridos estaban empapados en sudor y los médicos les mojaban la cara con agua de las cantimploras. Todo parecía muy habitual.

Al haberme criado en Luisiana, siempre había pensado que la política era el territorio de los inválidos morales. Pero, por ser jugador, tenía un cierto instinto sobre el lado al que tenía que apostar mi dinero en determinadas situaciones militares. En un lado de la ecuación, estaban los que se habían enrolado en el Ejército y que estaban obligados a pelear, o les pagaban para ello, y que, en algunas ocasiones, vendían sus armas al enemigo si se les presentaba la oportunidad; del otro lado, se encontraban los que vivían en la selva, conseguían armas y municiones en cualquier lugar donde pudieran comprarlas o robarlas, y no tenían absolutamente nada importante que perder y que, por no tener ningún tipo de ilusión, llegarían hasta más allá de la cordura en una lucha armada. Dudo que hubiera un corredor de apuestas en toda Nueva Orleans que aceptara una por este grupo.

Pero mi guerra había terminado. Y tal vez mi carrera también. Apagué el televisor y miré por la ventana el reflejo de las luces en el cielo. La habitación estaba tranquila, las sábanas, frescas y limpias, y mi estómago ya no se sentía tan descompuesto. Me cepillé los dientes, me duché, me volví a enjuagar la boca con Listerine y después, regresé a la cama, encogí las rodillas y comencé a temblar de arriba abajo.

Quince minutos más tarde, abandoné el hospital y tomé un taxi que me llevó a mi casa flotante. Era una noche oscura y calurosa. El calor se había concentrado durante todo el día en la cabina. Mi colección de discos de *jazz* tradicional —irrecuperables ejemplares de 78 revoluciones de Blind Lemon, Bunk Johnson, Kid Ory, Bix Beiderbecke— estaba desparramada por el suelo, rota y llena de pisadas. Abrí bien las ventanas, encendí el ventilador de pie, recogí los pocos vinilos que quedaban sanos, los limpié con un trapo suave, los metí en sus fundas y los coloqué en el estante de la pared. Después, barrí los discos rotos, los metí en una bolsa de papel y me puse a dormir en el sillón con la ropa puesta.

Las olas suaves golpeaban contra el casco y balanceaban el bote a su ritmo pero, a pesar de lo relajante de su vaivén, no me podía dormir. Sudaba y, cuando me quité la camisa, me estremecí como si hubiera recibido un golpe de aire polar. Cada vez que cerraba los ojos, me parecía como si la superficie de la tierra se abriera a mis pies; sentía que giraba dentro de mi automóvil hacia el fondo distante de un cañón rocoso; veía cómo se formaban palabras en forma de burbuja en los labios muertos de Sam

Fitzpatrick, sentado junto a mí.

Más tarde, Annie Ballard golpeó suavemente la puerta de mi cabina. La abrí y regresé al sillón en la oscuridad. Un velero del lago tenía una lámpara encendida en la cubierta y hacía que el cabello de Annie tuviera reflejos dorados. Vi que buscaba el interruptor en la pared.

—No enciendas.

—¿Por qué no?

—Cuando uno acaba de salir del hospital no tiene buena cara.

—No me importa.

—A mí, sí.

—Sabías que vendría a verte. ¿No quisiste dejarme un mensaje?

—Pensé que lo había hecho. Tal vez no lo hice. Hubo policías todo el día.

Se acercó al sillón. Llevaba pantalones blancos y una camisa de algodón azul metida por dentro.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Creo que es malaria, me la contagiaron en Filipinas.

—Voy a encender la luz.

—No.

—No tienes que ocultar nada, Dave.

—Estoy suspendido de empleo y sueldo; no me siento bien en este momento. Si quieres que te diga la verdad, tengo ganas de matar a alguien.

—No comprendo.

—Cuando te suspenden indefinidamente de empleo y sueldo, significa que, probablemente, nunca vayas a regresar. Es el tipo de castigo que imponen a los policías que están a punto de ser procesados.

Se sentó en el borde del sillón y apoyó su mano sobre mi hombro desnudo. Su rostro era una silueta oscura reflejada contra el cristal que tenía detrás. Me tocó la frente con los dedos.

—No puedo creer que te hayan hecho eso a ti.

—Es por mi pasado. Tú no lo sabes, pero fui un alcohólico declarado durante años, y ahora creen que he vuelto a la bebida.

—No pueden culparte por algo que sucedió en el pasado.

—¿Cómo que no? Eso facilita las cosas. La mayoría de los policías no saben cómo salir de una bolsa de papel mojada. Piensan de una forma categórica sobre toda situación posible; por eso no meten en la cárcel a mucha gente. Cuatro proyectos de ser humano, que ni siquiera servirían para hacer barras de jabón, andan por ahí sueltos en este momento, tomando una cerveza, celebrando que han quemado a un muchacho en carbón de leña, mientras en nuestro propio Cuerpo de Policía se preguntan si deberían acusarme por alcohólico o por alcohólico y asesino.

—No puedes hablar así de ti.

—Annie, en el mundo real, electrocutamos a tipos en la silla eléctrica y enviamos sacerdotes a prisión por el solo hecho de derramar sangre en los archivos policiales. Es la naturaleza del ritual. Tratamos el problema de forma simbólica, pero alguien con rostro tiene que cargar con las culpas. En este caso, un tipo medio loco comienza una cruzada contra cierta política gubernamental de Centroamérica. Si fueras alguien con mentalidad administrativa, ¿no crees que sería más fácil hablar de un accidente por conducir en estado de embriaguez que de una historia sobre muchos locos de extrema derecha que están asesinando campesinos en Nicaragua?

—¿Por qué piensas que eres la única persona que ve la verdad?

—No he dicho eso.

—Pero es lo que sientes, Dave. Es un peso demasiado grande para una sola persona.

Su rostro era suave y sosegado. Miró hacia el agua por la ventana y, un momento después, se puso de pie y comenzó a desvestirse en la oscuridad.

—Annie, no soy un caso de caridad. Es solo que no me encuentro bien hoy.

—Si quieres que me vaya, dímelo; pero mírame directamente a los ojos y dímelo con honestidad, sin cosas raras ni mentiras esta vez.

—Me gustas mucho.

Se recostó en el sillón y apoyó su rostro muy cerca del mío.

—Amar a alguien es estar ahí cuando no hay nadie más, cuando ni siquiera es una elección. Deberías comprenderlo, Dave.

Se inclinó y me besó suavemente en la boca.

Era hermosa. Tenía la piel suave y cálida, y se podía oler el sol en su pelo. Me volvió a besar, exhaló su respiración contra mi mejilla, me rodeó el cuello con los brazos y presionó sus pechos contra mi cuerpo. Me senté en el borde del sillón y me quité los pantalones. Ella volvió a apretarme contra los almohadones, se puso de rodillas y, con la mano, me ayudó a penetrarla. Tenía los ojos cerrados y jadeaba con la boca muy abierta; se inclinó hacia delante, apoyada en los brazos, con los pechos muy cerca de mi rostro. Annie había ignorado toda mi furia —no, mi autocompasión— y me sentía humillado, mareado y físicamente débil cuando miré el azul eléctrico de sus ojos.

Tenía una mancha de nacimiento rosada en el pecho derecho, y parecía que se ponía más oscura y que se llenaba de sangre cuando su respiración se aceleraba. Yo sentía su calor, sus palmas húmedas que me acariciaban, sus muslos que me apretaban y me soltaban; luego, me tomó el rostro entre las manos y sentí que se me retorció el corazón y que una dureza dolorosa estallaba en mi interior como una piedra pesada, desprendiéndose por un lecho impetuoso.

—Eres maravilloso —dijo, y me secó las gotas de sudor de los ojos con los

dedos.

Su cuerpo seguía temblando.

Se quedó dormida junto a mí y la cubrí con una sábana. Ahora había luna y la luz que entraba por la ventana hacía que su cabello rubio ondulado tuviera toques plateados. El borde de su mancha de nacimiento rosada apenas asomaba sobre la sábana.

Sabía que era muy afortunado por tener una chica como ella, pero la gran verdad de un jugador es que nunca está satisfecho con solo haber ganado la doble del día: volverá a invertir sus ganancias en cuanto carrera se corra esa tarde y, si sigue teniendo crédito, cuando la ventanilla del hipódromo cierre, irá a las carreras de perros y se quedará allí hasta que lo pierda todo.

No tenía una ventanilla de apuestas a mano, así que dejé a Annie dormida y comencé a caminar junto al lago, en dirección al parque de atracciones de la playa de Pontchartrain. Se había levantado viento. Las olas rompían en la arena endurecida de la playa y las ramas de las palmeras se agitaban en el cielo oscurecido. Cuando llegué al parque de atracciones, soplaba un aire fresco que me impregnaba de granos de arena. La mayoría de las atracciones estaban cerradas y cubiertas para protegerlas de la lluvia que estaba a punto de caer; pero encontré lo que había estado buscando todo el día.

—Un Jack Daniel's doble con una pinta de cerveza aparte —le dije al camarero.

—Parece como si hubiera perdido una pelea contra una sierra mecánica, amigo.

—Tendría que haber visto usted la sierra.

Era un lugar oscuro, sin gracia, nada propicio para el humor. El camarero me sirvió mi bebida en silencio.

A las cinco en punto de la mañana siguiente, estaba en un bar nocturno cerca de la antigua autopista 90, debajo de la larga extensión negra y amenazadora del puente Huey Long. La niebla flotaba sobre la superficie del río y alrededor de los pilares del puente. El aire parecía estar cargado de humedad y el asfalto del aparcamiento brillaba mientras el reflejo rosado del sol se esparcía a lo largo del horizonte.

Un autobús lleno de gente de un circo de Sarasota, Florida, se estropeó en la autopista y, de pronto, la barra y el salón del café estaban abarrotados por una extraña colección de payasos, acróbatas y actores secundarios. Me senté a una mesa junto con el Muchacho Cocodrilo, el Hombre Lápiz y un enano llamado Pequeño Mack. El Hombre Lápiz tenía las piernas y los brazos tan delgados y suaves que parecían serpientes de goma adheridas al torso. Tenía el cabello rojizo engominado y cepillado de forma tal que parecía una goma de borrar; la piel del Muchacho Cocodrilo estaba cubierta de costra negra y dura y sus dientes parecían haber sido limados en punta. Tomó un trago de su vino moscatel, siguió con una cerveza, se fumó un puro y se comió un cuenco de pies de cerdo en escabeche; el Pequeño Mack estaba sentado junto a mí (aunque sus pequeños pies no llegaban al suelo). Tenía el rostro alargado y aparentemente preocupado por mi situación.

Miré el número que había escrito en una servilleta húmeda.

Un zumbido me invadía la cabeza, como una luz de neón en cortocircuito.

—No debería volver a llamar a esa gente de la CIA, teniente —me aconsejó el Pequeño Mack, con una voz aguda y mecánica—. Ellos son los que están ligados a esos ovnis. Una vez vimos uno en el desierto, cerca de Needles, California. Brillaba con un color verde y anaranjado y apareció sobre el autobús, tal vez a mil quinientos kilómetros por hora. Al día siguiente, el periódico dijo que un grupo de vacas habían aparecido destrozadas en un rancho; puede que esos tipos de los ovnis intentaran llevarse algo de alimento a bordo.

—Podría ser —convine yo, y le hice una seña al camarero para que nos trajera otro chupito de Jack Daniel's.

—El Gobierno le va a enredar en todo esto —opinó el Hombre Lápiz—. Cada vez que se tiene contacto con algún departamento del Gobierno, aparece un cargo en contra. Hay gente que tiene habitaciones enteras llenas de papeles sobre sus vidas. Yo no tengo ninguno, ni siquiera un certificado de nacimiento. Mi madre se despistó el tiempo suficiente como para largarme en el fondo de un furgón de carga. Desde entonces, no he dejado de moverme. Nunca he tenido tarjeta de Seguridad Social, ni permiso de conducir, ni cédula militar. Nunca he llenado un formulario de retribución impositiva. Si permite que junten papeles sobre usted, lo único que logrará es que lo

jodan de por vida.

—Ustedes vienen a ser mis filósofos situacionales —aseguré.

—¿Qué es eso? —preguntó el Muchacho Cocodrilo.

Había dejado de comer una patita de cerdo. Sus ojos achinados y de color verde parecían curiosos y perplejos.

—Ustedes actúan con sus propias reglas, ya se trate de un ovni o de un grupo de estúpidos del Gobierno, ¿no es así?

—¿Ha visto algún ovni? —preguntó el Pequeño Mack.

—He visto informes sobre ellos —respondí.

Volqué mi chupito de whisky en el vaso de cerveza y me la bebí de un trago. Luego, volví a mirar el número de teléfono en la servilleta. Junté el cambio de la mesa en la palma de la mano y comencé a caminar hacia el teléfono público de la pared.

—Teniente, esta vez no use palabras sucias con nadie —me aconsejó el Pequeño Mack—. Leí una historia de que una vez llegaron a ponerle veneno a un tipo en el preservativo.

Llamé al número en McLean, Virginia, y pregunté por un oficial de servicio. Sentía la oreja endurecida contra el receptor del teléfono. Intenté fijar la vista en las nubes de vapor que subían del río al otro lado de la ventana. El zumbido de neón no cesaba en mi cabeza. Finalmente, la voz de un hombre molesto apareció en la línea.

—¿Quién habla? —pregunté.

—El mismo tipo con el que estuvo hablando hace medía hora.

—Entonces llame a otro.

—Soy todo lo que tiene, amigo.

—Dígame su nombre para que alguna vez pueda buscarlo.

—Déjeme decirle algo, teniente. Hemos registrado su llamada, sabemos en qué bar está, sabemos todo respecto a usted. Si no fuera un estúpido tan patético, procuraríamos que su propia gente le recogiera.

—Muy bien. Intente digerir esto con el café de la mañana, cabrón. Soy un cañón suelto en su cubierta y voy a derramar sangre y mierda por toda la borda.

—Si no tuviera ese sabor a alcohol en la boca, podría llegar a tomármelo en serio. Llame una vez más aquí y terminará sentado en la cárcel por borracho.

La línea quedó cortada. Cuando separé el receptor de mi oreja, tenía la mejilla adormecida, como si me hubiera golpeado una mano pesada.

—¿Qué sucede? No tiene buen aspecto —se interesó por mí el Pequeño Mack.

—Necesitamos unas copas más —propuse.

—¿Le amenazaron con asesinarlo o algo así? Malditos bastardos. ¿Alguna vez leyó *La estrella negra*? Había una historia sobre cómo la CIA utilizaba a los científicos nazis para obtener clones de Elvis y de Marilyn Monroe. Luego, mataban

a los clones cuando ya no podían seguir usándolos para espionaje. Creo que copiaron la idea de ese programa sobre esos tipos de las cápsulas que querían apoderarse de la tierra: ponían una cápsula debajo de tu cama y, cuando ibas a dormir, la cápsula comenzaba a absorber todo tu ectoplasma hasta que te convertías en una cáscara seca que volaba con el viento... ¿Adonde va?

—No lo sé.

—Mejor siéntese y coma algo —me animó el Hombre Lápiz—. Puede venir con nosotros cuando terminen de reparar el autobús.

—Gracias, necesito hablar. Esta última ronda corre de mi cuenta.

Pero, cuando abrí la cartera, no tenía dinero.

—¿Se encuentra bien, teniente? —preguntó el Pequeño Mack.

—Sí.

—Quiero decir, tiene muy mal aspecto.

—Estoy bien.

—Tiene que tener cuidado ahí fuera con la niebla. Hay gente loca en la autopista, borrachos y esas cosas. ¿Estará bien?

—Sí, créanme.

Comencé a caminar bajo la aurora gris en dirección a la silueta negra y brillante del puente Huey Long. Podía oír cómo los neumáticos de los coches se deslizaban sobre la rejilla de acero del puente. El aire era fresco y húmedo y olía a la tierra mojada de las riberas del río. Comencé a subir el largo trayecto hasta la cima del puente. Se me entrecortaba la respiración en la garganta y el corazón me latía rápido por el esfuerzo. Abajo, en las aguas oscuras, una barcaza de la Standard Oil se dirigía al norte, hacia las refinerías de Baton Rouge. Los pilares, los cables y las vigas del puente parecían cantar, llorar y lamentarse en el viento. Después, el sol apareció entre las nubes como una bola amarilla, inundando el puente de luz. Por alguna razón, divisé en lo más profundo de mi mente un puñado de pájaros selváticos que aleteaban hacia un cielo tropical caliente.

Más tarde, ese mismo día, me senté bajo una sombrilla en la cubierta de mi casa flotante e intenté reparar mi día y mi mente con una botella de Jax. El sol se reflejaba en el agua y me molestaba en los ojos. Quería llamar a Annie y disculparme, pero ¿cómo explicar que las ansias de alcohol pueden ser más fuertes que la necesidad de amar? En ese momento, no tenía ni el coraje ni la energía suficientes como para hacer frente a mi propia debilidad. En cambio, pensé en la relatividad del tiempo y tomé conciencia de que ninguna cantidad de años podría alejarme con éxito de mi pasado alcohólico; el cóctel de Philip Murphy me había vuelto a lanzar a un mundo surreal habitado por dragones y monstruos.

También pensé en mi padre ahogado, y en qué habría hecho él en mi situación.

Era un hombre fuerte, poderoso, siempre sonriente, con dientes blancos y ojos turquesa, que se crió a base de budín, cuscús y bocadillos de pez espada. Había sido cazador de pieles en la isla Marsh, trabajado en un pozo de petróleo, bien alto en la plataforma, y había hecho, en definitiva, todo lo posible para cuidarme a mí y a Jimmie, después de que mi madre se fuese con un vendedor de *bourée* de Morgan City. Pero, cuando estaba sin trabajo, bebía mucho y, a veces, armaba grescas en los bares que terminaban con sus huesos en la prisión del condado. El mechón blanco que teníamos Jimmie y yo en el pelo era el resultado de una deficiencia vitamínica asociada a la desnutrición. Sin embargo, durante esas malas épocas, podía ser imaginativo y amable, cosa que nunca íbamos a olvidar. En la noche de Todos los Santos, cuando los nogales se veían bien negros contra el cielo anaranjado, venía a casa con calabazas ahuecadas, cañas de azúcar cortadas y panes de jengibre calientes. Y, cuando era nuestro cumpleaños, nos ponía, junto a los platos de cuscús del desayuno, una docena de balas Minié de la guerra civil o puntas de flecha de los indios. En una ocasión nos llegó a regalar un revólver confederado oxidado que había encontrado en la ribera del río Teche.

Frecuentemente nos hablaba en francés y nos entretuvo durante años con una innumerable cantidad de consejos, refranes, proverbios e historias populares que, según él, había aprendido de su padre, pero que, para mí, inventaba según lo exigiera la situación. Algunos de ellos son:

—Nunca hagas algo que no tengas ganas de hacer.

—Si todo el mundo está de acuerdo con algo, tiene que estar mal.

—En lugar del águila, el símbolo de Estados Unidos tendría que haber sido el cangrejo. Si pones un águila en una vía de ferrocarril y viene el tren, ¿qué hará el águila?, echará a volar; pero, si pones un cangrejo en la vía del ferrocarril, ¿qué hará?, levantará las pinzas para detener el tren.

Pero había un consejo importante que siempre nos daba y que ahora me parecía estar oyendo desde las profundidades verdes del golfo: «Cuando has salido al pantano a cazar el cocodrilo que se comió a tu cerdo y vuelves con las manos vacías, regresa al lugar donde comenzaste y empieza de nuevo; seguramente le pasaste por encima».

Nunca se podría haber dado a un policía una sugerencia mejor. Dormí el resto de la tarde y me desperté cuando ya anochecía, con un aire bastante más fresco. Las cigarras rechinaban vigorosamente en medio de una luz violácea, y las luciérnagas brillaban en los árboles. Me di una ducha y sentí que parte de la desdicha comenzaba a alejarse de mi mente y de mi cuerpo. Tomé un taxi hasta la agencia Hertz y alquilé un Ford pequeño.

Dado que la mayor parte del barrio estaba cerrada al tráfico durante la noche, aparqué el coche cerca del mercado francés, junto al río, y caminé hasta Bourbon. La calle estaba invadida por la estridente música de los bares y de los locales de estriptis, y las aceras aparecían repletas de turistas, borrachos y transeúntes que intentaban aferrarse a su último pedacito de geografía norteamericana. Mi grupo preferido de entre los vividores y artistas callejeros, los bailarines de claqué, estaban en plena acción. Llevaban placas de hierro en los zapatos y, cuando bailaban al compás de la música de los bares, sus pies resonaban como herraduras de caballo en el cemento. De vez en cuando, un bailarín detenía a un turista, le miraba a los ojos y le decía: «Le apuesto medio dólar a que adivino dónde pone sus zapatos». Si el turista aceptaba la apuesta, el bailarín decía: «Usted pone los zapatos en sus pies y sus pies están en la calle Bourbon. No me va a decir que es uno de esos que no pagan sus apuestas, ¿no?».

Entré en el Cine para Adultos Plato, hice una parada en el lavabo de hombres y extraje el cargador de mi 45 automática. Puse la pistola vacía en uno de los bolsillos del abrigo, el cargador en el otro y abrí la puerta de la oficina de Wesley Potts sin llamar.

—¿Qué pasa, Wes? Aquí está la autoridad de la comunidad.

Estaba sentado detrás de un escritorio, con pantalones de poliéster de color azul y los pies encima de una silla, mientras miraba el partido de béisbol por televisión y comía pollo frito de una caja que apoyaba sobre su estómago. La nuca le brillaba por la gomina y sus ojos me miraban como bolitas azules. Volvió a masticar y tragó el pollo que tenía en la boca.

—Estoy buscando a un tipo llamado Bobby Joe Starkweather, sospecho que es un admirador de las artes visuales de Tijuana.

Pestañeó varias veces.

—Oí decir que le suspendieron, teniente.

—Siempre se oyen muchos rumores en tiempos difíciles.

—Esto es algo muy parecido al *The Times-Picayune*.

—Esas son cuestiones burocráticas a las que tipos como usted y yo no tenemos que prestar demasiada atención.

—Creo que una vez ya colaboré con usted, teniente, y no recibí nada a cambio, excepto que Purcel hizo añicos muchas de mis películas. Podría haberme enfadado mucho por eso.

—Estoy temporalmente desconectado, así que aquí estamos actuando de buena fe.

—Pasé por momentos de mucha angustia por culpa de aquel día, creo que debería comprenderlo. No importa lo que usted piense de mí: no soy ningún mafioso. Tengo una familia, mis hijos van a la escuela dominical, pago muchos impuestos. Tal vez mis registros impositivos sean un poco creativos, pero ¿qué me dice de los de Nixon?

Uno quiere un poco de respeto, un pequeño reconocimiento de que tiene su propio espacio, sus propios problemas.

—Ya sé todo eso, Wes. Por eso me siento mal al tener que hacer esto.

Saqué mi pistola 45 del bolsillo del abrigo, corrí el receptor del cargador, lo hice sonar bien fuerte y le apunté de lado en medio de los ojos, para que pudiera ver el gatillo.

Jadeó, se estremeció, unas gotas de sudor le cubrieron toda la piel y las pupilas casi se le cruzaron cuando quiso mirar la pistola que le apuntaba. Tocó el tambor con los dedos.

—No me apunte con eso, teniente —suplicó—. Yo estuve en la guerra. No puedo soportar las armas.

—Su ficha dice que obtuvo un permiso de descanso.

—No me importa. Odio las armas, odio todo tipo de violencia. ¡Dios, voy a mojarme los pantalones!

Estaba temblando. Había dejado caer la caja de pollo frito en el suelo y tragaba con dificultad. El pulso se aceleraba cada vez más en su garganta y no dejaba de frotarse las manos, como si tuviera restos de algo obscuro en ellas. Luego, comenzó a llorar incontroladamente.

—No puedo hacerle esto. Lo siento, Wes.

Bajé la 45.

—¿Qué? —dijo débilmente.

—Me disculpo. No debería haberlo hecho. Si no quiere darme información sobre alguien, es asunto suyo.

No podía dejar de tener hipo y de temblar.

—Tranquilícese, estaba vacía. Mire.

Apunté la pistola a la palma de mi mano y disparé el gatillo. Apretó los ojos y se tapó los oídos. Después, balbuceó:

—Voy a tener un ataque cardíaco. Tuve fiebre reumática cuando era niño, no puedo soportar una tensión tan fuerte.

—Le traeré un *whisky* del local de al lado. ¿Qué quiere beber?

—Un Black Jack doble con hielo y una botella de Tuborg. —Hizo una pausa y pestañeó—. Fíjese en que la cerveza esté bien fría, el judío que atiende ese lugar siempre quiere reducir su cuenta de electricidad.

Fui al bar contiguo y tuve que pagar ocho dólares por la cerveza importada y la medida doble de Black Jack con hielo. Cuando regresé a la oficina de Wesley, olía a marihuana. El hombre tenía la mirada perdida y rígida de alguien que acaba de fumarse un porro.

—Mi médico me la recomienda para el glaucoma. Sufro de él desde que estuve en el Ejército: una granada de mano estalló en una de las trincheras y, a raíz de eso, no

puedo soportar la tensión.

—Ya veo.

—¿La cerveza está fría?

—Sí. ¿Se encuentra bien ahora?

—Sí.

Bebió el *whisky* y masticó el hielo con los dientes, al tiempo que entrecerraba los ojos.

—Teniente, puedo darle información sobre ese bastardo.

—¿Por qué?

—Es un rufián. Además, hacía contrabando de cocaína mexicana para Segura. Yo todavía sigo viviendo en el canal irlandés. Mueren muchos chicos en el barrio a causa de esa basura.

—Sí, el club Rotary y los Caballeros de Colón han estado hablando mucho al respecto últimamente. ¿Ha asistido a algunos de los desayunos que organizan para hablar del tema, Wes?

—Yo vendo fantasías sucias en un cine oscuro, no le robo el alma a la gente. Usted no ha encontrado a ese maldito tatuado porque no vive en Nueva Orleans. Tiene un campamento de pesca, cerca de Bayou des Allemands, en el condado St. Charles, y se pasa el tiempo destrozando botellas con un rifle. Ese tipo es un reclamo de salud mental andante.

—Darle información a la policía no siempre es suficiente.

—Se lo estoy entregando en las manos, ¿qué más quiere de mí?

—Ya conoce las reglas, Wes, nosotros no dejamos que el cliente escriba el guión. Explíqueme todo lo que sabe. Como me dijo Didi Gee, hay que tratar a la gente con respeto.

Bebió su cerveza y miró fijamente a la pared, mientras la ira le hacía recuperar el color en la cara. Podía oír cómo respiraba por la nariz.

—Segura invitó a un grupo de tipos a su piscina a jugar a las cartas, tomar unos tragos y divertirse un poco con sus mujeres. A Starkweather se le hacía la boca agua hablando de cómo en Vietnam les cortaba la garganta a los vietnamitas mientras dormían y les pintaba la cara de amarillo para que, cuando los otros vietnamitas se despertaran por la mañana, los encontraran así. La gente comía ensalada de langostinos y trataba de no devolver en el césped, así que yo dije: «Oye, danos un respiro, si no quieres que todas esas historias asquerosas de la guerra nos den ganas de vomitar». Me miró como si yo fuera una especie de gusano. Entonces, delante de toda esa gente y de todas las muchachas mirando, me metió los dedos en los ojos. Una chica comenzó a reírse a carcajadas y, acto seguido, el tipo me tiró a la piscina.

—Wes, no sé por qué, pero le creo.

Esperé a que amaneciera para ir al campamento de pesca de Starkweather. La niebla me acompañaba, suspendida sobre el río entre los bosques inundados, mientras avanzaba por el viejo camino de tablones que había construido en el pantano una compañía petrolera. Los cipreses muertos parecían mojados y negros bajo la luz grisácea. Unos líquenes verdes crecían donde el agua tocaba las bases hinchadas de los troncos, allí donde la niebla era tan espesa y blanca que apenas podía ver unos metros delante del coche. Un tablón podrido cedió debajo del neumático y golpeó contra el depósito de gasolina. En la quietud de la mañana, el sonido hizo que las garzas y los airones levantaran el vuelo con un repentino aleteo, en dirección a la luz rosada sobre las copas de los árboles. Luego, a un lado del camino, en un claro entre los árboles, vi una cabaña de ladrillo Montgomery Ward y tinglado. Había un *jeep* Toyota aparcado frente a la vivienda y un sabueso huesudo atado en la entrada.

Paré el motor del coche en el centro del camino. Abrí despacio la puerta y caminé entre los árboles mojados, sobre uno de los lados del claro, hasta que me encontré frente a la puerta de entrada. Los robles que bordeaban el claro estaban cubiertos de blancos para tirar con rifle. Unas latas perforadas y botellas rotas colgaban de un hilo para embalar. La corteza de los troncos había sido agujereada y desgarrada por las balas.

La puerta de tela metálica de la vivienda estaba abierta, pero no podía ver ni oír ningún movimiento en el interior. En el fondo, había unos cerdos que olfateaban y gruñían en un corral de madera.

Tiré para atrás el cargador de mi 45 y dejé caer una bala en la recámara. Aspiré profundamente y, luego, atravesé a toda carrera el patio sucio, subí de un salto los escalones de la entrada y casi hice que el sabueso se rompiera el cuello con la soga. Irrumpí en la vivienda.

Me agaché y apunté con mi pistola en todas direcciones. El corazón me latía como un martillo en el pecho y mis ojos estaban bien abiertos en la penumbra. El suelo de madera se encontraba lleno de latas de cerveza, envoltorios de pan, bolsas de Red Man, huesos de pollo y corchos de botellas. En un rincón, estaba apilado el relleno apelotonado de un colchón destartalado. Pero no había nadie en la habitación. Luego, alguien corrió la cortina del pasillo que daba al único dormitorio en el fondo. Lo apunté con mi 45 a la cara, las manos me temblaban.

—Rayos, ¿quién diablos es usted? —dijo la mujer, somnolienta.

Tendría unos veinte años. Llevaba vaqueros azules y, arriba, nada más que un corpiño. Su rostro parecía abombado, muerto, y tenía que mantener los ojos muy abiertos para poder mirarme bien. Su cabello era del color de la madera gastada por la intemperie.

—¿Dónde está Starkweather? —pregunté.

—Creo que salió con ese otro tipo. ¿Usted es de la policía o algo así?

Empujé la puerta de tela metálica del fondo y salí al patio. Entre la niebla, pude ver un retrete, una piragua boca abajo cubierta por el rocío, un corral de madera para cerdos y la carrocería oxidada y sin ruedas de un coche con agujeros de bala plateados. El sol se filtraba ahora entre los árboles y podía ver el agua verdosa del pantano, el río cubierto de renacuajos, el musgo que se levantaba con la brisa que venía del golfo... Pero no había nadie allí atrás. Entonces oí que los cerdos volvían a olfatear y a gruñir y me di cuenta de que estaban comiendo algo dentro del corral.

Formaban un círculo, con la cabeza agachada, como si estuvieran comiendo de un pesebre. Uno de ellos sacudió la cabeza, gruñó, masticó algo con las mandíbulas y volvió a sumergir el hocico. La cara y la boca les brillaban por la sangre. Luego, vi que uno de ellos tiraba de un largo cordón de entrañas azules del estómago de Bobby Joe Starkweather y que atravesaba con pasos pesados el corral con el cordón en la boca. El rostro de Starkweather no tenía sangre, los ojos y la boca estaban abiertos y la cabeza rapada, cubierta de barro. Justo sobre una ceja, había un agujero del tamaño de una moneda.

Un balde con desechos de pollo se había desparramado en el barro. El hombre tenía los brazos separados de los costados del cuerpo y parecía como si le hubieran disparado desde el lado del frente del corral. Observé cuidadosamente el suelo húmedo, lleno de huellas de botas, de perro y de pollo, hasta que vi la marca suave de un zapato de calle en el borde del barro y, en el centro de la huella, la marca de una bala de pistola que el asesino debió de haber pisado y, luego, recogido con el dedo.

Regresé a la casa. La chica rebuscaba con torpeza en un armario de comida.

—¿Usted es de la policía? —repitió.

—Depende de a quién le esté hablando.

—¿Tiene alguna píldora?

—Me da la impresión de que ya ha estado usted en la farmacia.

—Para tener sexo con él hay que tomar Thorazina como caramelos.

—Espero que le haya pagado por adelantado.

Cerró los ojos y los abrió. Volvió a mirarme.

—¿Dónde está?

—Dando de comer a los cerdos.

Me observó con incertidumbre. Luego, miró hacia fuera por la puerta.

—Olvídelo, no le va a gustar ver lo que hay allí fuera.

Pero no me escuchó. Un minuto más tarde, la oí hacer un ruido, como si de repente la hubiera asqueado un olor viciado. Tenía el rostro pálido cuando atravesó la puerta.

—¡Qué asco! ¿No deberían llevarle a una funeraria o algo así? ¡Aj!

—Siéntese. Le prepararé una taza de café.

—No puedo quedarme aquí, tengo clases de aeróbic y de meditación a las diez en

punto. El tipo para quien trabajo nos inscribe en ellas para que no nos llenemos de tensiones. Se pone furioso si no voy. Dios, ¿por qué será que me tocan todos estos locos? ¿Sabe lo que hizo? Se quedó desnudo y empezó a levantar pesas en la puerta de entrada con las botas del Ejército puestas. El perro se soltó de la correa para perseguir a un pollo y entonces le disparó con una pistola; luego, lo ató y le dio un bol de leche, como si nada hubiera pasado.

—¿Quién era el tipo con el que se fue allí, a la parte de atrás?

—Parecía como si tuviera un parche rosa de bicicleta en la cara.

—¿Qué?

—No sé cómo era. Era grande. Yo estaba un tanto indispuesta, ya me entiende, ¿no?

—Repita lo de la cara.

—Tenía la nariz y parte de la ceja estropeadas. Como una cicatriz.

—¿Qué dijo?

Su mirada parecía perderse en el espacio. Tenía la boca apenas abierta y los músculos faciales contraídos mientras pensaba.

—Dijo: «Quieren que te busques un nuevo lugar, que trabajes por tu cuenta». Entonces este tipo añadió: «Cuando el dinero habla, la verdad se calla, idiota. Voy a dar de comer a los cerdos».

Se mordió una cutícula y su mirada volvió a extraviarse.

—Mire, tengo un problema; no me pagó. Tengo que darle al tipo para quien trabajo veinte dólares cuando regrese al bar, ¿sería capaz de conseguirme su cartera?

—Lo siento, creo que los cerdos ya se la han quitado.

—¿Quiere un poco de jaleíto?

—La llevaré donde quiera. Luego, voy a llamar a la oficina del comisario para informar sobre lo de Starkweather, pero la dejaré fuera de todo esto. Si después quiere decirles algo, es cosa suya.

—Usted es de la policía, ¿no es así?

—¿Por qué no?

—¿Por qué me deja ir? ¿Tiene algo planeado para más tarde?

—Podrían encerrarla como testigo presencial. Ese tipo que está ahí fuera en el corral mató a muchas personas, tal vez cientos de ellas. Pero era un novato y un inepto, comparado con la gente para la que trabajaba.

Se apoyó contra la puerta de mi coche. Su rostro dejaba traslucir la abundante dosis de drogas que había consumido. No habló durante todo el largo viaje a través del pantano hacia la carretera del condado. Tenía los dedos amarillentos muy apretados en la falda.

Como muchos otros, yo aprendí una gran lección en Vietnam: nunca confíes en la

autoridad. Del mismo modo que había llegado a sentir que la autoridad siempre debería ser tratada como sospechosa y egoísta, también había aprendido que era predecible y vulnerable; así que, esa misma tarde, me senté debajo de una sombrilla en la cubierta de mi casa flotante, solamente con mi traje de baño, una camisa tropical abierta, una copa de Jim Beam y un vaso de cerveza sobre la mesa, y decidí llamar al supervisor de Sam Fitzpatrick.

—Me topé con Abshire —le indiqué—. No sé por qué tuvo secretos conmigo en el hospital, no está lo que se dice muy escondido.

Hubo un momento de silencio en la línea.

—¿Tiene cera en los oídos o qué le pasa? —replicó él—. ¿Cómo diablos quiere que se lo diga? Manténgase alejado del terreno federal.

—Voy a romperle una tabla en el trasero a ese tipo.

—Usted no va a hacer absolutamente nada, excepto conseguir que le detengan por obstrucción a la justicia.

—¿Quiere saber o no? —pregunté.

—Tengo la sensación de que está borracho.

—¿Y qué? Voy a calmarle un poco. ¿Quiere estar allí para la fiesta o prefiere que nosotros, los muchachos locales, escribamos la historia para ustedes en el *Picayune*? Va a ser algo divertido, amigo.

—¿Qué diablos le pasa? Usted parece no tener fondo. Uno de mis mejores hombres murió quemado en su automóvil, su propia gente lo tiró como una bolsa de mierda de perro y es evidente que está haciendo todo lo posible para volver a ser un borracho; y, ahora, está hablando de eliminar a un general de dos estrellas retirado. ¿No piensa que es posible que esté volviéndose loco?

—Usted es un buen hombre, será mejor que no quiera jugar al póquer.

—¿Qué?

—Es un vicio terrible, le llevará a la ruina.

—Maldito bastardo, esta vez no va a salirse con la suya —concluyó.

Colgué el teléfono, me tomé la copa de Jim Beam y bebí del vaso de cerveza. El sol relucía en la superficie del lago. El viento era cálido y el sudor me recorría el pecho desnudo a la sombra caliente del parasol. Marqué el número de Clete en el distrito Primero.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En casa.

—Hay un grupo de gente que está haciendo preguntas sobre ti. Seguro que escupiste en la sopa, Dave.

—No es difícil encontrarme. ¿Quién está tan interesado en saber dónde estoy?

—¿Quién puede ser? Los federales. ¿Es cierto que llamaste a la CIA? Hombre, eso sí que es increíble.

—Disfruto de mucho tiempo libre. Un tipo tiene que hacer algo para divertirse.

—No sabes cuánto me gustaría deshacerme de esos bebés. Realmente, son un grupo desagradable; no son como nosotros.

—¿Piensas que debería desaparecer por un tiempo?

—¿Quién sabe? Yo no seguiría metiéndome con esos tipos.

—A decir verdad, te he llamado para que me des cierta información, Clete. En todos los asesinatos que has investigado, ¿cuántas veces te enteraste de que quien disparó recuperara sus balas?

—No comprendo.

—Sí que comprendes.

—Creo que nunca me he puesto a pensar demasiado al respecto.

—Yo no he visto ni un solo caso —dije—, excepto cuando quien disparó era un policía.

—¿Adonde quieres llegar?

—Si yo hubiera sido el que disparó, habría preferido dejar el casquillo de la bala y no mi firma.

—Tal vez no merece la pena especular sobre ciertas cosas, Dave.

—Como te dije, ahora tengo todo el tiempo libre del mundo; así me entretengo. Esta mañana me he pasado dos horas en el Departamento de Policía de St. Charles, respondiendo preguntas sobre Bobby Joe Starkweather. ¿Ya se han puesto en contacto con vosotros?

—Sí, nos hemos enterado.

Su voz se estaba tornando irritada.

—Fue un verdadero desastre lo que sucedió allí. Si hubiera pasado una hora más, no creo que hubiera quedado nada de Bobby Joe, excepto la hebilla del pantalón y los clavos de sus botas.

—Como carne para salchichas sirve más. Hay gente que encuentra su vocación después de un tiempo. Tengo que dejarte, compañero.

—Hazme un favor. ¿Qué me dices de entrar en el ordenador y ver si puedes encontrar algo sobre un general de dos estrellas retirado, de nombre Abshire?

—Quédate tranquilo, Dave. Ajústate a las circunstancias. Llegado el momento, saldremos de todo este embrollo. Ya verás. Adiós.

El teléfono se quedó mudo en mi mano. Miré la superficie verdosa del agua bajo la luz del verano y me serví otra copa de Jim Beam.

¿Qué sabían de él? Nada. ¿Putas? ¿Narcóticos? A veces parece que lo mejor de nosotros se vuelve como la gente que detestamos. Y que, cuando un buen policía es arrestado, nunca puede mirar hacia atrás y encontrar ese momento preciso en que hizo un giro a la izquierda en una calle de una sola dirección. Recordaba haber estado presente en un juicio en el que un exjugador de béisbol de Nueva Orleans fue

sentenciado a diez años en Angola por extorsión y tráfico de cocaína. Diecisiete años antes, había ganado veinticinco partidos, había lanzado excelentes pelotas que podían destruir la puerta de un granero y, ahora, pesaba ciento cincuenta kilos y caminaba como si le colgara una bola de bolera entre los muslos. Cuando le preguntaron si tenía algo que decir antes de ser sentenciado, miró al juez y, con los anillos de grasa del cuello temblando, respondió: «Su señoría, no tengo ni la menor idea de cómo he llegado desde allí hasta aquí».

Yo le creí. Pero, sentado a la brisa cálida, con el efecto somnoliento del alcohol dominando mi cabeza, mi preocupación no era por Clete o por un exjugador profesional de béisbol. Yo sabía que mi propio fusible estaba encendido y que era solo cuestión de tiempo que mi vida estuviera totalmente fuera de control. Nunca me había sentido tan solo, y pronuncié una oración que contradecía lo que había aprendido en la escuela católica: «Querido Dios, mi poder supremo, aunque yo te haya abandonado, nunca me abandones a mí».

Más tarde, ese mismo día, me preparé un bocadillo de ostras, langostinos, lechuga y salsa picante y, después de comérmelo, conduje por el pavimento mojado en dirección al *The Times-Picayune*, donde un editor nocturno me permitía a veces utilizar su archivo.

Pero antes, quería disculparme con Annie por haberla abandonado en la casa flotante la otra noche. El Jim Beam vespertino siempre me proporcionaba ese tipo de poderes mágicos.

Compré una botella de Cold Duck y una caja de caramelos con un celofán anaranjado y una cinta amarilla. Me abroché bien el abrigo y caminé por la acera bajo la luz ensombrecida. El aire olía a lilas y flores recién plantadas, a césped cortado, y se oía trabajar los aspersores más allá de las cercas.

Como no respondió a mi llamada a la puerta, di la vuelta a la casa y la encontré cocinando bistecs en una parrilla portátil en el patio de ladrillo, bajo un árbol de lilas de la China. Llevaba un pantalón corto blanco, zapatos de paja mexicanos y una camisa amarilla atada por debajo del busto. Le lloraban los ojos por el humo. Se alejó del fuego y cogió un vaso de ginebra de una mesa; estaba envuelto en una servilleta de papel, sujeta con una gomita elástica. Sus ojos se iluminaron ligeramente cuando me vio; luego, desvió la mirada.

—Hola, Dave.

—Debería haber llamado, he venido en un mal momento.

—Un poco.

—Te he traído estos caramelos y un poco de Cold Duck.

—Muy amable de tu parte.

—Lamento haberte dejado la otra noche, me temo que es algo que nunca comprenderás muy bien.

Sus ojos azules volvieron a iluminarse. Podía ver la mancha rosada de nacimiento sobre su pecho.

—La mejor manera de poner fin a una conversación es decirle a alguien que no puede entender algo —apuntó ella.

—He querido decir que lo que hice no tiene ninguna excusa.

—Hubo una razón. Tal vez no querías admitirla.

—Fui a buscar algo de alcohol. Estuve borracho toda la noche. Terminé en un bar de la Old 90 con un grupo de actores secundarios, llamé a la CIA e insulté al oficial de turno.

—Me imagino que eso te impidió encontrar un teléfono durante dos días.

—Intenté encontrar a Bobby Joe Starkweather, pero alguien ya se había

encargado de convertirlo en una salchicha.

—No me interesa, Dave. ¿Viniste a hacerme el amor?

—¿Piensas que te estoy engañando?

—No, pienso que eres sincero y que lo único que te interesa es la venganza. La otra noche yo te hice una oferta y parece que no hizo más que complicarte las cosas. Ahora, sientes la típica obligación de un caballero. Lo siento, yo no estoy en el negocio de la absolución. No me arrepiento de nada; si tú sí lo haces, es tu problema.

Comenzó a pinchar la carne en la parrilla con un tenedor. El fuego escupió una llamarada y se tuvo que cubrir los ojos por el humo. Volvió a pinchar la carne, con más fuerza aún.

—Lo siento de veras —me excusé—. Pero tienes razón al decir que soy sincero, porque hay una sola chica que me interesa.

Quería abrazarla por la cintura y alejarla del humo, apretarla contra mi cuerpo y sentir su cabello ensortijado entre mis manos.

—No se puede dejar a una mujer sola por la noche, Dave.

Miré hacia otro lado.

—Me desperté y te habías ido. Pensé que tal vez esos desgraciados habían regresado. Conduje de un extremo al otro de la playa, buscándote hasta el amanecer.

—No lo sabía.

—¿Cómo podías saberlo si estabas con unos actores de segunda?

—Annie, me gustaría que me dieras otra oportunidad. No puedo hacerte muchas promesas, solo puedo asegurarte que no volveré a hacerte daño; tal vez no sea lo mejor que puedo ofrecerte, pero es todo lo que tengo.

Annie desvió la mirada. Vi cómo se frotaba el ojo con la muñeca.

—Otra noche. Hoy viene alguien a cenar.

—Muy bien.

—¿Esos tipos que andan por ahí sueltos justifican todo esto?

—Ellos me encontrarán a mí si yo no los encuentro antes, puedes apostar por ello.

—Mis bisabuelos trabajaban para la Underground Railway. Los hombres de Quantrill destrozaron sus viviendas y quemaron sus campos de maíz. Mucho después de que Quantrill, Bloody Bill Anderson y Jesse James estuviesen muertos, ellos estaban criando niños y cultivando trigo ruso en un estado libre.

—Pero alguien se encargó de eliminar a Quantrill y compañía antes, y fueron los de la caballería federal.

Le sonreí, pero su rostro estaba pálido. No me importaba la propiedad o las restricciones o el hecho de que su amigo estuviera a punto de llegar. Puse el Coid Duck y los caramelos sobre la mesa de cristal, la abracé y le besé el cabello ensortijado. Pero no respondió. Tenía los hombros tensos, los ojos fijos en el suelo y los brazos caídos.

—Lámame mañana —murmuró.

—Lo haré.

—Quiero que lo hagas.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Las cosas no me van muy bien esta noche, estaré mejor mañana.

—Te dejo los caramelos. Te llamaré temprano, tal vez podamos desayunar en el Café du Monde.

—Fantástico —dijo, pero había un velo en sus ojos.

No podía leer su mirada. Debajo de su fascinación por lo extraño, tenía el corazón sensible de una muchacha de pueblo.

Cuando iba por el camino de la entrada, pasé junto a un joven que tenía todo el aspecto de un alumno graduado de Tulane. Llevaba pantalones de color crema, una camisa azul pálido y una corbata rayada. Tenía una sonrisa sincera y era apuesto. Le pregunté si iba a cenar con Annie Ballard.

—Bueno, sí.

Volvió a sonreír.

—Tenga, lleve esto —dije, y le entregué la botella de Coid Duck—. Esta noche invita el policía.

Era algo que solía hacer en los viejos tiempos y, un momento después, me sentí tonto y descortés. Luego, recordé un dicho que me había enseñado un oficial en Vietnam: «Maldición. ¿Quién quiere ser un buen perdedor?».

Esa noche, sentado en el archivo del *The Times-Picayune*, pasando las amarillentas páginas de diarios viejos y mirando tiras de microfilme en una pantalla, pensé en la ambigua importancia del pasado en nuestras vidas. Para poder liberarnos del pasado, pensé, lo tratamos como a un recuerdo en decadencia; al mismo tiempo, es la única medida de identidad con la que contamos. No hay ningún misterio al respecto del yo: somos lo que hacemos en los lugares donde hemos estado. Por eso tenemos que volver al pasado constantemente, erigirle monumentos y mantenerlo vivo para poder recordar quiénes somos.

Para algunos, incluso, nuestros momentos más oscuros son, de alguna manera, mejores que esos pocos interludios de paz y felicidad en el mundo. ¿Por qué? Solo Dios lo sabe. Pensé en los seguidores de Pancho Villa, quienes no aceptaron su asesinato y el fin de su era violenta y desenterraron su cuerpo, le serraron la cabeza del tronco, la sumergieron en un gran frasco de cristal con ron y la llevaron en un Ford T hasta las montañas Van Horn a las afueras de El Paso. Allí la sepultaron debajo de una pila de piedras anaranjadas y, por las noches, durante muchos años, quitaban las rocas, bebían aguardiente y fumaban marihuana mientras hablaban a la susodicha cabeza.

Pero ahora, yo estaba interesado en otra historia oscura. No me había resultado

difícil encontrar al general de dos estrellas retirado. Su nombre completo era Jerome Gaylan Abshire y vivía aquí, en Nueva Orleans, en el distrito Garden, cerca de la avenida St. Charles. Era graduado de West Point y había recibido una condecoración de combate en la Segunda Guerra Mundial y en Corea. Una fotografía en color, del año 1966, lo mostraba comiendo con sus hombres, en una mesa de campaña, en las tierras altas del centro de Vietnam. Llevaba una pistola automática en una cartuchera sobre su pecho desnudo y curtido. Tenía el rostro profundamente bronceado, las cejas y el cabello muy blancos y los ojos de un azul intenso, semejantes a una llama de butano. Un periodista imaginativo le había llamado «el guerrero feliz» en el epígrafe.

Pero me encontré con otro Jerome Gaylan Abshire en los archivos del periódico. Este era un oficial joven, un teniente del Ejército de Estados Unidos; obviamente, su hijo. Su nombre aparecía por primera vez en documentos del año 1967, cuando se lo consideraba perdido en combate. Luego, encontré un segundo recorte, fechado el 1 de noviembre de 1969, en el que se describía cómo dos prisioneros norteamericanos, retenidos por el Vietcong en una zona llamada Pinkville, habían sido atados a postes, con la cabeza metida en jaulas de madera llenas de ratas. El artículo decía que uno de esos soldados podría haber sido el teniente Jerome Gaylan Abshire, de Nueva Orleans.

La palabra *Pinkville* resaltaba en la página como un pecado no confesado y deliberadamente olvidado. Era el nombre que le daban los de Inteligencia a la zona que rodea My Lai.

El bibliotecario del diario, como si hubiera hecho las mismas deducciones que yo, había adjuntado una fotocopia con referencia a un artículo sobre ciertos testimonios en el consejo de guerra del teniente William Calley, cuando se le juzgó por ordenar la matanza de My Lai. Uno de los soldados rasos que había prestado testimonio dijo, en un aparte, que unos miembros capturados del Vietcong le confesaron que dos prisioneros norteamericanos los habían ayudado a colocar minas en un campo de arroz: el mismo campo de arroz en el que había sido desintegrada su compañía.

Estaba cansado. Mi metabolismo había comenzado a reclamarme el alcohol. Una fotografía de campesinos ejecutados en hilera me llenó de tristeza y desesperación; tanto que decidí cerrar el archivo, apagar la pantalla, caminar hasta la ventana y mirar la oscuridad por un minuto, con la esperanza de que nadie en la habitación me viera los ojos.

Nunca presencié una atrocidad norteamericana, al menos ninguna que fuera deliberada, así que no tenía ese tipo de recuerdos de la guerra. En cambio, si había una experiencia que condensara mi año en Vietnam, era un extraño incidente entre dos hombres de mi pelotón y un búfalo de agua.

Casi todos ellos eran sureños, de poblaciones textiles y algodóneras, donde la gente joven rara vez espera más de un sábado por la noche que una película en el

autocine con otros jóvenes como ellos, aún con sus chaquetas de fútbol de la universidad varios años después de haberse graduado. Habíamos caminado más de treinta kilómetros en territorio indio y habíamos entrado en una zona junto a un río de un marrón turbio, bordeado por árboles. Los hombres habían dejado sus mochilas y sus rifles y se habían desvestido y jugueteaban en el agua como niños. Yo no había dormido durante un día y medio y me recosté en la hierba fresca, debajo de un banano. Me tapé los ojos con un brazo y me quedé dormido en segundos.

Me desperté, media hora más tarde, por las risas y el olor de la marihuana. Alguien había conseguido vino camboyano y todo el pelotón se estaba emborrachando. Me levanté de inmediato de debajo del árbol, caminé por la ribera del río y me di cuenta de que todos ellos estaban entretenidos con algo que estaba pasando en medio del río. Un búfalo de agua había ido a parar a la corriente fuerte, se había atascado en el lodo del fondo y apenas podía mantener los orificios nasales por encima de la superficie. Tenía los ojos muy abiertos por el terror y los cuernos cubiertos de barro del río. El dueño del búfalo, que llevaba un sombrero de legionario francés en su cabeza puntiaguda y que era tan flaco y huesudo que parecía estar hecho de perchas, corría de un lado a otro por la orilla, agitando los brazos y gritándonos en vietnamita y en francés.

Dos primos de Conroe, Texas, se habían metido en el agua para socorrer al búfalo con un lazo que habían confeccionado con una soga. Tenían la espalda morena y se les marcaban los músculos y las vértebras. Sonreían y reían, mientras lanzaban el lazo con toda la seguridad de dos vaqueros de diecinueve años.

—Hay bajadas escarpadas por allí —dije.

—Mire esto, teniente —respondió uno de ellos—. Moveremos a este chillón con más destreza que el pene de un cerdo.

De repente, en medio de la corriente marrón, vi las raíces negras y retorcidas de un árbol flotante que irrumpían en la superficie y saltaban en el aire como una garra gigante.

Los golpeó de costado con tanta fuerza que se quedaron pálidos. Tenían la boca muy abierta y escupían agua. Intentaban alejarse de la espuma amarilla que se formaba alrededor del árbol y de las raíces que se les clavaban en los ojos y los hacían retorcerse de dolor. El árbol giró en la corriente, volvió a cobrar fuerza y los sumergió. Esperamos que salieran a la superficie por otro lado, que aparecieran en un lugar más tranquilo, sacudiéndose el agua de la cabeza, pero nunca más volvimos a verlos.

Rastreamos el río con palos y con un gancho durante tres horas. En lugar de encontrar a nuestros dos hombres, sacamos cinturones de balas de ametralladoras francesas, una caja de trituradores japoneses que soltaba óxido y lodo verdoso en la orilla, latas de refrescos norteamericanos y una red de carga llena de muertos del

Vietcong, que debieron de haber sido arrojados desde uno de nuestros helicópteros.

Escribí cartas a los familiares de los dos muchachos de Conroe, Texas. Les dije que habían dado sus vidas intentando salvar las de otros. Nadie les había quitado la vida, ellos la habían dado. No dije que lamentaba que no hubiera medallas por la inocencia y el coraje necesarios para seguir siendo un muchacho de Texas en una tierra asolada por la guerra.

Una hora más tarde, me encontraba en un maravilloso bar de la calle Magazine, la cual separaba el distrito Garden de una enorme zona residencial de negros con casas de madera despintada del siglo XIX, cuyas galerías hundidas y los patios me recordaban las barracas de los negros en las plantaciones del condado de Nueva Iberia. El bar, como muchos edificios de la calle Magazine, tenía columnas de madera en el frente, ventanas grandes y puertas de tela metálica. En el interior, había un mostrador largo de caoba con una baranda de bronce, ventiladores de techo, paredes cubiertas con carteles de Hadacol, Dixie 45 y Dr. Nut, pósteres políticos de Earl K. Long y un tablero con los nombres de los principales equipos de la liga y los resultados de los partidos escritos con tiza. El dueño había sido lanzador para los Lafayette Bulls en la extinta liga Evangeline, clase C, y no había logrado desprenderse de su pasado.

Vendía tabaco Virginia Extra y cigarrillos de cartones que tenía en el estante. Cubría las mesas de billar con manteles los jueves por la noche y servía gratis sopa de pollo, como solían hacer antes los dueños de los bares en la zona. Nunca llamaba a la policía para poner fin a una reyerta. Dentro, siempre estaba fresco y apenas iluminado. El tocadiscos automático estaba lleno de discos antiguos y los trabajadores jugaban al billar en el fondo, al amparo de un cartel rojo de Jax y de una lámpara colgante cubierta por una pantalla de lata.

Archie, el propietario, recogió mi plato de budín vacío y pasó un trapo por la barra. Era un hombre de tez oscura, cara redonda y boca pequeña; tenía los brazos cubiertos de una mata de pelo negro. Le hice una seña para que volviera a llenarme el vaso.

—¿Sabes por qué los llaman «caldereros», Dave? —preguntó—, porque te meten piezas de fundición en la cabeza, como dientes de metal partidos.

—Eso no suena bien.

—Entonces, un día empiezan a abrirse camino en tu cerebro.

—¿Podrías servirme otra copa de Beam?

—No me gusta discutir en contra de mis propios beneficios, pero odio verte sentado en la entrada y tener que oír tu hígado.

—¿Te haría sentir mejor si te dijera que no lo estoy disfrutando?

—Tranquilízate esta noche. Puedes tener toda la miseria que quieras cuando lo desees.

Miré hacia otro lado. Era un amigo y un hombre honesto y, como yo, no tenía ninguna defensa; yo sabía que era capaz de insultar a la gente, incluso a un viejo amigo, para salvar mi situación.

—Además, tengo otro problema. Se te ven los calzoncillos —continuó él.

—¿Qué?

—Ver una pistola tan grande como un pan de maíz en tu cadera produce angustia a mucha gente.

—Toma —dije, mientras desabrochaba la cartuchera del cinturón—. Guárdala debajo de la barra hasta que me vaya.

—¿Qué diablos sucede contigo, Dave? ¿Intentas que te metan en la cárcel? ¿Por qué traer más problemas a tu vida?

—Los problemas me aparecen sin que los llame.

—Estoy hablando de esta noche. Te quitaron la placa, eso significa que no puedes caminar por ahí como si fueras Wyatt Earp.

—¿Sabes algo de un general retirado llamado Jerome Abshire, de Prytania?

—Un poco. Su hijo solía venir por aquí.

—¿Es un loco de extrema derecha?

—No, no creo. Siempre oí decir que era un tipo con clase. Su hijo sí que era un muchacho excelente, solía venir aquí con su equipo de béisbol cuando iba a Tulane. Era un muchacho alto, rubio, con un brazo de lanzador que parecía un látigo. Siempre estaba dando mamporros, peleándose y divirtiéndose. Es una lástima que desapareciese así en Vietnam.

—¿Alguien sabe lo que le sucedió?

—Solo muchas historias. Que fue capturado; que desapareció; que lo ejecutó el Vietcong... ese tipo de cosas. Mi hijo estuvo allí, pero regresó a casa sano y salvo. Para ser sincero, Dave, si lo hubiera perdido, no sé qué habría hecho.

—Tengo que irme. Nos veremos, Archie.

—Espero que sí. No te apresures a la base del bateador si no es necesario, amigo.

Me dirigí al distrito Garden. El barrio estaba lleno de casas que habían sido construidas durante la década de los años cincuenta del siglo XIX. Tenían pilares y trabajos de ornamentación, plataformas de observación y enrejados, amplios porches y balcones en la segunda planta, patios de ladrillo y miradores sobre los jardines. Las calles estaban bordeadas por robles y los patios albergaban todo tipo de flores y de árboles del sur: laureles en flor, azaleas, bambúes, bananos, orejas de elefante, hibiscos, manojos de rosas rojas y amarillas... Podía sentir el olor a asado y oír el ruido de gente que se zambullía en las piscinas. Era un barrio con valores históricos e interminables fiestas de verano que comenzaban en un jardín y terminaban en otro.

La casa de Jerome Gaylan Abshire no era ninguna excepción. El camino de ladrillos estaba iluminado por velas encendidas, colocadas dentro de farolillos de papel en los parterres de flores. A través de las altas ventanas del otro lado del amplio vestíbulo principal, pude ver a los invitados, instalados en una sala iluminada con candelabros. El murmullo de la conversación llegaba hasta el otro lado de la calle. Una banda estaba tocando en alguna parte del jardín.

¿Por qué no?, pensé. Tenía chaqueta y corbata. Archie tenía razón, ¿por qué ir a la base del bateador si resulta tan fácil arrojarle el bate en la cabeza al lanzador?

Aparqué el coche a unos metros de la casa y me dirigí a la fiesta. La acera estaba agrietada y levantada por las enormes raíces que crecían bajo el cemento. Me abotoné la chaqueta para que no fuera tan evidente que llevaba una 45, me peiné, me alisé la corbata con la palma de la mano y caminé hacia la entrada, con la mirada fija en el rostro del hombre que controlaba las invitaciones en la puerta.

Probablemente, trabajaba para una empresa de seguridad y no estaba acostumbrado a tratar con nadie más serio que un puñado de adolescentes aguafiestas.

—No tengo invitación. Soy de la Policía de Nueva Orleans.

—¿Podría ver su identificación?

—Aquí tiene una moneda de veinticinco centavos, llame al distrito Primero y dígales que el teniente Dave Robicheaux está aquí.

—Creo que está usted ebrio, señor.

Pasé junto a él, me dirigí al bar y recogí una copa de champán de una bandeja. Las habitaciones estaban amuebladas con antigüedades francesas, relojes de oro y plata, enormes divanes con marcos tallados de nogal, retratos al óleo de una familia militar sureña de la época de la guerra de 1812; los suelos de madera clara estaban encerados con un brillo que parecía plástico claro. Cada mesa, cada candelabro de bronce, cada cenicero, cada chimenea de cristal y cada pieza de madera lustrada brillaban como si alguien hubiera estado lustrándolas incesantemente con una gamuza.

La gente de la habitación era de cierta edad, indudablemente adinerada, segura de sí, de sus amigos, del mundo, de los modales y del éxito en el que vivía. Las mujeres llevaban laca en el cabello, vestían trajes de noche brillantes y tenían las gargantas y las muñecas cubiertas de joyas. Con sus trajes de etiqueta blancos, los hombres daban la impresión de que la edad no era un problema físico importante. Era obvio que yo no formaba parte de ese ambiente, pero eran demasiado amables como para mirarme directamente a los ojos.

Sin embargo, el miembro de seguridad de la entrada estaba hablando con otros dos hombres que tenían el aspecto de ser policías contratados. En ese momento, los tres me estaban observando. Posé mi copa vacía de champán, recogí otra y salí al patio. Allí, media docena de cocineros negros con chaquetas blancas estaban

preparando julepes de menta y asando un cerdo a la parrilla. El viento susurraba entre los robles, los bananos y el cerco de bambú del jardín, encrespando el agua de la piscina. Uno de los viejos cocineros negros alejaba el humo del fuego con la mano.

—¿Adonde ha ido el general? —pregunté.

—Está bebiendo su julepe en la biblioteca con otros caballeros —contestó.

—No quiero volver a pasar entre toda esa gente. ¿Hay algún otro camino para llegar a la biblioteca?

—Sí, señor, puede ir por la cocina. La muchacha le dirá dónde es.

Atravesé el jardín, crucé una enorme cocina de estilo colonial donde tres sirvientas negras preparaban entremeses, y llegué a un pasillo. Podía ver la puerta de la biblioteca parcialmente abierta y a dos hombres dentro que, con vasos largos en la mano, hablaban con alguien que estaba sentado en una silla de piernas cruzadas. Reconocí de inmediato a uno de los hombres que estaban de pío. Abrí la puerta, bebí un sorbo de mi copa de champán y sonreí a los tres hombres.

El general había aumentado de peso desde que fuera tomada la fotografía del periódico, pero seguía teniendo la piel profundamente bronceada y parecía en buena salud. Tenía el cabello blanco, cortado al estilo militar, y sus ojos de color azul acetileno miraban con la claridad resuelta de un hombre que nunca se ha visto inhibido por la complejidad o la duda moral.

—¿Cómo le va, general? —dije—. Es sorprendente ver quién puede asistir a una de estas fiestas en los tiempos que corren. Estoy hablando de mí mismo, por supuesto; pero ¿qué está haciendo con un personaje como Whiplash Wineburger? La mayoría de la gente llamaría a la Orkin Company si viese a este tipo merodeando por el barrio.

—Yo me ocuparé de esto —dijo Wineburger, y movió su mano en dirección al teléfono de encima de la mesa.

—Déjale —le detuvo el general.

—No sé —seguí yo—, pero creo que algunos de sus hombres han empezado a rebelarse. Tengo un par de fotos de Bobby Joe Starkweather tirado en la parte de atrás de su campamento de pesca. Puede usarlas como postales, si quiere.

—Será tratado como un huésped en mi casa, aunque nadie lo haya invitado aquí. Puede regresar al bar o puede retirarse.

—Estoy muy cómodo aquí.

—Creo que ha bebido demasiado, o tal vez sea simplemente un obseso; en cualquier caso no hay ninguna razón para que esté aquí.

—Debería haberse quedado en el Ejército regular, general; estos tipos que trabajan para usted ni siquiera están a la altura de la Mafia. Wineburger es una joya. Una vez un policía cándido del distrito Primero le pidió que defendiera a algunos haitianos indigentes y él dijo: «Estoy harto de vales de comida». Son los *amateurs* los

que asesinan a los IP.

—¿Qué sabe usted de los IP?

—Yo también estuve en Vietnam, con la diferencia de que me desgarré la ropa protegiendo a gente inocente. No creo que usted pueda decir lo mismo.

—¡Cómo se atreve!

—Deje de lado el rencor caballeresco; usted tiene las manos manchadas con la sangre de Sam Fitzpatrick y voy a detenerlo por ello.

—Ignórele. Es un borracho —le aconsejó Wineburger.

—Le diré otra cosa para que vaya pensando —continué yo—. Visité al padre de una muchacha de diecinueve años a la que asesinó la gente de Segura. Me pregunto si le gustaría enfrentarse a él y explicarle por qué su hija tuvo que perder la vida en algún juego de elefantes al que usted y sus cretinos estaban jugando.

—Salga de aquí.

—Usted perdió un hijo en Vietnam; creo que, si estuviera vivo, pensaría que es usted una deshonra.

—Váyase de mi casa. Y no intente regresar.

—No podrá deshacerse de mí, general. Voy a ser lo peor que le haya sucedido en toda su vida.

—No, no será así, Robicheaux —intervino Wineburger—. Usted no es más que un bocazas que huele muy mal; es un neurótico que tiene cansado a todo el mundo.

—Whiplash, ¿por qué piensa que ha llegado hasta aquí? ¿Porque es un excelente abogado? La mayoría de la gente detesta a los judíos y, ahora, le están utilizando; pero, cuando ya no le necesiten, terminará como Bobby Joe o como Julio. Piénselo: si usted fuera el general, ¿le gustaría tener a un rufián como usted como empleado?

—Dese la vuelta, algunos de sus colegas quieren hablar con usted —me avisó Wineburger.

Dos policías uniformados estaban de pie detrás de mí. Eran jóvenes, se habían quitado el sombrero y era obvio que les incomodaba la situación. Uno de ellos intentó sonreírme.

—¿Mala noche, teniente? —dijo.

—No se preocupe —respondí—, tengo puesto mi casete de *rock and roll*. Desabrócheme la chaqueta y quítemelo.

Su mano me tocó el estómago, casi como una caricia, y extrajo mi 45 de la cartuchera del cinturón.

—Venga por aquí con nosotros, saldremos por la puerta lateral. Pero tendremos que esposarle en el coche.

—Está bien.

—Eh, Robicheaux, llame a ese fiador de color de Rampart, da crédito —me recomendó Wineburger.

Miré al general. Se le marcaban las arrugas en el rostro bronceado, mientras miraba intensamente al vacío.

Me encerraron en la cárcel para borrachos de la ciudad. Me desperté, con las primeras luces del día, sobre un banco de hierro en cuya pintura gris habían tallado a cuchillo nombres y obscenidades. Me senté lentamente, aferrándome al banco por los dos lados. Sentí un olor rancio a sudor, a humo de cigarrillo, a alcohol, a orina, a vómitos y al váter sucio del rincón. El suelo y todos los demás bancos, colgados del techo con cadenas, estaban llenos de borrachos que roncaban, gente demente, pendencieros con manchas de sangre seca a la vista; también había algunos ansiosos tipos de clase media que esperaban que, más tarde, se les tratase con la cortesía que se les brinda a los buenos socios del club Kiwaní.

Caminé, en calcetines, hasta el retrete y me apoyé en él; había nombres quemados en la pintura amarilla del techo. Se me humedecieron los ojos con el olor que salía del váter. Mi borrachera había comenzado a presionarme en las sienes. Diez minutos después, un guardia y un oficial con uniforme abrieron la puerta de la celda y dejaron un carro de metal, lleno de huevos revueltos, galletas de maíz y café con gusto a yodo.

—Llegó la hora del aperitivo, caballeros —proclamó el guardia—. Nuestras instalaciones son humildes, pero el corazón es cálido. Si planean quedarse para el almuerzo, tenemos fideos con albóndigas de carne. Por favor, no pidan bolsas de plástico para las sobras, y resistan la tentación de llevarse la comida a casa en los bolsillos.

—¿Quién diablos es este tipo? —preguntó un soldado que estaba sentado en el suelo.

Tenía la corbata aflojada y había perdido los botones de la camisa.

—Es un tipo muy agradable —le informé yo.

—Qué buen lugar para un maldito comediante —refunfuñó, mientras apagaba la colilla de su cigarrillo en la pared, al lado del lavabo.

Esperé hasta que el oficial repartiera los platos de papel con huevos y galletas. Después, cuando el guardia salió por la puerta, fui hasta los barrotes e hice sonar mi anillo contra el metal para llamar la atención del agente. Me miró sin expresión alguna. Pestañeaba, ya fuese para ocultar su reconocimiento o por incomodidad.

—¿La acusación es a las ocho? —pregunté.

—A esa hora es cuando le esposarán. No sé a qué hora le tocará a usted.

Casi dijo «teniente», pero prefirió apretar bien los labios.

—¿Quién está en el juzgado esta mañana?

—El juez Flowers.

—Oh, Dios.

—¿Quiere solicitar un abogado?

—No, todavía no. Gracias de todas maneras, Phil.

—De nada. Sea fuerte, todo va a salir bien. Todo el mundo tiene derecho a emborracharse de vez en cuando.

Un viejo con una barba descuidada y manchada de tabaco estaba sentado junto a mí en el banco de hierro. Llevaba botas vaqueras de plástico, unos pantalones que le iban flojos y una camisa de algodón a la que le había cortado las mangas a la altura de las axilas.

—¿No va a comer? —me preguntó.

—No. Adelante.

—Gracias. —Comenzó a llevarse los huevos secos a la boca con una cuchara de plástico—. ¿Ya le empezaron a caminar las arañas por la cabeza?

—Sí.

—Mire mi bota. El guardia no la vio cuando me registraron. Tome un trago; hará que las arañas regresen a su nido.

Miré la petaca de *whisky* que tenía dentro de la bota. Respiré profundamente y me pasé la lengua por los labios agrietados. Mi aliento era más fuerte que el olor a borracho de la celda. No pasaría mucho tiempo hasta que comenzara a sudar y a temblar. Tal vez llegara a vomitar. Me pregunté en qué estado me presentaría ante el juez Flowers, un famoso jurista del tribunal que asustaría a cualquier borracho con solo golpear su mazo.

—No quiero ahora, pero se lo agradezco, amigo —rechacé.

—Póngase bien. No permita que le asusten, hijo. Yo he estado frente a este tribunal tantas veces que ya no se meten conmigo. El juez me echa treinta días y me dice que me vaya. No es nada. Los tenemos absolutamente controlados.

Media hora más tarde, el sargento Motley estaba de pie frente a la puerta de la celda con un guardia. Fumaba un puro y miraba atentamente mientras el oficial hacía girar la llave en la cerradura. Llevaba las solapas de la camisa tiradas hacia atrás, de manera que el vello oscuro del pecho sobresalía como cables pelados.

—Venga con nosotros, Robicheaux.

—No se permite la entrada al zoológico hasta por la tarde —dije.

—Limítese a venir.

Caminé entre él y el guardia hasta el extremo opuesto del corredor de la cárcel. Un oficial de seguridad estaba fregando el suelo y nuestros zapatos dejaban huellas negruzcas donde ya había limpiado. La luz del sol entraba por las ventanas altas sobre la pared del corredor y se podía oír el ruido del tráfico de la calle. El guardia abrió la puerta de una celda individual.

—He hecho que le trasladen a una celda de detención —informó Motley.

—¿Para qué?

—¿Quiere que alguien en esa celda lo mate?

Entré en la celda y el guardia hizo girar de nuevo la llave. Motley permaneció en la puerta. Le sudaba la cabeza debido al calor que hacía dentro.

—¿Qué tiene en mente? —pregunté.

—Yo ya he estado en su pellejo. Creo que le están metiendo un Roto-Rooter en el trasero y lo único que le queda son sus propios testículos. No hay problema por el momento, pero después de un tiempo, los testículos se reducen al tamaño de canicas.

—Me cuesta mucho creerle.

—¿Quién le ha pedido que lo haga? Nunca nos hemos llevado bien, pero le contaré una historia, Robicheaux. Todo el mundo piensa que dejé morir a esos siete tipos en el ascensor para salvar mi propia vida. Yo fui responsable, muy bien, pero no porque tuviera miedo; no tenía la llave de la cadena, no tenía la maldita llave. Subí por el hueco del ascensor para encontrar a alguien que tuviera una llave maestra y, cuando logramos abrir las puertas, parecían ostras quemadas. No importa si me cree o no; puedo asegurarle que no es agradable vivir con esta carga sobre las espaldas.

—¿Por qué no se lo cuenta a alguien?

—¿Sabe por qué no tenía la llave? Esa mañana había estado con una de las mujeres de Julio Segura y me robó. La llave estaba en mi cartera.

—Usted intentó sacarlos, Motley.

—Dígaselo a todos en el tribunal y en el distrito Primero. Cuénteselo a Purcel, él siempre tiene cosas ingeniosas preparadas para soltarle a un hombre negro.

—¿Qué ha estado haciendo?

—No me gustan los tipos de Asuntos Internos más que a usted. En mi opinión, Purcel está operando en esa área. No me gusta dar información sobre otros policías, ni siquiera los racistas, así que no haré ningún comentario sobre Purcel.

—Él no es racista.

—Despierte, Robicheaux. ¿Tienen que darle un puñetazo para que se dé cuenta? Ese tipo siempre está caliente, no sea tan cándido.

—Ya entiendo: usted busca que la gente le quiera, ¿no es así?

—Véalo como le dé la gana. Espero que pueda salir de esta basura. No creo que lo haga.

—Usted sí que es un soplo de aire fresco, amigo.

—Le han imputado unos cargos exagerados. Si fuera usted, me iría de la ciudad. Pienso que lo que pretenden es alejarlo.

Apoyé la mejilla contra los barrotes y lo miré en silencio. Podía sentir cómo el pulso me latía en la garganta.

—Le han acusado de llevar un arma de fuego.

Volvió a mirarme con sus ojos pardos.

Fue una mañana de mierda. Me llevaron al tribunal encadenado junto con otros cuatro borrachos, un traficante callejero, un exhibicionista psicópata y un muchacho negro que había asesinado al encargado de una gasolinera por sesenta y cinco dólares. El juez Flowers era lo que en Alcohólicos Anónimos llamamos un ansioso. Había abandonado el alcohol por cuenta propia, pero se había mantenido alejado de él solo para dirigir su intensa miseria interna a la vida de los demás, particularmente hacia la de aquellos que emanaban olor a alcohol. Fijó mi fianza, por posesión de armas, en diez mil dólares.

Ni siquiera tenía los mil dólares que necesitaba para pagar el diez por ciento de honorarios al fiador. Me senté en el banco de la celda y miré las palabrotas estampadas en la pared opuesta. Era la peor mañana de toda mi vida, con excepción, tal vez, del día en que mi esposa me abandonó por un magnate del petróleo de Houston. Habíamos ido a una fiesta junto al lago. Él estaba allí y ni siquiera se molestaba en disimular lo que había entre los dos: le tocaba el hombro a mi esposa en la mesa, le pasaba la palma de la mano por el brazo y me sonreía con sus rasgos apuestos, como si todos gozáramos en una especie de entendimiento personal y secreto de la situación. Luego, una herida se me abrió en alguna parte detrás de los ojos y sentí que cambiaba el color de mi perspectiva, de la misma manera que un vaso de agua se tiñe con mercurina. Más tarde, una mujer gritó y sentí los brazos de varios hombres que me levantaban del césped, separándome de su cara estupefacta y aterrorizada de guapo cabrón.

Por la mañana, encontré una nota encima de la mesa, debajo de la sombrilla donde solíamos desayunar mientras el sol aparecía sobre el lago Pontchartrain.

Querido Dave:

No sé qué es lo que estás buscando, pero tres años de matrimonio contigo me han convencido de que no quiero estar allí cuando lo encuentres. Lo siento. Como solía decirte tu camarero y lanzador amigo: mantenla alta y fuerte, amigo.

Nicole.

—¿Qué hace desnudo? —preguntó el guardia por entre los barrotes de la celda.

—Hace calor.

—Hay mucha gente que pasa por aquí.

—No se lo permita.

—Cielo santo, Dave, compórtese.

—Eso hago. En este momento, estoy muy bien.

Abrí y cerré las palmas de las manos. Vi cómo las venas de los antebrazos se

hinchaban.

—Tendrá que ir con todos los demás, a no ser que quiera estar en una celda aislada.

—Haga lo que tenga que hacer, Phil.

—No puedo aislarle si usted no lo requiere. Dave, hay unos tipos realmente peligrosos arriba.

Me señalé la cicatriz que tenía en el estómago. Alguien gritó con histeria en una celda y se oyó la porra de un policía que golpeaba contra los barrotes.

—Voy a llamar al doctor. Va a estar aislado, lo quiera o no —sentenció.

Le oí alejarse. Sentía la cabeza como si la tuviera envuelta en cuerdas de piano. Cerré los ojos y vi bolas de llamas anaranjadas que estallaban en un bosque, oficiales atrapados hasta las rodillas en un arrozal embarrado, mientras fragmentos de minas Claymore volaban por el aire. Las almas de los niños se elevaban como humo de las zanjias y el rostro infantil de Sam Fitzpatrick se iluminaba en el fuego del purgatorio. Me caía el sudor por las palmas de las manos y me recorría los muslos desnudos.

Esa misma tarde, a las tres, otro guardia se acercó por el corredor de la unidad de aislamiento, llamada Callejón del Queens, donde yo estaba encerrado al lado de soplones, psicópatas y homosexuales ruidosos. La puerta de mi pequeña celda era de metal trabajado y tenía una pequeña abertura por donde pasaban la bandeja de comida. El guardia tenía dificultades con la llave de la cerradura y la luz detrás de él hacía parecer que su cuerpo temblaba.

—Haga las maletas, se va usted —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha pagado su fianza. Quite las sábanas y déjelas en el corredor. Recoja del suelo la cuchara de plástico y tire el jabón por el retrete.

—¿Qué?

—¿Todavía está borracho o qué? Limpie su celda si quiere irse hoy de aquí.

Caminamos por el corredor hasta unas puertas dobles que funcionaban por un sistema hidráulico y daban a la sala de registro, donde les estaban tomando las huellas dactilares a dos mujeres negras. Firmé en el escritorio de efectos personales para que me devolviesen la cartera, las llaves del coche, una navaja de bolsillo y el cinturón.

—Enhorabuena —me felicitó el empleado.

Fuera, en la sala de visitas, vi a Annie sentada en un banco de madera, con las manos juntas apoyadas sobre las piernas. Llevaba unas zapatillas de tenis azules, unos pantalones desteñidos y una camisa púrpura con estampado de flores. Las mesas de la sala estaban llenas de internos y de familiares que habían venido a visitarlos. Cada grupo trataba de aislarse en ese momento de intimidad agachando la cabeza, no mirando nunca más allá de su mesa, aferrándose con fuerza a los brazos del otro. Annie intentó sonreírme, pero percibí cierto nerviosismo en su rostro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí.

—Mi coche está en la esquina. Ya podemos irnos.

—Sí, salgamos de aquí.

—Dave, ¿qué sucede?

—Esos bastardos me quitaron el arma. Tienen que darme un recibo.

—¿Estás loco? —murmuró.

—Olvídalo. Vamos.

Atravesamos las puertas de cristal que daban a la calle. El calor de la tarde me golpeó en la cara como si alguien hubiera abierto la puerta de un horno a mi lado. Subimos al coche y Annie puso en marcha el motor. Luego, me miró; un mar de dudas le cabría el rostro. Sacudí el brazo con un espasmo cuando toqué el metal ardiente de la ventanilla.

—Dave, ¿te encuentras bien? Estás muy pálido.

—Me siento bastante revuelto. No tomes mis coméntenos demasiado en serio por hoy. ¿Cómo supiste que estaba en la cárcel?

—Tu compañero... ¿cómo se llama?, Clete, llamó. Dijo algo extraño, pero me rogó que te lo repitiera al pie de la letra «Todavía te tienes a ti mismo, teniente; esa es una gran victoria. Aléjate de toda esta mierda ahora que aún estás a tiempo». ¿De qué estaba hablando?

—Significa que una parte de él todavía está intacta. No estoy seguro de que sea mi caso: creo que hoy he sentido todos los pinchazos juntos.

Se metió en el tráfico. El resplandor amarillo, el calor que desprendía el cemento, el tapizado de cuero caliente en mi espalda y el humo ácido de los tubos de escape me hacían sentir como si estuviera metiendo la cabeza en un tarro de alquitrán.

—No sé mucho acerca del alcohol y los problemas de bebida, Dave. ¿Quieres parar a beber una cerveza? No me importa. ¿No es mejor alejarse del alcohol poco a poco?

En ese momento, creo que me habría cortado los dedos de uno en uno con una lata por una botella helada de cerveza Jax.

—Te agradecería que me llevaras directo a mi casa flotante. ¿Tuviste que darle mil dólares al fiador?

—Sí.

—Mañana te los devolveré. Voy a pedir un crédito con mi barca como aval.

—Ahora no estoy pensando en eso. Anoche intentaste arreglar las cosas y yo te desprecié.

—Habías invitado a alguien a cenar.

—Solo era un amigo de la escuela de música; lo habría entendido.

—Déjame explicarte algo. Que me hayan metido en la cárcel no tiene nada que

ver contigo. Estuve sobrio cuatro años y ahora los he tirado por la borda.

—Puedes volver a dejarlo.

No respondí. Estábamos en la avenida Elysian Fields, en dirección al lago. Mi traje de algodón estaba arrugado y manchado de jugo de tabaco de la celda.

—Detente en ese sitio de comidas, por favor —dije.

Aparqué junto a un café que tenía un mostrador y mesas al aire libre. Debajo de la sombra de los árboles, la gente comía bocadillos y rodajas de sandía. Pedí dos Dr. Pepper en vasos de cartón con hielo granizado y le dije al camarero que le agregara un puñado de cerezas y rodajas de limón. Me senté en el coche y bebí del vaso con las dos manos. Sentí una maravillosa sensación cuando el hielo, las cerezas y la gaseosa me bajaron desde la garganta hasta el estómago.

—Cuando era niño, en Nueva Iberia teníamos una bebida que se llamaba Dr. Nut. Tenía un gusto muy parecido a este. Mi padre siempre nos traía, a mi hermano y a mí, un Dr. Nut cuando iba a la ciudad. Esos sí que eran buenos tiempos.

—¿Cómo piensas en el pasado, Dave? —preguntó. Llevaba las ventanillas bajadas y su cabello rizado se agitaba al viento mientras conducía.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué sentimientos tienes cuando recuerdas a tu padre?

—Pienso en él con mucha ternura.

—Así es; aunque tu familia era pobre y algunas veces tu padre no estaba allí cuando lo necesitabas, no le guardas rencor, le has perdonado y recuerdas lo mejor que tenía. ¿Por qué no haces lo mismo contigo?

—No es tan simple con el metabolismo de alguna gente.

—Hoy es sábado y será sábado todo el día. No me importa lo que sucedió ayer, al menos las cosas malas. Me gusta estar contigo, recordar cosas bonitas y saber que todo va a ir mejorando. ¿No te enseñan esas cosas en Alcohólicos Anónimos?

—Algo parecido.

—¿Me llevarás a las carreras de caballos esta noche?

Le toqué el cabello húmedo de la nuca y acaricié la suavidad de sus mejillas con los pulgares. Me sonrió con los ojos y me dio una palmada en el muslo; sentí una sensación de debilidad en todo el cuerpo.

Cuando llegamos al lago Pontchartrain, sentí una ráfaga de aire fresco con olor a sal. Los pelícanos se zambullían en picado desde el cielo azul en busca de peces, con las alas echadas hacia atrás de la cabeza. A lo lejos, en el horizonte, el agua se encrespaba bajo la luz del sol; allí, un velero reluciente, con sus velas rojas, se sumergía en las olas y lanzaba géiseres de espuma que desafiaban la gravedad.

Me duché y me afeité en mi caseta flotante de hojalata, y noté cómo el olor de la cárcel abandonaba mi cuerpo. Me lavé cuidadosamente los puntos que tenía en la

cabeza y me quité las vendas del hombro y del brazo, donde se habían introducido las partículas de cristal, y dejé correr el agua sobre las costras de la piel.

Annie estaba en mi cocina preparando unos filetes y espinacas con huevos duros y, por primera vez en todo el día, tuve hambre. Me sequé, me senté en la cama con la toalla envuelta en la cintura, y abrí un botiquín de primeros auxilios en la que guardaba vendajes y ungüentos varios. Podría haberlo hecho yo solo, pero miré hacia la cocina, donde Annie fregaba unos cacharros.

—Annie, necesito que me ayudes.

Corrió la cortina de la puerta.

—Me cuesta ajustar bien los vendajes —le expliqué.

Se sentó junto a mí, me dio ungüento por los cortes con un trozo de algodón, cortó tiras de esparadrapo con unas tijeras y me puso dos cuadrados grandes de gasa sobre el ungüento. Luego, frotó las manos sobre mi piel, por los hombros, la espalda y por el pecho. Miraba mi cuerpo sin incomodidad, como si me estuviera descubriendo por primera vez. La recosté sobre la cama y la besé en la boca y en el cuello. Le desabroché la camisa estampada con flores y apoyé la cabeza sobre la mancha rosada de nacimiento que tenía en el pecho. Sentí que estiraba su cuerpo junto al mío, noté la confianza y la entrega que brinda una mujer en ese momento en que ya no esconde su deseo y nos bendice con una caricia inesperada.

Esta vez quería darle más de lo que ella me había dado, pero no pude. En pocos segundos, estaba perdido dentro de ella con sus manos aferrando mi espalda y sus piernas apretando las mías, casi de una manera maternal. Cuando intenté apretarme y detenerme porque era demasiado pronto, puso su rostro junto al mío, me besó la mejilla, me acarició con los dedos la cabeza y me dijo: «Está bien, Dave. No te detengas. Está bien». Luego, sentí toda la furia, todo el miedo y todo el calor de los últimos dos días subir desde mis entrañas como una inmensa burbuja que sale de un pozo; sentí cómo se detenía en toda su energía y éxtasis, cómo salía a la luz, cómo se deslizaba entre sus muslos; sentí la presión de sus brazos y la inmensidad azul de sus ojos.

Esa noche, en el hipódromo, mientras el calor danzaba en el cielo al oeste, caminamos entre jardines de flores junto al *paddock*, observamos a los cuidadores que refrescaban los caballos que ya habían corrido, oímos el maravilloso aroma de la tierra recién rastrillada y humedecida y miramos con genuina fascinación el resplandor de los ruanos y de los potros negros que se dirigían a la pista bajo el halo de las luces eléctricas.

Cobramos la doble diaria, una perfecta, dos ganadoras y tres colocadas. Las palmeras parecían de color púrpura contra el cielo titilante; el lago, en el centro de la pista, reflejaba las estrellas y la luna y, cuando una brisa repentina del golfo estremecía la superficie, el agua se teñía de plata; pude oler los robles y las flores

nocturnas. Los jugadores y los amantes deben pagar un alto precio para disfrutar de consuelos puntuales; pero, a veces, esos consuelos son suficientes.

Al día siguiente, el cielo amaneció rosa. Me puse las zapatillas y los pantalones cortos de tenis y corrí ocho kilómetros junto al lago, con el viento refrescándome el rostro y el sol quemándome la espalda desnuda. Podía sentir el sudor seco sobre la piel al viento. Los músculos del pecho y de las piernas parecían tener la elasticidad, la tensión y la energía que no había sentido durante semanas.

Las gaviotas se dejaban arrastrar por corrientes de aire sobre el borde del agua, con las alas desplegadas a la luz del sol; luego, se zambullían rápidamente hacia la arena y recogían los pequeños moluscos que dejaban las olas en su retirada de la orilla. Saludé con la mano a las familias que pasaban en sus coches camino de la iglesia, bebí zumo de naranja en un puesto callejero, debajo de una palmera, y corrí por el asfalto con una energía renovada. Tenía el pecho y la cabeza llenos de sangre y el corazón, fuerte.

Podría haber corrido otros ocho kilómetros más cuando regresé a la casa flotante, pero estaba sonando el teléfono. Me senté en el borde de una silla y me sequé el sudor del rostro con una toalla antes de descolgar.

—¿Por qué no confías un poco más en tu familia? —preguntó mi hermano Jimmie.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo entendido que fuiste protagonista de una interesante escena la otra noche. Con mucho estilo, por cierto. No hay nada como irrumpir en una fiesta en el distrito Garden con una 45 automática en la cadera.

—Había sido una noche aburrida.

—¿Por qué no me llamaste? Podría haberte sacado bajo fianza en quince minutos; podría incluso haberte evitado esos cargos por posesión de armas.

—En esta ocasión tu ayuda no hubiera servido de nada.

—El caso es que no me gusta que unos oficinistas dejen de lado a mi hermano.

—Serás el primero en enterarte la próxima vez que esté en la cárcel.

—¿Puedes conseguir a alguien por ahí que hable español en los próximos treinta minutos?

—¿Para qué?

—Le dije a Didi Gee que le haría entrar en los Caballeros de Colón. Yo le caigo bien. ¿Quién más podría comer con un personaje como ese si no es a punta de pistola?

—¿Qué estás haciendo, Jimmie?

—Ya está hecho. Los regalos vienen en envoltorios extraños. Nunca cuestiones el destino.

—Cualquier cosa que haga Didi Gee está manchada de mierda.

—Nunca dije que fuera perfecto. Tranquilízate, hermano —y cortó.

Llamé a un entrenador de caballos cubano que conocí en el parque de atracciones y le pedí que viniera a la casa flotante. Llegó diez minutos antes de que una limusina Cadillac con cristales polarizados apareciera en la calle sin salida junto al médano de arena y a las palmeras, donde estaba amarrado mi bote. Dos de los hombres de Didi Gee, vestidos con pantalones, mocasines, gafas de sol y camisas floreadas por encima de los cinturones, bajaron y abrieron la puerta trasera, con los movimientos decididos de los chóferes que transportan a los enviados presidenciales. En cambio, un hombre obviamente aterrorizado estaba sentado en la penumbra del asiento trasero con un tercer matón junto a él. Se bajó a la luz del sol. Tragaba saliva y estaba pálido. Tenía el cabello rojizo y el bigote fino a la manera de los años treinta. Con una mano, se estaba apretando los dedos de la otra.

—Este tipo nos pidió que le lleváramos en el coche. Nos suplicó que le trajéramos aquí —dijo el conductor—. Pero no hemos podido hacerle callar, lo único que quiere hacer es hablar.

—Pues denle algo para el aliento, tiene olor a cloaca; debe de haber desayunado comida para perros —añadió el otro matón.

—Oiga, en serio, tiene una historia interesante —continuó el conductor—. Tengo que recoger una barra de pan en la tienda de la esquina más tarde. Podemos ayudarlo a completar los espacios en blanco; de todas maneras, ahora nos vamos a tomar un poco de aire fresco.

No podía distinguirlos bien tras sus gafas de sol, pero la ayuda contratada por Didi Gee siempre era de la misma especie: jóvenes sicilianos o napolitanos, delgados, capaces de volarle la cabeza a alguien con la misma facilidad con que apagarían un cigarrillo. Me pareció que había visto al conductor en una rueda de reconocimiento dos años antes, después de encontrar trozos de un corredor de apuestas en el triturador de residuos de su propia cocina.

Se alejaron en su Cadillac. El sol blanco se reflejaba en el cristal polarizado trasero.

—Andrés, si yo estuviera en su lugar no me juntaría con esa gente —dije.

Sin embargo, no se pueden aceptar gentilezas cuando se nos ofrecen bajo las condiciones de otros, en particular cuando provienen de alguien como Didi Gee. Los dedos de la mano izquierda del nicaragüense estaban envueltos en esparadrapo y yo sabía perfectamente la causa. Se sentó frente a la mesa de la cocina, rígido. Sus ojos atemorizados me miraban de soslayo, como si tuviera los párpados cosidos a la frente. Puse un magnetófono, una cámara Polaroid y una petaca de ron sobre la mesa.

—No tengo ningún tanque lleno de pirañas aquí y puedo llevarle al hospital si

quiere —le comuniqué a través de mi amigo cubano, cuyo nombre era Jaime.

No necesitaba un hospital, las heridas no eran serias, pero me agradecería mucho que le diera un vaso de Bacardí, sin hielo, por favor.

Abrí el periódico de la mañana, acerqué mi silla a la de él, levanté la primera sección entre los dos, de manera que el titular y la fecha estuvieran visibles, y le dije a Jaime que nos sacara una foto con la cámara Polaroid. El nicaragüense tenía un aliento espantoso, como si tuviera algo muerto en los pulmones. Bebió el ron y se secó los labios. Las cicatrices grises alrededor de la boca le brillaban como piezas de metal enceradas.

—Quiero que entienda algo —le advertí—. Va a cooperar conmigo, pero no por lo que los matones de Didi Gee le han hecho a sus dedos. Esos tipos no se acercarán a usted; al menos, no por mi culpa. Si quiere, puede presentar cargos contra ellos por asalto y secuestro ante la policía o el FBI.

Me miraba atentamente mientras Jaime traducía. La idea de poder llevar a la gente de Didi Gee a las autoridades, evidentemente, le parecía tan absurda que sus ojos ni siquiera podían registrar el ofrecimiento.

—Pero nuestra fotografía aquí es otra cuestión —seguí yo—. Haré copias, muchas copias, y las haré circular por la ciudad para aquellos que pudieran estar interesados. Tal vez cuente con la confianza de sus amigos y esto tendrá pocas consecuencias para usted. Quizá tenga su situación bajo control y esto le parezca una chiquillada.

Su rostro se ensombreció. Sus ojos me miraron desconcertados por un momento, como lo haría un perro si lo metieran dentro de una jaula con un palo.

—¿Qué quiere? —preguntó en español, con voz ronca. Había sido sargento en la Guardia Nacional de Somoza durante siete años, tirador desde un helicóptero, y había luchado en muchas batallas contra los comunistas en la selva y en las colinas. Era una guerra con muchos problemas civiles, porque los comunistas se escondían entre la población y se hacían pasar por trabajadores en los arrozales y en las plantaciones de café. Cuando los helicópteros del Gobierno volaban demasiado bajo, solían recibir fuegos hostiles desde tierra, donde los paisanos negaban que hubiera sandinistas o armas. ¿Qué se podía hacer? Seguramente los norteamericanos que habían estado en Vietnam lo podrían entender. Aquellos que libran guerras no siempre pueden ser selectivos.

Los soldados avanzaban uniformados, a plena vista, mientras que los comunistas se abrían camino entre los pobres y luchaban con los métodos de los cobardes y de los homosexuales. Si yo no le creía, podía mirarle el ojo, y se estiró la piel de uno de los lados de la cara y me mostró el músculo muerto debajo de la retina. Su helicóptero había bajado demasiado sobre un área asegurada. Abajo, podía ver a los campesinos que apilaban heno en el campo. De repente, un proyectil explotó en el

suelo del helicóptero, hizo volar a un hombre por la puerta y dejó una partícula de acero en el ojo a Andrés. El periodista norteamericano que visitó el hospital militar de Managua no parecía interesado en su historia ni tampoco le hizo fotografías, como solían hacer con los comunistas muertos y heridos; se explicaba porque el mayor temor de la prensa norteamericana era que sus propios colegas los llamaran derechistas. Como los misioneros de Maryknoll, mantenían su propia visión política intacta al comprometer el mundo en el que otros tenían que vivir.

Si yo me sentía ofendido por su declaración, debía recordar que él sentía tanto aprecio por este país como por quien le había destrozado las cuerdas vocales.

—Oí decir que le obligaron a hacer gárgaras con un agua especial —le comenté.

—¿Qué? —intervino Jaime.

—Él y otros tipos violaron a una muchacha en grupo antes de ejecutarla. La hermana de ella echó ácido clorhídrico en la bebida de nuestro amigo.

—¿Es verdad? —preguntó Jaime.

Era un hombre pequeño y delicado, con un rostro sensible. Siempre llevaba una gorra de béisbol de los New York Yankees y liaba sus cigarrillos con tabaco ilegal cubano. Su rostro inocente dejó de mirarme a mí y se concentró en el nicaragüense.

—Nuestro hombre de Managua es un gran mentiroso, Jaime.

El nicaragüense debió de entenderme.

La historia de la ejecución y del ácido era una mentira, dijo; un invento de Philip Murphy y del maricón de Starkweather. Se divertían denigrando a los demás porque no eran verdaderos soldados. Murphy era un adicto a la morfina y se hacía el amor a sí mismo con sus jeringas. Simulaba ser valiente, pero era tan débil como una rama seca y no podía soportar el dolor. ¿Realmente quería saber yo cómo le habían quemado la garganta y los pulmones y por qué le salía ese terrible olor a serpiente muerta del pecho?

—Estaba ciego de un ojo, pero no podía detenerme en la lucha por mi país. — Jaime traducía por él—. Cuando ellos simulaban ser sacerdotes y organizadores laborales, me introduje entre ellos como un radical que odiaba a la familia Somoza. Pero una puta enferma, una mujerzuela del Ejército, me traicionó porque pensó que yo le había metido la infección en los órganos. Los sandinistas me apuntaron con una pistola en la cabeza y me hicieron tomar queroseno; luego, me metieron fósforos encendidos en la garganta. Sufrí mucho en sus manos, pero mi país sufrió mucho más.

—¿Dónde están Philip Murphy y el israelí? —pregunté.

—¿Quién sabe? Murphy vive en los aeropuertos y en las farmacias, y busca a la gente cuando la necesita. Los judíos se quedan con los de su raza. Tal vez Erik esté con el judío rico que tiene una casa de prostitutas. Son un pueblo cerrado y sospechoso.

—¿Quién es ese judío? ¿De qué prostíbulo habla?

—El prostíbulo donde se guardan las armas para liberar Nicaragua. Pero no sé dónde está y no conozco a ese judío; yo soy solo un soldado.

No había expresión alguna en su rostro. Sus ojos tenían el brillo turbio y estúpido de alguien que cree que la honesta expresión de su ignorancia era una explicación aceptable para aquellos que tenían el poder de enjuiciarlo.

—Le haré una pregunta más fácil, entonces —dije—. ¿Qué le hicieron todos ustedes a Sam Fitzpatrick antes de que muriera?

Jaime tradujo. El rostro del nicaragüense se puso tan tenso como un guijarro.

—¿Le electrocutaron los genitales? —pregunté.

Miró hacia el lago. Tenía los labios muy apretados. Tocó el vaso de ron con los dedos y, luego, los retiró.

—Murphy daba las órdenes, pero sospecho que usted y Bobby Joe las llevaban a cabo con mucho espíritu. Su experiencia le servía de mucho.

—Creo que este tipo tiene un gran mal en su interior —opinó Jaime—, me parece que sería mejor que lo entregara de vuelta a la gente que lo trajo aquí.

—Me temo que no están interesados en él, Jaime. El hombre para quien trabajan solo quería demostrarle su poder a la competencia.

Su rostro pequeño parecía perplejo debajo de la gorra de béisbol.

—Los usamos. Ellos nos usan. Así se mantiene a todo el mundo ocupado —le aclaré.

—Si no necesitas nada más de mí, me iré. El domingo es un mal día para estar con esta clase de hombres. Yo ya percibí ese olor antes, viene de una gran maldad.

—Gracias por tu ayuda. Nos veremos en el hipódromo.

—Devuélvelo, Dave. Ni siquiera un policía puede mirar en la oscuridad del alma de este hombre.

Pensé en lo que me había dicho Jaime. Sí, era hora de que el nicaragüense estuviera a cargo de otro, pensé.

Le puse una esposa en una de las muñecas, lo llevé hasta mi coche alquilado y le até la otra mano al gancho del cinturón de seguridad del asiento trasero. Regresé a la casa flotante, me puse el magnetófono en el bolsillo y busqué el número de Nate Baxter, de Asuntos Internos, en la guía telefónica.

—Tengo a uno de los tipos que mataron a Fitzpatrick. Quiero que te reúnas conmigo en mi oficina.

—¿A quién tienes?

—Tengo esposado al nicaragüense. Voy a llevártelo.

—Estás suspendido, Robicheaux. No puedes traerme a nadie aquí.

—Yo no puedo acusarlo formalmente, pero sí puedo firmar una denuncia.

—¿Estás bebiendo?

—Tal vez debería ir con él a tu casa.

—Oye, puedo tratar contigo personalmente a casi cualquier nivel que quieras, pero te lo advierto: no te metas en mi vida. Si todavía no te has dado cuenta, hay mucha gente que piensa que deberías estar encerrado en un centro de desintoxicación. Y me estoy refiriendo a tus amigos; otros piensan que eres el candidato ideal para una lobotomía frontal.

—La última vez que me hablaste así, yo estaba en la cama de un hospital. No des mucho por sentado, Baxter.

—¿Quieres aclarar esto, hacer que sea un poco más formal?

Miré el sol, reflejado en el agua.

—Tengo a un hombre que participó en el asesinato de un agente federal. Él puede aclarar las cosas y lo voy a llevar a la oficina. Si deseas ignorar esta llamada telefónica, es cosa tuya. Ahora, voy a llamar al capitán Guidry y después me dirigiré al distrito Primero. ¿Vas a estar allí? —Permaneció en silencio.

—¿Baxter?

—Está bien —dijo, y colgó.

Llamé al capitán Guidry y su madre me dijo que se había ido al parque, a un concierto. Vacíé el vaso de ron del nicaragüense en el fregadero y lo enjuagué. Después, lo arrojé lo más lejos que pude en el lago.

Podía ver los ojos colorados del nicaragüense mirándome por el espejito retrovisor. Tenía que inclinarse hacia delante por cómo tenía la muñeca esposada al suelo. Estaba sonrojado y sudaba sobre el asiento.

—¿Adonde vamos? —preguntó en su idioma.

No le respondí.

—¿Adonde vamos? —repitió.

Pensé en a quién temería más: la gente de Didi Gee, la policía de la ciudad o Inmigración. Sin embargo, no iba a ayudarlo a dilucidar nuestro destino.

—¡Hijo de puta! —se explayó.

—Sea donde fuere, estáte seguro de que no es Kansas, Toto.

Aparqué frente a las oficinas del distrito Primero en Basin, le esposé las muñecas a la espalda al nicaragüense y le conduje del brazo al interior del edificio.

—¿Se encuentra aquí Nate Baxter? —pregunté al sargento de la recepción.

—Sí, está sentado en su oficina. ¿Qué está haciendo, Dave?

—Llame a Purcel de mi parte y dígame que tengo una carga que debe registrar.

—Dave, se supone que no puede estar aquí.

—Solo llámele. No es tan grave.

—Tal vez debería hacer esa llamada usted mismo.

Puse al nicaragüense en un banco de madera y usé el teléfono de encima del

escritorio del sargento para llamar a casa de Clete. En realidad, no sabía lo que tenía en mente. Tal vez yo todavía lo apoyaba de verdad o, tal vez, como un amante rechazado, quería poner un poco más de dolor en una situación imposible de tolerar.

—No puedo ir allí ahora. Quizá más tarde. Lois está furiosa conmigo. Ha sacado todas las botellas de cerveza del frigorífico y las ha hecho pedazos por todo el maldito camino de la entrada; es domingo por la mañana, los vecinos están regando los jardines o en la iglesia, mientras que en mi hogar no hay más que un rastro de cerveza y vidrios que llega hasta la calle.

—Eso sí que suena mal.

—Es la misma novela de siempre. Cuando quieras, puedes venir; pero no te olvides de traer palomitas.

—¿Clete?

—¿Qué sucede?

—Ven aquí.

Llevé al nicaragüense por la sala de la Unidad de Tráfico, llena de policías de uniforme rellenando papeleo, y llegamos a mi oficina, donde Nate Baxter esperaba sentado en uno de los bordes de mi escritorio. Sus ropas deportivas, los zapatos de dos colores y el peinado le daban el aspecto de un vendedor de propiedades de Nevada que buscaba un primo a quien colocar una casa situada en un lugar donde se realizaban ensayos atómicos.

Le arrojé el magnetófono en el regazo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Su confesión. Además de cierta información sobre el contrabando de armas.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Escucharlo. Tengo un intérprete en la cinta, pero puedes conseguir otro si así lo deseas.

—¿Ahora tomas declaraciones forzadas a sospechosos?

—Tuvo sus opciones.

—¿Qué diablos estás haciendo, Robicheaux? Sabes que esto no es aceptable como prueba.

—No en un tribunal, pero tienes que considerarlo como parte de la investigación, ¿o no?

—Desde este mismo instante, puedo decirte que tiene el mismo valor que un trozo de papel higiénico usado.

—Mira, se supone que debes ser un investigador imparcial. Aquí hay una confesión de asesinato, ¿qué rayos pasa contigo?

—Muy bien, lo escucharé durante mis horas de trabajo mañana. Después, te diré lo mismo que he sostenido hoy. Una declaración grabada no verificable, tomada por un policía suspendido, no tiene ningún valor en ningún tipo de investigación. Has

estado aquí catorce años y deberías saberlo. Aparte, mientras estabas suspendido te han detenido por llevar un arma. Yo no lo provoqué, nadie lo hizo; así que, ¿por qué te empeñas en hacerme pasar por la causa de todos tus problemas? Tú eres el único responsable, Robicheaux. Y eso es real. Tu hoja es real y también lo es tu historia con la bebida.

—¿Qué me dices de este tipo que he traído? ¿También es inventado?

Las paredes de mi oficina eran, en parte, de cristal y la puerta estaba abierta, así que nuestras voces llegaban hasta la sala contigua.

—¿Va a hacer una declaración? —preguntó Baxter.

—¿Va a...?

—Así es. Tienes una cinta y tienes a un tipo; la cinta no sirve, ¿va a hablar el tipo entonces?

No respondí. Me temblaba la parte trasera de las piernas.

—Vamos, contesta —me apremió Baxter.

—Ya lo ha hecho. Torturó a un agente del Tesoro con la manivela de un teléfono y, después, lo quemó en mi propio automóvil.

—¿Y va a renunciar a sus derechos por contarnos todo eso? ¿Va a ponerle su firma a esa declaración?

—Todavía sigo dispuesto a hacer una denuncia formal.

—Me alegra escucharlo.

—Baxter, eres un hijo de perra.

—Puedes insultarme todo lo que quieras.

—Tranquílcese, teniente —dijo el sargento desde el escritorio, detrás de mí.

Saqué la llave de las esposas de mi bolsillo y liberé una de las muñecas del nicaragüense. Luego, até el extremo suelto al tubo del radiador de la pared.

—Tu problema es que estuviste haciéndotelo durante demasiado tiempo y, ahora, piensas que eres el único tipo íntegro en todo este maldito lugar —me espetó Baxter.

Me aparté hacia un lado, con los pies bien firmes en el suelo, y le golpeé de lleno en la boca. Echó la cabeza hacia atrás. Su corbata se agitó en el aire. Vi que tenía sangre en los dientes y su mirada era salvaje. La sala estaba llena de oficiales uniformados. Quería golpearlo otra vez.

—¿Quieres sacar tu arma? —le provoqué.

—Ahora sí que la has cagado —exclamó, con la mano en la boca.

—Tal vez, pero eso no te ayudará a olvidarte de mi firma en tus dientes. ¿Quieres hacer algo?

Bajó las manos a los costados del cuerpo. Tenía un corte profundo y morado en el labio inferior que empezaba a hincharse. Me miraba atentamente. Yo todavía tenía el puño cerrado.

—¿No oyes bien? —insistí.

Cerró los ojos un instante. Después los abrió y miró a los policías uniformados que lo observaban desde la sala del escuadrón.

—Usa tu sentido común —dijo para sí, como en un murmullo.

La amenaza había desaparecido de su voz.

—Váyase a casa, teniente. No le conviene quedarse aquí —me aconsejó el sargento desde detrás.

Era un hombre robusto con la complexión de un tonel, el rostro colorado y el bigote rubio.

Abrí la mano y me sequé el sudor de la palma en los pantalones.

—Ponga mis esposas en el cajón del escritorio —le pedí.

—De acuerdo —asintió el sargento.

—Mire, dígale a Purcel...

—Váyase a casa, teniente —repitió suavemente—. Hace un día muy bonito ahí fuera. Nosotros nos ocuparemos.

—Voy a firmar la acusación contra este tipo; no permitan que nadie lo deje suelto. Y localicen al capitán Guidry.

—No hay problema, teniente —aseguró el sargento.

Atravesé pesadamente la sala del escuadrón. Sentía la piel del rostro tirante y muerta frente a la mirada colectiva de los oficiales uniformados. Todavía me temblaba la mano cuando rellené la denuncia formal de asalto con arma mortal, secuestro y homicidio contra el nicaragüense.

Al salir, el reflejo del sol casi me abrasa los ojos. Fui hasta la sombra para acostumbrarme poco a poco a la intensa luz y entonces vi a Clete acercándose, con una camisa azul y morada con las mangas cortadas en los hombros y unos pantalones Budweiser blancos y rojos. La sombra del edificio le cubría el rostro y parecía un compuesto de partes desarticuladas.

—¿Qué sucede, Dave?

Me miraba desde el reflejo del sol, pero no encontraba mi mirada. Parecía como si estuviera inspeccionando algo detrás de mi oreja derecha.

—Traje al nicaragüense. La gente de Didi Gee lo llevó hasta mi muelle.

—Parece que el gordo quiere joder a la competencia.

—Pensé que tal vez querrías verlo.

—¿Para qué?

—Puede que lo hubieses visto con anterioridad.

Encendió un cigarrillo y exhaló el humo hacia la luz del sol.

—¿Sabes que tienes sangre en la mano derecha? —comentó.

Saqué el pañuelo y me limpié los nudillos.

—¿Qué pasó? —añadió.

—Nate Baxter tuvo un accidente.

—¿Golpeaste a Nate Baxter? Cielo santo, Dave. ¿Qué estás haciendo?

—¿Por qué lo hiciste, Clete?

—Un rufián menos. ¿De qué te preocupas?

—Un mal policía habría dicho una mentira. Habría dicho que Starkweather le había apuntado a la cara y que no tuvo más remedio que matarlo. Al menos, no te has escondido detrás de tu placa.

—Una vez me dijiste que el ayer es un recuerdo deteriorado, así que no recuerdo el ayer. Tampoco me interesa.

—Hazle frente o nunca podrás librarte de él, Clete.

—Piensas que toda esta historia es una cuestión política y que pone en juego los principios y la integridad nacional, pero no son más que un grupo de perversos y traficantes de heroína. Cómo los trates es totalmente irrelevante; puedes detenerlos o matarlos, lo único que le importa a la gente es que desaparezcan. Mi tío solía hacer una patrulla a pie en el canal irlandés, allá por los años cuarenta. Cuando atraparon a unos tipos que robaban una casa, les rompieron los brazos y las piernas con bates de béisbol y dejaron a un solo tipo para que los sacara de la ciudad. Nunca se quejó nadie. Nadie se quejaría si lo hiciéramos ahora.

—Esos tipos no contratan ayuda por horas.

—¿No? Bueno, me preocuparé de eso cuando tenga la oportunidad. Por ahora, mi vida hogareña es como vivir dentro de un anuncio de Excedrina. Tengo un poco de sarpullido por el calor y Lois ya piensa que es sífilis.

—¿No crees que hace demasiado tiempo que me vienes contando esas historias domésticas?

—Lamento aburrirte, amigo.

—Voy a atrapar a esos tipos y espero que no estés presente cuando lo haga.

Arrojó el cigarrillo detrás de un camión que pasaba. En el lateral, tenía un cartel de una mujer posando en traje de baño.

—¿Por qué debería estar allí? Si no soy más que el tipo que te ayudó a bajar dos pisos por una escalera de incendios mientras un muchacho intentaba volarnos la cabeza con un rifle del calibre 22.

—No puedes ganar el juego que jugaste el sábado pasado.

—¿No? Suena a lo que te dicen en las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Nos veremos. Mantente alejado del alcohol, yo beberé por los dos. Esta es una vida miserable.

Regresó a su automóvil, arrastrando los zapatos por el pavimento. Era un hombre grande y pesado cuyo rostro con cicatrices se asemejaba a un melón blanco a punto de estallar al sol.

Pretendía ser pragmático, cínico, un veterano de guerra agotado, un borracho violento, el último de los temibles de Luisiana; pero, como la mayoría de la gente, creía que había que confiar en la justicia, que las cosas se solucionarían, que alguien aparecería con la Constitución en la mano. Esa tarde, dejé el teléfono en la mesa del muelle mientras limpiaba la casa flotante: lustraba los bronce y las ventanas y volvía a barnizar la escotilla. Me puse las aletas y las gafas de bucear y me refresqué en el lago. Me zambullí bajo la luz amarillenta y verdosa; sentí la fuerza en los pulmones y en el pecho, ahora libres de alcohol, y salí a la superficie con un sonido en los oídos que nunca era el del teléfono.

Finalmente, a las seis y media llamó el capitán Guidry y me dijo que el nicaragüense seguía bajo custodia y que le interrogaría el mismo por la mañana y que, además, se pondría en contacto con el supervisor de Fitzpatrick en el edificio federal.

Invité a Annie a cenar y cocinamos unos bistecs en mi brasero japonés que después nos comimos debajo de la sombrilla, al anochecer. Al oeste, el horizonte estaba encendido por el reflejo de la puesta del sol. Las nubes se tornaron color púrpura y, finalmente, pudimos ver las luces de la ciudad en el cielo oscuro.

A la mañana siguiente, hice cien abdominales, levanté unas pesas livianas durante una hora mientras escuchaba una y otra vez la antigua grabación original de *La jolie blonde*, de Iry LeJeune, preparé una lista de comestibles y, tras ello, le pedí al muchacho que vivía en la playa que prestara atención al teléfono mientras iba al banco y pedía prestados tres mil dólares con mi casa flotante como aval.

Cuando regresé, había pasado media hora desde la llamada del capitán Guidry. Marqué su extensión en el distrito Primero, y me informaron de que estaba en una reunión y no saldría en dos horas. Luego, llamé al supervisor de Fitzpatrick en el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.

—¿Qué esperaba que le dijera esta mañana? —preguntó.

Casi podía ver su mano aferrada al receptor.

—Pensé que, a esta hora, estaría interrogando al nicaragüense.

—Sería mejor que se cepillara los dientes cuando se levanta por la mañana.

—¿A qué se refiere?

—¿Consigue atrapar a uno de ellos y se lo entrega a la misma gente que le está humillando públicamente? Le metieron en una celda y, anoche, un par de negros drogados se sintieron molestos por su aliento, le metieron la cabeza en una rejilla llena de agua y le rompieron el cuello.

Esa misma tarde, le devolví a Annie los mil dólares que había pagado por los honorarios de mi fianza. Luego, busqué en los tribunales de los condados de Jefferson, Orleans y St. Bernard las escrituras de propiedad comercial con el nombre de Whiplash Larry Wineburger. Descubrí que era dueño de muchas propiedades pero, si tenía algún prostíbulo en uno de esos tres condados, estaba escriturado bajo otro nombre.

Fui a una reunión de Alcohólicos Anónimos esa tarde y después llevé a Annie a cenar al hipódromo. Era una noche calurosa y decidí dormir en la cubierta de la casa flotante. Posiblemente, fue algo irresponsable, pero me sentía tan desacreditado a estas alturas que dudaba de si mi historia aún suponía una amenaza para alguien. El viento soplaba sobre el lago esa noche y me dormí tan profundamente en mi hamaca que no me desperté hasta que el sol me estaba dando de lleno en los ojos.

Asistí a una reunión matutina de Alcohólicos Anónimos en el Quarter, tras lo cual compré *beignets* y café en el Café du Monde, y me senté en un banco de la plaza Jackson a observar a los artistas callejeros que retrataban a los turistas. Reinaba el aroma a café y a pasteles, a gambas en recipientes con hielo, a árboles y flores en la plaza y a piedra húmeda. Entré en la catedral de St. Louis y compré un pequeño libro que narraba la historia del edificio. Lo leí en el mismo banco, mientras un músico negro callejero tocaba la guitarra a pocos metros de distancia.

Estaba dispuesto a abandonar mi búsqueda. No era por cobardía o porque me diera por vencido. Simplemente, en algún momento, mi vida tenía que recuperar el norte. No podía permitirme más desgaste. Ya había tenido una recaída; había pasado, en cuestión de minutos, de un trago liviano a uno matador (como los llaman en las reuniones) y, si volvía a recaer, no estaba muy seguro de poder alejarme de la bebida otra vez.

Después de ir a los tribunales, incluso había pensado en acercarme hasta la casa de Wineburger o a su oficina legal. Conocía gente que me ayudaría a averiguar la dirección: ladrones que trabajaban en túneles de lavado de coches donde sacaban moldes de las llaves de las casas que cogían de los llaveros de los clientes; algún tipo muy listo que tenía un servicio de remolques de coche y que le quitaría la tapa del distribuidor a un coche a cuyo dueño quería robar y, luego, remolcaría el coche unos metros, sacaría un duplicado de las llaves en una máquina que tenía en el camión, le devolvería el coche con una factura fraudulenta por reparaciones y para colmo le limpiaría la casa una semana después.

Pero no merecía la pena. Wineburger, el pequeño israelí, Philip Murphy y el general estaban allí destruyendo la sociedad porque otras personas, mucho más

importantes y poderosas que yo, se lo permitían. Cuando estos tipos dejaran de satisfacer las necesidades de alguien, terminarían arrojados por la borda. Parece una conclusión cínica para que la haga un teniente suspendido que está sentado a la sombra en un banco, pero cualquier policía más honesto y experimentado diría lo mismo. Es fácil culpar al Tribunal Supremo por las librerías pornográficas y los locales de sexo en vivo. Existen generalmente porque alguien de la junta de la zona recibe algún soborno; los jóvenes no se drogan porque sus padres y maestros son permisivos, lo hacen porque hay adultos que les venden la droga. No hay complejidades psicológicas ni misterios sociológicos.

Cuando la gente se cansa de algo, eso algo termina. Mientras tanto, Dave Robicheaux no va a cambiar mucho el panorama de las cosas. Mi hermano Jimmie lo sabía; él no rivalizaba con el mundo. Trabajaba con máquinas de póquer electrónicas y con apuestas extraoficiales y, por lo que yo sospechaba, vendía whisky y ron proveniente de las islas sin cumplir las normas fiscales. Pero siempre fue un caballero y caía bien a todo el mundo. Los policías tomaban el desayuno gratis en su restaurante, los legisladores estatales se emborrachaban en su bar, los jueces le presentaban a sus esposas con enorme cortesía. Sus transgresiones tenían que ver con las licencias, no con la ética, solía decirme.

—El día que esta gente no quiera apostar o beber, los dos nos quedaremos sin trabajo. Mientras tanto, déjate llevar por la corriente, hermano.

—Lo siento —solía responder yo—, eso me hace pensar en muchas cosas. Creo que soy demasiado imaginativo.

—No; tú solo crees en el mundo como debería ser, en lugar del mundo que existe. Por eso siempre serás manejado por los demás, Dave.

—¿Hay algo malo en eso?

—¿Por qué tengo que saberlo? Yo solo tengo un restaurante, tú eres quien ha luchado en guerras.

Mientras la ironía seguía su vuelo, mi pensamiento fue interrumpido por un Cadillac marrón descapotable con una capota de color blanco inmaculado, que apareció en la curva a unos metros de mi banco. Dos de los matones de Didi Gee se bajaron del coche. Eran jóvenes, ágiles, llevaban pantalones de verano, camisas con el cuello abierto y enormes medallones de oro en el pecho. Sus gafas, de cristales reflectantes, y sus zapatos Nettleton parecían formar parte de un uniforme.

Lo que siempre me había sorprendido más de los matones de la Mafia de segunda categoría eran sus expresiones insípidas, como si tuvieran la cara de cera, y su inanimada manera de hablar, que, a su entender, era pura sofisticación. El único régimen político que alguna vez los supo manejar con efectividad fue el de Mussolini. Los fascistas les cortaban el pelo y las uñas de las manos con tenazas, los enviaban a pelear contra los griegos o directamente los mataban. La Mafia dio la

bienvenida a la liberación aliada en el año 1943 con profundo regocijo.

—Buenos días, teniente. El señor Giacano querría invitarle a su casa a almorzar —me saludó el conductor—. Puede ir en nuestro coche si así lo desea.

—No estoy seguro de reconocerte con las gafas de sol puestas, ¿eres Joe Milazzo?

—Así es. Solía atender la pizzería de mi tío, justo enfrente de su oficina.

Pero no era esa la razón de que recordara su nombre. Había sido corredor de apuestas de su tío y solía cancelar apuestas en el totalizador cuando su tío tenía una sobrecarga; pero también había oído que, un año atrás, él y su tío habían drogado a un caballo con una dosis tal que al animal literalmente le estalló el corazón en una de las curvas del hipódromo.

—¿Qué se trae entre manos Didi Gee?

—Solo ha dicho que le invitáramos, teniente.

—Estoy bastante ocupado hoy.

—Dijo que, si usted gusta, quisiera tenerlo como invitado para almorzar en el Mamá Lido.

—Agradézcaselo de mi parte, de todas maneras.

—Creo que es por esa gente que le ha estado ocasionando tantos problemas. Si lo desea, puede utilizar el teléfono del coche para hablar con él.

—Aprecio la ayuda que intentó brindarme el domingo; pero, como ya debe de saber, no sirvió de mucho. En otras palabras, llevad a los nicaragüenses al distrito Primero.

Miró hacia los apartamentos Pontalba de la esquina. Su rostro parecía verdaderamente exasperado.

—Estoy en una situación difícil, teniente. Es agradable trabajar para el señor Giacano. Saldó mis viejas cuentas en el hospital, le compró una bicicleta a mi hijo para Navidad, no permite que nadie pague nada cuando vamos a un club. Algunos tipos darían mucho por tener mi empleo, pero a él no le gusta oír palabras como «tal vez» o «no» de la boca de un tipo que limpia sus coches y lleva a la gente de aquí para allá. Si no va a venir, apreciaría realmente que lo llamara y se lo dijera usted mismo.

—Me temo que tendrás que aguantarte, amigo.

—Muy bien. Yo no sé nada de los asuntos comerciales del señor Giacano, no soy una persona ambiciosa, no me importa lo que no me concierne; pero tengo oídos y soy humano, no puedo transformarme en una planta solo porque la gente está hablando a mi alrededor. Es algo sobre un tipo llamado Murphy. Si no está interesado, teniente, está bien, pero yo cumplí con mi trabajo.

Cerré el libro y le di un mordisco a mi *beignet*. Miré a una mujer que estaba barriendo la entrada de su local, debajo de una columnata en la esquina. Había

salchichas y quesos colgando en la ventana y un muchachito negro estaba rociando las cajas de uvas y ciruelas, de la fachada principal, con una manguera.

—Dile a Didi Gee que le veré en Mamá Lido al mediodía.

Joe Milazzo sonrió tras sus gafas de sol y se llevó un cigarrillo sin encender a la boca.

—No me malinterpretes, Joe. Es que soy un tipo impulsivo. La próxima vez guárdate el rollo para otro.

Se quedó mudo.

Didi Gee había reservado un comedor privado en el fondo del restaurante. Estaba decorado con cortinas color rosa y lavanda, recogidas para dar la ilusión de que había ventanas en las paredes pintadas con imágenes de los canales venecianos: góndolas, gondoleros con camisetas a rayas, sombreros chatos y mandolinas. Los zócalos y los marcos de madera de las puertas estaban pintados con viñas que trepaban hasta los rincones del techo, del que colgaban racimos de uvas verdes de plástico.

Debía de haber unas quince personas en la larga mesa blanca, llena de botellas de vino tinto en canastos de mimbre, recipientes de tallarines con albóndigas de carne, lasañas, gambas cocidas en una especie de salsa de tomate que daba miedo, hogazas de panes italianos que los comensales rompían con la mano y que caían en una lluvia de migas sobre el mantel.

Vaya tipos para que a uno le vean con ellos, pensé. Algunos eran viejos soldados que habían sobrevivido a un sinnúmero de guerras de bandas y ataques en Angola y Lewisburg desde la década de los cincuenta, y que ahora se habían convertido en hombres obesos y flatulentos, con la garganta impregnada de cigarrillos y de alcohol y con pelos en las orejas y en la nariz. También estaban los más jóvenes, como Joe Milazzo, que bien podrían haber sido criados en un terreno baldío. Siempre había un pensamiento oculto en sus ojos que les costaba mucho esconder. Eran capaces de matar a cualquiera, incluso a su propia gente, solo para ganar una silla en la mesa más cerca de Didi Gee. Todos ellos comían como trogloditas, le devolvían la comida a las camareras si no estaba caliente y se quejaban por un vaso rajado o por un tenedor con salpicaduras de agua. La dueña, que se acercaba cada diez minutos para preguntar si todo andaba bien, parecía haberse tragado un puñado de abejorros.

Didi Gee me había reservado un asiento junto a él en la mesa. Llevaba un traje blanco y una camisa con flores anaranjadas, con las solapas por fuera de la chaqueta. Sobre el vello oscuro, que le llegaba hasta la garganta, resaltaba una medalla de oro de san Cristóbal. El pecho y el estómago eran tan voluminosos que se veía obligado a echar la silla hacia atrás, casi contra la pared.

—¿Quiere vino? —preguntó.

—No, gracias.

—Oí que había vuelto a beber. Se lo digo solamente porque no me interesa. Todos tenemos un vicio, es lo que nos hace humanos.

—Por hoy no bebo, digámoslo así.

—Esa es la teoría de un día a la vez, ¿no es así? Ojalá pudiera hacer lo mismo. Siempre me estoy preocupando por cosas que no puedo controlar.

Era sorprendente, pensé, cómo funcionaban los verdaderos indicadores de un cambio repentino en nuestra condición social. Didi Gee ya no utilizaba el término deferencial «teniente» cuando se dirigía a mí y sus secuaces comían como si yo no estuviera allí.

—Me preocupo todo el tiempo por las operaciones que debo hacerme —continuó—. Cuanto más espero, más tienen ellos para quitarme. No logro afrontarlo. Tal vez hay ciertas cosas que, supuestamente, uno no consigue aceptar. No es natural que una persona tenga que cagar en una bolsa que lleva colgando de la panza. Mire sobre qué tengo que estar sentado yo ahora, es demasiado.

Se levantó un poco de la silla y me dejó ver un almohadón de goma, inflado con la forma de un asiento de inodoro en un baño público.

—Voy a ir al hospital Baylor en Houston para ver qué dicen. Los mejores cirujanos de Nueva Orleans son todos judíos. Cuando un tipo de mi tamaño entra a sus consultas, comienzan a mirarlo como si tuviera los precios de las operaciones escritos en el cuerpo.

—Tal vez encuentren otra manera de ayudarlo, Didi.

—Así es. Quizá consiga a los médicos correctos en Baylor y sea allí donde me retire. Mi madre murió y me dejó un edificio de oficinas en San Antonio, a tres manzanas de ese lugar llamado Álamo. ¿Tienen algún parque de atracciones o algo así allí?

—Es un lugar histórico y...

—Porque, aunque haya nacido y me haya criado en Nueva Orleans, estoy cansado de que la gente me joda y de los malditos abogados novatos que quieren hacerse un nombre partiéndome la polla.

Su voz se había intensificado de pronto, como el calor que aumenta en una caldera. Las otras personas de la mesa habían dejado de hablar y movían cuidadosamente los cuchillos y los tenedores en los platos.

—No llego a comprender bien de qué estamos hablando —tanteé yo.

—He sido citado por el jurado de acusación; yo y algunas personas con las que estoy asociado.

—No estaba enterado.

—Los negocios que he estado manejando durante treinta años han empezado a molestar de repente a algunas personas. Hay quien ha comenzado a sacudir su naricita como si el aire oliera a rancio. Estoy hablando de gente que estuvo presente

en los bautismos de mis hijos, que siempre vino en busca de donaciones en época de elecciones. De pronto, me he convertido en una especie de enfermedad.

—Usted es un profesional, Didi. Es una cuestión de geografía.

—Esta vez hablan en serio. Me lo dijeron bien claro en la oficina del fiscal: quieren verme en Angola.

—Como usted indicó, acaso sea hora de retirarse.

—Esta vez no quieren llegar a ningún tipo de acuerdo. Eso significa que voy a tener que romper mis propias reglas; voy a tener que hacer ciertas cosas que me desagradan.

Una electricidad oscura invadió su mirada.

—Creo que no lo comprendo.

Y tampoco quería hacerlo. La conversación ya se había vuelto tediosa. No me importaban sus problemas con los juzgados, y su vaga referencia a violar su propio sistema ético sonaba en ese momento como otra manifestación más de la grandiosidad rimbombante característica entre los de su clase.

—Tiene razón, es algo personal —convino. Dirigió la mirada a los hombres sentados a la mesa; estos volvieron a hablar y a comer—. ¿Quiere usted a ese tal Philip Murphy?

Toqué mi vaso de agua con los dedos y desvié la mirada de su rostro.

—Esta vez sin juegos, amigo —le dije.

—¿Piensa que yo me ando con jueguitos? ¿Un tipo que era el dueño de Nueva Orleans y de medio condado de St. Bernard cuando usted estaba en el colegio? ¿Piensa que le he traído aquí para proponerle algún juego?

—¿Cómo es que tiene una pista sobre ese tipo?

—Es un adicto, y los adictos siempre terminan apareciendo cuando uno los necesita. Antes lo hacía solo por diversión, pero ahora no puede pasar sin sus dos pelotazos al día. Si quiere encontrarlo, búsquelo en este restaurante. —Tiró una caja de fósforos sobre el mantel. En uno de los lados, había una palmera y las palabras: «Gulf Shores. Buena comida, Biloxi. Misisipi»—. Su contacto es el tipo que atiende el servicio de aparcamiento.

—¿Por qué se interesa tanto por Philip Murphy, Didi?

—Tengo mis razones: una buena cantidad, me temo.

—Él juega en otro estadio, no es ningún competidor.

—Está complicando algunas cosas en Fort Lauderdale; allí hay algunos que lo quieren ver fuera del camino.

—Conozco a ese tipo y no es de los que trabajan para usted.

—Es cierto, no lo es; pero se mete en mis cosas. Lo que usted no comprende es que el sur de Florida no es Nueva Orleans. Miami y Fort Lauderdale son ciudades abiertas. Allí nadie se pasaba de la raya y a nadie lo mataban porque sí. Todo el

mundo respetó siempre estas reglas; pero ahora está lleno de negros, cubanos y colombianos por todas partes. Son unos animales. Son capaces de matarse entre ellos por cincuenta dólares. Entonces, aparecen tipos como Murphy y hacen acuerdos políticos con ellos; complots contra Castro o alguna otra mierda de Centroamérica. Y tipos que son caníbales, que nacieron en un corral de gallinas, terminan trabajando para el Gobierno. Mientras tanto, tipos como yo tienen que presentarse ante un gran jurado.

Recogí la caja de fósforos y la guardé en el bolsillo de la camisa.

—Gracias por la información, Didi. Espero que las cosas le vayan mejor en Baylor.

—No ha probado el almuerzo, ¿no le gusta la comida italiana?

—Ya sabe cómo somos los exalcohólicos, tenemos mal el estómago y esas cosas.

—Tal vez no le guste ser mi invitado, ¿eh?

—Aprecio mucho su hospitalidad, siempre ha sido muy generoso conmigo. Nos veremos, Didi.

—Sí, seguro. Pero no se olvide de algo. Nunca he estado preso, nunca en treinta años. Puede decírselo a cualquiera de esos tipos de la oficina del fiscal.

Hacía muchísimo bochorno cuando llegué a la casa flotante. Del techo salían olas de calor y cada centímetro de metal y de madera sobre la cubierta quemaba al tacto. Me puse un traje de baño y el tubo de bucear y me zambullí en el lago. La superficie estaba cálida, pero podía sentir que las capas profundas de agua fría se volvían más intensas a medida que me alejaba de la costa. Observé tres pelícanos que flotaban en la marejada de fondo delante de mí, con los picos llenos de peces, mientras trataba de descubrir qué era lo que tenía en mente Didi Gee. No había aceptado su explicación de que Murphy le estaba complicando las cosas a la Mafia en el sur de Florida, y su enojo por el apoyo del Gobierno a los pistoleros políticos cubanos parecía algo inventado para el momento. Pero ¿quién podría asegurarlo? En términos de cumplimiento de la ley, el sur de Florida era completamente impredecible.

El verdadero problema era que nadie sabía lo que pasaba por la mente de Didi Gee, excepto el mismo Didi Gee. La mayoría de los policías catalogamos a los criminales de estúpidos y degenerados, o suponemos que los más inteligentes piensan más o menos con los mismos patrones lógicos que nosotros; pero la verdad es que absolutamente nadie sabe lo que pasa por la mente de un psicópata. Didi Gee era un gordo vicioso y sentimental que tan pronto le daba una propina de cincuenta dólares a una camarera como le clavaba un cuchillo en el estómago al esposo de ella. Cuando era cobrador para los usureros del otro lado del río en Algiers, su símbolo siempre había sido un bate de béisbol manchado de sangre que llevaba apoyado contra el asiento trasero de su descapotable.

Pero, de alguna manera, él y los de su clase siempre tenían sus defensores. Los periodistas los trataban como hombres honorables que se comportaban con un código privado misterioso. Los documentales de la televisión se basaban en sus familias, en su asistencia a misa, en su patrimonio y solo hacían una leve referencia a su conexión con ciertas formas semiaceptables del crimen organizado, tales como las cifras y el asalto a los sindicatos. Eran meros empresarios que no tenían menos ética que las grandes corporaciones.

Tal vez fuera así. Pero yo había visto a sus víctimas: pequeños comerciantes que les pedían dinero y que se convertían en empleados de sus propias tiendas; animadores de clubes nocturnos, distribuidores de cerveza y carne y jinetes de caballos que no podían salir de la ciudad sin su permiso; adictos, que siempre estaban buscando más mulas para tirar de sus carros y aquellos que se convertían en lecciones ejemplares andantes, con la cara destrozada por una perdigonada sobre el parabrisas de un coche.

Quizá el problema más profundo era que los Didi Gee del mundo nos comprendían a nosotros, pero nosotros no los comprendíamos a ellos. ¿Eran defectuosos de nacimiento o se volvían malos por propia elección? Respiré por el tubo, me sumergí hasta el fondo del lago y me deslicé sobre la arena gris y ondulada mientras un pez pequeño se escurría hacia la luz amarillenta y verdosa. El agua salada en la que estaba nadando contenía los restos de gente que simbolizaba para mí los mayores extremos posibles en el comportamiento humano. Habían sido hechos por el mismo Creador, pero la similitud terminaba allí.

Hacía tres años que una avioneta, con una familia a bordo, proveniente de Tampa, entró en un mal viento de frente sobre el golfo, gastó todo el combustible y se estrelló contra el lago a quince kilómetros de la costa. Habían salido con un solo salvavidas. Tanto el padre como la madre eran buenos nadadores y podrían haber llegado a la orilla, pero se quedaron con sus tres hijos y los mantuvieron a flote durante dos días. Uno por uno, los padres y los dos hijos mayores fueron perdiéndose bajo las profundidades. El más pequeño sobrevivió porque su padre lo había sujetado al salvavidas y le había atado la camisa alrededor de la cabeza para protegerlo del sol.

A unos kilómetros al oeste y justo al sur de Morgan City, estaba el casco averiado de un submarino alemán, hundido por un destructor norteamericano en el año 1942, cuando los submarinos nazis solían permanecer a la espera de los petroleros que salían de las refinerías de Baton Rouge y Nueva Orleans. Los pescadores de Nueva Iberia contaban historias acerca de fuegos anaranjados que ardían en el horizonte hacia el sur, por la noche, y sobre los cuerpos achicharrados que sacaban con las redes. En ese entonces, yo no comprendía quiénes eran los nazis, pero me los imaginaba como criaturas de uniformes oscuros y ojos rasgados que vivían debajo del agua y podían quemar y matar a la gente de buena voluntad cuando así lo decidiesen.

Años más tarde, cuando estaba en la universidad, bucéé hasta el casco del submarino con un tanque de aire y un cinturón con peso. Se encontraba sumergido a dieciocho metros de profundidad, volcado sobre un costado. Tenía la cubierta áspera por el moho y el número de identificación todavía era visible sobre la torre de mando blindada. La popa estaba inclinada hacia abajo, en aguas más profundas, y me pareció ver los movimientos frenéticos de tiburones de arena cerca de la hélice. El corazón me latía con fuerza. Estaba consumiendo el oxígeno del tanque con demasiada rapidez y sudaba dentro de la máscara. Decidido a no dejarme superar por los temores de mi niñez, nadé hacia la torre de mando, oscura e imponente, y golpeé el metal con la culata de mi cuchillo de caza.

Entonces, me pasó la cosa más extraña que me ha sucedido en toda la vida: mientras estaba revoloteando sobre el casco del barco, sentí una corriente fría que me atravesaba, una aparición desde la oscuridad más allá de las hélices del submarino y unas burbujas de aire que se levantaban desde el casco. Oí cómo el metal comenzaba a rechinar contra el fondo y, luego, hubo un crujido, una nube sucia de moho y arena y, de repente, el submarino se sacudió, quedó casi erguido y comenzó a deslizarse hacia el fondo. Los tiburones de arena giraban como pececillos en su estela invisible. Lo observé horrorizado hasta que desapareció en la oscuridad.

Me enteré de que este barco en particular se desplazaba en ocasiones varios kilómetros al norte y al sur de la costa de Luisiana y que solo era una coincidencia que hubiera sacudido su peso en una corriente fuerte mientras yo flotaba sobre él. Pero no podía sacarme de la mente la imagen de esos nazis ahogados, aún navegando por los mares del mundo después de todos esos años, con las cavidades de los ojos y de la boca llenas de algas, siguiendo con su diabólico plan bajo las aguas tranquilas y verdes del golfo.

Estaba sonando el teléfono cuando subí la escalera de mi cubierta. Me senté bajo la caliente sombra del parasol y me sequé la cara con una toalla mientras me llevaba el receptor a la oreja. Era el capitán Guidry.

—Dave, ¿eres tú?

—Sí.

—¿Dónde te habías metido? Te he estado llamando desde hace dos horas.

—¿Qué sucede?

—Odio llamar para darte malas noticias. Es tu hermano, Jimmie; alguien le pegó dos tiros en los lavabos públicos del French Market.

Me apreté la frente con la mano y miré las olas calientes que golpeaban la superficie del lago.

—¿Cómo está?

—No voy a engañarte: su vida pende de un hilo. Parece que el tipo le pegó dos

tiros del calibre 22 en un lateral de la cabeza. Mira, Jimmie es un tipo muy fuerte; si hay alguien que puede lograrlo, es él. ¿Quieres que te mande un coche?

—No, tengo uno alquilado. ¿Dónde está?

—Yo estoy con él en el hospital Dieu Sisters. Conduce con cuidado, ¿me oyes?

El tráfico era muy intenso; me llevó media hora llegar al hospital y encontrar un lugar donde aparcar. Recorrí a toda prisa el pasillo sombreado que llevaba al edificio. Las sandalias resonaban sobre los mosaicos y mi camisa estaba sudada y desabrochada por fuera de los pantalones. Tuve que tragar y respirar hondo por un instante antes de poder preguntarle a la recepcionista dónde estaba la habitación de Jimmie. Luego, me volví y vi al capitán Guidry de pie detrás de mí.

—Está en recuperación, en el quinto piso, Dave. Le sacaron las balas.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor que cuando hablé contigo. Vamos hasta el ascensor.

—¿Qué sucedió?

—Voy a contarte todo lo que sabemos, pero ahora cálmate. Unos médicos verdaderamente buenos se están ocupando de él. Vamos a encargarnos de todo.

—Dígame lo que sucedió.

La puerta del ascensor se abrió y una enfermera empujó una silla de ruedas en la que estaba sentada una mujer bonita con un camisón rosa. Sonreía y tenía un ramo de flores en el regazo. Entramos al ascensor y las puertas se cerraron detrás.

—Fue hasta el Café du Monde para comprar unos *beignets*. Luego, se detuvo en los lavabos de al lado, los que están justo debajo del dique. Un muchacho negro, que estaba orinando en el mingitorio, dijo que Jimmie entró en una de las cabinas y cerró la puerta. Un minuto después, entró un tipo, abrió la puerta de un puntapié y disparó dos veces a quemarropa. El muchacho dice que el arma tenía algo en el cañón y que hizo un sonido ahogado. Suena a asesino profesional.

—¿Cómo era el tipo?

—El muchacho estaba cagado hasta las patas. Aún lo está. Le hicimos mirar los libros de fotografías de criminales, pero no esperes nada.

Apreté y solté los puños. El ascensor era muy lento y se detenía en todos los pisos, aunque no hubiera nadie esperando.

—Tal vez no sea el momento adecuado para decirte esto, pero mucha gente está comenzando a pensar seriamente en tu historia —comentó el capitán.

—¿Cómo es eso?

—Quizá iban a por ti. Jimmie parece tu hermano gemelo. Podría haber otras explicaciones, pero el talento delictivo local tiende a disparos de pistola y bombas en los coches.

—Es un consuelo de mierda saber que por fin me creen porque le han disparado a mi hermano.

—Son humanos, entiéndelos un poco.

—No tengo ese tipo de caridad. Ahí dentro está toda mi familia.

—No puedo culparte. Tranquilo, tenemos todo el piso rodeado de policías uniformados. Nadie llegará hasta él aquí.

—Si no logra salvarse, tal vez tenga que detenerme, capitán.

—Detesto oírte hablar así, Dave. Me preocupa de veras.

Jimmie permaneció tres horas más en la sala de recuperación antes de que le llevaran a vigilancia intensiva en una camilla. Quise entrar, pero el cirujano no me lo permitió. Dijo que las dos balas habían entrado en ángulo y que eso le había salvado la vida. Una de las balas había rebotado en el cráneo y había salido por el cuero cabelludo detrás de la cabeza, pero la segunda bala había fracturado el cráneo y tenía plomo y partículas de hueso en el tejido cerebral. Lo que más preocupaba al cirujano era que sufriera parálisis y la pérdida de visión en un ojo.

El capitán Guidry ya había regresado a la oficina. Yo pasé el resto de la tarde solo en la sala de espera. Leí revistas, bebí interminables tazas de horrible café de máquina y miré cómo fuera desaparecía la luz y cómo las sombras de los robles caían sobre la pared de ladrillos. A las ocho bajé y comí un bocadillo en la cafetería. Quería llamar a Annie, pero pensé que ya la había hecho pasar por suficientes momentos traumáticos y que debía dejarla tranquila esta vez. Volví a subir. Hablé con enfermeras, me hice amigo de una señora mayor, Thibodaux, que hablaba muy mal inglés y que temía por su esposo, el cual estaba en cirugía, y, finalmente, miré las noticias de última hora por televisión hasta quedarme dormido en un sofá en posición fetal.

Por la mañana, una monja me despertó, me dio un vaso de zumo de naranja y me dijo que podía ver a mi hermano durante unos minutos. Jimmie tenía las mandíbulas y la cabeza envueltas con muchos vendajes, casi como si estuviera enyesado. Tenía el rostro blanco y magullado y los ojos hundidos y ennegrecidos, como si le hubieran golpeado con un puño. Tenía una aguja intravenosa en el brazo derecho, un tubo de oxígeno conectado a la nariz y el pecho desnudo y cubierto por los cables del monitor electrónico. Parecía como si le hubieran extraído toda la vida con una pajita y que las máquinas que le rodeaban tuvieran mucho más futuro y posibilidades que él.

Me pregunté qué pensaría mi padre de todo eso; él provocaba riñas en bares, pero siempre peleaba para divertirse y nunca tuvo ninguna animosidad. Por ninguna razón llevaría un arma, ni siquiera cuando jugaba a *bourée* con apostadores conocidos por ser hombres peligrosos y violentos; pero este era un mundo muy distinto al de la Nueva Iberia de los años cuarenta. Aquí, personas con los mismos instintos morales de una piraña le metían dos balas en el cerebro a un hombre que no conocían y se gastaban el dinero que les pagaban por ello en cocaína y putas.

Vi una pequeña luz en los ojos oscuros de Jimmie cuando me miró. Sus párpados

parecían de papel, manchados con tintura púrpura.

—¿Cómo andas, muchacho?

Le acaricié el brazo y le apreté la palma de la mano. Estaba sin vida. Sentí lo mismo que al darle la mano a Johnny Massina la noche de su ejecución.

—¿Viste quién era?

Tragó y aparecieron pequeñas burbujas de saliva en su labio inferior.

—¿Era ese tipo, Philip Murphy? ¿Un tipo de mediana edad, de aspecto desaliñado, con gafas? ¿Cómo alguien que vende postales pornográficas cerca de la escuela?

Desvió la mirada. Le latían los párpados.

—¿Qué me dices de un tipo bajo, de tez oscura?

Jimmie comenzó a murmurar algo, pero se atragantó con los fluidos de su garganta.

—Está bien, no te preocupes por eso ahora. Aquí estás a salvo. Hay tres policías uniformados contigo y yo entraré y saldré todo el tiempo. Pero, mientras mejoras, voy a averiguar quién nos ha hecho esto. Recuerda lo que solía decir el viejo: «Si le tiras de la cola al cocodrilo, te romperá las rótulas».

Le sonreí. Luego vi que sus ojos brillaban con una luz de urgencia. Abrió la boca con un ruido seco.

—Ahora no, Jim. Ya habrá tiempo más tarde.

Levantó con dificultad una mano de la cama y me tocó el pecho. Luego, sus dedos comenzaron a trazar líneas sobre mi piel, pero estaba tan débil para hablar que el frágil dibujo que hizo era como una tela de araña sobre mi esternón. Asentí como si comprendiera y volví a colocarle la mano sobre la cama. La energía y el esfuerzo en sus ojos se habían agotado y miraba al techo con la expresión de los que repentinamente se ven obligados a negociar en una dimensión muy distinta y oscura.

—Ya te he estado hablando demasiado tiempo. Ahora, descansa; volveré más tarde.

Pero ya estaba desconectado de nuestra conversación. Abandoné en silencio la habitación, con una sensación mezcla de culpa y alivio, la que se siente cuando se nos permite alejarnos del lecho de alguien que nos recuerda nuestra mortalidad.

Los dos policías uniformados de la puerta me saludaron con la cabeza. En el extremo del corredor, vi al capitán Guidry avanzando hacia mí, con un geranio salpicado envuelto en un papel verde y plateado. Ya le habían crecido los implantes en el cuero cabelludo y parecía como si llevara una peluca de mala calidad en la cabeza.

—Voy a dejar esto en la oficina de la enfermera. ¿Cómo está? —preguntó.

—Es un hermanito bastante fuerte.

—Estás que das pena. Vete a casa y duerme un poco.

—Dormí muy bien en el sillón anoche, solo necesito una ducha y cambiarme de ropa.

El capitán Guidry me clavó la mirada.

—¿Qué te ha dicho allí dentro?

—Nada.

—No me engañes, Dave.

—No ha dicho nada.

—Trabajé contigo mucho tiempo; no puedes ocultarme nada.

—Pregúntele a la enfermera, no puede hablar. Estoy seguro de que ni siquiera sabe cómo llegó aquí.

—Oye, creo que estás a punto de salir de todos estos problemas en los que has estado metido, no lo eches todo a perder ahora con un cargo por obstrucción.

—¿Me devolverán la placa?

Apretó los labios y miró a lo largo del corredor.

—No deberías haber golpeado a Baxter —se lamentó.

—Entonces, no ha cambiado nada.

—Hagamos las cosas de una en una, ten un poco de paciencia, por favor. Confía un poco en la gente.

—Estoy en libertad gracias a una fianza de diez mil dólares. Voy a tener que ir a juicio, a menos que pueda negociar una apelación por delito menor.

—Eres un buen lector y conoces a San Juan de la Cruz y la larga noche del alma. Esta es tu larga noche; ¿por qué hacerla más larga aún?

En la casa flotante, saqué mi escopeta del calibre doce de su estuche forrado en piel de oveja. Resplandecía gracias a la delgada capa de aceite con que la había cubierto. Mi padre me la había dado cuando me fui a la universidad en Lafayette y había derribado patos silvestres y gansos desde Cypremont Point hasta Whiskey Bay casi todos los años desde entonces. Froté la culata, lustrada y tallada, con los dedos y luego envolví el cañón con un trapo y lo coloqué en la prensa de tornillo que tenía junto a uno de los extremos del escurridor de platos. Hice una marca con lápiz y, después, serré el cañón con una sierra para cortar metales. El extremo del cañón cayó al suelo, lo recogí e iba a tirarlo a la basura, pero, en cambio, le pasé una cinta de Navidad y lo colgué de la pared, sobre los restos de mi antigua colección de *jazz*.

Me senté a la mesa de la cocina y froté los extremos serrados de la boca del arma con papel de lija y extraje el obturador de la recámara, para que pudiera contener cinco proyectiles en lugar de tres. Fui al armario y saqué mi bolsa de pertrechos, mi chaqueta del Ejército y la vieja bandolera que utilizaba cuando, durante la temporada de caza, hacía demasiado calor para llevar chaqueta. Vacíé la bolsa sobre la mesa y puse todos los proyectiles de pie y en hilera, como si fueran soldados de juguete;

luego, los introduje uno por uno en la recámara con el pulgar hasta que se tensionó el resorte, cerré la recámara e hice sonar el seguro.

Pasaban imágenes por mi mente que no quería reconocer. Miré por la ventana y vi a un hombre que giraba un palo sobre un fuego; vi a dos muchachos que trataban de agotarse el uno al otro jugando al béisbol, y vi un coche rojo brillante que aparcaba junto a un médano de arena debajo del mortal sol emblanquecido.

Annie almorzaba todos los días en una cafetería cercana a su trabajo en la oficina de la Seguridad Social. Me senté en una silla de madera al otro lado de la calle y leí el *The Times-Picayune* mientras la esperaba. Inmediatamente después del mediodía, la vi venir por la acera, junto con toda la gente que salía a almorzar. Llevaba gafas de sol, su enorme sombrero de paja y un vestido amarillo pálido. Podía vivir en Nueva Orleans el resto de su vida, pensé, pero siempre seguiría siendo de Kansas. Tenía el color bronceado de una muchacha de campo, el tipo negro que nunca parece cambiar; sus piernas eran hermosas y era un verdadero placer contemplar sus caderas bamboleándose como si estuviera a bordo de un barco que se sacude en altamar.

La observé mientras se sentaba sola a una mesa, de espaldas a mí, se quitaba las gafas de sol y le hacía el pedido al camarero, agitando las dos manos en el aire. El camarero parecía perplejo. Casi podía oírla pedir algo que no estaba en el menú, lo que era costumbre en ella, o contarle algo «extraño» que había visto en la calle.

Luego, oí las ruedas metálicas de un enorme carro de mano sobre el pavimento y la voz de un anciano negro que gritaba: «Tengo melones, tengo sandías, tengo ciruelas, tengo frutillas rojas y dulces». Su carro estaba cargado con pilas de frutas, cajas de caramelos, rosas envueltas en papel verde y pequeñas botellas de zumo de uva sumergidas en un cubo con hielo.

—¿Cómo andas, Cappie? —le saludé.

—Buenas tardes, teniente —me sonrió.

Tenía la cabeza calva y morena y llevaba un delantal gris. Se había criado en Laplace, en la casa vecina a la de la familia de Louis Armstrong; había vendido productos en el barrio durante infinidad de años, y estaba tan viejo que ni él ni nadie sabía a ciencia cierta su edad.

—¿Tu esposa sigue en el hospital? —pregunté.

—No, señor. Ya está de vuelta, sana y gritando por la calle.

—¿Cómo dices?

—Ella grita por la calle. Un día por aquí, otro día por allá. ¿Quiere su zumo de uva hoy?

—No, pero te diré lo que quiero. ¿Ves a esa joven con vestido amarillo que está almorzando allí enfrente?

—Sí, señor, eso creo.

—Dale unas rosas y una caja de caramelos. Aquí tienes. Guárdate el cambio, Cappie.

—¿Qué quiere que le diga?

—Solo dile que son de parte de un caballero muy apuesto —contesté, y le guiñé un ojo.

Volví a mirar una vez más en dirección a Annie. Luego, di la vuelta y caminé hacia donde había dejado mi coche alquilado, en la calle Decatur.

La playa de las afueras de Biloxi era de arena blanca y parecía caliente bajo el sol de la tarde; las palmeras, a lo largo del bulevar, se agitaban en el viento; la superficie verde del golfo estaba iluminada y en ella se distinguían porciones de mar azul, como tinta flotante; una borrasca soplaba al sur y las olas comenzaban ya a romper contra los extremos de los espigones, haciendo que la espuma saltara y se esparciera muy alto en el aire antes de que se pudiera oír el sonido de la oía contra el hormigón. En la marejada, podía ver el aleteo de los peces y las siluetas oscuras y triangulares de las rayas venenosas, casi como manchas de petróleo que habían sido empujadas hacia la orilla por la tormenta que se avecinaba.

Encontré el restaurante Gulf Shores, pero el hombre que atendía el servicio de aparcamiento no estaba allí. Caminé unos metros por la playa, compré un plato de papel con pescado frito en un chiringuito y me senté a comer en un banco de madera, debajo de una palmera. Luego, leí la edición de bolsillo de Pasaje a la India, observé a algunos adolescentes sudamericanos que jugaban a fútbol en la arena y, finalmente, caminé por el espigón pateando caparazones de cangrejos.

El viento soplaba ahora con más fuerza y estaba cargado de arena. A medida que el sol parecía descender como una llama enorme por el horizonte, al oeste, pude ver delgados filamentos de relámpagos en la hilera de nubes oscuras que se había formado. Cuando el resplandor del atardecer comenzó a desaparecer del cielo y las luces de neón de los parques de atracciones y de las cervecerías de la playa se encendieron, regresé a mi coche y conduje hasta el restaurante.

Dos muchachos negros y un hombre blanco de unos treinta años se encargaban de aparcar los coches. El hombre blanco tenía el cabello castaño, con un corte militar, y pequeños lunares en toda la cara, como si alguien se los hubiera pintado con un pincel. Conduje hasta la entrada y le dejé mi coche a uno de los chicos negros. Entré en el restaurante y comí un bocadillo de cinco dólares que no me apetecía. Cuando volví a salir, el hombre blanco se me acercó para que le diera mi resguardo de aparcamiento.

—Yo puedo buscarlo, solo enséñeme dónde está —le dije.

Dio unos pasos fuera de las luces de la entrada y señaló el solar.

—Dos hileras antes de la última —indicó.

—¿Dónde?

Caminó un poco más hacia la oscuridad y volvió a señalar.

—Casi al final de la hilera.

—Mi novia me dijo que usted me podía vender un poco de polvo.

—¿Venderle qué?

Me miró de arriba abajo por primera vez. La luz de neón de una tienda de licores contigua al restaurante hacía que sus labios parecieran de color morado.

—Una pequeña golosina para suavizar la nariz.

—Está hablando con el tipo equivocado, amigo.

—¿Tengo aspecto de policía o algo así?

—¿Quiere que vaya a buscar su coche, señor?

—Tengo cien dólares para ti. Encontrémonos en otro lugar.

—Tal vez debería hablar con el gerente. Yo atiendo el servicio de aparcamiento, debe de estar buscando a otra persona.

—Me habré confundido de lugar, no se ofenda.

Caminé hacia el fondo del solar. Luego, conduje por el bulevar. Las palmeras sobre la explanada se agitaban al viento.

Conduje por un barrio residencial alejado de la playa. Después, hice un círculo, regresé y aparqué en una calle oscura a unos metros del restaurante. Saqué de la guantera mis prismáticos japoneses de la Segunda Guerra Mundial y enfoqué la entrada, donde el hombre de los lunares seguía aguardando coches que aparcar.

En las siguientes tres horas, le vi ir dos veces al maletero de su propio automóvil antes de entregarle un coche a un cliente en la entrada. A medianoche, el restaurante cerró y le seguí por la ciudad hasta un barrio de calles de tierra y barracas, zanjas de desagüe abiertas y patios sucios llenos de piezas oxidadas de motores y lavadoras.

La mayoría de las casas de la calle estaban a oscuras. Dejé el coche a cien metros y caminé por un callejón de arena que llevaba hasta la puerta lateral iluminada de una casa de madera en forma de caja, rodeada de ligustros resacos y moribundos. Por la puerta de tela metálica pude verle en camiseta, con una cerveza en la mano y cambiando los canales del aparato de televisión. Tenía los hombros tan blancos como la panza de una rana y salpicados por los mismos lunares marrones que le cubrían la cara. Se sentó en una silla rellena. Un ventilador de techo refrescaba la habitación. Abrió la lata de cerveza y se la bebió mientras miraba la televisión. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a resonar sobre el techo.

Apoyé la mano en el picaporte de la puerta y tiré hacia atrás para hacer saltar la cancela del marco. Se incorporó, con los ojos muy abiertos. La cerveza comenzó a rodar por el suelo, dejando una estela de espuma.

—Algunos clientes son tan persistentes como la muerte —le dije al entrar.

Debería haber entrado empuñando la Beretta 25 que llevaba en el bolsillo; estiró

el brazo detrás de él, cogió un martillo que había sobre un banco de trabajo y me lo arrojó al pecho. La cabeza de acero me golpeó a la derecha del esternón y, a continuación, sentí un dolor incontrolable que me atravesaba la cavidad del corazón, como si me hubieran tocado con un cable de alto voltaje. Luego, se abalanzó sobre mí. Sacudía los brazos como un muchacho que pelea en el patio de una escuela. Me dio una vez en el ojo y, otra vez, en la oreja, antes de que pudiera defenderme. Pero yo había sido un buen boxeador en el instituto de Nueva Iberia y había aprendido, hacía mucho tiempo, que, tanto en el cuadrilátero como en la calle, no había nada mejor que apoyarse bien en los pies, esconder el mentón en el hombro, levantar la izquierda para resguardar la cara y atacar con un gancho de derecha en cualquier lugar entre la boca y los ojos. Le di justo en el puente de la nariz. Abrió mucho los ojos por el dolor y volví a golpearlo, esta vez en la mandíbula; lo derribé contra el televisor. Me miró. Estaba pálido y le sangraba la nariz abundantemente.

—¿Quieres seguir bailando un poco más?

—¿Quién es usted?

—¿Qué importa, siempre y cuando salgas bien de esta?

—¿Salir bien de qué? ¿Qué quiere de mí? Nunca le había visto.

Comenzó a levantarse, pero se lo impedí dándole un empujón.

—Después de esto, va a tener que tratar con un par de tipos peligrosos. No estoy bromeando, amigo.

—¿Ves lo que tengo en la mano? No iba a apuntarte con esto, porque creo que no te lo mereces, pero estoy empezando a cambiar de opinión.

—¿Viene a mi maldita casa, me ataca, agita un arma en el aire y soy yo quien tiene problemas? Usted sí que es increíble.

—Levántate.

Lo incorporé del brazo y lo llevé hasta el dormitorio.

—Enciende la luz.

Presionó el interruptor. La cama estaba sin hacer y había ropa sucia apilada sobre el suelo de madera. Un rompecabezas del rostro de Elvis Presley estaba a medio completar sobre una mesa de juego. Lo empujé por el pasillo hasta la pequeña cocina, al fondo de la casa.

—¿Se te ha olvidado dónde está el interruptor?

—Mire, amigo, yo solo trabajo para otras personas. Si tiene algún problema con lo que pasa por aquí, entonces hable con ellas. Yo solo soy un tipo insignificante.

Tanteé la pared con la mano hasta que di con el interruptor.

La cocina era la única habitación limpia de la casa: el fregadero estaba vacío; los platos, colocados en un estante; el piso de linóleo, encerado y lustrado. Una silla solitaria estaba situada frente a la mesa de fórmica en el centro de la habitación y, sobre la mesa, había tres bolsas de plástico negras con cinta adhesiva, una botella de

éter y cajas de leche en polvo y de azúcar.

Se limpió la nariz con la mano. Los lunares de la cara parecían gusanos muertos. Fuera, tras las cortinas corridas de las ventanas, podía oír la lluvia que caía entre los árboles.

—Parece que has estado vendiendo todo el stock.

—¿Qué quiere? Ya ha visto todo lo que tengo.

—¿Dónde está Philip Murphy?

Me miró con curiosidad, con la frente arrugada.

—No conozco a ese tipo.

—Sí que lo conoces. Es un cliente habitual que come dos veces al día.

—Hay mucha gente que hace lo mismo. Mire, si pudiera entregarle a ese tipo para que usted desapareciera de mi vida, lo haría.

—Tiene unos cincuenta años, lleva gafas, tiene el pelo y las cejas canosas y enmarañadas y, a veces, habla con acento un tanto inglés.

—Oh, ese maldito. Me dijo que se llamaba Eddy. ¿Es que quiere cazarlo?

—¿Dónde está?

—Mire, ese tipo tiene mucho dinero. Por aquí nos repartimos las ganancias. Todo el mundo funciona igual.

—Última oportunidad.

Me moví hacia él. Retrocedió hasta que topó con el fregadero y levantó las manos por delante del pecho.

—Está bien. La última casa de estuco en la avenida Azalea. Está justo al norte de la casa de Jefferson Davis. Ahora váyase de aquí, amigo.

—¿Alquilas esta casa o es tuya?

—Es mía. ¿Por qué?

—Mala respuesta.

Destapé la botella de éter y lo derramé sobre la bolsa de plástico negro de la mesa de la cocina.

—¿Qué está haciendo?

—Mejor que te vayas, compañero.

Abrí la carterita de fósforos.

—¿Está loco? Esa cosa es como napalm. No lo haga, amigo.

Me miró con los ojos muy abiertos, inmóvil, esperando hasta el último segundo para ver si lo decía en serio. Prendí todos los fósforos. Se lanzó hacia la ventana, le dio un puntapié a la persiana, se balanceó un instante en el marco, como una pinza para tender la ropa, mientras miraba hacia atrás, incrédulo, por última vez. Luego, se arrojó al suelo. La persiana rota quedó colgando detrás de él.

Salí por la puerta y arrojé la caja de fósforos encendida sobre la mesa. El aire pareció desgarrarse con una llamarada amarilla y azul, como un relámpago que se

arquea sobre sí mismo. Luego, la mesa de fórmica estalló en un cono de llamas, absolutamente blanco en el centro. En pocos segundos, la pintura del techo comenzó a fundirse en un esmalte negro y correoso que cubrió las cuatro paredes.

Cuando salí de la casa, el fuego ya había resquebrajado las tablillas del techo de la cocina y pude ver cómo la lluvia caía en medio de la luz anaranjada.

Conduje en la oscuridad por el bulevar de la playa. El ruido de la rompiente era fuerte. Las olas se estrellaban contra la arena; los botes pesqueros, amarrados en sus embarcaderos, golpeaban contra los pilares. Pasé por Beauvoir, la mansión de una sola planta y de forma irregular de Jefferson Davis, emplazada en un jardín oscuro, debajo de una arboleda de robles. El amplio mirador estaba iluminado y, en la oscuridad y bajo el agua de lluvia que caía entre los árboles, la construcción parecía una visión telescópica invertida de esa primavera de 1865 en la que Davis observaba su romance medieval derrumbarse a su alrededor. Si el césped de ese mismo jardín era más oscuro de lo normal, quizá fuera por los doscientos soldados confederados que habían sido enterrados allí en secreto. El camino a Roncevaux atrae al poeta y al visionario como una droga, pero el soldado paga por la propiedad.

Me dirigí al norte y seguí el camino que llevaba a una casa de estuco rosa al fondo de una subdivisión sin terminar. No había luna. Ahora el cielo estaba completamente negro. Dejé el coche en la calle, debajo de un roble. Murphy no iba a resultar tarea fácil y tenía que tomar ciertas precauciones. Mi padre solía decir que un viejo armadillo es viejo porque es astuto y no deja su hoyo a menos que le ofrezcas una razón aceptable. Había metido algo de ropa, un impermeable y un sombrero de lluvia en una pequeña maleta antes de irme de Nueva Orleans. Me puse el sombrero y el impermeable, saqué el arma de su estuche forrado en piel de oveja y la colgué del seguro del gatillo debajo de la axila. Me abroché el impermeable sobre el arma y caminé hacia la casa.

Estaba separada de las otras por un terreno baldío lleno de escombros de obras. Ambos lados de la casa estaban a oscuras, el camino de entrada se encontraba vacío y había periódicos esparcidos por el jardín. Fui a la parte trasera del apartamento contiguo, corté el cable del teléfono en la caja con mi navaja Puma y aflojé la bombilla eléctrica del vestíbulo de entrada. La lluvia me golpeaba con fuerza en el sombrero y en el impermeable, y la escopeta me rozaba en el costado y en la rodilla. Me calé bien el sombrero sobre los ojos, me puse un lápiz entre los dientes y golpeé la puerta con los nudillos; esperé de pie bajo la lluvia.

Una luz se encendió al fondo y, un momento después, vi una cortina que se corría detrás de la puerta de vidrio.

—¿Quién es? —dijo una voz.

—Gas y electricidad de la costa del golfo. Se ha reventado un conductor

principal. Corte su corriente.

—¿Qué? —preguntó la voz desde el otro lado de la puerta.

—El conductor principal ha estallado. No podemos cerrarlo en la estación central. Si huele a gas, vaya a la armería de la Guardia Nacional. No encienda ninguna cerilla.

Regresé a la oscuridad, como si me dirigiera a otra casa. En cambio, me escondí detrás de una pila de cartones de fibra en el terreno baldío contiguo, di una vuelta alrededor de un grupo de pinos y aparecí en la parte trasera de la vivienda. Sospechaba que Murphy se había quedado junto a la ventana hasta que se cansó de intentar localizarme en la oscuridad y, entonces, se había dirigido al teléfono. Estaba en lo cierto. Cuando me agaché debajo de la ventana, le oí marcar; tras una pausa, el receptor cayó sobre la base. Me agaché aún más y caminé rápidamente junto a la pared lateral hacia el vestíbulo de entrada, tratando de que el cañón de la escopeta no entrase en contacto con el barro. En la esquina, me detuve y escuché. Abrió el cerrojo, pero la puerta tenía cadena.

«Vamos, demuestra que tienes cojones —pensé—. Los muchachos valientes los llevan por fuera de los pantalones. Le pateaste el trasero a los vietnamitas con los legionarios, te acurrucaste en el fondo de un tanque LST en bahía de Cochinos, colgaste los trocitos de agricultores sandinistas en los árboles como adornos de Navidad. ¿Qué sentido tiene la vida si no estás dispuesto a arriesgarla?».

Le oí correr la cadena, que quedó golpeando contra la puerta. Levanté la escopeta. Estaba bien apoyado contra la pared de estuco. Caminó bajo la lluvia sesgada. Tenía la parte superior del pijama desabrochada. Llevaba una linterna en una mano y un revólver calibre 38 en la otra.

Quitó el seguro. Di la vuelta a la esquina y le apunté el cañón de la escopeta en la sien con un solo movimiento.

—¡Tírelo! ¡Ni piense en hacerlo! ¡Vamos! —le conminé.

Estaba tenso. La luz de la linterna le iluminaba la cara como un pedazo de cera muerta, pero podía ver los pensamientos que le invadían la mirada.

—Le partiré por la mitad, Murphy.

—Sospecho que lo haría, teniente.

Dobló las rodillas, casi como si estuviera a punto de arrodillarse, y puso el revólver sobre la madera del vestíbulo.

Le di un empujón hacia dentro, encendí la luz y cerré la puerta de un puntapié.

—Boca abajo, los brazos extendidos.

—No es necesario todo este teatro callejero, ¿o sí? —Volvió a mirarme a la luz.

El interior de la casa parecía una habitación de motel. Un aparato de aire acondicionado zumbaba en una pared y goteaba agua sobre la alfombra deteriorada. El papel de la pared había sido repintado de color verde pálido. Los muebles eran de plástico o de distintos tipos de madera. Olía a desodorante químico. Eché un vistazo

rápido al dormitorio, al baño, a la pequeña cocina y al comedor.

—Es un hogar sencillo —comentó él. Tenía que girar la cabeza hacia un lado sobre la alfombra para poder hablar. La grasa rosada que tenía acumulada alrededor de las caderas estaba cubierta de vello blanco—. No hay mujeres, no hay armas, no hay misterios. Este sí que puede ser un arresto decepcionante para usted, teniente.

—Quítese la camisa y siéntese en esa silla.

—Muy bien.

Se le formó una sonrisa en la comisura de los labios.

—¿Le parezco divertido por alguna razón?

—Usted no, solo su actitud. Se lo dije una vez antes de que tuviera esas simpatías puritanas: en algún momento de la carrera, uno debe darse cuenta de qué a nadie le interesan este tipo de cosas; la gente dice que sí le interesa pero, en realidad, no es así y creo que usted lo sabe.

Puso la parte superior del pijama sobre el brazo de una silla de paño y se sentó. Tenía el pecho pequeño y gris y el estómago hinchado hacia arriba, casi sobre el esternón.

—Levante los brazos.

Se encogió de hombros y volvió los antebrazos hacia fuera, de manera que pude ver las cicatrices planas y grises en sus venas. Las cicatrices eran tan gruesas que podrían haber sido trazadas con una hoja de afeitar.

—Oí decir que solo tomaba dos picos al día, amigo; por lo que veo, me da la impresión de que ya va a toda marcha.

—¿Eso le hace sentirse mejor?

La sonrisa había desaparecido y pude ver el desprecio, el cinismo, el brillo de maldad en sus ojos.

—Si me permitiera a mí mismo tener algún tipo de sentimiento por usted, le habría volado la cabeza en la misma entrada.

—Y nosotros pensábamos que usted era un profesional.

—Espero que se haya inyectado suficiente droga esta noche, pues va a pasar un largo tiempo de sequía.

—Ya estoy temblando. Vea cómo me corre el sudor por la cara. Oh, teniente, ¿qué voy a hacer?

En ese momento, sentí un genuino arrebató de odio en el pecho.

—Si mi hermano muere y, por la razón que sea, le vuelvo a ver a usted por la calle, que Dios lo ayude.

—¿Su hermano?

Le observé el rostro cuidadosamente.

—Aún está vivo, y vio al tipo que enviaron para matarlo.

—¿Cree que nosotros intentamos asesinar a su hermano?

Observé el brillo de luz en sus ojos.

—¿Por eso toda esta historia? ¿Alguien ha herido a su hermano y usted piensa que nosotros estamos detrás de ello?

Abrió los ojos y apretó los labios después de su pregunta. Comenzó a sonreír, pero me miró y se lo pensó dos veces.

—Lamento decirle esto, viejo amigo. No fuimos nosotros, ¿por qué querríamos hacerle daño a su hermano?

—Parece mi hermano gemelo.

—Ah, sí, ya he oído algo a ese respecto. Le diré algo: nosotros no cometemos ese tipo de errores; por lo menos, no como norma. De hecho, le atacamos a usted y pensamos que estaría resolviendo sus propios problemas por un tiempo.

—Échese al suelo otra vez.

—¿Qué vamos a hacer ahora, teniente?

—La alfombra le sienta muy bien.

Corté el cable de la luz, le até las muñecas a la espalda, le levanté los pies descalzos en el aire y le até el cable muy tirante alrededor de los tobillos. Luego, vacié todos los cajones por el suelo, saqué toda la ropa que había en los armarios, tiré sus maletas sobre la cama, miré en el buzón, revisé todo lo que tenía en la cartera y volqué el cubo de basura sobre la mesa de la cocina. No había nada en el apartamento que pudiera indicar que tenía alguna otra vida fuera de Biloxi, Misisipi; ninguna caja de cerillas, ningún cheque anulado, ningún recibo de tarjeta de crédito, ni facturas impagadas que pudieran indicar que había estado fuera de casa. Casi todo lo que había podría haber sido comprado ayer mismo en un supermercado. La única excepción era una caja de preservativos Trojan en el cajón de su mesilla de noche y su instrumental: una jeringuilla muy limpia, dos agujas hipodérmicas brillantes, una cuchara con el mango doblado y envuelto en cinta aislante y tres paquetes de heroína de buena calidad; todo esto, cuidadosamente guardado en un estuche de cuero con cierre y forrado en terciopelo.

—Vaya, vaya, así que nos gusta investigar los vicios de la gente, ¿eh? —Estaba de costado en medio de la alfombra de la sala—. Le excita, ¿eh? ¿Cómo una película porno? Sus pecados ocultos no son tan oscuros después de todo.

Cerré el estuche de cuero y tamborileé con los dedos en él por un instante.

—Qué hago, qué hago, piensa —ironizó Murphy—. Podría pasarles la información a los locales y hacer que encerrasen al viejo drogadicto depravado en una prisión del condado; pero, entonces, estaría el problema de haber entrado con una escopeta en casa de otra persona, ¿verdad? O tal vez un viaje de regreso a Nueva Orleans; pero, ojo, eso es secuestro. Las preocupaciones de nuestro detective quijotesco no han hecho más que empezar. Ser uno de los buenos conlleva una gran responsabilidad, ¿no? Hay tantos principios éticos y morales que defender... Su

muchachita de Kansas no es tan exigente.

—¿Qué?

—La hemos investigado. Tiene una ficha.

—Entonces, ustedes son de la CIA.

—¿Es tan estúpido que piensa que el Gobierno solo es un grupo de gente? ¿Cómo el Servicio de Guardabosques de Estados Unidos con sus trajes de Smokey Bear? Hasta sus compañeros están más enterados que usted. Pregúntele a ella. Tuvo algunas experiencias interesantes en un grupo pacifista, allá en la tierra de Oz: estaba tan comprometida con la causa que se acostó con todo lo que tenía a la vista y quedó embarazada. Entonces decidió dar una vuelta a caballo por las praderas y perder la criatura allí mismo. Casi tan desastroso como lo suyo. Pero, afortunadamente para usted, hay muy buenos médicos en Wichita. Hicieron desaparecer el cochecito y dejaron el corralito intacto.

Lancé el estuche hacia el montón de basura que había derramado sobre la mesa. Luego, fui al dormitorio y recogí una camisa, un par de calcetines y unos zapatos del armario. Los relámpagos iluminaban el cielo afuera y los truenos sacudían la casa. La lluvia caía ahora con violencia contra los cristales de las ventanas. Tiré la ropa junto a él, le desaté las manos y volví a recoger la escopeta.

—Vístase.

—¿Ha llegado la hora de irse? —sonrió.

—Vístase, Murphy.

—No creo que vaya a ser un viaje placentero.

—Piense en otra alternativa. Esto es Misisipi.

—Sospecho que viajaré en el maletero del coche. —Se sentó en el suelo y se puso la camisa—. ¿Le importa si voy al baño? Iba para allá cuando llamó a la puerta.

—Deje la puerta abierta.

Caminó descalzo hasta el baño, como un anciano, con la parte inferior del pijama y la camisa desabrochada. Me miró mientras se sacaba el pene y orinaba con ruido en el agua. Tenía una expresión sosegada. Su rostro parecía rosado por la luz fluorescente, como si se hubiera rendido tanto a la situación como a la liberación de sus riñones. Por decencia o por repulsión, supongo, desvié la mirada. Las ramas de los árboles golpeaban contra las ventanas. Entre las sombras, pude ver el jardín que se iluminaba de blanco cuando los relámpagos atravesaban el cielo. Estaba muy cansado. Sentía las manos dormidas por la fatiga y no podía afirmarlas bien en la culata y en el cañón de la escopeta.

Podría haberlo logrado si no hubiera hecho ruido con la tapa de cerámica de la cisterna del inodoro cuando la levantó para sacar la Walther 7,65 milímetros que tenía allí escondida; antes de que pudiera apuntarme con ella, levanté el cañón de la escopeta a la altura de mi cadera y le disparé en el pecho. El ángulo era malo y la

explosión hizo volar parte de la jamba de la puerta en una lluvia de astillas, le arrancó la camisa del hombro y manchó de sangre el papel de la pared, como si lo hubieran hecho con un pincel. Nunca llegué a saber si el segundo disparo fue necesario.

La Walther seguía en su mano, la cinta aislante negra colgaba del cañón y la tapa de cerámica rota estaba en el inodoro. Saqué el casquillo usado de la recámara, hice entrar el siguiente, olí el humo y la pólvora en el aire y, casi simultáneamente, apreté el gatillo de nuevo. Era una munición para ciervos y le dio justo en el corazón.

Le derribó hacia atrás, con los brazos extendidos y una expresión de incredulidad, y se desplomó contra los cristales de la mampara para caer en la bañera.

Recogí los casquillos calientes de la alfombra y los coloqué en mi bolsillo. Miré a Murphy en la bañera. La munición para ciervo se había achatado en el interior de su cuerpo y había hecho un orificio de salida en la espalda del tamaño de medio dólar. Tenía los ojos abiertos y fijos y la cara absolutamente blanca, como si la herida le hubiera extraído hasta la última gota de sangre. Una mano le seguía temblando convulsivamente sobre el abdomen.

Pero yo no lo disfrutaba.

Volví a colocarme la escopeta debajo del brazo, me abroché el impermeable y salí de vuelta a la tormenta. El aire estaba fresco y olía a árboles mojados y a hojas sueltas que volaban en el viento. Se percibía el aroma sulfuroso de los relámpagos que atravesaban el cielo negro sobre el golfo. La lluvia caía del borde de mi sombrero y me daba en la cara. Pisé los charcos de agua en la acera, como si no estuvieran allí. En unas pocas horas más, vendría el amanecer. El cielo, al este, se volvería rosado con el nuevo día, y las palmeras, la playa y las olas sobre la arena se iluminarían lentamente a medida que el sol subiera en el cielo y yo estuviese de regreso en Nueva Orleans, con esta noche en mi vida guardada con llave en el compartimento apropiado.

Pero mis procesos mentales de conveniencia y mis intentos mágicos rara vez tenían éxito. La tormenta prosiguió toda la noche y gran parte del día siguiente. De vuelta en mi casa flotante, no me sentía mejor en absoluto.

Esa tarde visité a Jimmie en el hospital. Todavía estaba en cuidados intensivos. Su estado no había cambiado y se le seguía atragantando la voz en el pecho. Las manos y el rostro parecían como si se los hubieran pintado con cenizas mojadas.

A las cinco y media me dirigí a casa de Annie. El cielo había aclarado y el aire, de repente, se había vuelto azul y dorado cuando el sol irrumpió entre las nubes; pero el viento seguía soplando fuerte entre los robles de la cuneta del camino y dejaba hojas caídas desparramadas por los jardines. Ella preparó café helado para los dos, bocadillos de atún y huevos rellenos sazonados. Los llevamos al vestíbulo de atrás y comimos en una mesa de cristal debajo del árbol de lilas de la China. Llevaba un pantalón Levi's blanco, una blusa rosa y unos pendientes colgantes dorados que la hacían parecer una jovencita de los años sesenta. No le había contado lo de Jimmie ni nada acerca de Biloxi, pero se había percatado de mi estado de ánimo en cuanto aparecí en su puerta. Ahora, a media comida, su ansiedad e incompreensión por tener que ver con un representante de un mundo violento e insondable volvieron a invadir su rostro.

—¿Qué sucede, Dave? ¿No puedes confiar un poco en mí? ¿Siempre vamos a ocultar nuestras cosas privadas para que el otro no se inmiscuya?

Así que le conté lo de Jimmie.

—Pensé que, probablemente, habría aparecido en el periódico —me excusé—. Es un tipo muy conocido en la zona.

—Yo no... —comenzó a decir.

—Tú no lees ese tipo de historias.

Desvió la mirada. La había herido.

—Lo siento. Tal vez Jimmie no se salve y tal vez yo tampoco esté allí para ayudarlo. En este momento, estoy metido en grandes problemas.

Fijó sus ojos azules intensamente en los míos.

—Las rosas y los caramelos en la cafetería —dedujo—. Por eso no querías verme. Ibas a alguna parte y pensaste que yo intentaría detenerte.

—No hay razón para que llene tu vida con todos mis problemas. Amar a alguien no significa hacerlo miserable.

—Dave, ¿por qué piensas que eres la única persona que puede tolerar las dificultades? Una relación es mucho más que acostarse con alguien, al menos para mí. No quiero ser tu amante por horas. Si realmente quieres hacerme daño, sigue tratándome así.

—Voy a herirte esta noche y no tengo otra alternativa.

—No comprendo.

—Tuve que matar a Philip Murphy anoche en Biloxi.

Su rostro se contrajo. Vi cómo tragaba.

—No tuve alternativa. Supongo que quería liquidarlo cuando fui allí, pero querer hacer algo y elegir deliberadamente hacerlo son dos cosas diferentes. Iba a traerlo a Nueva Orleans. Me descuidé y él pensó que podía matarme.

—¿Fue él quien disparó a tu hermano?

Su voz era tranquila; en sus ojos, se traslucía que le había causado un enorme dolor.

—No lo creo.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no estoy seguro. Alguien encontrará el cuerpo pronto. Con este tiempo, aun con el aire acondicionado funcionando...

Vi cómo apretaba los labios y cómo se le dilataban las fosas nasales.

—El asunto es que, tarde o temprano, van a detenerme.

—Lo hiciste en defensa propia.

—Entré con una escopeta en la casa de alguien, sin ninguna autorización legal. Luego, abandoné la escena del homicidio. Les llevará un tiempo, pero analizarán mis huellas digitales y, llegado el momento, conseguirán una orden de captura.

—Tenemos que hablar con alguien. No es justo —protestó—. Todo lo que haces se vuelve en tu contra. Eres un hombre inocente. Es esa otra gente la que debería estar en la cárcel. ¿Es que nadie en el Departamento de Policía alcanza a verlo?

—Te he contado todo esto por otra razón, Annie. —Solté la respiración contenida—. Murphy dijo algunas cosas que tengo que preguntarte. Era un hombre malvado que intentaba conseguir que los demás pensaran que el mundo era tan malvado como él; pero, si parte de lo que dijo es verdad, es que tenía conexiones con una agencia del Gobierno o era miembro de algún tipo de organización.

—¿Qué...?

—Me contó que tú estabas en un grupo pacifista, allá en Kansas. Dijo que te quedaste embarazada y que perdiste el niño montando a caballo.

Esperé. Se sonrojó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Investigan a fondo tu vida, ¿no es así?

—Annie...

—¿Qué más dijo?

—Nada. No permitas que un hombre como él te haga daño.

—No me importa él, me importas tú. ¿Crees que aborté mi propio hijo en un caballo?

—No creo nada.

—Sí lo crees, se ve en tu rostro: ¿es ella la persona que yo creía que era?, ¿fue una chica fácil para aquella extraña gente de Kansas?

—No tengo ninguna duda sobre quién eres o lo que eres. Annie, lo eres todo para mí.

Apoyó el tenedor en el plato y miró en dirección a las sombras del patio.

—No creo que pueda soportar esto.

—No hay nada que soportar, ya ha pasado. Solo tenía que averiguar si él tenía conexión con el Gobierno. La gente del Tesoro me dijo que no.

Pero ella no me estaba escuchando.

Miró al plato y, luego, a mí. Tenía los ojos húmedos y el mentón marcado con pequeños puntitos.

—Dave, me siento como la noche en que ese hombre me puso las manos encima.

—Tu familia participa en el movimiento pacifista y el FBI recolectó algunos chismes sobre todos vosotros; no significa nada. Tienen fichas de todo tipo de personas, sin ninguna razón aparente. Siguieron a Ernest Hemingway durante veinticinco años, incluso cuando estaba recibiendo tratamiento a base de electrochoques justo antes de morir. Los nombres de Joe Namath y de John Wayne estaban en una lista de enemigos de la Casa Blanca. —Le toqué el brazo y le sonreí—. Vamos, ¿quién era más norteamericano que el Duque?

—Yo tenía diecisiete años y él era un estudiante de Nebraska que trabajaba durante el verano en un programa de reparación de hogares en Wichita.

—No hace falta que me lo cuentes.

—No, maldición, no voy a permitir que esos tipos llenen de mentiras nuestras vidas. No le dije nada del bebé, era demasiado joven para ser un marido. Regresó a la escuela de Nebraska y nunca se enteró. Cuando llevaba siete meses de embarazo, tuvimos una terrible tormenta eléctrica en la granja. Mis padres se habían ido a la ciudad y mi abuelo estaba arando en el borde de un dique de irrigación. Era un hombre mayor y araba con yunta, en lugar de con tractor. Pero nunca dejaba de trabajar por causa del tiempo, a menos que se inundase todo. Yo lo estaba observando desde el porche de la casa. Podía ver cómo el fuerte viento lo envolvía de polvo y cómo relampagueaba el horizonte. El cielo se había vuelto azul plomizo, como se pone en Kansas cuando los tornados comienzan a arremolinarse en la distancia. Entonces cayó un rayo sobre un álamo junto al dique de irrigación, y vi que mi abuelo y la yunta de arar caían hacia un lado.

»Corrí a campo abierto bajo la lluvia. Estaba debajo de la grada, con la cara aplastada contra el barro. No podía sacarlo y pensé que iba a asfixiarse. Le quité la tierra de la boca y de la nariz y le puse mi camisa debajo de la cabeza. Luego, logré soltar una de las muías del arnés. El teléfono de casa estaba cortado y tuve que cabalgar seis kilómetros por la carretera hasta la casa de un vecino para conseguir ayuda. Perdí el bebé frente a su casa. Me subieron a la parte trasera de una camioneta y me llevaron al hospital de Wichita. Casi morí por el camino a causa de la

hemorragia.

—Tú sí que eres una muchacha valiente, Annie.

—¿Por qué ese hombre te dijo esas cosas?

—Querría ponerme nervioso, hacer que me concentrase en otra cosa. Pensaría que le quedaba una oportunidad y decidió utilizarla.

—Siento miedo por ti.

—No tienes por qué. Cuatro de ellos están muertos y yo todavía sigo caminando. Cuando estuve en Vietnam, solía ponerme a pensar las cosas detenidamente; hasta que, un día, un amigo me dijo: «Olvida las complejidades y los pensamientos abstractos. Lo único que cuenta es que todavía estás sobre la tierra, respirando».

—Excepto que tú no te lo crees.

—Una persona tiene que actuar y pensar de la manera que más le conviene. Yo no puedo controlar toda esa basura en mi vida, no he buscado nada de lo que me pasa y, de hecho, intenté quedarme fuera; pero no funcionó de esa manera.

Percibí la tristeza en sus ojos y mis manos se posaron en las suyas.

—Lo único que lamento es haberte ocasionado tantos problemas en tu vida. Es la enfermedad de los policías.

—Cualquier problema que tengas también es mi problema.

—No comprendes, Annie. Al contarte lo de Biloxi te he convertido en encubridora del delito; así que, cuando vine aquí esta noche, creo que sabía lo que tenía que hacer. Ahora será mejor que me vaya. Te llamaré más tarde.

—¿Adonde vas?

—Tengo que arreglar algunas cosas. No te preocupes, las cosas siempre se solucionan antes de la novena carrera.

—Quédate.

Se puso de pie frente a la mesa y me miró. Me incorporé y la abracé. Sentí su cuerpo apoyado contra el mío; sentí cómo se hacía pequeño entre mis brazos; sentí su cabeza bajo mi mentón y su pie acariciándome el tobillo. Le besé el cabello y los ojos. Cuando volvió a abrirlos, lo único que pude ver fue el azul eléctrico de su mirada.

—Vayamos dentro.

Su voz era un murmullo bajo y grueso en mi oído; sus dedos, el roce de una pluma sobre mi muslo.

Más tarde, en la oscuridad de su alcoba, con el atardecer que se reflejaba anaranjado y púrpura detrás de las cortinas a medio cerrar, yacía recostada junto a mi pecho y me acariciaba la piel.

—Un día tendrás un corazón más tranquilo.

—Ahora está tranquilo.

—No, no lo está. Ya está pensando en el resto de la noche. Pero un día sentirás

que la tranquilidad llega a él.

—Algunos no están hechos para eso.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó rápidamente.

—Todos los años que invertí en desmantelarme a mí mismo, me vi obligado a aprender algunas cosas que me rondaban la cabeza. No me gusta el mundo tal y como es ahora; añoro el pasado. Es una tonta manera de ser.

Dejé la casa de Annie y conduje hasta el colegio dominicano de Santa María, donde vivía el capitán Guidry con su madre, en una casa victoriana no muy lejos del río Misisipi. Era una casa amarilla, que, por cierto, necesitaba pintura. El césped no había sido cortado y la galería de la parte inferior estaba llena de árboles y de arbustos sin podar. Las ventanas estaban todas a oscuras, excepto una en la que se apreciaba la luz de una pantalla de televisión. Solté el gancho del portón y caminé por el sendero de entrada hasta el porche. Este colgaba en ángulo sobre cadenas oxidadas y para llamar al timbre había que girar una manivela. Pensé que era hora de que el capitán considerara seriamente casarse con la viuda del Departamento de Aguas.

—Dave, ¿qué estas haciendo aquí? —preguntó al abrir la puerta.

Llevaba una camisa deportiva arrugada, zapatillas y unos pantalones viejos con manchas de pintura. Sostenía una taza, con una bolsita de té, en la mano.

—Lamento molestarlo en su casa. Necesito hablar con usted.

—Claro, pasa. Mi madre acaba de irse a la cama. Estaba viendo el partido de béisbol por la televisión.

La sala estaba a oscuras, olía a polvo y a mentol y estaba repleta de muebles del siglo XIX. No era un mobiliario antiguo, era simplemente viejo; como los relojes, los jarrones, los cuadros religiosos, los libros sin tapa, los almohadones con borlas y las pilas de revistas que ocupaban cada centímetro disponible de la habitación. Me senté en una silla de paño hundida.

—¿Quieres un té o un Dr. Pepper?

—No, gracias.

—¿Quieres alguna otra cosa?

Me miró detenidamente.

—No.

—Jimmie sigue defendiéndose, ¿no?

—Está igual.

—Sí, fui al mediodía a ver cómo estaba. Se recuperará, Dave. Si pasan el primer día, por lo general se salvan. Es como algo que lleváramos en nuestro interior y que atrapa un segundo aliento.

—Tengo serios problemas. Pensé en desentenderme del tema e irme de la ciudad.

Extendió la mano del mando a distancia y apagó la televisión.

—Finalmente, pensé que era mejor enfrentarlo ahora, antes de que vaya a peor, si eso es posible —agregué.

—¿De qué se trata?

—Tuve que matar a Philip Murphy anoche en Biloxi.

Percibí cómo contraía la mandíbula y cómo los ojos le brillaban con furia.

—Iba a traerlo aquí; esa es la verdad, capitán. Lo dejé ir al lavabo a orinar y tenía escondida una Walther dentro de la cisterna. Él empezó el juego.

—No, tú comenzaste el juego cuando empezaste a actuar bajo tu propia autoridad, cuando te negaste a aceptar los términos de tu suspensión, cuando te fuiste, como si fueras un vigilante jurado, a otro estado. En el hospital te pedí que tuvieras un poco de paciencia, un poco de confianza; ahora veo que fueron palabras desperdiciadas.

—Le respeto, capitán; pero ¿cuánta confianza tuvieron los demás en mí?

—Presta atención a lo que estás diciendo. ¿Te imaginas hacer una declaración como esa en el tribunal?

Sentí que me ruborizaba. Tuve que desviar la mirada.

—Sin embargo, todavía no me lo has contado todo, ¿o sí?

—No.

—¿Abandonaste la escena y no hiciste un informe?

—Sí.

—¿Qué más?

—Creo que Purcel mató a Bobby Joe Starkweather.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Tal vez estaba dando una vuelta por St. Charles una mañana y decidió que le apetecía volarle la cabeza a un rufián —apuntó el capitán.

—Había un testigo. Tengo su nombre y el lugar donde trabaja.

—¿Tampoco creiste necesario contarle esto a alguien antes?

—Ella es adicta y prostituta, capitán. Su cerebro está tan reblandecido como un helado del día anterior; no sabía qué podría sucederle si la retenían como testigo material.

—Me está costando mucho asimilar todo esto, Dave. Odio decírtelo, pero este asunto de Purcel... no sé qué pensar. Tal vez sus problemas personales estén a punto de arruinar su carrera en el departamento, pero ¡no es un asesino, por el amor de Dios!

Me sentí cansado, vacío; se me habían agotado las opciones, y ni siquiera avanzaba hacia un objetivo en particular. El capitán era un buen hombre. En realidad, al ir a su casa con mis historias extrañas, le había dejado aún menos alternativas de las que tenía yo.

—Dame la dirección —determinó—. Voy a llamar al Departamento de Policía de Biloxi. Luego, tendremos que ir a la comisaría. Deberías llamar a un abogado, Dave.

Hizo la llamada. Escuché displicentemente mientras hablaba con alguien de la división de Homicidios. Me sentía como un niño cuyo comportamiento descarriado iba a ser analizado por un grupo de rostros autoritarios y preocupados. El capitán terminó y colgó.

—Van a enviar un coche y, luego, me llamarán —me comunicó.

Me senté en silencio.

—¿Ese chico negro encontró algo en las fotos de fichados?

—No, estaba demasiado asustado, pobre muchacho. Además, es un poco retrasado. ¿Crees que Murphy apretó el gatillo?

—No.

El capitán exhaló aire por la nariz. Deslizó los dedos por el brazo del sillón mientras permanecíamos sentados en la penumbra.

—Capitán, ¿ha oído algo respecto a que Didi Gee vaya a ser acusado?

—No, pero ya sabes cómo son en la oficina del fiscal. A veces nos ocultan las cosas; especialmente, cuando piensan que habrá redoble de tambores en las noticias de las seis de la tarde. ¿Qué has oído tú?

—Él cree que lo van a acusar.

—¿Te lo dijo él? ¿Estuviste hablando con Didi Gee?

—Me invitó a comer en Mamá Lido. Él me dio la información sobre Murphy.

—Dave, te advierto que deberías tener más cuidado con lo que me dices.

—Creo que él piensa que lo quieren mandar a Angola.

—Si la oficina del fiscal lleva a Didi Gee ante un gran jurado, no tiene nada que ver con Homicidios. Teníamos dos casos en los que pensé que podíamos involucrarlo, pero el fiscal se cruzó de brazos, un testigo se fugó de la ciudad y un funcionario se deshizo de una confesión firmada. ¿Recuerdas hace dos años, cuando alguien mató a un corredor de apuestas llamado Joe Roth y lo tiró al triturador de basuras de su propia casa? El vecino oyó el ruido de una sierra en medio de la noche y vio a dos tipos que se iban de la casa al amanecer, con una bolsa de papel manchada de sangre. Más tarde, descubrimos que contenía la ropa que habían utilizado mientras serraban el cuerpo de Roth. El vecino reconoció a uno de los matones de Didi Gee en una rueda de reconocimiento y el tipo no tenía coartada; además, había sangre en el asiento de su coche y era un perdedor y un psicópata que habría vendido el trasero de Didi Gee en una subasta para no ir a parar a la silla eléctrica. Pero la oficina del fiscal estuvo perdiendo el tiempo durante cinco meses y nuestro testigo vendió su casa y se mudó a Canadá. Así que no puedo tomarme muy en serio sus esfuerzos actuales; si quieren encerrar a ese gordo, deberían hablar con nosotros, y no lo hacen. Por otro lado, no alcanzo a comprender qué es lo que tienes pensado, Dave, pero no va a

cambiar mucho las circunstancias. Ahora es nuestro territorio, no el tuyo, aunque estemos hablando de tu hermano. ¿Cuál es ese término que utilizan cuando hablan de los personajes de las obras de Shakespeare?

—¿Hubris?

—Sí, esa. Orgullo, arrogancia, un tipo que no sabe cuándo tiene que mantenerse a un lado. Pienso que tal vez ese es el origen de nuestro problema.

El capitán Guidry volvió a poner el partido de béisbol en la televisión y simuló estar mirándolo mientras esperábamos la llamada. Era evidente que estaba incómodo. Supongo que pensaba que, en realidad, tendría que detenerme. Finalmente, se levantó, fue hasta la cocina y trajo dos botellas de Dr. Pepper.

—¿Recuerdas una bebida que se llamaba Dr. Nut que había cuando éramos jóvenes?

—Claro.

—Muchacho, aquello sí que era bueno, ¿eh? Lo que más se parece es el Dr. Pepper. Creo que por eso los del sur beben Dr. Pepper continuamente. —Vaciló en silencio y se tocó los dedos con la palma de la mano—. Mira, sé que piensas que todo está perdido, pero intenta mirar lo que tenemos: dejaste de beber, todavía tienes buenos amigos y posees un excelente historial como oficial de policía.

—Se lo agradezco, capitán.

Sonó el teléfono y lo descolgó con el alivio que era de esperar.

Escuchó atentamente durante casi un minuto. Pestañeaba ocasionalmente.

—Eso es lo que dijo —respondió finalmente—. En Azalea, la última casa de estuco rosa, junto a un terreno baldío. —Me miró—. Así es, ¿verdad, Dave? ¿Es la última casa de la calle y el apartamento de al lado tiene periódicos en el jardín?

Asentí con la cabeza.

—Están en la casa correcta —habló al teléfono—. ¿Encontraron al administrador? ... Ya veo... No, señor, yo tampoco lo entiendo; pero, de todas maneras, le agradezco que nos mantenga informados, nosotros haremos lo mismo... Sí, señor, gracias por su tiempo y su cortesía.

Colgó el teléfono y se tocó los implantes de pelo del cuero cabelludo.

—El lugar está vacío.

—¿Qué?

—No hay ningún Philip Murphy, ningún cuerpo en la ducha, nada de ropa en los armarios, nada en los cajones. El vecino dice que un par de tipos estuvieron allí esta mañana con un camión de remolque U-Haul. Lo único que concuerda con tu historia es que había desaparecido el cristal de la mampara de la ducha y que parece como si alguien hubiera serrado un trozo del marco de la puerta del baño. ¿Puede ser que hubiera algo de plomo?

—Sí, rocé el marco de la puerta con el primer disparo.

—No sé qué decirte, Dave.

—¿Qué pasó con el administrador?

—Vive en Mobile. Todavía no han podido hablar con él.

—¿Y qué pasó con la sangre?

—El lugar está limpio. Te salvaste; al menos por ahora.

—Eso significa que hay más de ellos dando vueltas por ahí. Son como hormigas que hacen desaparecer a sus muertos.

—Llevo treinta y dos años en el departamento; solo una vez me topé con algo así y, para ser sincero contigo, me obsesionó durante mucho tiempo. Hace unos veintidós o veintitrés años, un coche con tres soldados fue atropellado por un tren en Tchoupitoulas. Todos murieron, y con esto te quiero decir que estaban bien destrozados debajo de la locomotora. Lo que me perturbaba era que los tres llevaban puestos los cinturones de seguridad. ¿Cuál es la posibilidad de que mueran tres personas que llevan cinturón de seguridad? Además, los vehículos con soldados a bordo no se paran delante de los trenes. Era invierno y, supuestamente, estaban de permiso de Fort Dix, Nueva Jersey, pero tenían un color bronceado, como si hubieran estado tomando el sol en la playa durante seis meses. Creo que estaban muertos antes de que los atropellara el tren; alguien les puso los cinturones en el coche y los dejó en medio de las vías a las tres de la mañana. Sin embargo, nunca lo sabré con seguridad, ya que el Ejército reclamó los cuerpos y esa fue la última vez que se supo de ellos. Es mejor que hablemos con la gente del Tesoro mañana por la mañana.

—Tienen la manía de ponerse comatosos cuando oyen mi voz por teléfono.

—Yo los llamaré. Hiciste lo correcto al venir aquí esta noche. Las cosas parecen estar un poco mejor que hace un rato, ¿no?

—Sí, señor, así es.

—Hay algo más que quiero decirte. Parece que la oficina del fiscal va a retirar los cargos en tu contra por posesión de armas.

—¿Por qué?

—Pronto habrá elecciones. Llegó la hora de la ley y el orden. Van a aparecer muchas cosas sobre apuestas y narcóticos en los periódicos y no quieren que la gente los acuse de malgastar el dinero de los contribuyentes en intentar atrapar a un policía acusado de un insignificante cargo por posesión de armas.

—¿Está seguro?

—Es lo que he oído, no lo des por seguro todavía. Pero esos tipos están camino de cosas más grandes y no se preocupan por nuestros pequeños problemas en el departamento. De todas maneras, mantente alejado, Dave.

Pero el que se asusta nunca gana; uno no se retira de la carrera en la última vuelta.

Al día siguiente llovió antes del amanecer y, cuando salió el sol, las hojas de los

árboles en Carondelet mostraban un verde intenso y goteaban. El aire estaba tan cargado de humedad que parecía casi niebla, sofocada por una luz rosada del color de los algodones de azúcar de los parques de atracciones. Aparqué a unos metros de la casa de Clete, en un barrio de clase trabajadora que, llegado el momento, sería de negros. Acababan de cortar el césped de su jardín, muy deficientemente, todo hay que decirlo: había franjas desiguales con bultitos de hierba con las marcas de la cortadora; además, las grietas de la acera y del sendero de entrada estaban llenas de yerbajos. Habían vaciado los cubos de basura el día anterior, pero todavía estaban frente a la casa, brillantes por el rocío. A las siete y media, salió por la puerta principal, vestido con una camisa blanca de manga corta, una corbata a rayas y pantalones de algodón. Llevaba la chaqueta en el brazo y tenía el cinturón abrochado por debajo del ombligo, como lo llevaría un jugador de fútbol retirado. Sus hombros anchos le conferían un aspecto como si se hubiera puesto por error una camisa de jóvenes.

Le seguí en medio del tráfico. El calor y la humedad del día comenzaban a aumentar y a intensificarse entre los altos edificios y los coches. Nos detuvimos en un semáforo y le vi bostezar y frotarse la cara, como si intentara devolverle la vida a un tejido muerto, y apoyar la cabeza contra la puerta. Estaba ante un hombre con una buena dosis de depresión, pensé. A media mañana, estaría sudando, vaciando de agua el frigorífico, debatiendo si debería tomar más aspirinas, escondiéndose a solas con su miseria en la oscuridad de un retrete. Al mediodía, saldría a la luz del sol y al ruido del tráfico y conduciría por Canal hasta un café donde nadie lo conociese para poder beber cerveza hasta la una y, así, arreglar su día. Estaba pasando por momentos difíciles, pero aún estaban por llegar peores.

Aparcó en doble fila frente a la estación de los autobuses Greyhound y entró mientras se ponía la chaqueta. Cinco minutos más tarde, estaba de regreso en su coche, abriéndose paso entre el tráfico y mirando constantemente a su alrededor por el espejo retrovisor, como si el mundo entero estuviera tras él.

Regresé a mi casa flotante, llamé al hospital para preguntar por Jimmie, levanté unas pesas, corrí seis kilómetros junto al lago, limpié y engrasé mi escopeta del calibre doce y cociné un poco de pescado y de arroz para el almuerzo mientras escuchaba una vieja grabación de *Blind Lemon Jefferson*:

Cava mi tumba con un pico de plata
y cuida de que mi tumba esté bien limpia.
Oh, Santo Dios, sométeme con una cadena de oro.

Me pregunté por qué sería que solo los negros trataban la muerte de forma realista en su arte. La gente blanca escribía sobre la muerte como una abstracción, la utilizaba

como un recurso poético, se preocupaba por ella solamente cuando era remota. La mayoría de los poemas de Shakespeare y de Frost sobre la muerte habían sido escritos cuando los dos eran jóvenes; mientras que, cuando Billie Holiday, *Blind Lemon Jefferson* o *Leadbelly* cantaban sobre la muerte, se podía oír el gatillo del rifle del carcelero, ver la silueta negra suspendida de un árbol frente al sol moribundo del atardecer y oler la caja de pino caliente que bajaban a las profundidades de las tierras del Misisipi.

Esa tarde fui al hospital y pasé dos horas con Jimmie. Dormía con la distancia de alguien que había sido trasladado a otra dimensión. Ocasionalmente, movía la boca como si una mosca se hubiera posado en sus labios. Me preguntaba qué recuerdo doloroso estaría pasando por debajo de esa máscara casi sin forma y de color ceniza en que se había convertido su rostro. Esperaba que no estuviera recordando los disparos del arma a quemarropa en su cabeza a través de la puerta del lavabo. Poca gente comprende el nivel de terror que experimenta una persona en ese momento. Los soldados aprenden a no hablar sobre el tema y las víctimas civiles intentan explicárselo a sus amigos y terapeutas y, a menudo, los tratan con la misma compasión que les brindamos a los psicópatas charlatanes; sin embargo, la mejor descripción que he oído nunca sobre esa sensación no fue de boca de un soldado o de una víctima. Teníamos a un asesino encerrado en una celda aislada en el distrito Primero y le proporcionamos una entrevista a una periodista del *The Times-Picayune*. Nunca olvidaré sus palabras: «No hay ninguna sensación en el mundo que se parezca. Se ahogan cuando los apuntas con el arma, ruegan y se mojan los pantalones, gritan, te dicen que se lo hagas a otro, intentan esconderse detrás de sus propias manos... Es como mirar a alguien que se derrite y se convierte en budín».

Pero no tenía manera de saber qué batalla estaba librando mi hermano en su interior. Tal vez no sucedía nada dentro de Jimmie. Al día siguiente iban a abrirle el cráneo con el berbiquí y la broca para sacarle los fragmentos de plomo y de hueso que se le habían incrustado en el cerebro. Pero acaso no solo encontrarían células cerebrales dañadas y rotas, como si hubieran sido golpeadas con un palo; era posible que las lesiones fueran mayores; quizá su cerebro tuviera los bordes muertos y amarronados de una fruta golpeada. Si era así, se le podría deteriorar la mente hasta tal punto que sus pensamientos serían poco más que figuras de arena sacudiéndose adelante y atrás bajo las corrientes de un mar bravío.

A las cinco, aparqué a unos metros del edificio del distrito Primero en Basin, justo en el momento en que Clete salía por la puerta principal. Lo volví a seguir hasta la estación de autobuses Greyhound, lo vi aparcar en doble fila, entrar y salir, unos minutos más tarde, hacia su automóvil. Aunque ahora estaba seguro de lo que tenía en mente, me costaba mucho creerlo. El Departamento de Policía nos requería que lleváramos nuestras armas estuviéramos de servicio o no, pero los temores y las

objeciones de su esposa sobre las armas eran suficientes como para ponerlo en una situación extremadamente vulnerable.

Vi cómo su coche se alejaba entre el tráfico y, luego, conduje hasta un café al aire libre en Decatur, frente al mercado francés. Me senté a la barra, comí un tazón de sopa de langostinos y dos docenas de ostras y leí el periódico de la tarde. El café estaba lleno de gente joven que ponía música tropical en el tocadiscos automático, bebía cerveza Jax y comía ostras con la misma velocidad con la que el camarero negro podía sacarlas de los recipientes con hielo y abrirlas sobre una bandeja. Cuando el tráfico se hubo calmado y las calles se hubieron refrescado bajo las sombras, regresé a casa de Clete, cerca de Carondelet.

Cuando abrió la puerta, tenía una lata de cerveza en la mano. Llevaba un bañador holgado y una camiseta con la leyenda «No te metas conmigo» en la parte delantera. Tenía los ojos turbios y supuse que se hallaba en una seria sesión de autodestrucción mental.

—Eh, Dave, ¿qué sucede? Vamos a la parte de atrás. Estoy atando unos anzuelos. Creo que me voy a Colorado a pescar algunas truchas.

—¿Dónde está Lois?

—Ha ido con las chicas a un espectáculo. Deben de ir a unos diez espectáculos por semana, pero no me importa. Consigue entradas con descuento en el banco y es mejor eso a que estén mirando esos programas de la MTV. De todas maneras, son sus hijas, ¿no? Oye, dime, ¿es posible que le haya visto en Canal esta mañana?

—Puede ser.

—¿Ibas a ver a Jimmie?

—Lo he visto esta tarde.

—Ah, ¿cómo está?

—Mañana lo vuelven a operar. Después sabremos algo más.

—Lamento de veras lo de Jimmie, es un buen tipo.

—Te lo agradezco, Clete.

—Disculpa el desorden. Tira esas revistas al suelo y siéntate. ¿Quieres una Coca? ¿Un café o alguna otra cosa?

—No, gracias.

Él mismo había construido el porche tres años atrás. Parecía una caja de galletitas atornillada a la parte trasera de la casa. Unos jarrones con helechos colgaban de las ventanas y las alfombras pequeñas que utilizaba para cubrir el suelo de cemento parecían toallas descoloridas. Tenía una mesa de juego en el centro de la habitación y, sobre ella, una prensa para atar anzuelos, manojos de hilos, diferentes tipos de señuelos y un puñado de pequeños anzuelos. Había una mosca sin terminar en la prensa.

Se sentó en una silla de lona y sacó otra cerveza de una nevera llena de hielo.

—Me voy a tomar dos semanas de vacaciones y vamos a ir a Colorado. Lois va a visitar a su sacerdote budista, tal vez a sacarlo de su vida y, después, iremos a acampar en el río Gunnison, a pescar, a vivir en una tienda, a hacer todas esas cosas saludables. Puedo olvidarme de los cigarrillos, perder algo de peso, quizá alejarme del alcohol. Es una oportunidad para que comencemos de nuevo. Realmente, tengo muchas expectativas.

—Tengo tu 9 milímetros.

—¿Qué?

—Te he seguido hasta la estación de autobuses.

Intentó que la piel tensa alrededor de la boca se transformara en una sonrisa.

—¿De qué estás hablando?

—Te he seguido esta mañana y también por la tarde. Después, he hecho que Bobo Getz me abriera tu casilla. Te acordarás de él, solía comprarles llaves de habitaciones a las prostitutas en el Ramada.

Su rostro se endureció. Bajó los ojos e hizo un amago de sacar un cigarrillo del paquete.

—¿Qué intentas hacerme, Dave?

—Nadie te ha hecho nada. Tú solo te metiste en el estiércol.

—Así que debo estar avergonzado por dejar mi arma en la consigna de la terminal. ¿Quién diablos te dijo que eras mi juez?

—A mí no me vengas con esas historias. Los de balística descubrirán que tu arma coincide con la bala que sacaron del cuerpo de Bobby Joe Starkweather. Debiste hacerla desaparecer.

—¿Sí? Tal vez no esperaba que mi compañero me la robara. —Sacó el cigarrillo del paquete, lo encendió con un Zippo, dejó caer el encendedor sobre la mesa y se pasó la mano por la cara mientras exhalaba el humo—. ¿Así que vas a interrogarme?

—¿Por qué lo hiciste?

—Diez mil dólares.

No dije nada. Miré sus manos grandes y lo pequeño que parecía el cigarrillo en comparación. Observé su rostro lleno de cicatrices y me pregunté qué le había pasado a aquel hombre de mejor humor y más inteligencia con el que había trabajado.

—Vamos, él era una basura y tú lo sabes. El banco no quería darme otro crédito; todavía le estoy pasando dinero a mi primera esposa, le debo a la compañía financiera y le estaba pagando cincuenta a la semana a un usurero. Podría habérmelas arreglado, pero tuve algunos problemas con una muchacha. Dijo que tenía un mes de retraso y me pidió uno de los grandes para desaparecer sin contárselo todo a Lois. Eso es lo que hubiera faltado para internarla en el hospital.

—¿Quién te pagó, Clete?

—Murphy.

—¿Por qué quería verlo muerto? ¿Por que quería que lo matara un policía?

—¿Cuál era la diferencia?

—Vas a tener que explicarlo algún día.

—Dijo que el tipo era un estúpido, que estaba totalmente perdido.

—Murphy no necesitaba pagarle a un policía para matar a alguien.

Frunció las cejas. Se quitó una brizna de tabaco de la comisura de la boca.

—Has dicho que no «necesitaba».

—Ya no está en la partida.

Le llevó un segundo admitir lo que le había dicho.

—Amigo, ¿no estás bromeando?

—Vamos, Clete. ¿Por qué un policía?

Esperó un momento y percibió cómo comenzaba a acalorarse.

—Me contó que trabajaba para un tipo, supongo que ese general... ¿Cómo se llama? El tipo de la casa en la que te metiste. Dijo que el tipo no quería eliminar a su propia gente. Probablemente era mentira. Todos ellos son repugnantes, de todas maneras.

—¿Así que conocías a Murphy de antes?

—No. Él me conocía a mí. Por lo menos, sabía que le estaba pagando a un usurero. —Bebió de su lata de cerveza, dio una chupada al cigarrillo, se estudió las manos y, luego, volvió a levantar la vista—. Y, ahora, ¿qué hacemos, compañero? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Una mierda como Starkweather es tan importante?

—No solo has matado a un tipo por dinero; podías haberlo atrapado, a él y a Murphy. Podías haberme sacado del atolladero.

—Yo no lo veo de esa manera, pero creo que eso ya no importa. ¿Vas a entregarles mi pistola?

—No la tengo.

—¿Qué?

—Solo supuse que la dejabas y la recogías en la consigna de la terminal de autobuses.

Sacudió la cabeza y exhaló el aire de sus pulmones, como si le hubiera pateado el estómago.

—Realmente, eres astuto, teniente. —Comenzó a trabajar con la mosca que tenía en la prensa—. ¿Qué opinas que debo hacer ahora?

—No me importa lo que hagas. Vete de la ciudad. Lárgate a Colorado. Métete en el zen con Lois. Solo sé una cosa: no vuelvas a llamarme «compañero» nunca más.

Jimie entró en el quirófano a las ocho de la mañana siguiente y no lo devolvieron a la sala de recuperación hasta casi el mediodía. El médico me vino a ver a la sala de espera y se sentó junto a mí en un sillón de cuero. Era prematuramente calvo y hablaba con acento del oeste de Texas.

—Yo llamo a este tipo de situaciones operaciones de limpieza —comenzó—. Había uno o dos focos sucios, pero casi todo estaba en la superficie. Teniendo en cuenta la situación, la zona ha quedado limpia. Todavía estoy preocupado por el ojo pero, al menos, no creo que estemos todavía hablando de parálisis. Espero que esto sean buenas noticias para usted hoy.

—Lo son, doctor.

—Ahora bien, respecto a lo otro, lo de la recuperación general, los efectos posteriores, el trauma psicológico, todavía no podemos decirle nada. Hay muchos secretos en el cerebro que aún no se han descubierto. A veces, he tenido que abrir cabezas y entrar con una cuchara de helado, pero parece como si las otras partes del cerebro compensasen y la persona puede seguir llevando una vida bastante normal. Otras veces, he visto que una simple fractura causa dolores de cabeza que pueden llevar a una persona a suicidarse. Es una lotería. Hay ocasiones en que uno no sabe con qué se va a encontrar. Pero aquí tenemos un excelente oculista y muy buenos terapeutas, y su hermano va a ir mejorando cada día, ¿me entiende? En otras palabras, hemos conseguido salvarlo y eso es lo que cuenta.

Le di la mano. Me detuve después en la tienda de regalos de la planta baja e hice enviar unas flores frescas a la habitación de Jimie. Vi un pescadito de plástico en la tienda y le pedí a la dependienta que lo atara con una cinta al jarrón de las flores.

Regresé a los archivos del *Picayune*. Una vez más, las fotografías y las noticias me remontaron al otro lado del mar, a esa época que siempre sería mía, lo quisiera o no. Mientras contemplaba las instantáneas de soldados cargando a sus heridos en camillas, con las espadañas achatadas a su alrededor, los rostros sucios cubiertos de sudor seco y la cabeza vuelta hacia los disparos que todavía se oían, me sentí como un leproso que no podía dejar de rascarse sus heridas. Y, como un leproso, sabía que estaba a punto de hundir el dedo en una oscura cavidad de dolor y pena que no cicatrizaría ni con el tiempo. Pasé el microfilme por la pantalla hasta que volví a ver la serie de fotografías tomadas durante y después de la matanza de My Lai. Nunca había podido olvidarme de una de esas imágenes desde que la viera por primera vez en la revista Newsweek, hacía más de quince años. Los lugareños habían sido

agrupados; un oficial con un M-16 los estaba apuntando y una mujer le rogaba con las manos apretadas, mientras que su pequeño, de no más de cinco años, le tiraba de la falda y miraba desde atrás con el rostro lleno de terror. Tenía la boca abierta, la piel del rostro tirante por el miedo y los ojos muy abiertos; sabía que su madre no podría protegerlo ante lo que estaba a punto de suceder.

La siguiente imagen del microfilme mostraba la zanja donde habían sido ejecutados. En el fondo de la misma, en medio de la maraña de adultos muertos, yacía el cuerpo de un niño pequeño que llevaba los mismos pantalones cortos y la misma camiseta que el chico de la fotografía anterior. Ocurrió en esa misma guerra que un presidente norteamericano calificó de causa sagrada.

Sabía que siempre estaría atrapado en esa lente, encerrado en una imagen de microfilme que la sociedad nunca llegaría a aceptar, porque aceptarlo requeriría admitir una responsabilidad que afectaría a toda una nación.

Es por esto por lo que la palabra «obsesión» es oportuna en el vocabulario analítico. La aplicamos a aquellos que están atrapados dentro de la cámara de fotos, que nunca pueden deshacerse de esos períodos oscuros de la historia que fueron escritos para ellos por otros. Pero yo tenía la sensación de que el general comprendería lo que quería decir; quería pensar que él también había oído el «clic» del gatillo en un momento inesperado, que se había dado cuenta, con pena en el corazón, de que algunos de nosotros solo seremos moradores temporales del presente.

Esa tarde sucedió algo extraño. Conduje de regreso a mi casa flotante, comí un bocadillo y bebí un vaso de té helado y, de repente, me sentí cansado. Me eché para dormir la siesta, con el ventilador encendido para refrescar la cabina caliente, y me desperté una hora más tarde con el pesado calor de la tarde en la cabeza. Llené de agua el fregadero de la cocina, me refresqué la cara y me la sequé con una toalla de papel. Luego, observé distraídamente por la ventana el reflejo brillante del sol. Mis ojos se fijaron en un hombre que estaba de pie bajo una palmera en la playa. Tenía el cabello absolutamente blanco y la piel muy bronceada. Fumaba un cigarrillo en boquilla y contemplaba la superficie resplandeciente del lago tras unas gafas de piloto. Me quité el agua de los ojos con los dedos y volví a mirar. Empecé a pensar que, después de todo, posiblemente estaba obsesionado. Salí a la cubierta y vi que se daba la vuelta para mirarme. El humo del cigarrillo se dispersaba en el viento. Caminé rápidamente por la plancha de desembarco hasta el muelle y me dirigí hacia él por la playa. Me miró un momento, sacó el cigarrillo de la boquilla y lo arrojó a la arena. A continuación caminó hasta un Chrysler de color gris acero y se marchó.

Me puse las zapatillas y los shorts, corrí seis kilómetros por la playa, me duché y llamé a Annie para decirle que la pasaría a buscar para ir a cenar después de visitar a Jimmie en el hospital. Pero, en el momento en que estaba cerrando la casa, el capitán Guidry dejaba su coche debajo de las palmeras, junto a mi muelle, y avanzaba entre

los médanos en dirección a mí. Llevaba el abrigo sobre el hombro y llevaba la placa de identificación a un lado del cinturón y su pistola del calibre 38 en el otro. Vestía una camisa blanca de manga larga y corbata, aunque fuera verano, y había enormes círculos de sudor en sus sobacos.

—Concédeme unos minutos de tu tiempo —me pidió.

Abrí la puerta, le preparé un ron con Coca-Cola, me hice un vaso de café instantáneo frío para mí y me senté con él a la mesa de la cubierta, debajo de la sombrilla de lona. El calor y la humedad de la tarde habían comenzado a desaparecer con la brisa del atardecer. Se podían ver unas manchas de color azul oscuro flotando sobre el verde del lago.

—No debería beber esto —comentó—. He tomado un par de copas después de trabajar. Pero... ¿qué más da? ¡Salud, Dave!

—Usted no es un hombre al que podamos acusar de muchos vicios, capitán.

—Sí, pero, en consecuencia, mi vida es un tanto aburrida. Por lo menos, lo es hasta que me obsesiono con un caso. Quiero que vuelvas al departamento, eres demasiado valioso para estar perdiendo el tiempo aquí en la barca. Te diré algo con toda franqueza: eres probablemente el mejor investigador que haya tenido bajo mis órdenes. Tienes mucho talento y habilidad. No hay nadie más en quien pueda confiar como lo hago en ti.

—Es muy amable de su parte, capitán.

—Olvida los cumplidos. Quiero que se detenga a alguien por el ataque a Jimmie. Me avergüenza el número de homicidios y de intentos de homicidio que no procesamos. Estoy convencido de que casi todos los tipos que no encerramos siguen matando gente hasta que, finalmente, caen. Yo nunca me he creído esa historia de que un asesinato es, por lo general, algo que sucede una sola vez. ¿Recuerdas a aquel asesino de Nueva Jersey que detuvimos hace cinco o seis años? Era sospechoso de dieciocho asesinatos a sueldo. Es difícil de creer, ¿no? Todavía estaría por ahí suelto si uno de los de su calaña no le hubiera metido un palo en la oreja. De todas maneras, no van a salir libres de esta; voy a ponerle la cinta al paquete y lo voy a llevar yo mismo a la oficina del fiscal, pero necesitaría un poco de ayuda. Ahora bien, no me mientas, Dave. Tú sabías algo cuando saliste de la habitación de Jimmie el día que le dispararon, y quiero saber de qué se trata.

—Yo no oculté nada. No estaba seguro de que significara mucho. Aún no lo estoy.

—¿Qué es?

—Jimmie puso sus dedos sobre mi pecho, como si quisiera dibujar las letras del nombre de alguien.

—Muy bien.

—Creo que sabía que no podía deletrear todo el nombre. Pero ¿por qué no las

iniciales? ¿Qué nombre suena como unas iniciales?

—Dímelo tú.

—Didi Gee. Me utilizó; me invitó a almorzar con él y con su colección de matones mientras le disparaban a Jimmie. No solo le di una coartada, sino que le permití alardear a viva voz de su ética y de cómo la gente lo estaba obligando a romper sus propias reglas.

—¿Por qué querría matar a Jimmie?

—Va a tener que comparecer ante el gran jurado y apuesto a que Jimmie también va a ser citado. Él sabía que Jimmie no cometería perjurio; aceptaría su propia caída y Didi terminaría cayendo con él.

El capitán Guidry bebió de su vaso y sacó la pipa y la bolsa de tabaco del bolsillo de la chaqueta.

—Voy a decirte algunas cosas, pero necesito que antes me des tu palabra de honor sobre algo.

—Ya he dejado de negociar en esos términos, capitán. No quiero parecer cínico pero, considerando los kilómetros que tengo en mi taxímetro, me cuesta mucho pensar en el honor personal.

—Eso es porque estás convencido de que eres uno de los mayores pecadores del mundo. Déjame decirte algo, el verdadero honor significa que aún estás intacto y funcionando después de que te destrozaran el alma con un cañón.

—¿Qué quiere?

—Que me prometas que no intentarás encargarte de Didi Gee.

—No lo tenía planeado.

—Tampoco habías planeado lo de Biloxi y sucedió de todas maneras, ¿no es así?

—Como oficial de policía he disparado a cuatro personas, y no voy a hablarle de mi récord en Vietnam. Pero estoy harto de todo eso; siempre hay alguien que nos convence de que tenemos que eliminarlos; nos obligan a actuar una vez más, haciéndonos creer que de ese modo el mundo será un lugar mucho más seguro. Si Didi Gee abre el juego, esa es otra cuestión. Pero yo ya no estoy en el *rock and roll*, capitán.

Jugueteó un rato con su pipa; después la hundió en el tabaco y dejó la bolsita sobre la mesa.

—Recibí una llamada del Departamento de Policía de Fort Lauderdale; están intentando controlar a sus matones locales, pero uno de ellos se soltó de la cuerda y abandonó la ciudad durante un par de días. Piensan que podría haber estado por aquí.

—¿Quién es?

—Un asesino a sueldo que trabaja para la Mafia de Nueva Jersey y del sur de Florida. Me enviaron una fotografía suya y se la mostré al muchacho negro, junto con otras cinco. Dijo que ese es nuestro hombre.

—¿Dónde está el tipo ahora?

—Comiendo langosta en la playa, pero vamos a atraparlo pronto. Vamos a solicitar la orden de captura por las declaraciones del muchacho; ellos lo detendrán por nosotros y lo extraditaremos a Nueva Orleans. Para entonces, tal vez Jimmie también pueda identificarlo. Lo importante es que no dejemos escapar a ese tipo.

—Entonces, lo mejor es que le pongan una fianza muy alta.

—Así será. Además, se hará correr el rumor en la calle de que este tipo es un itinerante, un mal riesgo. Pero tienes que recordar algo, Dave: necesitamos a Jimmie para que sea un caso sólido; no creo que el muchacho sirva de mucho por sí solo.

—¿Y qué me dice de Didi Gee?

—Nos ocuparemos de eso a su tiempo. No tendremos ningún problema para mostrar motivos; el fiscal iba a citar a Jimmie para declarar como testigo contra Didi Gee. Se trata de cuánto tiempo pasará nuestro asesino a sueldo cortando cañas de azúcar en Angola. Fort Lauderdale dice que nunca ha cumplido condena. La posibilidad de pasar treinta años en el sistema carcelario de Luisiana podría aumentar su disposición para negociar.

—No envíe a Purcel tras él.

—Purcel es mi problema, no te preocupes por él.

—Recibió diez mil de Starkweather; volverá a aceptar dinero. Eso nunca pasa una sola vez. Si no me cree, haga que balística analice su 9 milímetros. De todos modos, apuesto a que, para entonces, le habrán entrado ladrones en su casa. Tal vez pueda compararlas con las balas del asesinato de Segura, si no están demasiado deterioradas.

—Espero que algún día tengas mi cargo, Dave. Así podrás ser responsable de todo lo que anda mal en el distrito Primero; es algo que llevas buscando desde hace mucho tiempo.

—Yo solo estoy colaborando con usted.

—Sí, pero dame algún crédito. Fui yo quien te previno acerca de protegerle el trasero a Purcel, ¿o no?

No respondí. Ahora el viento era fresco y agitaba la sombrilla de lona. A unos metros, media docena de pelícanos aleteaban a ras del agua; sus sombras se reflejaban en la superficie verde.

—¿Es así o no? —repitió antes de sonreírme.

—Lo es.

Su rostro se puso serio otra vez.

—Pero nada de Didi Gee, nada del pistolero, nada de esas cosas —me advirtió—. El gordo va a desaparecer, puedes contar con ello; pero se hará según las reglas, ¿entendido?

—Entendido.

Pero, mientras hablaba, pensé: «si no cumplimos con las promesas hechas a Dios, ¿no nos podríamos permitir una ocasional violación de la palabra que le hemos dado a nuestros amigos y superiores?».

El lunes por la mañana tuve que ir a otra entrevista de Asuntos Internos, esta vez por mi último encuentro con ellos. Los tres nos sentamos en una habitación inmaculadamente blanca y cerrada, cuyos únicos muebles eran una mesa de madera y tres sillas. Mis entrevistadores no hacían más que tomar notas. Los blocs legales de hojas amarillas en los que escribían estaban llenos de símbolos de caligrafía, escritos con la tinta negra de sus bolígrafos. No conocía a ninguno de ellos.

—¿Por que golpeó al teniente Baxter?

—Me provocó.

—¿Cómo es eso?

—¿Qué le importa?

—¿Disculpe?

—¿Por qué me está haciendo estas preguntas? Usted trabajaba con ese tipo todos los días y le conocerá mejor que yo.

—¿Deberíamos informar de que usted prefirió no responder a la pregunta?

—Golpeé a Nate Baxter porque es un mal policía. Intenta asustar y degradar a la gente. En mi caso, intentó ignorar la prueba de la tortura y asesinato de un oficial federal. No son hechos demostrables, pero es cierto y ustedes dos lo saben.

Ambos me miraron por encima de la mesa. Pude oír el ruido del aire acondicionado, como un ronroneo en medio del silencio.

Antes de salir hice que un empleado me mostrara la ficha computada del asesino a sueldo que habían recibido del Centro Nacional de Información sobre Delitos de Washington. Era breve, casi imprecisa en su descripción, como la imagen de un rostro grabada con ácido en una roca.

NACIDO EN 1957, CAMDEN, NJ. GRADUADO INST. 1975, ATENDIDO MIAMI C.C. 2 AÑOS. OCUPACIONES: LAVANDERO, ADMINISTRADOR DE APARTAMENTOS, VENDEDOR. SOSPECHOSO DE PARTICIPACIÓN EN 6 HOMICIDIOS ORDENADOS POR FIGURAS DEL CRIMEN ORGANIZADO. 1 CITACIÓN RESULTANTE EN 3 MESES DE CONFINAMIENTO PRISIÓN MILITAR CONDADO BROWARD. DIRECCIÓN ACTUAL: CASA DEL MAR, GALT OCEAN MILE, FORT LAUDERDALE, FL.

Intenté imaginarme a ese hombre. El rostro seguía vacío, ovalado, oscuro, como el centro de una fruta podrida; tenía manos de simio. Eran fuertes, con los nudillos marcados y la palma gruesa, aunque no estaban hechas para trabajar o para tocar los pechos de una mujer, ni siquiera para jugar a la pelota con los niños. En cambio, estaban preparadas para manejar herramientas que, en sí mismas, no eran más que un medio desechable para un solo fin: el revólver Magnum 22, la pistola calibre 40, la navaja de afeitar de un barbero, una Uzi... Separaba las almas de los cuerpos, la pena y el terror de los ojos; los libraba de sus ataduras mortales; separaba el cielo del borde de la tierra; los liberaba como haría un amante bajo la luz de las estrellas. A veces, por las noches, veía sus acciones en las noticias de las diez, comía helado de un vaso de cartón con una cuchara y sentía una extraña necesidad sexual. Se excitaba pensando en la pureza, el brillo incandescente donde sus cuerpos habían sido delineados con tiza, en el recuerdo del olor a muerte, que también era como el olor del mar, como la cópula, como el nacimiento.

Había sido detenido a las nueve y media de esa mañana y ahora estaba encerrado sin fianza en la cárcel de Fort Lauderdale, mientras esperaba la extradición a Luisiana. Con un poco de suerte, Jimmie podría identificarlo y, con más suerte aún, querría meter a Didi Gee en el propulsor de un avión.

Tendría que haber sido suficiente. Pero no lo era.

Regresé a mi casa flotante y encontré una vieja bolsa de lona que solía utilizar para guardar dinero. La lona había sido cortada de una vela de barco, cosida con una puntada gruesa doble, y estaba cerrada y atada en la parte superior con un cordón de cuero. Luego, busqué en mi caja de herramientas y encontré media docena de argollas, tres bolas de rodamiento y una enorme tuerca de hierro que utilizaba como pesa en mis trampas para cangrejos.

Unas nubes de lluvia se desplazaron sobre mi cabeza, y mi casa flotante y el lago quedaron de pronto oscurecidas bajo la sombra. Las olas comenzaron a encrespase en la superficie verdosa. El aire estaba fresco y olía a árboles, a sal, a arena húmeda y a moluscos. Como por instinto, unas luces de advertencia empezaron a encenderse en mi cabeza, lo mismo que se siente cuando se ve brillar la luz ámbar en un vaso de *whisky*. Uno se lleva el vaso a los labios y está cara a cara con esa luz amarilla, proteica y danzante, hasta que su energía caliente llega al estómago, resurge por el pecho y sube hasta lugares ocultos del cerebro que uno no sabía que existían; pero la alianza está hecha, la hiena tendrá su salida, la luz de prevención quedará encendida y ni siquiera podremos tener el placer de emborracharnos porque la metamorfosis con la que nos comprometimos es ahora el único yo que nos queda.

No, no estaba fuera de control. No era una necesidad de *whisky* o un arrebató de

adrenalina lo que se había despertado en mi organismo. Simplemente, tenía que arreglar algunas cosas. Y, a veces, no se logra arreglar las cosas siendo razonable. La «razón» es una palabra que siempre asocié con los burócratas, con los amantes de los papeleos y con la gente que forma comités que nunca estuvieron destinados a resolver nada. No quiero ser duro, tal vez solo estoy diciendo que lo que funciona para otra gente nunca ha funcionado para mí, y eso es probablemente porque yo me desconecté hace mucho tiempo. Nunca fui bueno para las complejidades; por norma general, las he complicado aún más cuando he intentado enfrentarme a ellas y, por esa razón, siempre me gustó un comentario que hizo Robert Frost cuando hablaba de su compromiso con su arte. Dijo que el temor a Dios formula el siguiente interrogante: ¿Es mi sacrificio aceptable, merece la pena a los ojos del Señor?, y, cuando todo ha terminado, ¿el bien pesa más que el mal?, ¿elegí las mejores opciones que tuve durante la partida?

No, tal vez solo estoy hablando de honor. No podía definirlo en mí mismo, pero lo reconocía cuando lo veía en los demás y estaba convencido de que, como virtud, tenía muy poco que ver con ser razonable. Y sabía muy bien que era tan deshonesto para un hombre permitir que lo utilicen como utilizar a los demás. También sabía, como policía, que utilizar a la gente, quizá uno de nuestros peores pecados, era considerado por la fraternidad legal como el centro de la retórica moralista.

De manera que no era una tarde para luces de prevención, aunque me recordaran ese calor amarillo ámbar que podía llegar a atravesar el cristal, empaparme la mano y subirme por el brazo. Era un día de viento, de crestas blancas en la superficie del lago, de una lluvia de sal que entraba por las ventanas, de palmeras que se agitaban en el cielo gris, de nadadores acercándose a la costa mientras los truenos estallaban sobre sus cabezas. Enfilé mi coche hacia la autopista del este cuando las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer sobre el parabrisas.

Su oficina estaba en una gran tienda de licores que regentaba en la avenida Huey P. Long, en Gretna. Desde allí controlaba dos distribuidoras de cerveza, un servicio de banquetes a domicilio, un servicio de estacionamiento y una media docena de tiendas de comida preparada. La tienda de licores ocupaba casi una manzana. Tenía pasillos amplios y bien iluminados y suelos pulidos. Se oía música por unos altavoces escondidos. Había muchas plantas en las ventanas, una colección de jarritos de cristal y varios pósteres sobre la pared del mostrador principal, que anunciaban las fechas de los partidos de fútbol de la LSU, el Tulane y los Saints. Los compradores utilizaban cestas de mano mientras recorrían los pasillos. El congelador de los comestibles precocinados estaba lleno de langostinos, calamares, huevos rellenos sazonados, quesos en rodajas, salmón ahumado y carnes de todas partes del mundo.

Era un lugar que, probablemente, le compensaba de todas las privaciones que había sufrido en su niñez. Había una infinita cantidad de comida y de bebida. El

interior era de cristal, plástico, cromo, acero inoxidable y todos los materiales punteros del momento. La gente que compraba pertenecía al Country Club Timber Lane y lo trataban con el respeto que se merece un empresario de éxito. No quedaba muy lejos del barrio portuario de Algiers, donde se había criado, pero parecía que estuviera a años luz de los tiempos en que, al ver su descapotable con el bate de béisbol manchado de sangre apoyado en el asiento trasero, los comerciantes italianos caminaban apresurados hasta la esquina con el sobre marrón en sus manos.

Sentí un poco de miedo en la garganta, como si tuviera un manojo de agujas en las cuerdas vocales, mientras atravesaba las puertas correderas electrónicas. Tenía el cordón de cuero de la bolsa de dinero atado alrededor de la mano y podía sentir la colección de bolitas y argollas y la tuerca de hierro que me golpeaban en el muslo al andar. Los clientes que pululaban por los pasillos eran de los que se dejan ver en las tiendas de licores solamente durante la tarde; en su gran mayoría, eran *amateurs*. Examinaban las etiquetas de las botellas sin saber lo que querían y se desplazaban con la despreocupación ociosa de la gente que no va a beberse lo que está comprando hasta después de unas horas o, incluso, unos días.

La zona de oficinas estaba al fondo de la tienda. Didi Gee se encontraba sentado detrás de un escritorio de ejecutivo hablando con un empleado de delantal gris y con dos hombres de mediana edad, que tenían las espaldas anchas y el pecho fornido que resultan de toda una vida cargando pesas y bebiendo y comiendo a placer, sin ninguna consideración por el aspecto exterior. Didi Gee me vio el primero y dejó de hablar; al instante, los demás volvieron la cabeza hacia mí. Sus rostros eran tan inexpresivos como los de la gente que mira el autobús que está por llegar. Vi que Didi Gee movía los labios y que los dos hombres de mediana edad caminaban hacia mí, seguidos por el empleado del delantal; este era mucho más joven que los otros dos y no se atrevía a fijar su mirada en la mía.

Estábamos en el centro del pasillo más ancho. Podía ver de reojo que los clientes se alejaban de nosotros, como si una presencia violenta fuera a interponerse en su camino si no se alejaban. Los dos hombres de más edad llevaban pantalones sueltos y camisas de manga corta y descansaban los pies sobre las plantas, en la misma postura que los boxeadores y los militares.

—¿Qué quiere? —se dirigió a mí el más grande de los dos.

Llevaba grandes anillos en los dedos y un reloj de oro con esfera negra que hacía juego con el vello negro de sus brazos.

—Por el momento, que no os metáis.

—Nosotros nos metemos en todo. ¿Qué quiere, Robicheaux? —preguntó el segundo hombre.

Tenía una cicatriz en el centro de la garganta. Estaba masticando chicle, pero ahora había dejado de hacerlo.

—Soy el teniente Robicheaux.

—¿Quiere comprar algún licor? Tráele una botella de Jack Daniel's —le dijo el primer hombre al empleado—, está en el almacén. ¿Desea alguna otra cosa antes de irse?

—Será mejor que no se meta.

—Le acompañaremos hasta su automóvil. Charlie, pon la botella en una bolsa.

Entonces, el primer hombre me tocó suavemente el brazo, como una caricia, con la palma callosa de la mano. Levanté con fuerza la bolsa y le di de lleno entre el ojo y el puente de la nariz; sentí cómo las bolas y las argollas golpeaban contra el hueso; vi que el dolor y la sorpresa se apoderaban como una garra del resto de su rostro. Se tambaleó hacia atrás sobre una pirámide de botellas verdes y la pila se desmoronó en una lluvia de vino y cristal por todo el pasillo. El puño del segundo hombre apareció junto a mi cabeza; lo esquivé, flexioné las rodillas, sentí un anillo que me rozaba el cuero cabelludo y le di con la bolsa entre el mentón y la boca. Frunció los labios; tenía los dientes manchados de rojo y me miraba con ojos llenos de confusión. Volví a atacarlo, pero esta vez tenía los hombros inclinados y los brazos sobre la cabeza. Una mujer estaba gritando detrás de mí y pude ver cómo un hombre dejaba caer una cesta roja al suelo y se alejaba a todo correr hacia las puertas correderas electrónicas. Otros se habían agrupado en el extremo opuesto del pasillo.

El primer hombre se incorporó de los cristales y el vino derramado y se abalanzó sobre mí agarrando por el cuello una botella de vermut rota. El lado de la cara en el que lo había golpeado estaba morado e hinchado. Tenía la cabeza baja, los hombros encorvados y los ojos amenazadores. Me atacó con la botella como si fuera una punta de lanza. Quise golpearle la muñeca, pero fallé y oí el choque de la bolsa de lona con la botella. Volvió a abalanzarse sobre mí para golpearme la cara. Alguna vez debió de ser un luchador de cuchillo y, aunque era pesado y respiraba con la dificultad de un fumador empedernido, sus reflejos eran rápidos, sus muslos y sus nalgas parecían resortes y no había miedo en su mirada; solo un brillo acalorado capaz de aceptar cualquier fricción con tal de llegar a un fin asesino.

Pero su defecto era la impaciencia. Volvió a lanzar la botella contra mis ojos y, cuando pensó que yo iba a saltar hacia atrás, la levantó para partírmela en la cabeza; pero no le di la oportunidad y balanceé el pesado bloque de metal desde atrás y se lo asesté de lleno en la sien. Su rostro se puso gris y se le giraron los ojos; los párpados parecían los pétalos magullados de una flor y el tipo se desplomó sobre los estantes. Quedó inmóvil.

Alguien estaba llamando a la policía por teléfono. El segundo hombre de mediana edad y el empleado del delantal comenzaron a retroceder mientras yo avanzaba hacia ellos sobre los cristales rotos y los charcos de vino, *whisky* y vermut. Didi Gee se levantó de su escritorio como un leviatán que emerge de las profundidades. Derribó

un cenicero al ponerse de pie y su cigarrillo perfumado estaba quemando el escritorio. Su rostro aún reflejaba sorpresa, pero había otra cosa más en sus ojos: una llama, una crispación, un atisbo de miedo que había ocultado en su interior durante toda la vida.

—¡Estáis acabados! —exclamó.

No hables, hazlo ahora, pensé yo.

—¿Me oyes? Acabados. Tu hermano, tu chica; estáis todos al otro lado.

—Él creía que usted era su amigo, bastardo —dije.

Vi que recorría la tienda con la vista, mirando impotente a sus empleados, quienes ahora no se atrevían a participar. De pronto, metió la mano en el cajón del escritorio y sacó una automática de color azul. Me abalancé con la bolsa de lona y le golpeé en el antebrazo y rompí el panel lateral del cajón. Le temblaban los dedos por el miedo y se tocó la hinchazón que tenía en el antebrazo. Intentó escapar pero sus nalgas y la parte posterior de los muslos se toparon con la baranda de caoba que rodeaba la zona de las oficinas; los soportes se desprendieron de los sujetadores y la baranda, de repente, cayó estrepitosamente al suelo. Se dio la vuelta y echó a correr con la cabeza vuelta en mi dirección.

Le seguí detrás del mostrador de comidas preparadas, sobre el camino de tablillas, ante las miradas de unos empleados cuyos rostros no mostraban ningún favoritismo. Didi estaba jadeando, le costaba respirar; los rizos negros le caían sobre la cara como serpientes y tenía los ojos llenos de furia y desesperación. Respiraba como si se estuviera atragantando con burbujas de aire en la garganta. La grasa que le cubría el pecho temblaba bajo la camisa. Intentó hablar, ganar el control de la situación por última vez, hacer los ademanes que siempre había utilizado para convertir a sus enemigos en aterrorizados suplicantes. En cambio, se cayó contra el mostrador de madera de la carnicería y se sujetó a los extremos para sostenerse. El mostrador estaba lleno de pedazos de pollo cortado; el vientre de Didi colgaba como una enorme pelota llena de agua y él sudaba abundantemente y hacía esfuerzos inútiles por hablar.

—Por esta vez se salva, Didi. —Dejé caer la bolsa de lona sobre el mostrador del carnicero—. Súbales el sueldo a sus ayudantes.

Oí las sirenas fuera.

—Dígales a los policías que llamen a una ambulancia —dijo uno de los empleados—. Está sangrando.

Operaron a Didi Gee esa noche. Los cirujanos dijeron que tenía pólipos malignos del tamaño de huevos de pato dentro del intestino. Cortaron y recortaron, cosieron y sujetaron hasta casi el mediodía. Le cerraron el colon, le implantaron un tubo en el costado y lo canalizaron. De aquí en adelante, llevaría una bolsa de plástico que le

haría perder muchos kilos en un mes, escucharía a psicólogos que le hablarían en un lenguaje para él inimaginable, aprendería a caminar con bastón, acudiría a sesiones de terapia de grupo con gente que hablaba de la vida cuando era evidente que se estaba muriendo, miraría folletos de vacaciones en las islas y se ruborizaría por la incomodidad de sus hijos ante el olor que salía de sus pantalones.

Habría de ceder su poder notarial a otros. Estamparía su firma en hojas de papel que ahora no parecían tener más valor que confetis e intentaría pensar en el otoño siguiente, en las hojas rojas volando al viento, en arbolitos de Navidad y tortas y ponches de huevo y leche, y en la siguiente primavera.

En algún escondrijo interno, sabía que su miedo a morir en el agua siempre había sido un miedo tonto; la muerte era una rata que nos va comiendo centímetro a centímetro hasta llegar a las entrañas, que nos mastica el hígado y el estómago hasta que finalmente, cuando uno está solo en la oscuridad, se sienta, saciada y plena, junto a nuestra cabeza, con los ojos fijos y el hocico húmedo, como un beso o una promesa susurrada al oído.

La noche siguiente no pude dormir. Al principio, pensé que era por el calor, pero luego decidí que era ese insomnio que me invade dos o tres noches al mes y me deja intranquilo y con la mente desordenada a la mañana siguiente. Finalmente, supe que era solo el precio de la ambición: el asesino a sueldo de Fort Lauderdale estaba en prisión, Didi Gee se estaba enfrentando a un castigo mucho peor que el que pudiera imponerle cualquier tribunal y yo quería llegar a Wineburger y al general. También sabía que habían ganado un día y aceptar esa realidad era tan fácil como tragar una hoja de afeitar.

Más tarde, a las tres de la madrugada, me quedé dormido y soñé. Shakespeare decía que todo el poder se encuentra en el mundo de los sueños, y yo le creo. De alguna manera, el sueño nos permite ver con claridad aquellas cosas que son absolutamente oscuras a la luz del día. Oí a mi padre que me volvía a hablar; vi sus enormes músculos marcados en la camisa mientras tiraba de un cocodrilo muerto de tres metros y lo colgaba de un gancho sobre la puerta del granero. Luego, hundía la punta del cuchillo en la parte amarilla bajo el cuello y lo hacía correr hacia abajo, con las dos manos, en una línea roja que iba desde la boca hasta la parte blanca de debajo de la cola.

«Yo no lo vi —me decía—. Eso es porque yo estaba pensando como yo, no como él. Ese cocodrilo no sale de los troncos cuando tiene hambre, se esconde debajo de las hojas muertas que flotan junto a la ribera y espera a que los mapaches grandes se acerquen al agua para beber».

Me desperté al alba, preparé una taza de café de achicoria, calenté una pequeña cacerola de leche, cociné unas seis tostadas en la sartén y desayuné en la cubierta,

mientras la luz rosada iba cubriendo el cielo y las gaviotas comenzaban a aletear y a chillar en lo alto. Siempre me había considerado un buen policía, pero todavía me sorprendía cómo, a veces, no me percataba de lo más obvio. Mi padre no sabía leer ni escribir, pero, en muchos sentidos, había aprendido más de la caza y de la pesca en el pantano que yo en todos mis años de educación universitaria y de experiencia como policía. Me preguntaba si él no habría sido mejor policía que yo, aunque no le gustaban las reglas ni la autoridad, y tampoco la gente que se tomaba las cosas demasiado en serio. Pero, tal vez, ese era su don, pensé. Se reía de la seriedad de la gente y, en consecuencia, nunca lo cogían por sorpresa sus subterfugios.

Dejé la casa flotante a las siete y media y estaba en el tribunal del condado de Jefferson cuando abrió sus puertas a las ocho en punto. Encontré lo que buscaba una media hora después. Estaba temblando cuando fui a la cabina telefónica del pasillo de mármol y llamé al supervisor de Fitzpatrick en el edificio federal.

—He encontrado el almacén de Larry Wineburger —le dije.

—¿Sí?

—Sí, así es.

No respondió.

—El que mencionaba el nicaragüense en la cinta. Supongo que escuchó la cinta.

—Lo hicimos.

—Está en el condado de Jefferson, cerca de Barataría Road. Lo estaba buscando en la parte de «escrituras» de los tribunales del condado; luego se me ocurrió: ¿por qué un rufián como Wineburger querría comprar un almacén? Él gana mucho dinero con clientes adinerados; un tipo como Whiplash no tiene nada que no le reporte una ganancia abundante de inmediato. Así que comprobé los alquileres en la oficina de Registro de Escrituras. La ley no requiere que alguien registre un alquiler, pero un abogado lo haría automáticamente para protegerse.

—¿Puede decirme por qué razón va a compartir toda su información con nosotros?

—¿Qué?

—¿Quién le hizo esa llamada divina? ¿Por qué se cree con incumbencia como para dirigir nuestra investigación?

—¿Quiere la información o no?

—Clausuramos ese lugar ayer por la tarde y pedimos una orden de captura de Wineburger anoche. Esta mañana, el tipo sintió de pronto un enorme interés por el programa de protección de testigos.

Sentí que se me estiraba la piel en la penumbra de la cabina telefónica. La línea permaneció en silencio durante un instante.

—¿Qué había dentro? —pregunté.

—No es asunto suyo, teniente.

—Lo es. Usted sabe que lo es.

—Muchos AR-15 modificados, municiones, suministros médicos y, créalo o no, un Beech King-Air B-200, equipado con portantes para equipos electrónicos de vigilancia.

—Un buen día para la caballería.

—Somos grandes triunfadores.

—¿Y qué pasa con Abshire?

—Juega de segunda base para los Dodgers, ¿le parece bien? Tómese lo con calma, Robicheaux.

—No llegarán ustedes a conquistarles el corazón y la mente.

—Antes de colgar, déjeme añadir algo. Su actuación no estuvo demasiado mal y, además, era usted un buen amigo de Sam Fitzpatrick; nosotros no nos olvidamos de eso. Y, finalmente, espero que esta sea la última conversación que tenga con usted.

No estaba seguro de qué planes, si es que los había, tenían para el general, pero sí sabía que yo necesitaba verlo. No me gustaba, por cierto, pero sentía un parentesco peculiar con él. Sentía que había aprendido algo sobre él, en el archivo del *The Times-Picayune*, que la mayoría de la gente no comprendería. Al igual que aquellos soldados confederados enterrados en el parque de la casa de Jefferson Davis, algunas personas comparten una propiedad histórica que siempre será su terreno privado. Y también sabía que, para librarse del tigre, a veces había que mirar la luz anaranjada de sus ojos.

Después de almorzar, visité a Jimmie en el hospital. Ya estaba fuera de la vigilancia intensiva. Las persianas de la habitación permanecían subidas y el sol iluminaba los jarrones de rosas, claveles y dalias que había en el alféizar de la ventana y en la cómoda. Las enfermeras lo habían incorporado sobre almohadones y, aunque tenía un ojo vendado y el rostro aún gris, no dejó de sonreírme.

—En unas semanas, vamos a estar pescando truchas —bromeé.

Comenzó a murmurar algo. Tuve que sentarme en el borde de la cama e inclinarme para poder oír sus palabras.

—*Je t'aime, frère.*

No le respondí en seguida, no era necesario; él sabía que yo le quería tanto como él a mí, como solo dos hombres pueden quererse el uno al otro. Tomé su vaso de agua y la pajita y le ayudé a beber.

—Ya verás cómo te sientes cada vez mejor, Jim.

Su boca parecía la de un pájaro en la pajita.

Dejé el hospital y llevé mi coche alquilado a las oficinas de Hertz, en el centro. Ya no podía seguir pagándolo. Pensé que si me readmitían en el cuerpo y, por tanto, me concedían un crédito del sindicato, compraría un coche nuevo; y, si no volvía al trabajo, probablemente sería hora de buscar nuevos horizontes. Siempre había

opciones. Recordé la peor tarde de mi carrera de jugador. Mi esposa y yo habíamos ido de vacaciones a Miami y, cuando terminó la novena carrera de nuestro primer día en Hialeah, llevaba gastados seiscientos dólares. Me senté en las gradas, ya casi vacías, con un montón de boletos rotos a los pies y un viento frío que arrastraba papeles por la pista, e intenté no mirar la desilusión y la furia en el rostro de mi esposa. Luego, oí una avioneta que volaba en lo alto, miré hacia el cielo gris y vi un biplano que mostraba un cartel de lona que decía: «Recupere lo perdido en las carreras de perros de Biscayne esta noche». Incluso un perdedor tenía futuro.

Tomé el tranvía de la avenida St. Charles hasta el distrito Carden. Era maravilloso bajar por la explanada con la ventanilla abierta, debajo de los árboles, oyendo el ruido de las ruedas de hierro sobre las vías y viendo la luz del sol y las sombras que me cubrían el brazo. En cada parada, gente vestida con ropa de trabajo, blanca y negra, y estudiantes universitarios esperaban bajo la sombra de los robles y de las palmeras, mientras que adolescentes negros vendían barras y conos de helado en triciclos; también los cafés de las aceras habían comenzado a atender a los primeros clientes. Por alguna razón, en Nueva Orleans todos los días parecen festivos, aun cuando hay que trabajar; y no hay mejor manera de disfrutarlos que bajar por la explanada en un tranvía que ha estado transitando por esas mismas vías desde principios de siglo. Dejamos atrás las casas con pilares y vallas de hierro forjado, los robles cubiertos de musgo de Florida, los pequeños jardines con sus portones de hierro y las paredes de ladrillo blancas, las copas de las palmeras y de los plataneros que daban sombra a las viejas aceras rotas por las raíces. Después cruzamos la avenida Jackson y me apeé en mi parada, me bebí una Coca en Katz and Besthoff y bajé por la calle corta y empedrada hasta la casa del general en Prytania.

Me detuve frente al portón de entrada. Por entre los árboles de la valla, lo vi sentado ante una mesa de hierro blanca en el jardín lateral, pelando naranjas y aguacates en un recipiente. Llevaba sandalias y un pantalón corto de color caqui. Iba sin camisa, y su bronceado y su cabello blanco estaban iluminados por la luz que se filtraba por entre las ramas de los robles. Debajo de los brazos, tenía los típicos pellejos de la gente de edad, pero su físico todavía era robusto y el movimiento de sus manos, fuerte y seguro mientras pelaba la fruta en el cuenco. Junto a su codo había un cenicero con una boquilla de cigarrillo y una botella de vino tapada. Descorchó la botella, se sirvió un vaso pequeño y, luego, sus ojos de color azul acetileno se fijaron en los míos.

Abrí el portón de hierro y atravesé el jardín en dirección a él. Su rostro era inexpresivo, pero los ojos me observaban como si estuvieran viendo una criatura que, de repente, había sido liberada de su jaula.

—¿Hay alguien más con usted? —preguntó.

—No. Sigo operando por cuenta propia.

—Ya veo. —Me miró de arriba abajo y se detuvo en mis manos. Hundió el cuchillo en una naranja y la peló—. ¿Quiere vengarse?

—Vendrán a por usted, es una cuestión de tiempo.

—Quizá.

—La palabra «quizá» no existe, general. Si no lo hacen los federales, lo hará mi supervisor; es mejor policía que yo, lo hace todo según las reglas y no complica las cosas.

—No comprendo por qué está aquí.

—¿Qué estaba haciendo cerca de mi casa flotante?

—Siéntese. ¿Bebe vino o prefiere un poco de fruta?

—No, gracias.

Puso un cigarrillo en la boquilla, pero no lo encendió. Miró al otro lado del jardín, donde unas ardillas grises estaban subiéndose a un roble.

—Quería disculparme —confesó.

—¿Ah, sí?

—Por todo lo que le sucedió. No tendría que haberse visto involucrado en todo esto.

—Los policías se involucran automáticamente cuando alguien quebranta la ley.

—Yo le causé una pena grave, teniente. En parte fue sin mi conocimiento pero, en definitiva, soy el responsable. Le ofrezco mis disculpas ahora, aunque no espero que las acepte.

—Vine aquí por una cuestión personal. No seré yo quien aparezca en su casa con una orden de detención, serán otros; pero creo que soy el único que sabe por qué se metió usted en este proyecto del «camino del elefante» o como quiera llamarlo.

—¿Qué es lo que le hace conocer mi alma, teniente?

—Usted era un soldado de verdad. No es un loco de extrema derecha, tiene la reputación de un hombre honorable. Sospecho que gente como Wineburger, Julio Segura y Philip Murphy le erizan la piel, pero se cruzó al otro lado de la calle, con los rufianes y los paranoicos, y comenzó a enviar armas a América Central. Un par de personas inocentes han muerto en este país y solo Dios sabe el daño que esas armas han producido en Guatemala y en Nicaragua. Así que un hombre que, probablemente, no respeta a los políticos se vuelve parte de una conspiración política. No encaja, ¿no? Creo que tiene que ver con su hijo.

—Tal vez lo hace con buena intención, pero es demasiado entrometido.

—Fue allí, general. Lo que usted y yo conocemos nunca desaparecerá, pero tiene que mirarlo como lo que es. No puede esconder algo desagradable dentro de usted y hacer como que no está ahí mientras libra otra guerra que le hace romper sus propias reglas.

—¿A qué se refiere?

—La matanza de My Lai. Está culpando a su hijo. O está culpando al Vietcong que le obligó a colocar las minas.

—No.

—Sí. Sáqueselo de dentro; mírelo de frente. Lo capturaron cerca de Pinkville y le obligaron a colocar minas en esos arrozales; entonces, la gente de Calley voló por los aires, por culpa de esas mismas minas, antes de entrar en My Lai.

Dejó la naranja y el cuchillo sobre la mesa. Tenía las manos extendidas sobre la superficie de la mesa. Pestañeó rápidamente y percibí sus latidos en el cuello. Su piel bronceada y suave era salpicada por la luz del sol que penetraba por entre las hojas de los robles.

—Ya me he disculpado con usted. Lamento mucho todo lo que le ha pasado, pero no tiene ningún derecho a hacer esto.

—No fue culpa de su hijo. Le obligaron a colocar esas minas y tiene que perdonarlo. Quizá también tenga que perdonar a la gente que le obligó a hacerlo.

—¿Sabe lo que le hicieron?

Le tembló un párpado.

—Sí.

—Le metieron la cabeza en una jaula llena de ratas.

—Lo sé.

—A él no le gustaba el Ejército, iba a matricularse en la Facultad de Medicina. Pero nunca le tuvo miedo a nada.

—Apuesto a que era muy buen muchacho, general. Un amigo mío de Magazine lo conoció y me dijo que su hijo era de lo mejor.

—No quiero seguir hablando de esto, si no le importa.

—De acuerdo.

—Su supervisor... ¿Dice usted que es un buen hombre?

Recogió la naranja y cortó un pedazo de pulpa sin darse cuenta.

—Sí.

—¿Se ocupará él de que le devuelvan su cargo?

—Es posible.

—Estoy seguro de que es un hombre que cumple con su palabra. ¿Cuánto tiempo falta para que vengan aquí?

—Hoy, mañana, ¿quién sabe? Probablemente dependerá de quién tenga la jurisdicción. ¿Por qué no adelantarse?

—No me parece oportuno.

—Debe de saber, a estas alturas, que tienen a Wineburger. Él lo entregará por unos centavos.

Encendió el cigarrillo. El humo se arremolinó alrededor de la boquilla. Miró la sombra de los árboles.

—Bueno, supongo que no es su estilo. —Me levanté de la mesa—. Ahora me iré. Lea a San Juan de la Cruz; es una larga noche, general, no intente sobrellevarla con disculpas: están muy bien entre caballeros, pero no tienen mucho valor para los muertos.

Regresé a la parada del tranvía de St. Charles. Los robles proyectaban su sombra sobre la explanada y el viento hacía volar hojas de periódico en el cruce. Los raíles del tranvía estaban barnizados de color cobre y temblaban suavemente por el peso del vehículo. El viento era seco, lleno de polvo, el final caldeado de una larga y calurosa tarde. Se podía sentir en el aire el olor ácido que producían los tranvías cuando atravesaban un circuito eléctrico. En el cielo, unas nubes con una gruesa película de vapor flotaban desde el golfo, donde ya se estaba poniendo el sol. Una mujer mayor negra que esperaba en la parada llevaba un paraguas floreado colgando del brazo. Tenía un sombrero redondo y sin ala enganchado en la cabeza.

—Lloverán sapos esta noche —comentó—. Primero, se pone caluroso y ventoso; luego, huele a pescado y, después, vienen los relámpagos.

Me sonrió. La ayudé a subir al tranvía, que estaba lleno de gente negra que trabaja como personal de servicio en el distrito Garden. Compartimos un asiento al fondo del vehículo, mientras se desplazaba por la explanada, bajo los árboles, frente a los balcones de hierro forjado, los cafés ante los hoteles, los jardines verdes y azules ya cubiertos de sombras, las entradas con columnas de mármol donde los oficiales confederados alguna vez dejaron atados sus caballos y bebieron *bourbon* con sus mujeres. A la altura del golfo, oí el largo estruendo de un trueno, como una hilera de viejos cañones disparando en secuencia. La mujer negra sacudió la cabeza y un ruido húmedo y enérgico emergió de su garganta.

Epílogo

Me reincorporaron al departamento sin ninguna sanción disciplinaria más que una nota de reprimenda por haber golpeado a Nate Baxter. En el transcurso de dos días, media docena de policías me llamaron para felicitar-me; no había tenido noticias de ellos mientras estuve suspendido. Descubrí que no estaba preparado para volver al trabajo, que mi fichero lleno de penas tendría que permanecer en suspenso en ese viejo edificio de la calle Basin que en un tiempo había albergado subastas de esclavos y peleas de gallos. Me tomé dos semanas de vacaciones. Annie y yo nos fuimos a Key West; caminamos por las calles sombreadas junto a la bahía donde Ernest Hemingway y James Audubon vivieron en cierta ocasión; buceamos en el coral de Seven Mile, donde el agua era tan clara y verde que se podían contar los granos de arena a diez metros de profundidad; pescamos cobias, meros y petos, y comimos bandejas de langostinos hervidos y frituras en el muelle, mientras los botes de pesca se mecían en sus amarras.

Cuando llegó el momento de regresar al trabajo, pedí mi semana restante de vacaciones; finalmente, no me quedaron más días. Había pasado el verano, el calor se había ido con la brisa del golfo, el cielo se había vuelto de un color más oscuro y los árboles de un verde más intenso. Los chavales, obstinados, seguían intentando no faltar a su cita con el béisbol en los arenales, pero cada mañana era más fresca; aun así, por las tardes, bajo el sol todavía dorado y cálido, se podían oír las bandas de los institutos en los campos de prácticas.

Entré en el distrito Primero a las ocho en punto del día que tenía que retomar mi trabajo. Rellené un impreso de devolución de mi fondo de jubilación y renuncié; era hora de que otros librarán las guerras. El capitán Guidry discutió conmigo y dijo que yo había sido exculpado, pero la exculpación solo tiene valor si uno tiene interés en mantener el resultado y, para entonces, ya había aprendido que el resultado cuida de sí mismo. Uno sigue arrojando pelotas al bateador, hasta que un día mira sobre el hombro y se sorprende al ver el marcador.

Clete desapareció como si la ciudad entera estuviera en llamas. Hizo dos maletas, falsificó la firma de su esposa en un cheque de su cuenta conjunta y dejó su coche aparcado en doble fila frente al aeropuerto, con las dos puertas delanteras abiertas. Un mes después recibí una postal desde Honduras que mostraba una pirámide maya de Guatemala.

Querido teniente:

Saludos desde la tierra del Bongo-Bongo. Me gustaría decirte que abandoné el

alcohol y que estoy trabajando para los Maryknolls, pero no es así. ¿Adivinas qué tiene mucha demanda por aquí? Un tipo que pueda leer un manual de armas es automáticamente capitán. Son todos niños. Cualquiera con una caja de Clearasil puede hacerse con todo el país.

Nos vemos en la próxima encarnación.

C.

P.D.: Si te encuentras con Lois, dile que lamento haberle robado. Dejé mi cepillo de dientes en el baño, quiero que lo guarde.

Usé el dinero de mi retiro para comprar un negocio de alquiler de botes y de cebos en Nueva Iberia e hice remolcar mi casa flotante desde Nueva Orleans, por Morgan City, hasta Bayou Teche. Annie y yo navegamos en el bote los últimos kilómetros para llegar a Nueva Iberia. Comimos cangrejo *étouffé* en la cubierta y observamos nuestra estela alejarse de los cipreses y los robles de la ribera. El pasado nos invadió: gente negra con sombreros de paja pescando percas con caña, el humo que se levantaba entre los árboles de los fuegos de las parrillas, los grupos de adolescentes en los puestos de frituras de pescado en el parque y las hojas rojas que caían del cielo y se depositaban sobre la superficie del río como un suspiro. Era la Luisiana en la que me había criado, un lugar que nunca parecía cambiar, donde jamás era una traición seguir el curso natural de las cosas y dejar que se abriesen paso las estaciones. El cielo del otoño era de un azul tan intenso que uno podría encender en él un fósforo, y la luz amarilla, tan suave que podría haber envejecido dentro de un roble.



JAMES LEE BURKE. Es un escritor estadounidense de novelas detectivescas nacido el 5 de diciembre de 1936 en Houston (Texas). Estudió en la Universidad de Missouri y antes de publicar sus primeros libros trabajó en diferentes oficios, entre ellos el de periodista. También fue asistente social en la ciudad de Los Angeles.

Sus novelas más conocidas son las protagonizadas por el detective Dave Robicheaux, quien nació como personaje literario a finales de los años 80 en el libro *La Lluvia De Neón* (1987). Otros títulos de Robicheaux/Burke que pueden encontrarse en español son *Prisioneros Del Cielo* (1988), *Black Cherry Blues* (1989), *Camino Púrpura* (2000) o *El Huracán* (2007).

Al margen de Robicheaux, otras series de Burke son las protagonizadas por Billy Bob Holland y Hackberry Holland. También ha escrito libros de relatos, como *The Convict* (1985) y *Jesus Out Of Sea* (2007), y otras novelas, como *Two For Texas* (1982) o *White Doves At Morning*. (2002).